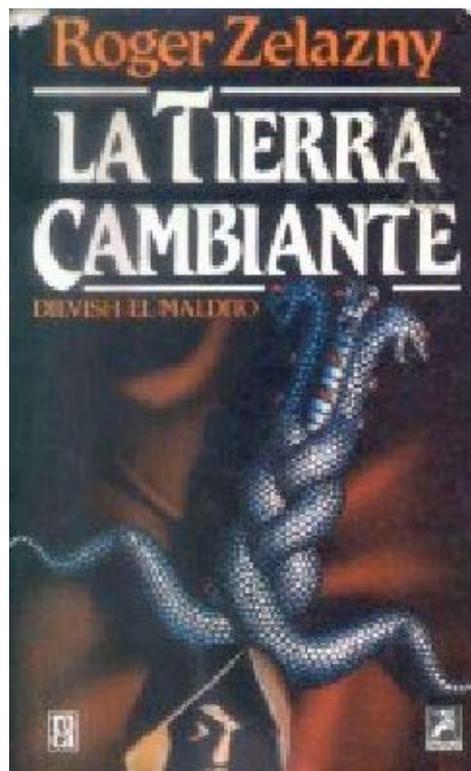


LA TIERRA CAMBIANTE



Saga de Dilvish el maldito/2

Roger Zelazny



Roger Zelazny

Título original: The Changing Land

Traducción: Albert Solé

© 1983, Roger Zelazny

© 1985, Ediciones Martínez Roca, S. A.

Gran vía 774 - Barcelona

ISBN 84-270-1310-8

Edición digital de Umbriel.

Junio de 2002.

R6 08/02

Para Stephen Gregg, Stuart David Schiff y Lin Cárter quienes, en ese orden, hicieron volver a Dilvish de las tierras humeantes; y a la sombra de William Hope Hodgson, quien estuvo presente en el viaje, trayéndose a unos cuantos amigos.

1

Los siete hombres llevaban grilletes, a los cuales estaban unidas cadenas. Cada una de ellas estaba sujeta a un aro clavado en las viscosas paredes de la estancia de piedra. Una solitaria lamparilla de aceite ardía débilmente en una pequeña hornacina situada a la derecha del umbral, en la otra pared. Cadenas y grilletes vacíos colgaban esparcidos aquí y allá en las paredes. El suelo estaba cubierto de paja y muy sucio; los olores eran fuertes. Todos los hombres llevaban barba y vestían harapos. Sus pálidos rostros estaban surcados por hondas arrugas. Sus ojos estaban clavados en el umbral.

Siluetas brillantes bailaban ante ellos o cruzaban velozmente la atmósfera, atravesando los sólidos muros y, de vez en cuando, emergiendo en algún otro sitio. Algunas de las siluetas eran abstractas, otras se parecían a objetos naturales —flores, serpientes, pájaros, hojas—, generalmente hasta llegar al extremo de la parodia. Un torbellino verde pálido nació y murió en la esquina izquierda de la estancia, delante de la puerta, derramando una horda de insectos sobre el suelo. Inmediatamente se oyó una apresurada serie de roces entre la paja, causada por las pequeñas criaturas que se lanzaron sobre ellos para devorarlos. De algún lugar situado al otro lado del umbral les llegó una risa apagada, a la que siguió una sucesión de pisadas irregulares, acercándose a la estancia.

El joven llamado Hodgson, que podría haber sido apuesto de estar más limpio y menos consumido por el hambre, sacudió la cabeza para apartar de los ojos su larga cabellera castaña, se lamió los labios y miró al hombre de ojos azules que estaba a su derecha.

—Tan pronto... —murmuró con voz ronca.

—Ha pasado más tiempo del que piensas —dijo el hombre de tez morena—. Me temo que a uno de ellos ya le ha llegado el momento.

Un joven rubio que se encontraba más a la derecha empezó a gemir suavemente. Otros dos hombres conversaban en susurros.

Una mano gigantesca de color entre el púrpura y el gris que terminaba en garras apareció en el umbral, agarrándose a la pared de la derecha. Las pisadas se detuvieron, les siguió una respiración grave profunda y a ésta una risa que pareció un rugido. El hombre que se encontraba a la izquierda de Hodgson, calvo y todavía gordo, lanzó un estridente chillido.

Una inmensa silueta que parecía hecha de sombras fluyó hasta colocarse en el marco formado por el umbral, sus ojos —el izquierdo amarillo, el derecho rojo —, absorbiendo la luz emitida por la parpadeante lamparilla. El aire de la estancia, que ya era frío, se volvió aún más gélido en tanto que la silueta avanzaba, una pezuña rematando su pierna izquierda, que tenía la articulación colocada al revés, haciendo resonar la piedra que había bajo la paja del suelo; el ancho pie palmeado de su gruesa pierna izquierda, recubierta de escamas, agitándose al moverse para entrar en la habitación. Deslizándose hacia adelante, sus largos y musculosos brazos tocaron el suelo, arañándolo con las garras. La abertura que había en su rostro, casi triangular, se agrandó en algo que se acercaba a una sonrisa mientras examinaba a los prisioneros, revelando una hilera de dientes amarillentos.

La cosa avanzó hasta el centro de la habitación y se detuvo. Un diluvio de flores cayó a su alrededor y la criatura las apartó como si le molestaran. No tenía ni rastro de vello y su piel era de una textura parecida a la del cuero, con escamas repartidas al azar en los

sitios más peculiares. Daba la impresión de no poseer ningún género sexual definido. Su lengua, que emergió bruscamente de su boca, tenía el color del hígado y era bífida.

Ahora los hombres encadenados guardaban silencio y mantenían posturas de una inmovilidad antinatural, en tanto que los ojos de dos colores distintos iban y venían sobre ellos... una vez, otra...

Y entonces la criatura se movió con extrema rapidez. Saltó hacia adelante y su brazo derecho salió disparado, apoderándose del hombre gordo que había chillado antes.

Una sola sacudida liberó al hombre de sus cadenas, haciéndole gritar de forma horrible. Después la boca de la criatura se cerró sobre su cuello y el alarido murió en un gorgoteo. El hombre se debatió durante unos instantes y luego su cuerpo se quedó inmóvil y flácido entre las zarpas que lo sujetaban.

La criatura emitió otro gorgoteo, alzando la cabeza y lamiéndose los labios. Sus ojos se posaron sobre el lugar del que había arrebatado a su víctima. Después, con mayor lentitud, cambió de posición su carga hasta dejarla bajo el brazo izquierdo y adelantó el derecho, cogiendo el miembro que seguía colgando del grillete que oscilaba en la pared. No hizo caso alguno de los despojos, mucho más pequeños, que había sobre el suelo.

Se dio la vuelta y avanzó lentamente hacia el umbral, royendo el brazo mientras caminaba. No pareció darse cuenta del pez luminoso que daba la impresión de nadar a través del aire y tampoco de las visiones que aparecían y desaparecían igual que telones deslizantes encima, debajo y a su alrededor: muros de llamas, grupos de árboles delgados como agujas, torrentes de agua fangosa, campos de nieve que se fundía...

Los demás prisioneros se quedaron en silencio, escuchando el vacilante ruido de sus pasos al irse. Finalmente, Hodgson se aclaró la garganta.

—Bien, éste es mi plan... —empezó a decir.

Semirama estaba agazapada sobre las piedras que formaban el reborde del pozo, inclinándose hacia adelante, las manos apoyadas en el pozo, los doce brazaletes de oro que había en sus pálidos miembros reluciendo bajo la tenue claridad y su larga cabellera negra perfectamente peinada. Vestía un atuendo de color amarillo que revelaba gran parte de su cuerpo y la habitación estaba caliente y húmeda. De entre sus labios fruncidos brotaron unas largas series de sonidos semejantes al trinar de un pájaro. Los esclavos que se encontraban esparcidos alrededor del pozo se apoyaron en sus palas y contuvieron el aliento. Unos seis pasos detrás de ella y un poco más hacia su derecha, inmóvil, estaba Baran el de la Otra Mano, un hombre alto y con la silueta de un tonel, los pulgares engaritados en su cinturón cubierto de agudos remaches, la barbuda cabeza inclinada hacia un lado como si medio entendiera el significado que había tras los sonidos que emitía Semirama. Pero sus ojos, así como gran parte de sus pensamientos, no se apartaban de las nalgas que el atuendo dejaba generosamente expuestas.

«Es una pena que resulte tan necesaria para la operación y que yo no le importe un comino —rumiaba—. Es una pena que deba tratarla con respeto y cortesía antes que con..., bueno, digamos que con insolencia y que pudiera violarla. Trabajar con ella sería mucho más sencillo si fuera fea. Con todo, el panorama es bueno y quizá un día...»

Semirama se apoyó en sus talones y dejó de emitir los sonidos que habían llenado la fétida atmósfera de la habitación. Baran arrugó la nariz al llegarle una ráfaga de aire cargada de olores más bien dudosos. Todos esperaban.

En lo más hondo del pozo se empezó a oír un chapoteo y, de vez en cuando, un golpe ahogado que hizo vibrar el suelo. Los esclavos se retiraron hasta ocupar posiciones pegadas a la pared. En algún lugar situado más allá del techo empezaron a formarse copos de nieve en llamas que luego cayeron hacia el suelo. Semirama trino unas notas muy agudas mientras se los quitaba de encima con las manos. El diluvio de fuego cesó inmediatamente y en el interior del pozo algo trino, respondiéndole. La habitación se volvió perceptiblemente más fría. Baran suspiró.

—Por fin... —murmuró Baran.

Los sonidos continuaron brotando del pozo durante un rato bastante largo. Semirama tensó su cuerpo, disponiéndose a responder o intentando interrumpirles. Pero dio la impresión de que era ignorada, pues los sonidos continuaron oyéndose, ahogando los que ella emitía. Hubo más golpes y chapoteos dentro del pozo y una lengua de llamas se alzó por encima de éste, vaciló y se desvaneció en cuestión de segundos. Un rostro —retorcido en una mueca de angustia— había aparecido por un instante dentro del resplandor anaranjado. Semirama se apartó del pozo. Un sonido semejante al redoble de una gran campana llenó la habitación. De repente, centenares de ranas vivas cayeron sobre ellos y empezaron a dar saltos, algunas precipitándose dentro del pozo, otras subiendo y bajando por entre los grandes montones de excrementos en los cuales habían estado trabajando los esclavos, unas cuantas escapando por la arcada que se encontraba al final de la estancia. Un pedazo de hielo tan grande como dos hombres juntos se estrelló ruidosamente en el suelo.

Semirama se incorporó lentamente, retrocedió un paso y se volvió hacia los esclavos.

—Seguid con vuestro trabajo —les ordenó.

Los hombres vacilaron durante unos instantes. Baran saltó hacia adelante, cogiendo el hombro y el muslo que tenía más cerca. Alzó al esclavo en volandas y le proyectó por encima del reborde de piedra, al interior del pozo. El grito que siguió a esa acción fue muy breve.

—¡Moved esa mierda! —gritó Baran.

Los demás esclavos se apresuraron a volver a su trabajo, metiendo rápidamente sus palas en los apestosos montículos y lanzando los excrementos por encima del reborde y a la oscuridad del agujero.

La mano de Semirama cayó sobre su brazo y Baran se volvió bruscamente.

—En el futuro muéstrate más comedido —dijo—. Es difícil encontrar esclavos.

Baran abrió la boca, la cerró y movió la cabeza en un seco gesto de asentimiento. Apenas había terminado de hablar con Semirama y ya los chapoteos más fuertes se calmaban y los trinos habían cesado.

—... Por otra parte, es probable que le haya gustado la diversión.

Una sonrisa pasó velozmente por sus generosos labios. Le soltó el bíceps y se alisó el vestido.

—¿Qué..., qué tenía por contar esta vez?

—Ven —dijo ella.

Dieron la vuelta al pozo, evitando el pedazo de hielo, que ya se estaba derritiendo, y cruzaron la arcada para llegar a una larga galería que tenía el techo bastante bajo. Semirama atravesó la galería y se detuvo ante un gran ventanal, contemplando el brillante paisaje del amanecer que se divisaba a través de la calina. Baran la siguió y se quedó inmóvil junto a ella, las manos detrás de la espalda.

—¿Y bien? —acabó preguntándole—. ¿Qué tenía por contar Tualua?

Ella siguió estudiando los brillantes colores y las rocas que se metamorfoseaban tras los jirones de niebla. Luego dijo:

—Ha perdido totalmente la razón.

—¿No está enfadado?

—De vez en cuando. Es algo que viene y se va... Pero no es algo que provenga de su ser. Es parte de todo el estado de las cosas. Su raza siempre ha llevado dentro una veta de locura.

—Entonces, durante todos estos meses..., ¿no ha estado intentando castigarnos?

Ella sonrió.

—No más que de costumbre —dijo—. Pero las protecciones siempre supieron ocuparse de su hostilidad normal hacia el género humano.

—¿Cómo logró romperlas?

—Hay fuerza en la locura, así como un modo absolutamente original de enfocar los problemas.

Baran empezó a golpear el suelo con el pie.

—Eres nuestra experta en lo tocante a los Viejos Dioses y sus parientes —dijo por fin—
¿Cuánto va a durar todo esto?

Ella meneó la cabeza.

—No hay forma alguna de saberlo. Podría ser permanente. Podría terminar ahora mismo... o en cualquier instante situado entre esos dos límites.

—¿Y no hay nada que podamos hacer para... para acelerar su recuperación?

—Puede que acabe dándose cuenta de su propio estado y proponga un remedio. Es algo que ocurre a veces.

—¿Tuviste este mismo problema con ellos en los viejos tiempos?

—Sí, y el procedimiento era el mismo. Tengo que hablar con él regularmente y debo intentar llegar a su otro yo.

—Y mientras tanto —dijo Baran—, podría matarnos en cualquier momento..., sin las protecciones, con su magia, habiendo enloquecido tal y como está ahora.

—Es posible. Debemos mantenernos en guardia.

Baran lanzó un bufido.

—¿En guardia? Si decide actuar contra nosotros no hay nada que podamos hacer..., ni siquiera huir. —Su mano se movió en un amplio gesto que abarcaba la escena situada más allá de la ventana—. ¿Qué podría cruzar toda esa desolación?

—Los prisioneros la cruzaron.

—Eso fue antes, cuando el efecto no era tan fuerte. ¿Acaso quieres internarte en ese lugar?

—Sólo si no hubiera otra alternativa —contestó ella.

—Y el espejo, como la mayor parte de la magia, no funciona correctamente en estos instantes —siguió diciendo él—. Ni siquiera Jelerak puede llegar hasta nosotros.

—Quizá tenga otros problemas en este momento. ¿Quién sabe?

Baran se encogió de hombros.

—Sea como fuere, el efecto es el mismo —dijo—. Nada puede entrar ni salir de aquí.

—Pero apuesto a que hay muchos intentando entrar. Este lugar debe parecerle una auténtica fruta madura a cualquier hechicero que esté ahí fuera.

—Bien, lo sería... si uno pudiera controlarlo. Por supuesto, nadie de ahí fuera tiene forma de saber lo que anda mal. Sería una auténtica apuesta a ciegas.

—Pero la apuesta no es tan grande para los que estamos dentro, ¿eh?

Baran se lamió los labios y se volvió hacia ella para mirarla.

—No estoy totalmente seguro de percibir el significado de tus palabras...

Y justo entonces apareció un esclavo procedente de los establos, llevando una carretilla cargada con excrementos de caballo. Semirama esperó hasta que el esclavo hubo desaparecido.

—Te he observado —dijo—. Puedo leer en ti, Baran. ¿Crees realmente que eres capaz de apoderarte de este sitio y conservarlo, enfrentándote a tu amo?

—Está perdiendo el control, Semirama. Ya ha perdido una parte de su poder y Tualua es otro fragmento de éste. Creo que podría hacerse, aunque no sería capaz de hacerlo yo solo. Hace muchas eras que no se encuentra tan debilitado.

Ella se rió.

—¿Y tú hablas de eras? ¿Tú hablas de su poder? Yo caminé por este mundo cuando era un lugar mucho más joven que ahora. Reiné en la Gran Corte del Oeste, en Jandar. Conocí a Jelerak cuando luchó contra un dios. ¿Qué son tus escasos siglos para que hables de las eras?

—El dios le venció y sus poderes le dejaron maltrecho...

—Con todo, sobrevivió. No, conseguir tu sueño no sería una tarea fácil.

—Entonces —dijo él—, debo entender que no estás interesada en ello. De acuerdo. Pero límitate a recordar que hay una gran diferencia entre un sueño y una acción. No he hecho nada en contra suya.

—No estoy obligada a informarle de cada una de las palabras sin importancia que se cruzan entre nosotros —dijo ella.

Baran suspiró.

—Te doy gracias por eso —contestó—. Pero fuiste una reina. ¿No deseas poseer de nuevo tal poder?

—Me cansé del poder. Ahora me basta con estar agradecida por vivir de nuevo. Eso se lo debo a él.

—Te hizo volver sólo porque necesitaba a una persona que pudiera hablar con Tualua.

—Sea cual sea la razón...

Se quedaron callados durante un instante, mirando por la ventana. La niebla cambió de posición y tuvieron un atisbo de formas oscuras que se debatían sobre un lecho de arena brillante. Baran agitó su mano junto al lado derecho de la ventana y la imagen se lanzó hacia ellos hasta parecer que se encontraba a sólo unos pasos de distancia: dos hombres y un caballo cargado de impedimenta estaban hundiéndose en el suelo.

—Siguen viniendo —observó Baran—. La fruta madura de la que hablabas... Apostaría a que esos dos son un hechicero y su aprendiz.

Mientras les observaban, una horda de escorpiones rojos, cada uno de ellos tan grande como el pulgar de un hombre, cruzó la arena avanzando hacia las figuras que no paraban de moverse. Al verlos, el primero de los hombres que se estaban hundiendo movió su mano en un gesto lento y prolongado. Un círculo de llamas brotó alrededor de las dos figuras. Los insectos se detuvieron, retrocedieron un poco y empezaron a recorrer el perímetro de llamas.

—Sí. Bueno, ese hechizo ha funcionado...

Baran meneó la cabeza.

—Algunas veces funcionan —dijo ella—. Las energías de Tualua se están moviendo según trazados muy erráticos.

Después de cierto tiempo los insectos se lanzaron sobre las llamas, los cuerpos de los que perecían proporcionándole puentes a sus compañeros. El hechicero, más hundido en el suelo, movió nuevamente su mano y un segundo círculo de fuego se alzó dentro del primero. Una vez más los escorpiones se vieron frustrados, pero esta vez por un tiempo mucho más breve que la primera. Repitieron su asalto contra el fuego y empezaron a cruzar también esta nueva barrera. Para aquel entonces, ya había más escorpiones que avanzaban sobre las arenas para unirse a la primera oleada. El hechicero levantó su mano una vez más e hizo otro gesto. Las llamas florecieron en los comienzos de un tercer círculo. Pero en ese momento las nieblas volvieron a cambiar de posición y todo el paisaje quedó oculto por ellas.

—¡Maldición! —dijo Baran—. Justo cuando empezaba a ponerse interesante... ¿Cuántos círculos más crees que levantará?

—Cinco —contestó ella—. Sólo tenía espacio para ese número.

—Yo habría dicho que cuatro pero quizá tienes razón. Había un poco de distorsión.

En la lejanía se oyó un débil ruido, entre aleteos y golpes ahogados.

—¿Cómo era? —dijo él, pasado un tiempo.

—¿El qué?

—Estar muerta. Verse llamada otra vez aquí después de todo este tiempo. Nunca hablas de ello.

Semirama desvió la mirada de su rostro.

—¿Piensas quizá que pasé el tiempo en algún horrendo infierno? ¿O sería quizá un lugar delicioso y lleno de placeres? ¿O crees que ahora todo me parece sombrío, como

en un sueño? O, de lo contrario, ¿piensas que no hubo nada en ese intervalo? ¿Una negrura vacía?

—Todas esas ideas se me han ocurrido en un momento u otro. ¿Cuál de ellas era la realidad?

—A decir verdad, ninguna —respondió ella—. Atravesé una serie de reencarnaciones..., algunas de ellas muy interesantes, muchas de lo más tedioso.

—¿De veras?

—Sí. En el pasado fui criada en un reino que se encuentra muy lejos de aquí, al este, y donde no tardé en ser la favorita secreta del rey. Cuando Jelerak reanimó mi polvo original y llamó a mi espíritu para que volviera a él, esa pobre chica quedó convenida en una idiota que sólo sabía balbucear. Y podría añadir que ello ocurrió en un momento de lo más incómodo... cuando estaba gozando del abrazo real. —Se quedó callada un instante—. Nunca llegó a darse cuenta de ello —acabó diciendo.

Baran cambió de postura para verle el rostro. Semirama se estaba riendo.

—¡Perra! —dijo él—. Siempre burlándote... ¡Nunca eres capaz de dar una respuesta clara!

—Te has dado cuenta de ello. Sí. Me complace ser quizá la única persona de todo este lugar con cierto conocimiento de un asunto tan profundo... y no compartirlo.

Los ruidos irregulares de algo que se aproximaba se habían vuelto más fuertes.

—¡Oh, mira! ¡Ha despejado! ¡Ahora está trazando el sexto círculo!

Baran lanzó una risita.

—Cierto, eso hace. Pero apenas si es capaz de mover la mano. No sé si logrará trazar otro dentro de éste. Incluso es posible que se hunda antes de que los escorpiones lleguen hasta él. Ahora da la impresión de estarse hundiendo más aprisa.

—¡La niebla ha vuelto a taparle! Ahora nunca sabremos... Los ruidos aumentaron su frecuencia y los dos volvieron a tiempo de ver una criatura de color púrpura con dos ojos que no hacían juego, igual que ocurría con sus piernas, pasar rápidamente junto a ellos en dirección a la estancia que habían abandonado.

—¡No entres ahí! —gritó ella en mabrahoring. Y luego añadió—: ¡Baran! ¡Detenle! ¡No me hago responsable de los resultados si Tualua es molestado por un demonio! Si este lugar pierde sus ataduras con...

—¡Alto! —gritó Baran, dándose la vuelta.

Pero el demonio, con un objeto bastante sospechoso mantenido junto a la fuente de su risita, cruzó velozmente un montón de excrementos y se dirigió hacia el borde del pozo.

Un instante después, el espacio vacío que había directamente ante él pareció abrirse con un sonido igual al de una tela que se rasga, revelando una extensión de absoluta negrura. Los esclavos se apresuraron a huir. El demonio se detuvo y se encogió.

Dentro del oscuro agujero hubo un movimiento. Una mano, enorme y pálida, emergió de él. El demonio se movió rápidamente, echando su cuerpo hacia un lado e intentando retroceder, pero la mano era más rápida. Se lanzó hacia adelante y le cogió por el cuello, levantándolo por encima del suelo. Luego se movió, la zona negra desplazándose con ella, transportando su carga, que se retorció y emitía gorgoteos ahogados, por encima del montón de excrementos, haciéndole cruzar la estancia, salir por el umbral y recorrer la galería.

La Mano se acercó a Baran y Semirama y dejó caer la criatura a los pies del primero. Luego se retiró nuevamente al interior de la oscuridad, a lo cual siguió el sonido de la tela al desgarrarse y luego la atmósfera quedó igual que antes.

Semirama dio un respingo. El objeto que el convulso demonio seguía aferrando era una pierna humana que había estado mordisqueando.

—¡Ha vuelto a entrar donde están los prisioneros! —exclamó ella—. ¡Reconozco ese tatuaje! Era de Joab, el hechicero gordo del Este.

Baran le dio una patada a la criatura en las nalgas y ésta se encogió todavía más.

—¡Mantente lejos de esa estancia! ¡No te acerques a ese pozo! —gritó en mabrahoring, señalando con la mano hacia el otro extremo del vestíbulo—. ¡Si te acercas de nuevo a ese sitio, toda la ira de la Mano caerá sobre ti!

Le dio una nueva patada a la criatura, haciendo que su corpachón quedara tendido en el suelo. El demonio empezó a gemir y apretó con más fuerza la pierna.

—¿Entiendes?

—Sí —gimoteó el ser en la misma lengua.

—Entonces, recuerda mis palabras. ¡Y apártate de mi vista!

El demonio se apresuró a volver por la dirección de la que había venido originalmente.

—Pero los prisioneros... —dijo Semirama.

—¿Qué hay de ellos? —preguntó Baran.

—No se le debería permitir que los considerara como su despensa personal.

—¿Por qué no?

—Jelerak querrá que todos ellos sigan intactos para enfrentarse a su juicio personal.

—Lo dudo. No son tan importantes. Y, si a eso vamos, le resultaría difícil encontrar un destino peor para ellos, sobre todo no teniendo mucho tiempo para pensarlo.

—Con todo..., técnicamente, siguen siendo sus prisioneros. No son nuestros.

Baran se encogió de hombros.

—Dudo que nos veamos obligados a responder por eso. De ser así, yo acepto toda la responsabilidad. —Se quedó callado durante un instante, y luego añadió—: No estoy demasiado seguro de que vaya a volver. —Otro silencio—. ¿Lo estás tú?

Semirama se dio la vuelta para contemplar el neblinoso paisaje que se extendía una vez más detrás de la ventana.

—Realmente, no sabría decirlo. Y, en cuanto a eso, no estoy segura de querer responder a tu pregunta aunque pudiera... por ahora y en este momento.

—¿Qué diferencia hay entre este momento y cualquier otro?

—Es demasiado pronto. En otras ocasiones ha estado fuera mis tiempo que esta vez.

—Ambos sabemos que le ocurrió algo en el Ártico.

—Ha pasado por cosas peores. Estoy segura. Estuve allí en los viejos tiempos..., ¿recuerdas?

—¿Y suponiendo que nunca regrese?

—Ésa es una pregunta académica a no ser que Tualua se recupere.

Los ojos de Baran emitieron un destello y luego estuvo a punto de hacerle un guiño de complicidad.

—¿Y si dijéramos que tu enfermo se recupera mañana?

—Puede preguntármelo entonces.

Baran lanzó un bufido, giró sobre sus talones y partió en la misma dirección que había tomado el demonio. Mientras se marchaba, Semirama contó lentamente usando sus dedos hasta haber llegado al seis. Entonces se detuvo. Había lágrimas en sus ojos.

El terreno era moderadamente montañoso, cubierto por una abundante capa de vegetación primaveral. Meliash estaba sentado en una pequeña estribación del terreno, con la espalda vuelta hacia la cima, su vara de ébano, tan larga como un brazo, en posición vertical ante él, su extremo de la nada hundido un palmo en el suelo. Sus ojos miraban más allá de la vara, al lugar donde las neblinas, teñidas de color rosa por la claridad de la mañana, se movían incesantemente alrededor del área encantada, revelando las transformaciones y nuevos cambios del paisaje. Era un hombre de anchas espaldas y cabellera leonada. Sus atuendos, entre los que el color básico era el naranja, resultaban sorprendentemente ricos para la comarca y la situación que había asumido. De su cuello colgaba una cadena de oro que sostenía una piedra de brillante color azul que hacía juego con sus ojos. Detrás de él sus dos sirvientes iban y venían por el campamento, preparando la comida. Se inclinó lentamente hacia adelante y puso las

yemas de sus dedos sobre la vara. Sus ojos seguían mirando más allá de ésta. Cada vez que en la niebla se producía un remolino o que una oleada de sombras cambiaba de lugar, sus ojos se volvían para contemplarla. Finalmente, se quedó inmóvil y se puso en la postura de quien escucha algo. Luego habló en voz baja y suave y esperó. Repitió esto varias veces antes de levantarse y volver a su campamento.

—Preparad otro plato para el desayuno —dijo a los sirvientes—, pero id disponiendo comida para varias personas más y mantenedla caliente. Va a ser un día interesante.

Los hombres gruñeron pero uno de ellos empezó a sacar verduras de un saco y a limpiarlas. Luego se las pasó al otro, el cual las fue haciendo trocitos y dejándolas caer en la olla.

—Poned también un poco de carne.

—Bien, Meliash. Pero se nos está empezando a terminar —dijo el más anciano de los dos, un hombre de baja estatura con algo de barba.

—Entonces, uno de vosotros tendrá que cazar un poco esta tarde.

—No me gustan nada estos bosques —dijo el otro sirviente, un hombre delgado y de rasgos afilados, con los ojos muy oscuros—. Es posible que algún hombre-bestia o cualquier otro engendro deforme haya llegado hasta aquí.

—Los bosques son lugar seguro —replicó Meliash.

El más bajo de los dos hombres empezó a cortar en pedazos un poco de carne.

—¿Cuánto tiempo falta para que llegue el invitado? —preguntó.

Meliash se encogió de hombros y se apartó de ellos, contemplando la colina que se alzaba detrás del campamento.

—No tengo forma de calcular lo rápidamente que puede viajar otra persona. Yo...

Algo se movió y Meliash se dio cuenta de que era una bota de color verde, asomando tras el árbol de tronco retorcido que había ante él. Un par de botas...

Meliash se quedó inmóvil y alzó la cabeza. Una silueta bastante alta, el sol a su espalda...

—Buenos días —dijo, entrecerrando los ojos y haciéndose sombra en ellos con la mano—. Soy Meliash, guardián de la Sociedad para este sector...

—Lo sé —le respondieron—. Que tengas un buen día, Meliash.

La silueta avanzó sin hacer ningún ruido. Era una mujer, delgada, la cabellera de color claro, así como la tez, los ojos verdes y los rasgos delicados. Vestía una capa, cinturón y en la cabeza llevaba una cinta que hacía juego con sus botas verdes; sus pantalones y su blusa eran negros, su jubón, de cuero marrón. De su cinturón colgaban unos gruesos guantes negros, así como una espada corta y un cuchillo de hoja bastante considerable. En su mano izquierda había un arco ligero, sin tensar, hecho con una madera rojiza que Meliash no reconoció. Sí reconoció el grueso anillo negro con el dibujo verde que había en el segundo dedo de esa mano, sin embargo. Prescindiendo del signo usado en la Sociedad para reconocerse mutuamente, puso una rodilla en tierra, haciendo una reverencia.

—Señora de Marinta... —dijo.

—Levántate, Meliash —replicó ella—. Estoy aquí por causa del asunto al cual sirves de testigo. Llámame Arlata.

—Me gustaría disuadirlos..., Arlata —dijo él, poniéndose en pie—. El riesgo es muy grande.

—También lo es la ganancia —contestó ella.

—Venid y desayunad conmigo —dijo él—, y os contaré algunas cosas al respecto.

—Ya he comido —respondió ella, yendo con él hacia el campamento—, pero me uniré a ti para conversar.

Le acompañó hasta una mesita sostenida por un trípode que se encontraba al sur del fuego y tomó asiento en un banco, a su lado.

—¿Puedo servirlos ya? —preguntó el más joven de los sirvientes.

—¿Queréis tomar un poco de té? —preguntó Meliash.

—Sí, tomaré un poco.

Meliash le hizo una seña con la cabeza a su sirviente.

—Dos té.

Estuvieron sentados en silencio en tanto que se preparaba la infusión, que luego fue servida y colocada ante ellos, contemplando la tierra cambiante con sus neblinas, los ojos vueltos hacia el oeste. Cuando la mujer hubo probado su té, Meliash alzó su taza y tomó también un sorbo.

—Resulta bueno en esta fría mañana.

—Es bueno en cualquier mañana. La hierba es magnífica.

—Gracias. ¿Por qué deseáis ir a ese lugar, señora?

—¿Por qué iba a desearlo nadie? Ahí hay poder.

—A no ser que los comentarios que he oído fueran muy equivocados, ya poseéis un considerable poder, por no mencionar riquezas de un tipo más mundano.

Ella sonrió.

—Supongo que así es. Pero el poder encerrado en ese curioso lugar es enorme. Conseguir el control de ese Viejo... Puedes considerarme una idealista, pero entonces sería capaz de hacer mucho bien. Podría aliviar muchas de las miserias de este mundo.

Meliash suspiró.

—¿Por qué no podéis ser una egoísta como los demás? —preguntó—. Sabéis que una parte del trabajo que desempeño aquí es desanimar tal tipo de expediciones. Vuestro motivo hace que en este caso resulte todavía más difícil.

—Conozco la posición de la Sociedad. Decía que Jelerak puede volver en cualquier momento y la presencia de intrusos podría crear un incidente que implicaría a toda la Sociedad. Eres un testigo cuyo criterio resulta indiscutible, como lo son los otros cuatro colocados alrededor del lugar. Para satisfacer lo que pide la Sociedad, doy mi juramento de que actúo únicamente en interés mío durante toda esta empresa. ¿Resulta suficiente eso?

—Técnicamente, sí. Pero no era ahí adonde deseaba llegar. Incluso si lográis pasar, el castillo sigue teniendo sus defensas y los agentes de su amo siguen presumiblemente al mando del lugar. Pero, dejando todo eso aparte por el momento, dudo fuertemente que se pueda obligar a uno de los Viejos durante mucho tiempo para que haga el bien, aunque consiguierais obtener cierto grado de control sobre la criatura. Son una estirpe podrida y es mejor dejarles que duerman. Volved a los reinos de los Elfos, señora. Haced vuestras caridades siguiendo caminos más simples. Incluso si triunfáis, os digo que habrías fracasado.

—Ya he oído todo esto antes —replicó ella—, y he meditado mucho sobre el asunto. Agradezco tu consideración, pero estoy decidida.

Meliash sorbió su té.

—Lo he intentado —dijo por fin—. Si os ocurre algo cuando aún seáis visible desde aquí, intentaré rescataros. Pero no me es posible prometer nada.

—No te he pedido nada.

Acabó su té y se levantó.

—Ahora debo marcharme.

Meliash se puso en pie.

—¿Por qué apresurarse? El día es joven. Luego hará más calor y estará más despejado..., y quizá llegue otra persona buscando lo mismo que vos. Quizá siendo dos podríais tener una mejor oportunidad...

—¡No! No compartiré lo que pueda conseguirse.

—Como deseáis. Venid, os acompañaré hasta el perímetro.

Cruzaron el campamento hasta llegar al sitio donde la hierba empezaba a clarear. Unos cuantos pasos más allá, el follaje tenía el color céreo de los cadáveres.

—Ahí lo tenéis —dijo él, señalando con la mano—. Aproximadamente dos leguas de diámetro, la forma más o menos circular. El castillo se encuentra en el punto más elevado, en algún lugar cercano al centro. Hay cinco representantes de la Sociedad estacionados alrededor de su periferia a distancias casi iguales el uno del otro, para estudiar el efecto, y para aconsejar y servir de testigos. Si debéis usar la magia, quizá descubráis que vuestros esfuerzos tienen un resultado impecable; pero también es posible que vuestros hechizos se vean aumentados, disminuidos, anulados o distorsionados en una forma o en otra. Puede que se os aproximen criaturas inofensivas y otras que no lo sean..., y también es posible que sea el mismo paisaje quien intente entrar en contacto con vos. No hay forma alguna de pronosticar cómo será vuestro viaje. Pero no creo que sean muchos los que han conseguido cruzar. Si algunos lo han logrado, al parecer nada ha cambiado después de eso.

—¿Lo atribuyes a los defensores del interior?

—Parece probable. El castillo no da la impresión de haber sufrido daños.

—Lo que me parece cierto —dijo ella, mirándole a los ojos—, es que no se pueden basar ningún tipo de conclusiones en el estado de ese castillo. No es como las demás edificaciones.

—Nunca lo he sabido a ciencia cierta, aunque puede haber algo de verdad en esto. La Hermandad..., mejor dicho, la Sociedad, está comprobándolo ahora.

—Bueno, pues yo sí lo sé. Podría haberos ahorrado esa molestia. ¿No sabrás por casualidad quién estaba al mando del lugar cuando ocurrió todo esto?

—Sí. El que llaman Baran, el de la Otra Mano. Había sido un miembro bien considerado de la Sociedad hasta hace unos cuantos años, cuando se pasó a Jelerak.

—He oído hablar de él. Parece ser el tipo de hombre que habría intentado conseguir el poder para sí mismo, si se le hubiera presentado la oportunidad.

—Quizá lo intentó y éste fue el resultado. No lo sé.

—Espero descubrirlo muy pronto. ¿Tienes algún consejo que darme?

—No gran cosa, realmente. Primero, cubrios con un hechizo general de protección...

—Eso ya ha sido hecho.

—...y prestad atención a las olas de perturbación a medida que avancéis. Parece que salen hacia el exterior y dan la vuelta al lugar yendo de derecha a izquierda, acumulando fuerza a medida que se mueven. Dependiendo de su intensidad, pueden pasar por el mismo punto, sea el que sea, de una a tres veces. Su velocidad es normalmente la de una ola en el océano durante un día agradable. En su estela las cosas cambian y los efectos de vuestros hechizos serán más severos en su cresta.

—¿Hay algún período en ellas?

—Ninguno que hayamos sido capaces de localizar. Puede que haya largos intervalos de calma y puede que haya varios en rápida sucesión. Empiezan a producirse sin ningún aviso previo.

Se quedó callado y ella le miró. Él apartó los ojos.

—¿Sí? —le preguntó ella.

—En caso de que os vierais vencida —dijo él—, incapaz de retiraros o de avanzar..., para decirlo brevemente, si no conseguís cruzar... apreciaríamos que intentarais usar uno de los medios que se encuentran a disposición de la Sociedad para comunicarme todos los detalles.

Meliash contempló la vara que estaba cerca de ellos, clavada en el suelo.

—Si veo que voy a morir y, aun así, tengo la fuerza suficiente para ello, tendréis los datos para los archivos —contestó ella—, o para cualquier otro uso al que puedan ser aplicados... si el mensaje puede llegaros.

—Gracias. —Él la miró a los ojos—. No puedo hacer sino desearos buena suerte.

Ella le dio la espalda a la tierra cambiante y silbó suavemente tres notas.

Meliash se volvió a tiempo para ver un caballo blanco con la crin dorada que salía del bosque situado más allá del campamento y venía hacia ellos, la cabeza erguida. La belleza del animal que se aproximaba le hizo contener el aliento.

Cuando el caballo hubo llegado hasta ella, Arlata cogió su cabeza entre las manos y le habló en élfico. Luego montó en él con gesto veloz y lleno de gracia y se encaró una vez más con la tierra cambiante.

—La oleada más reciente tuvo lugar justo antes del amanecer —dijo él—, y durante algún tiempo las cosas han parecido aclararse más allá de esos dos pináculos anaranjados que se encuentran a la derecha... Creo que los veréis dentro de un instante.

Esperaron hasta que una brisa removió la neblina y los dos promontorios gemelos de piedra fueron visibles durante unos segundos.

—Lo intentaré —dijo ella.

—Mejor que lo consigáis vos que no los otros.

Ella se inclinó sobre su montura y le habló en voz baja y suave. El caballo avanzó con paso fluido hacia la pálida tierra. En apenas unos instantes los dos se habían vuelto siluetas tenues que se movían sin hacer ni el más mínimo ruido.

Meliash se volvió nuevamente hacia su campamento, tocando la vara de color oscuro al pasar junto a ella. Y se detuvo al instante, con el entrecejo fruncido, pasando las yemas de sus dedos a lo largo de la vara, para acabar acucillándose a su lado. Finalmente, abrió una bolsita de cuero que colgaba de su cinturón, sacó de ella un pequeño cristal amarillo, lo sostuvo en alto y pronunció unas cuantas palabras. El rostro de un hombre barbudo, mayor que él, apareció en las profundidades del cristal.

—¿Sí, Meliash?

Las palabras sonaron dentro de su cabeza.

—Estoy recibiendo vibraciones peculiares —dijo él—. ¿Y tú? ¿Está empezando otra ola por ahí?

El hombre barbudo meneó la cabeza.

—Aquí todavía no hay nada.

—Gracias. Probaré con Tarba.

Mientras Meliash pronunciaba otras palabras, el rostro se desvaneció para verse sucedido por el de un hombre de tez oscura tocado con un turbante.

—¿Cómo van las cosas en tu sector? —le preguntó.

—Tranquilas —replicó Tarba.

—¿Has comprobado recientemente tu vara?

—Ahora mismo estoy junto a ella. Nada.

Comunicó con el resto de los guardianes de las varas, un hombre bastante mayor, de gruesos mofletes y brillantes ojos azules, y un joven con el rostro surcado por profundas arrugas. Sus respuestas fueron idénticas a las de los otros.

Tras haber devuelto el cristal a su bolsita, se quedó inmóvil durante algún tiempo contemplando la tierra cambiante, pero en ella no se había producido ninguna nueva oleada. Tocó la vara una vez más para descubrir que las vibraciones que le habían preocupado ya no existían.

Volvió a su campamento y tomó asiento ante la mesa, el mentón apoyado en los puños, los ojos entrecerrados.

—¿Sirvo el desayuno ahora? —le preguntó el más joven de los dos sirvientes.

—Deja que se cueza un poco más. Tienen que llegar todavía algunos otros —respondió Meliash—. Pero tráeme un poco de te.

Más tarde, mientras estaba sentado bebiéndolo, derramó un poco sobre la mesa y empezó a trazar dibujos con sus dedos. El castillo, así... Un pentagrama de vigilantes a su alrededor, de esta forma... Olas que brotaban en espirales hacia fuera, de esta manera, generalmente surgiendo por el oeste...

Una sombra cayó sobre el diagrama y Meliash alzó los ojos. Un joven de cabello negro y estatura mediana, con los ojos oscuros y una curva risueña en los labios, estaba inmóvil junto a él. Vestía una túnica amarilla y pantalones de piel negra; la hebilla de su cinturón y el broche de su capa marrón estaban hechos de bronce. Llevaba la barba corta y cuidadosamente recortada. Cuando Meliash alzó la vista movió la cabeza y sonrió.

—Lo siento. No os he oído llegar —dijo Meliash.

Miró a los sirvientes, pero éstos se hallaban con la atención puesta en otra parte.

—Y, con todo, ¿sabíais de mi llegada?

—En una forma general, sí. Mi nombre es Meliash. Soy el guardián de la Sociedad en este lugar.

—Lo sé. Soy Weleand de Murcave. He venido para cruzar la tierra cambiante y reclamar el Castillo sin Tiempo que se alza en el centro de ella.

—¿Sin Tiempo...?

—Algunos de nosotros lo conocemos por ese nombre.

Intercambiaron el signo de la Sociedad.

—Sentaos —dijo Meliash—. Acompañadme durante mi desayuno. Supongo que os será igual empezar con algo de comida caliente dentro del estómago.

—No, gracias, ya he comido.

—¿Una taza de té?

—Prefiero no perder el tiempo. El camino que he escogido es muy largo.

—Me temo que no puedo deciros gran cosa sobre él.

—Sé todo lo que necesito saber al respecto —replicó Weleand—. Lo que sí me gustaría saber es cuánto tráfico habéis visto en el día de hoy.

—Hoy sois el segundo. Llevo dos semanas estacionado aquí.

Sois el número doce que llega en esta dirección. Creo que hemos registrado en total a treinta y dos.

—¿Sabéis si alguno de ellos ha conseguido pasar?

—Lo ignoro.

—Bien.

—Supongo que tengo pocas esperanzas de intentar persuadiros para que no lo intentéis, ¿verdad?

—Supongo que estáis obligado a intentarlo con todo el mundo. ¿Os ha hecho caso alguno?

—No.

—Ahí tenéis vuestra respuesta.

—Obviamente, habéis decidido que el poder a ganar vale el riesgo. Pero ¿qué haríais con él si lo consiguierais?

Weleand bajó la cabeza.

—¿Qué haría? —dijo—. Enderezaría cuanto está torcido. Iría de un lado a otro del mundo, desde un confín al otro, reparando injusticias y recompensando virtudes. Lo utilizaría para hacer de esta tierra un sitio mejor en el que vivir.

—¿Y qué ganaríais con eso?

—La satisfacción de hacerlo.

—Oh. Bien, supongo que debe resultar satisfactorio. Sí, por supuesto. ¿Estáis seguro de que no queréis tomar un poco de té?

—No. Será mejor que me ponga en movimiento. Me gustaría haber cruzado antes de que anochezca.

—Entonces, buena suerte.

—Gracias. Oh, por cierto..., de los otros treinta y uno que habéis mencionado, ¿era uno de ellos un tipo alto con botas verdes montado en un caballo metálico?

Meliash meneó la cabeza.

—No, nadie así ha pasado por este camino. Las únicas botas élficas que vi las llevaba una mujer..., no hace mucho tiempo de eso.

—¿Y quién podía ser esa dama?

—Arlata de Marinta.

—¿De veras? Qué interesante.

—¿De dónde decís que sois?

—De Murcave.

—Me temo que no conozco ese sitio.

—Es un reino pequeño, situado muy al este. He tenido una pequeña parte en hacer que fuera un lugar feliz.

—Ojalá pueda seguir siéndolo —dijo Meliash—. ¿Un caballo metálico, decís?

—Sí.

—Nunca he visto nada parecido. ¿Creéis que puede venir por esta dirección?

—Cualquier cosa es posible.

—¿Qué otra cosa hay en él de especial?

—Creo que es uno de nuestros hermanos oscuros en el Arte. Si triunfara, es imposible predecir qué maldades pondría en práctica.

—La Sociedad no piensa asumir ningún tipo de postura en cuanto a quién puede probar suerte en esta aventura y quién no.

—Lo sé. Con todo, no es necesario molestarse en ayudar a tal persona dándole consejos y buenas indicaciones sobre el camino a seguir, si comprendéis lo que intento deciros...

—Creo que lo comprendo, Weleand.

—... y su nombre es Dilvish.

—Lo recordaré.

Weleand sonrió y alargó la mano para tomar un báculo cubierto de complejas tallas que estaba apoyado en un árbol. Meliash no se había fijado en él hasta ese momento.

—Ahora seguiré mi camino. Que tengáis buen día, guardián.

—¿No tenéis ninguna montura, ningún animal de carga?

Weleand meneó la cabeza.

—Mis necesidades son pocas.

—Entonces, adiós, Weleand, y que os vaya bien.

Su interlocutor se dio la vuelta y se alejó hacia la tierra cambiante. No miró hacia atrás. Pasado cierto tiempo, Meliash se puso en pie y le contempló hasta que la niebla se tragó su silueta.

2

Hodgson se esforzó luchando con las cadenas. Le causaron heridas en las muñecas y los tobillos, pero la pérdida de peso sufrida durante su mes de prisión le daba la flexibilidad que deseaba. Usando el dedo gordo de su pie derecho, continuó la línea que había estado trazando sobre el sucio suelo, uniéndola por fin con la que había dibujado su compañero más próximo. Luego su cuerpo se aflojó, colgando de sus cadenas y respirando pesadamente.

Al otro extremo de la estancia, cerca de la entrada, Odil —que era más bajo que los otros— luchaba de forma similar por dibujar un carácter en su sección del diagrama.

—¡Aprisa! —exclamó el brujo de tez oscura, Derkon, que estaba suspendido a la derecha de Hodgson—. Creo que se acerca uno.

Dos magos menores encadenados al mismo banco, situado a lo largo de la pared y a su izquierda, asintieron con la cabeza.

—Quizá sería mejor que empezáramos a ocultarlo —sugirió uno de ellos—. Odil ya sabe dónde va su parte.

—Sí —respondió Hodgson, volviendo a erguirse—. ¡Escondamos esta maldita cosa de la maldita criatura! —Extendiendo su pie, lanzó un poco de paja hacia el centro del diagrama—. ¡Pero con cuidado! ¡No lo estropeéis!

Los demás se unieron a él, dando patadas y tapando con paja los fragmentos del suelo que había en sus secciones. Odil completó otro trazo de su carácter. La habitación se llenó de un extraño resplandor azulado y un pájaro muy pálido, que no había estado allí antes, fue aleteando de una esquina a otra hasta que finalmente encontró el umbral y salió por él.

El resplandor se fue apagando. Derkon murmuró algo en voz baja, Odil logró añadir otro trazo a su dibujo.

—Creo que oigo algo —dijo el hombre de la izquierda, el que se encontraba más cerca de la puerta.

Todos se quedaron callados, escuchando. En el exterior de la estancia se oyó un débil chasquear, como si algo rascara la piedra.

—Odil — dijo Hodgson en voz baja—. Por favor...

El hombrecillo empezó a debatirse una vez más. Los otros intentaron ocultar todavía mejor sus dibujos. Del exterior les llegó un jadeo ahogado. Odil trazó un par de líneas paralelas, la segunda más larga que la primera, y luego trazó cuidadosamente una perpendicular a esta última. Apenas hubo completado su dibujo se quedó inmóvil, el cuerpo flácido, su rostro brillando a causa del sudor.

—¡Hecho! —dijo Derkon—. Siempre que su naturaleza no haya sido también alterada, claro está.

—¿Te sientes con fuerzas? —le preguntó Hodgson.

—Será mi primer placer desde que vine a este sitio —contestó el otro, y empezó a entonar en voz muy baja ciertas palabras preliminares.

Pero pasó largo tiempo antes de que ocurriera nada más. Todos miraron repetidamente hacia las cadenas vacías de las cuales había colgado el hombre llamado Joab, así como a la pared cubierta de líneas oscuras que había tras ellas. Derkon había completado las primeras etapas de su trabajo y en sus ojos de color claro había una expresión absorta y lejana en tanto que éstos contemplaban fijamente lo que tenía delante, sin pestañear. Hodgson se había inclinado un poco hacia él, murmurando algo de vez en cuando, como si intentara transferirle las energías que aún le quedaban. Unos cuantos de los demás prisioneros habían asumido actitudes similares.

La criatura apareció súbitamente en el umbral y saltó sin perder un instante hacia Hodgson, quien se encontraba encadenado a la pared justo delante de ella. Su cuerpo era un confuso relámpago rojo terminado en una gruesa cola y coronado por astas, los ojos ardiendo con un brillo rojizo, las oscuras garras extendidas.

Cuando llegó al centro de la plataforma disimulada lanzó un alarido que casi les perforó los tímpanos y se esforzó por avanzar como si se enfrentase a un muro invisible, los colmillos marfileños de su mueca continua entrechocando unos con otros en un ruido claramente audible, anhelando cerrarse sobre su presa.

Derkon pronunció una sola palabra, con voz firme y carente de emoción.

La criatura gimió y su cuerpo se volvió más oscuro. Su carne empezó a researse, como si estuviera siendo quemada por llamas invisibles. Con el rostro horriblemente convulsionado, empezó a golpearse el cuerpo. Entonces, de repente, hubo un destello muy brillante y la criatura desapareció.

Un suspiro colectivo llenó la estancia. Unos instantes después, los prisioneros empezaron a sonreír.

—Funcionó... —dijo alguien con un jadeo.

Derkon se volvió hacia Hodgson y movió la cabeza en algo que se parecía a la reverencia de un cortesano.

—No está mal para un mago blanco. Realmente, no creía que fuera posible hacerlo.

—Yo tampoco estaba muy seguro —contestó Hodgson.

—Buen espectáculo —dijo uno de los dos hombres que estaban a su izquierda.

—Tenemos una trampa para demonios que funciona —dijo el otro.

—Ahora que hemos asegurado nuestra supervivencia durante un poco más de tiempo —dijo Hodgson—, tenemos que dar con un medio para salir de aquí y planear lo que haremos una vez que estemos libres.

—A mí lo que me gustaría es salir de aquí, olvidarme de todo y volver a casa —dijo Vane, el más cercano de los dos hombres que estaban en el banco—. He probado una y otra vez con los hechizos que conozco para librarme de grilletes o ataduras y ninguno funciona aquí.

Galt, su compañero, que estaba a su izquierda, asintió.

—Llevo semanas desgastando el eslabón más débil de mi cadena, como el resto de vosotros, supongo, porque no hay otra cosa que funcione aquí —dijo Galt—. He avanzado un poco pero parece que todavía pasarán más semanas antes de que ceda. Supongo que nadie conoce alguna solución mejor, ¿verdad?

—Yo no —respondió Odil.

—Parece que hemos quedado limitados a los medios físicos —dijo Derkon—. Todos debemos seguir desgastando nuestras cadenas hasta que exista una posibilidad mejor. Pero supongamos que eso ocurre..., o que conseguimos liberarnos por el método más lento. Entonces, ¿qué? Hodgson tiene mucha razón en lo que ha dicho antes. ¿Tenemos que huir corriendo de aquí, y nada más? ¿O intentamos apoderarnos del lugar?

El hechicero Lorman, el más viejo de todos, había colgado en silencio sus cadenas, sumido en las sombras de su rincón. Cuando decidió hablar por fin, su voz era un áspero graznido.

—Sí. Debemos intentar liberarnos de estas cadenas por medios físicos. Las mareas de Tualua hacen que la magia resulte demasiado insegura. Con todo, debemos seguir intentando los hechizos pues algunas veces descansa y hay breves interludios en los cuales quizá las cosas funcionen de la forma correcta. Lo malo es que estamos en una pésima situación con respecto a su pozo. Su fuerza viene en esta dirección antes de que empiece el remolino. Hay sitios en este castillo que se encuentran libres de su interferencia... Por ejemplo, una larga galería cercana a su pozo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Derkon.

—La fuerza que bloquea nuestra magia no ha interferido con mi habilidad para percibir cosas en otros planos —replicó el anciano—. He visto lo que os digo... y más cosas.

—Entonces, ¿por qué no has hablado de ello antes?

—¿Qué bien nos habría hecho? No puedo predecir cuándo habrá una interrupción en el flujo, ni el tiempo que durará.

—Si pudieras avisarnos de cuándo se produce una interrupción, al menos podríamos poner a prueba nuestros hechizos —dijo Hodgson.

—Y entonces, ¿qué? De todas formas, sentí que estábamos condenados.

—Hablas en pasado —observó Derkon.

—Entonces, ¿has visto algo que te da esperanzas?

—Es posible.

—Tu vista es mucho mejor que la nuestra, Lorman —afirmó Hodgson—. Tendrás que contarnos todo lo que sepas al respecto.

El viejo hechicero alzó su cabeza. Tenía los ojos de color amarillo y no estaban centrados en nada de lo que se encontraba presente en la habitación.

—Hay un hechizo superior..., una gran obra, de hace mucho tiempo, algo que, en cierta forma, parece encargarse de mantener la cohesión de este lugar...

—¿Es de Tualua? —preguntó Vane.

Lorman meneó lentamente la cabeza.

—No. No es obra suya. Quizá fue el mismo Jelerak quien lo hizo nacer. No puedo decirlo. No lo comprendo. Siento su existencia, sencillamente. Es muy viejo y se encarga de mantener unido este lugar.

—¿Cómo puede ayudarnos eso cuando ni tan siquiera estás seguro de su función?

—No importa si lo comprendo o no. ¿Qué harías si tus cadenas cayeran al suelo en este mismo instante?

—Irme a casa —respondió Vane.

—¿Saldrías por la puerta? ¿Volverías andando? ¿Cuántos guardianes, esclavos, zombies y demonios habitan este lugar? Y digamos que tienes éxito en pasar junto a ellos. ¿Disfrutarías mucho con el paseo a través de la tierra cambiante?

—Logré cruzarla una vez —dijo Vane.

—Ahora estás más débil.

—Cierto. Perdóname. Sigue hablando. ¿Cómo puede ayudarnos el hechizo superior?

—No puede ayudarnos. Pero quizá su ausencia sí nos ayude.

—Romper un hechizo de cuya función no estás muy seguro... ¿Uno que quizá está manteniendo la cohesión de las cosas? —preguntó Derkon.

—Exactamente.

—Aun concediendo que pudiera hacerse, quizá nos destruyera a todos.

—Pero quizá no fuera así, mientras que si no hacemos nada es prácticamente seguro que estamos perdidos.

—¿Cómo lo haríamos? —preguntó Hodgson—. Generalmente, hace falta conocer la naturaleza exacta de un hechizo para deshacerlo.

—Un hechizo de canalización sencillo pero poderoso. Si logramos llegar hasta la galería y combinamos nuestros esfuerzos...

—¿Y contra qué los estaríamos canalizando exactamente? —preguntó Hodgson.

—Bueno, contra la única criatura que se encuentra cerca de aquí y que emite un flujo de fuerza tremendo... contra las emanaciones del propio Tualua.

—Supongamos que tenemos éxito —dijo Derkon—, y supongamos que el hechizo superior se rompe..., ¿tienes alguna idea sobre cuál podría ser el resultado?

—Este lugar es conocido en los antiguos relatos como el Castillo sin Tiempo —dijo Lorman—. Ningún hombre está enterado de cuál es su origen o su edad. Sospecho que se trata de un hechizo de conservación. Si se rompe, tengo la impresión de que el lugar podría derrumbarse a nuestro alrededor, y es posible incluso que se desvaneciera, convirtiéndose en polvo y gravilla.

—¿Y cómo nos ayudaría eso? —preguntó Galt.

—Ya no habría un castillo de cuyo interior debiéramos escapar..., sólo escombros y confusión. Tualua absorbería el rebote producido por nuestra acción, dado que sería su fuerza la que se volvería entonces contra el hechizo superior. Puede que se debilite lo suficiente como para cesar sus emanaciones. La tierra cambiante quedaría estabilizada y nuestra magia volvería a funcionar. Entonces podríamos partir, listos para vérnoslas con cualquier desafío que entrara dentro de la normalidad.

—¿Y suponiendo que en lugar de aturdirle, lo que haga sea poner frenético a Tualua? —preguntó Hodgson—. Supongamos que empieza a destruirlo todo...

Lorman sonrió débilmente y se encogió de hombros.

—Seis hechiceros menos en el mundo —dijo—. Por supuesto, hay un riesgo. Pero considerad la alternativa a él.

—Usas el singular —dijo Derkon—. Hay más de una alternativa.

—Si tienes un plan mejor, te ruego que me lo expliques.

—Hasta cierto punto, no tengo nada mejor que ofrecer —afirmó Derkon—. Si se trata de liberarnos, puedo imaginarme ejecutando el hechizo de canalización del cual has

hablado para romper el hechizo superior. Pero digamos que las cosas toman el rumbo que tú has supuesto...: logramos salir con vida y Tualua queda incapacitado. Bueno, en ese momento no me imagino huyendo de aquí. Entonces ocuparíamos una situación envidiable: media docena de hechiceros, unidos y en plena posesión de nuestros poderes, con un Viejo indefenso a nuestros pies. Seríamos unos estúpidos si no actuáramos entonces para hacerle prisionero, como cada uno de nosotros había planeado intentar en un principio. De hecho, me parece que tendríamos buenas oportunidades de triunfar.

Lorman se mordisqueó el bigote.

—También a mí se me ha ocurrido tal curso de acción —dijo por fin—, y no puedo ofrecer ninguna objeción racional en contra suya. Con todo... tengo la sensación..., sí, tengo la fuerte sensación de que lo mejor que podemos hacer es alejarnos de aquí lo máximo posible y tan pronto como esté en nuestras manos. No logro ver la naturaleza del peligro que sobrevendrá si nos quedamos aquí, esperando, pero estoy seguro de que será grave.

—Pero admites que se trata sólo de una sensación, de un temor...

—Un temor muy fuerte.

Derkon miró a los demás.

—¿Qué pensáis de todo esto? —les preguntó—. Si logramos llegar tan lejos, ¿intentamos apoderarnos de la recompensa o salimos corriendo?

Odil se lamió los labios.

—Si intentamos hacer eso y fracasamos —dijo—, todos moriremos..., o puede que nos ocurra algo todavía peor.

—Cierto —replicó Derkon—. Pero todos nos enfrentamos en forma individual a lo que era básicamente la misma decisión cuando tomamos en consideración la posibilidad de venir aquí... y todos vinimos. Siguiendo mi idea, lo cierto es que estaríamos en una posición más fuerte..., unidos.

—Con todo, jamás había comprendido cuál era la magnitud del poder de Tualua hasta hace muy poco tiempo —dijo Odil.

—Lo cual aumenta la recompensa en caso de triunfar.

—Cierto...

Miró a Vane.

—Parece que vale la pena intentarlo —dijo éste.

Galt asintió ante estas palabras.

—¿Hodgson?

Hodgson les miró rápidamente, pasando sus ojos de uno a otro, como si acabara de comprender lo importante que sería su decisión. Derkon era un discípulo confeso de las fases más oscuras del Arte. Lorman lo había sido pero en su ancianidad parecía haber variado un tanto su postura en algunos puntos. Los demás pertenecían a la especie más bien grisácea de hechiceros sin compromiso definido que formaba la mayoría de los practicantes del Arte. Sólo Hodgson se había declarado seguidor del camino blanco.

—Tu plan tiene bastante mérito —le dijo a Derkon—. Pero supongamos que tenemos éxito. Nuestros fines serían distintos. Todos estaríamos pensando en usos diferentes para el poder y desearíamos emplearlo en formas distintas. La siguiente lucha tendría lugar entre nosotros mismos.

Derkon sonrió.

—Los conflictos entre nosotros pueden tener lugar durante el curso normal de nuestros asuntos —dijo—. En éste, al menos, tendremos una ocasión de hablar sobre las cosas antes de cometer ninguna imprudencia.

—Y más tarde o más temprano, estamos condenados a no ponernos de acuerdo sobre algún punto.

—Así es la vida —dijo Derkon, encogiéndose de hombros—. Podemos solventar nuestras diferencias a medida que éstas vayan surgiendo.

—Lo cual quiere decir que si logramos controlar a Tualua, sólo uno de nosotros seguirá con vida el tiempo realmente suficiente como para gozar de tal control.

—No tiene necesariamente por qué...

—Pero ocurrirá. Sabes que ocurrirá.

—Bien... ¿Qué debemos hacer entonces?

—Hay varios juramentos de gran poder que podrían protegernos de nosotros mismos —dijo Hodgson.

Vio que el rostro de Odil se animaba ante estas palabras... igual que el de Vane y el de Lorman. Derkon se tragó la respuesta despectiva que iba a soltarle en cuanto percibió tales reacciones.

—Da la impresión de que ésa es la única manera de conseguir una plena cooperación —dijo pasado un instante—. Hará que la vida sea un poco menos interesante. Pero, por otra parte, es muy posible que la prolongue. —Se rió—. Muy bien. Estoy de acuerdo en ello, si es que los demás también lo están.

Vio que Galt asentía con la cabeza.

—Entonces, adelante con ello —dijo.

Semirama entró en la Estancia del Pozo. Los montones de color marrón habían disminuido mucho. Las palas estaban apoyadas contra la pared más cercana. Los esclavos se habían marchado. Baran estaba en el cuarto que Jelerak usaba como estudio, intentando recuperar algunos hechizos perdidos de sus mohosos volúmenes.

Semirama fue lentamente hacia el borde del pozo. Bajo ella, la superficie del líquido que lo llenaba seguía inmóvil y tranquila. Una vez más, sus ojos examinaron la habitación. Luego se inclinó hacia adelante y emitió un agudo trino musical.

Un tentáculo rompió en un gesto vacilante la oscura y fangosa capa de líquido. Un instante después, su exótica llamada fue respondida de la misma forma.

Semirama rió en voz baja y se instaló en el reborde del pozo, dejando colgar las piernas por encima de éste. Empezó a emitir una larga serie de trinos y murmullos, deteniéndose de vez en cuando para escuchar las respuestas que le llegaban en el mismo lenguaje. Pasado un tiempo, un largo tentáculo se irguió hasta posarse en un gesto acariciante sobre su pierna y luego siguió subiendo.

Arlata de Marinta guiaba su montura a un paso bastante lento. Un poco después de haber pasado por entre los pináculos anaranjados, el viento había aumentado su intensidad, lanzando ocasionalmente ráfagas de una fuerza suficiente para hacer que su capa se moviera en incómodas posiciones alrededor de su rostro, restringiendo la capacidad de acción de sus brazos. Arlata acabó metiendo parte de la capa dentro de su cinturón. Se bajó la capucha para protegerse los ojos y la ató con un cordoncillo para que no se moviera. Las nieblas giraban a su alrededor y la visibilidad estaba empeorando en lugar de mejorar, ya que grandes cantidades de polvo y arena eran impulsadas por el viento y flotaban en la atmósfera. Una luz amarronada bañó el paisaje y Arlata acabó refugiándose tras un pequeño risco de piedra color naranja.

Se quitó la arena de las ropas. Su montura piafaba y arañaba el suelo con las patas. Oyó una serie de leves y delicados tintineos.

Al mirar hacia abajo vio que alrededor de la base de la piedra había un débil resplandor. Sorprendida, desmontó y se acercó a la zona que se encontraba más cerca de los cascos de su montura. Alzó entre sus dedos una flor de cristal amarillo, con el tallo roto, y la examinó.

En ese instante algo que parecía una carcajada llegó a ella dominando el gemido del viento. Levantando los ojos, Arlata contempló un rostro inmenso formado por un torbellino

de arena que había surgido al lado de su refugio. Su enorme y hueca boca tenía la forma de una sonrisa convulsa. Tras los agujeros de sus ojos había un vacío oscuro. Poniéndose en pie, vio que de lo que podía llamarse su mentón hasta el lugar donde su frente se mezclaba con los remolinos de polvo el rostro era más alto que ella. La flor de cristal cayó de entre sus dedos, haciéndose pedazos a sus pies.

—¿Qué eres? —preguntó.

Como en contestación, el aullido del viento aumentó de volumen, los ojos parecieron entrecerrarse y la boca se convirtió en un círculo. Ahora los sonidos daban la impresión de pasar por ella, como por un embudo.

Arlata deseó taparse los oídos pero se contuvo. El rostro empezó a flotar hacia ella y Arlata vio a través de su silueta. A medida que avanzaba iba dejando en su estela algo que relucía. Arlata invocó su hechizo protector y empezó a formular otro ensalmo de expulsión.

El rostro se desvaneció, y en su lugar sólo quedó el viento.

Arlata volvió a montar y luego tomó un sorbo del frasco de plata que colgaba a la derecha de la delicada silla verde. Unos instantes después siguió avanzando, pasando junto al tórax, el brazo derecho y la cabeza de un esqueleto humano cristalizado que había sido puesto al descubierto por los torbellinos de viento.

Cabalgó hasta dejar atrás el río de fuego y se detuvo ante la muralla de hierro.

—Sirve la comida —dijo Meliash—. Tengo hambre.

Se instaló ante la mesa y empezó a registrar todo lo ocurrido durante la mañana en el diario que llevaba. Ahora el sol estaba más alto y el día se había vuelto más cálido. Un par de pequeños pájaros marrones estaban construyendo un nido sobre su cabeza, en las ramas del árbol. Cuando llegó la comida, dejó a un lado el diario y empezó a comer.

Iba por su segundo cuenco cuando sintió las vibraciones. Dado que éstas no resultaban demasiado raras dentro de la tierra cambiante, siguió mojando la dura corteza del pan en la salsa. Sólo cuando los pájaros salieron volando con cierto nerviosismo y las vibraciones se convirtieron en unos sonidos regulares alzó la mirada, se limpió el bigote y buscó su dirección. El este... Demasiado fuertes para ser los cascos de un caballo y, con todo...

Eran los cascos de un caballo. Meliash se puso en pie. Los demás se habían acercado a su campamento sin hacer ruido, pero en éste no había nada de cautela o silencio. Fuera quien fuese (o lo que fuese), ahora estaba abriéndose paso por entre la espesura, avanzando como si nada pudiera detenerla. Ni la más mínima sutileza, ninguna finura en...

Distinguió una forma oscura entre los árboles, yendo un poco más despacio al encontrarse ya prácticamente dentro de su campamento. Grande, muy grande para ser un caballo...

Tocó la piedra que había sobre su pecho y dio un paso hacia adelante.

De repente, la forma oscura se detuvo, todavía parcialmente escondida por los árboles. Meliash empezó a moverse hacia ella, percibiendo el repentino silencio que reinaba en el lugar, y vio a un jinete desmontar de un oscuro corcel. Ahora el hombre venía hacia su campamento, sin hacer ni el más mínimo ruido...

Meliash se detuvo y le esperó. El hombre acabó saliendo del bosque. Era más alto que la mayoría, delgado y con el cabello casi rubio; sus botas y su capa eran de color verde. Al acercarse respondió a la señal de saludo con una versión del gesto de reconocimiento que había sido válida en el pasado, pero que ahora llevaba varios siglos sin ser utilizada. Meliash la reconoció sólo porque la Historia había sido desde hacía mucho una de sus pasiones.

—Soy Meliash —dijo.

—Y yo soy Dilvish. ¿Eres el guardián de la Hermandad en esta zona?

Meliash arqueó una ceja y sonrió.

—No sé de qué lugar puedes haber venido —dijo —, pero hace unos cincuenta o sesenta años que no se nos conoce por ese nombre.

—¿De veras? —dijo el otro hombre—. ¿Qué somos ahora?

—La Sociedad.

—¿La Sociedad?

—Sí. El Círculo de Hechiceras, Encantadoras y Brujas armó mucho jaleo al respecto y finalmente logró que se cambiara por este otro nombre. Ya no se considera de buena educación usar el antiguo.

—Me acordaré de eso.

—¿Quieres unirme a mí y comer algo?

—Me encantaría —dijo Dilvish—. El viaje ha sido largo.

—¿De dónde vienes? —preguntó Meliash mientras iban hacia el campamento y la mesa.

—De muchos sitios. El más reciente está lejos, al norte.

Tomaron asiento ante la mesa y se les sirvió sin tardanza.

Meliash comió también, como si no hubiera acabado de engullir dos cuencos del estofado hacía muy poco tiempo. Dilvish atacó vigorosamente la comida.

—Tu forma de hablar, tus vestidos, tu apariencia... —dijo Meliash, haciendo finalmente una pausa en la comida—, todo indica un origen élfico. Sin embargo, no hay nadie de tu gente en el norte..., que yo sepa.

—He estado viajando mucho.

—... y has decidido viajar hasta aquí e intentar conseguir el poder.

—¿Qué poder?

Meliash dejó su cuchara sobre la mesa y examinó el rostro de Dilvish.

—No estás bromeando —dijo un instante después.

—No.

Meliash frunció el entrecejo y se rascó la sien.

—Me temo que no te entiendo del todo —dijo—. ¿Has venido aquí con el propósito de llegar hasta el castillo que se encuentra en el centro de... —hizo un gesto con la mano —, de la desolación?

—Eso es —dijo Dilvish, cogiendo otro pedazo de pan.

Meliash se reclinó en su asiento.

—¿Sabes por qué estoy aquí?

—Supongo que para ayudar a contener el hechizo que ha producido ese fenómeno —respondió Dilvish—. Para impedir que se extienda.

—¿Qué te hace pensar que es un hechizo lo que ha producido todo eso?

Ahora fue Dilvish quien pareció sorprenderse. Finalmente, se encogió de hombros.

—¿Qué otra cosa podría ser? —preguntó—. Jelerak salió malparado antes..., en el norte. Ha venido aquí para lamerse las heridas. Preparó todo eso para protegerse en tanto que se recupera. Puede que se trate de un hechizo que se perpetúa a sí mismo. La Hermandad..., discúlpame, la Sociedad, quiere impedir que se salga de control en caso de que Jelerak acabe muriendo ahí dentro. Y por eso estás aquí. Ésa es mi teoría.

—Tiene sentido —contestó Meliash—. Pero te equivocas. Ciertamente, este lugar ha sido una de sus fortalezas. En alguna parte de su interior se encuentra uno de los Viejos, los parientes de los Antiguos Dioses, los poseedores de tentáculos. Su nombre es Tualua. Jelerak le ha estado controlando durante mucho tiempo, utilizando su poder para sus fines particulares. No sabemos si Jelerak se encuentra ahora mismo en el lugar. Lo que sabemos es que aparentemente Tualua se ha vuelto loco, un estado que no resulta raro entre los de su especie, si es que la tradición resulta cierta, y que todo eso —miró hacia la tierra cambiante—, es obra suya.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—La Sociedad pudo determinar mediante recursos arcanos muy especiales que el fenómeno que estás contemplando resulta de las emanaciones de una criatura que, en sí misma, es mágica, y no de ningún hechizo en particular. Es algo raro de ver en estos días, razón por la cual hemos instalado estos puestos.

—¿No estás aquí para mantenerlo bajo control por si llegara a extenderse y se convirtiera en un peligro más allá de los confines de esta región?

—Y también para eso, naturalmente.

—¿No estás aquí para utilizarlo como una trampa de alguna clase en contra de Jelerak?

Meliash se ruborizó.

—La posición de la Sociedad hacia Jelerak siempre ha sido de neutralidad —afirmó.

—Con todo, le impedisteis volver a la Torre de Hielo para tener a Ridley en reserva contra él.

Meliash frunció el entrecejo y observó a Dilvish atentamente. De pronto su mano derecha se metió rápidamente en una hendidura de su traje, emergiendo para arrojar un puñado de polvo dorado hacia Dilvish. Reconociendo la sustancia, Dilvish siguió sentado sin moverse, sonriendo.

—¿Tan nervioso estás? —observó—. Puedes ver que conservo mi forma. Soy lo que parezco ser... y no Jelerak disfrazado.

—Entonces, ¿cómo sabes lo que ocurrió en la Torre de Hielo?

—Como ya te he dicho, estuve recientemente en el norte.

—Esas acciones del norte no fueron sancionadas por la Sociedad —dijo Meliash—. Fueron obra de un grupo de miembros que actuaban de forma individual y siguiendo su propia iniciativa. También en ese asunto somos neutrales.

Dilvish se rió.

—¿Estáis reservando vuestra toma de partido para las grandes ocasiones o qué?

—Resulta extremadamente difícil hacer que un grupo de individualistas temperamentales tome posición sobre lo que sea. Hablas como si tú no fueras un miembro de la Sociedad. Y, por cierto, me has dado una contraseña anticuada..., muy anticuada.

—He estado fuera durante un tiempo bastante largo. Pero en el pasado fui miembro de la Hermandad y se me tenía en buena consideración, aunque no fuera uno de los más importantes.

—Sigues sorprendiéndome. Quieres cruzar una zona muy peligrosa para llegar a un sitio peligroso. Todos los que han venido en esta dirección lo hicieron por creer que quizá exista una posibilidad de controlar a Tualua y utilizarlo para sus propios fines, ya que ahora no posee el dominio de sí mismo y teniendo en cuenta que o Jelerak está ausente o se encuentra demasiado débil como para defender lo que es suyo. El control de esa criatura mágica daría un gran poder, ciertamente. Y, aun así, ¿no es lo que tú andas buscando?

—No —respondió Dilvish.

—Bueno, resulta agradable oír eso, para variar. ¿Te ofenderías si te pregunto cuál es tu objetivo? Estoy haciendo algo que podría calificarse de un estudio sobre...

—He venido para matar a Jelerak.

Meliash le miró fijamente.

—Si no deseas responder, por supuesto que no tengo poder alguno para exigirte que... —empezó a decir.

—Ya te he respondido — dijo Dilvish, poniéndose en pie—. Si está ahí dentro, me enfrentaré con él. Si no está, buscaré alguna pista sobre su paradero y probaré a encontrarle.

Se volvió hacia el bosque.

—Gracias por la comida —dijo.

Sintió la mano de Meliash sobre su hombro.

—Te creo —le oyó decir—. Pero no estoy muy seguro de que comprendas a lo que te enfrentas. Suponiendo que consigas cruzar y suponiendo que él esté realmente dentro, o que consigas encontrarle en algún otro lugar... Incluso debilitado, es el hechicero más peligroso de todo el mundo. Te fulminará, te marchitará, te transformará o te expulsará a otro plano. Nadie se ha enfrentado nunca a su ira y ha logrado sobrevivir a ella.

—Yo me he enfrentado a su ka. Por eso quiero que él se enfrente a la mía.

—Eso me resulta difícil de creer.

Dilvish se encogió de hombros, haciendo que Meliash apartara la mano.

—Cree lo que más te plazca. Sé lo que pretendo. —¿Crees que la magia élfica puede ser suficiente para ello? —Quizá posea algo más fuerte.

—¿Qué? —preguntó Meliash, siguiéndole mientras Dilvish empezaba a caminar nuevamente hacia el bosque.

—Ya he dicho cuanto deseaba decir —replicó Dilvish—. Una vez más, gracias por la colación. Ahora, debo irme.

Meliash se detuvo y le observó regresar al bosque. Le pareció que en su interior sonaban unas cuantas palabras, al principio en la voz de Dilvish. La réplica que siguió a éstas venía de una voz más grave. Luego oyó unas fuertes pisadas que se alejaban hacia su izquierda y por un instante distinguió el perfil de una gran bestia negra, con Dilvish montado en ella. En ese momento la luz caía sobre ellos de tal forma que la criatura daba la impresión de estar hecha de metal. Las pisadas se hicieron más rápidas, dando la vuelta al campamento y dirigiéndose hacia el oeste y la tierra cambiante.

Meliash hurgó en su bolsita de cuero mientras volvía a la mesa. Tomando asiento ante ella, extrajo el cristal y lo colocó ante él, encima de la bolsita. Habló en voz baja pero firme. Esperó y luego repitió las palabras. Tras una pausa, empezó a hablar por tercera vez.

Pero el cristal se iluminó antes de que hubiera terminado, mostrando el rostro de un hombre delgado, surcado de arrugas, encuadrado en la frente y en el mentón por mechones canosos, con el ojo derecho negro y vivaz, el otro muerto y velado de blanco. El rostro tenía el entrecejo fruncido. Los labios se movieron. Meliash percibió la palabra que habían emitido:

—¿Sí?

—¿Te he molestado, Rawk?

—Desde luego que sí —dijo su interlocutor, mirando hacia atrás por encima de su hombro—. ¿Qué quieres?

—Asuntos de la Sociedad. Este trabajo en el que estoy metido...

—¿Requiere que consultes los archivos?

—Me temo que sí.

Rawk suspiró.

—De acuerdo. Tendrás que esperar, querida. ¿Qué necesitas saber?

Meliash alzó las manos e hizo un gesto.

—Eso fue en tiempos una contraseña para nuestra señal de reconocimiento —dijo.

—Entonces las cosas eran muchos más jóvenes —dijo Rawk—. Recuerdo que...

—Si puedes recordar exactamente cuándo se utilizaba esa señal, me gustaría que buscaras en los archivos los registros de miembros de ese período. Mira si teníamos un hermano llamado Dilvish. Un elfo. Supongo que debía de pertenecer a uno de los círculos inferiores. Si es así, ¿tenía tendencias hacia alguno de los extremos? Mira también si hay referencias a un caballo metálico o alguna otra bestia similar. Me gustaría conocer cuanto tengamos sobre él.

Rawk sacó una pluma de ave de la nada, hizo una floritura con ella y trazó unos cuantos garabatos.

—De acuerdo. Me encargaré de eso y me pondré en contacto contigo después.

—Otra cosa.

—¿Sí?

—Ya que estás en ello, mira lo que tenemos sobre uno de nuestros miembros actuales... Weleand de Murcave.

La pluma de ave fue utilizada de nuevo.

—Lo haré. El primer nombre me resulta familiar, en cierta forma... No sé por qué.

—Bueno, tenme al corriente de lo que encuentres.

—¿Cuál es la situación ahí?

—Parece que no ha cambiado.

—Bien. Puede que se arregle por sí sola.

—Tengo la sensación de que no será así.

—Entonces, buena suerte.

El cristal se oscureció.

Meliash volvió a guardarlo en su bolsita y fue a contemplar la zona cubierta de neblina que oscurecía el castillo. Un jinete solitario montado en algo grande y negro se estaba alejando de él, desvaneciéndose en la distancia.

3

Black se detuvo. Dilvish atisbo por entre el pañuelo de color verde que le tapaba la mitad de la cara, su mano derecha sobre la empuñadura de su espada, volviendo la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—No es que esté pasando nada. Es algo menos tangible —replicó su montura.

—¿Tendría que estar haciendo algo al respecto?

—Realmente, no. He detectado una ondulación de la realidad que viene en esta dirección. Todo lo que necesitamos hacer es aguardar un poco. No tardaré en pasar sin acertarnos.

—¿Qué ocurriría si no esperáramos?

—Te quemaría hasta convertirte en cenizas.

—Entonces esperaremos. Es una suerte que seas sensible a ese tipo de cosas.

—Pero puede que en un lugar como éste mi habilidad no funcione a la perfección. Ya sabes que esto no son hechizos corrientes.

—Entonces, ¿Meliash estaba en lo cierto?

—Sí. Todo esto son las emanaciones de un ser mágico.

—¿Lo sabes porque sois de la familia o qué?

—Bueno, como dicen...

Dilvish sintió una repentina oleada de calor y el paisaje que había ante él osciló y se volvió borroso. Al ocurrir esto el viento se calmó y la atmósfera se hizo más clara. Dilvish distinguió torres relucientes, formas oscuras que se movían, líneas de tierra o roca azul, gigantescos remolinos de polvo, fuentes de sangre —todo muy por delante de él, todo visible sólo durante unos segundos—, y no pudo decir si eran espejismos o cosas reales. Después la ola pasó. Vientos que arrastraban penachos de polvo hicieron pedazos las imágenes.

—¡Ahora, cógete bien! —exclamó Black, y avanzaron a una velocidad increíble.

—¿Por qué tanta prisa? —gritó Dilvish mientras los dos volaban sobre la tierra, aún caliente; pero sus palabras fueron capturadas por el viento, que se las llevó lejos.

Su velocidad aumentó hasta que Dilvish se vio obligado a permanecer agazapado sobre su montura, apretando los párpados con todas sus fuerzas para mantenerlos cerrados. El viento se había convertido ahora en un inmenso rugido que le rodeaba por doquier. Después de un tiempo fue parecido a un silencio y en su mente Dilvish volvió

atrás, a las aventuras que había pasado desde su regreso, y luego siguió retrocediendo, más allá del fuego infernal, hasta la tierra verde y húmeda donde el crepúsculo combatía con el arco iris. Le pareció oír una voz que cantaba, acompañada por uno de los viejos instrumentos, una antigua canción que él ya casi había olvidado. Quien cantaba era una mujer delgada y rubia con los ojos verdes. El aire olía a flores silvestres...

El sonido del viento interrumpió sus ensoñaciones. Ahora estaban yendo más despacio. Dilvish alzó la cabeza. Un instante después, abrió los ojos.

Avanzaban hacia arriba y Black seguía frenando el paso. Pronto se detuvieron en lo alto de una colina, bajo un cielo brillante y despejado. El viento se había calmado. A su alrededor y por debajo de ellos se movía la niebla, girando sobre sí misma en algunos sitios. Era como si se encontraran en una isla, en mitad de un mar cubierto de espuma. Muy lejos, delante de ellos, se alzaba el Castillo sin Tiempo, empedregado por los rayos solares de la mañana, que caían en ángulo sobre él convirtiéndolo en un dibujo rosa, lavanda y gris.

—¿A qué venía tanta velocidad? —preguntó Dilvish.

—Había más de una ola —replicó Black—. Tenía que cruzar antes de que la siguiente llegara a la zona.

—Oh. Entonces, podemos descansar aquí durante un rato y escoger la mejor ruta.

—No por demasiado tiempo. Esta colina se encuentra a punto de estallar y convertirse en un volcán de barro. Pero ya he decidido cuál será el próximo tramo de nuestro viaje, al menos durante cierta distancia. Me parece que todo estará más despejado si giramos hacia la derecha cuando bajemos.

Dilvish se dio cuenta de que el suelo vibraba bajo ellos.

—Quizá deberíamos empezar a movernos.

—Contempla el Castillo sin Tiempo —observó Black, mirando hacia adelante.

Dilvish miró nuevamente en esa dirección.

—Un lugar que se encuentra fuera del tiempo —siguió diciendo Black—. Hace mucho que deseaba verlo.

Los temblores del suelo se hicieron más pronunciados.

—En..., Black...

—Construido por los Antiguos Dioses en persona para algún arcano propósito; destinado, se dice, a estar fuera de todos los circuitos del tiempo; alterable, he oído contar, pero indestructible...

—¡Black!

—¿Cómo?

—¡Muévete!

—Discúlpame —dijo Black—. Estaba absorto. La estética.

Bajando la cabeza, Black descendió rápidamente la colina y penetró en la niebla, sus ojos brillando como carbones encendidos. Ahora el suelo temblaba de forma continua y en las partes de éste que podía ver Dilvish distinguió grietas que se iban haciendo cada vez más anchas. De algunas brotaban Millos de humo que se desplazaban para confundirse con la niebla. Los vientos empezaron a soplar nuevamente a su alrededor, aunque no con tanta fuerza como antes.

Saltando por entre grandes rocas de color verde y forma de cubo en una manera que no parecía nada propia de un caballo, Black fue avanzando, siempre hacia la derecha, mientras que el suelo se nivelaba y en algunas zonas la niebla iba desapareciendo. El sonido de una terrible explosión llegó hasta ellos y a su alrededor cayeron rociadas de fango caliente, aunque sólo unas pocas les alcanzaron.

—En el futuro —observó Dilvish—, prefiero hacer las cosas con un poco más de margen.

—Lo siento —replicó Black—. El momento era precioso y me quedé absorto en él.

Saltó una barrera de llamas que brotó ante ellos y durante un tiempo corrió de forma paralela al curso de un negro e hirviente río, bajando por un desfiladero donde la atmósfera estaba saturada por gritos demasiado agudos para ser humanos. A lo largo de la orilla del río había flores negras que se mecían de un lado a otro, bufando y lanzando siseos. Minúsculos puntos de luz se levantaban por encima de las oscuras aguas para alejarse a la deriva y explotar con suaves chasquidos, emitiendo olores pestilentes entre diluvios de chispas. El suelo siguió temblando y en algunos sitios las aguas de color negro cubrían las orillas, manchando las rocas y la tierra de esas zonas con una película que parecía brea o alquitrán. Una criatura alada con rostro de mono, que tendría el tamaño de un gran pájaro, se lanzó volando hacia ellos, graznando y amenazándoles con sus garras. Dilvish le lanzó varios mandobles pero la criatura eludió su hoja. Finalmente, pasó demasiado cerca de la cabeza de Black. El caballo le echó su aliento de fuego y la criatura cayó al suelo para ser pisoteada.

El río se desvanecía en una caverna humeante dentro de la cual se oía el eco de los alaridos. El suelo se abrió ante ellos y Black cruzó el abismo de un salto. La brecha se cerró a su espalda con un sonido rechinante y desde un risco que había a su izquierda cayeron rocas y arena. El final del desfiladero estaba cubierto por una pantalla de fuegos azules. Dilvish se envolvió más apretadamente en su capa y Black aumentó su velocidad. Cuando la cruzaron Dilvish se estremeció, sintiendo un intenso frío y no el calor que había esperado. Cuando miró hacia abajo descubrió que tanto él como Black se habían vuelto de color azul cobalto. Notaba los miembros rígidos, casi como si estuvieran a punto de quebrarse.

—¡Pasará! ¡Pasará en unos momentos! —gritó Black.

Y así fue, cuando se encontraban dentro de un banco de nubes amarillas, pero hicieron falta más de unos momentos. Los dos se quedaron dentro de un círculo protector que Black había levantado, temblando, y el color y la rigidez de sus miembros fueron desapareciendo lentamente. Aquí los vientos se habían reducido al mínimo. Dilvish ejerció sus dedos y se dio masajes en las manos y los bíceps.

—Bueno, se acabó la parte fácil —observó Black pasado cierto tiempo.

—Espero que estés bromeando.

Black arañó el suelo con una de sus pezuñas hendidas.

—No —respondió—. Me temo que las emanaciones son más fuertes estando cerca del centro.

—¿Tienes algún plan de ataque especial para esa zona?

—Cada uno de los hechizos protectores que conozco ha sido invocado sobre nosotros —dijo—, pero eso sólo puede ser una línea defensiva. Tualua, que sueña y siente dolor ahí dentro, me supera tan enormemente en fuerza que cualquier tipo de encuentro directo podría destrozarlos. Debo confiar en mis percepciones, mi velocidad y la combinación de nuestra fuerza e ingenio.

—Temía que ése fuera el caso.

—Hasta ahora nos han servido bien.

—Entonces, ¿por qué nos estamos moviendo..., incluido el círculo?

—No nos estamos moviendo.

—Yo creo que sí.

Black alzó su cabeza y miró por entre las neblinas. El suelo que se hallaba bajo ellos parecía razonablemente firme, pero...

—Sí, da la impresión de que está ocurriendo algo —admitió por fin—. La más lejana de las rocas que puedo distinguir parece estar cambiando de posición. Voy a correr el riesgo de lanzar un pequeño hechizo. Puede que no consiga nada, puede que rebote sobre nosotros y puede que sus efectos sean distorsionados. Pero me gustaría hacer que se levantara un poco de viento para despejar la perspectiva..., el tiempo suficiente como para poder juzgar más claramente nuestra situación.

—Adelante.

Dilvish se preparó para lo que podía ocurrir y esperó. Black murmuró algo en mabrahoring. Las ráfagas de viento que les habían estado azotando de vez en cuando se calmaron, tomaron una dirección uniforme durante unos momentos y luego variaron de nuevo. Unos cuantos minutos después el viento empezó a soplar sobre ellos con cierta fuerza, siempre desde la derecha. Para aquel entonces Black ya había terminado de murmurar y los dos se quedaron inmóviles, mirando hacia adelante.

Gradualmente, el banco de niebla empezó a moverse hacia la izquierda. En su interior se veía un débil parpadeo luminoso, parecido al de los relámpagos. La niebla se estaba aclarando en algunas zonas, pero los vapores que flotaban en la atmósfera volvían a taparlas casi inmediatamente.

Y entonces, mientras miraban, todo el lienzo de niebla pareció hendirse y salir disparado, revelando un oscuro paisaje bajo cielos soleados...

Estaban moviéndose. Parecía que todo se movía en relación al castillo, el cual se alzaba en la lejanía revelado una vez más, naranja y rosa salmón. Sólo que algunas cosas se movían más de prisa que otras..=

Estaban desplazándose hacia su derecha. Los rasgos del paisaje que se encontraba justo ante ellos también parecían estarse moviendo hacia la derecha y los que se encontraban más lejos daba la impresión de estarse moviendo más de prisa. Pero allí donde la distancia era todavía mayor, rocas brillantes y árboles cristalinos que no paraban de centellear corrían hacia la izquierda.

—No comprendo... —empezó a decir Black.

La tierra se estaba arrugando. La zona en la cual se encontraban, que había sido baja, ahora estaba subiendo. Dilvish, cuyos ojos estaban situados a un nivel superior al de Black, fue el primero en verlo y comprender.

—¡Dioses! —exclamó.

A gran distancia de ellos y más abajo había una enorme abertura circular en una zona de terreno que se había hundido. El paisaje estaba girando a su alrededor en una espiral que iba hacia dentro; poseídos de una flexibilidad anormal, rocas y matorrales, troncos y gravilla, se veían arrastrados hacia ese gran agujero oscuro y daban vueltas a su alrededor para desvanecerse por encima de su reborde, junto con toda la capa superficial del suelo sobre la cual habían descansado.

—Es como un remolino... —dijo Dilvish, volviendo la cabeza para mirar a su espalda.

Y también ahí las cosas se estaban moviendo en la dirección opuesta. Sólo que...

—Al menos nos encontramos más cerca del borde exterior que del centro —dijo Dilvish—. Pero será mejor que nos marchemos rápidamente de aquí.

Black se encabritó y permaneció erguido durante unos largos segundos. Luego se dejó caer pesadamente al suelo y se volvió para estar de cara al norte. Empezó a moverse, rompiendo el círculo que les había estado protegiendo.

—Puede que esto acabe resultándonos ventajoso —dijo—. Estamos siendo llevados hacia el oeste a medida que nos dirigimos hacia el borde del remolino. Para cuando salgamos del área de la perturbación, nos habrá acercado un poco más a nuestra meta.

Black aumentó su velocidad.

—Eso suena bien —dijo Dilvish—, pero me pregunto...

—¿Qué?

—Cuando lleguemos al borde... Al sitio donde termina esta plataforma de tierra y donde el suelo estable empieza a... —Sí. Ya veo a qué te refieres. Black se movió aún más rápido.

—Esa línea oscura que se curva más adelante... —dijo Black, volviendo a erguirse un poco—. Ahí el suelo no parece encontrarse en agitación.

Corrieron hacia la banda oscura. Junto a ellos pasaban hilachas de niebla empujadas por el viento. A sus oídos llegaba ahora un rugido apagado.

—Parece ser bastante ancha.

—Sí.

Entonces les llegaron las vibraciones. Ante ellos se movía un río de tierra y rocas que se iban moliendo lentamente unas a otras, como un torrente que hierve dentro de un foso. Cuando se acercaron, los sonidos se hicieron más fuertes. El suelo empezó a mecerse y oscilar bajo los cascos de Black, y éste fue frenando el paso para acabar deteniéndose cuando se encontraba a unos metros del lugar donde empezaba el remolino.

Dilvish desmontó y avanzó lentamente. Un repentino bajón del terreno, que luego volvió a subir, le hizo caer de lado, pero sus pies calzados con botas élficas se movieron con increíble precisión para mantener el equilibrio. En el área de la turbulencia apareció fugazmente un tronco, moviéndose como si estuviera cabalgando una avalancha horizontal. Golpeó una roca que se movía más despacio con un sonido ahogado, se dio la vuelta y fue convertido en astillas ante los ojos de Dilvish. Agachándose, Dilvish cogió una piedra tan grande como su cabeza y la levantó hasta su hombro, lanzándola ante él. La piedra rebotó varias veces antes de que el remolino la llevara hacia su derecha. Dilvish se quedó esperando durante un tiempo, cambiando la posición de sus pies para responder a los deslizamientos del terreno; luego cogió otra piedra y repitió su acción de antes, con los mismos resultados. Dio un paso hacia adelante. Varias piedras de gran tamaño pasaron ante él. Alzó los ojos y miró hacia la izquierda, donde el castillo parecía deslizarse lentamente de izquierda a derecha a lo largo del horizonte. Dio dos pasos más y volvió a detenerse.

—Si calculas el tiempo bien puede que lo consigas —gritó Black—. Me encargaré de vigilar cuando llegan las piedras adecuadas y te avisaré de ello. Las botas élficas tendrían que llevarte al otro lado.

Dilvish meneó la cabeza y regresó hacia él.

—No —dijo, volviendo a montar—. Tenemos que ir juntos.

—Está demasiado lejos para que salte.

—Entonces, esperaremos hasta que llegue algo más grande.

—Arriesgado. Pero da la impresión de ser la única forma... De acuerdo.

Black volvió a encabritarse y miró hacia los comienzos del remolino.

—No se ve nada adecuado.

Giró sobre sus patas traseras hasta quedar de cara a la dirección por la cual había venido.

—Puedo ver la zona que hemos abandonado. Se encuentra mucho más cerca del agujero.

—Veo que se acerca una gran roca.

Black se dio la vuelta y se dejó caer al suelo casi inmediatamente. Ahora el castillo se encontraba justo delante de ellos, moviéndose hacia la derecha.

—Agárrate con todas tus fuerzas —dijo Black—. Si caigo, intenta saltar usando mi cuerpo como apoyo y sigue adelante.

Black se colocó en una nueva posición, de cara al oscuro y rugiente río de escombros. El suelo se alzó bajo ellos, bajó y volvió a levantarse. Dilvish se inclinó hacia adelante y apretó los flancos de Black hasta que le dolieran las piernas. Volvió su cabeza hacia la izquierda. Oyó un lejano retumbar, parecido a la carcajada de un gigante. Vio caer del cielo una cortina de llamas que desapareció en algún lugar situado delante de ellos. Ahora el Castillo sin Tiempo relucía igual que una amatista. El suelo se meció suavemente y hubo un sonido como el de un enorme gong que es golpeado repetidas veces, seguido por el ruido de algo que se hace añicos, como si toda una pared de ventanas hubiera cedido repentinamente en algún sitio. El río oscuro seguía gruñendo y rugiendo.

—Aquí llega —anunció Black.

Dilvish vio una vez más el peñasco medio sumergido, que ahora estaba doblando el recodo del río con cierta dificultad, avanzando hacia ellos...

Intentó juzgar el ritmo de su avance. Cerró los ojos y los volvió a abrir. Una hilacha de niebla pasó junto a ellos.

—¡Ahora! —gritó Black.

Y de repente estuvieron moviéndose. Dilvish pensó que era demasiado pronto. La roca pareció quedar atrapada durante un segundo, como si se estuviera hundiendo. La superficie del peñasco no daba la impresión de ofrecer asidero ni a los pies más ágiles...

Estaban en el aire.

Involuntariamente, Dilvish cerró otra vez los ojos. Sus dientes rechinaron por la fuerza del aterrizaje en la roca. El cuerpo de Black se retorció bajo él y Dilvish pensó que estaban resbalando, cayendo.

Abrió los ojos para descubrir que de nuevo estaban cruzando los aires. Apretó la mandíbula.

Cayeron en suelo sólido y siguieron moviéndose. Dilvish se enderezó y dejó escapar el aire, dándose cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Se encontraban al sudoeste del castillo y corrían a través de una llanura rocosa por entre agujeros de los que brotaba humo.

Black se detuvo por un instante cuando llegaron a la cima de una colina de guijarros y miró hacia atrás.

—No está mal — dijo—. No estaba del todo seguro.

Luego empezó a bajar por la colina, dirigiéndose hacia la izquierda.

—Me pregunto adonde va todo —dijo Dilvish.

—¿El qué?

—Todo lo que estaba siendo arrastrado hacia el interior de ese agujero.

—Creo que volverá a ser escupido hacia fuera en algún otro lugar —dijo Black, aumentando su velocidad a medida que se acercaban a una extensión arenosa.

—Tranquilizadora idea.

Cuando entraron en la franja arenosa se oyó una especie de roce o susurro. De forma casi subliminal, Dilvish percibió que pequeñas cosas oscuras empezaban a brotar del suelo, creciendo a su alrededor como si fueran hierbajos. Entonces la arena que tenía delante se agitó y versiones más grandes y rápidas de las mismas criaturas emergieron en la superficie arenosa, abriéndose paso con veloces retorcimientos de sus cuerpos.

—¡Dedos! — exclamó Dilvish, casi para sí mismo.

Black no le contestó y siguió corriendo, en tanto que del suelo brotaban grandes manos color púrpura que intentaban cogerles, agitándose y tanteando cada vez más arriba. Black las pisoteó y sus miembros metálicos se libraron de ellas, haciéndolas pedazos. Por delante de ellos las manos llegaban a alturas aún mayores, y en su camino se alzaban largos brazos peludos que parecían tallos de algún vegetal. Dilvish sintió que algo rozaba su pie derecho y en su mano apareció la espada. Empezó a usarla en largos mandobles hacia abajo, cortando los dedos que se acercaban demasiado. Black bajó la cabeza y su aliento llameante calcinó el suelo que tenía delante.

En las zonas más hundidas que había a su alrededor brotaban columnas de niebla, pero ésta se mantenía a ras del suelo y la atmósfera permanecía limpia y despejada bajo un brillante cielo azul en el cual sólo se veían unas cuantas nubéculas hacia el oeste. El castillo, que ahora se encontraba sólo un poco más cerca, relucía igual que si el brillo del sol fuera fuego reflejándose en sus abundantes paneles de cristal.

Dilvish empezó a sudar mientras hacía girar su espada a derecha e izquierda, hendiendo las manos que seguían alzándose en gran profusión. Llegaron al final de la extensión arenosa, donde el terreno caía hasta perderse de vista más allá de un pequeño risco semejante a una duna. Cuando se acercaban a él hubo una erupción en el suelo y la mano más enorme aparecida hasta ahora empezó a luchar por liberarse de la tierra. Dilvish sintió como Black alargaba su zancada y los huesos crujieron y se partieron bajo

ellos al cubrir el último trecho, casi volando. Black tenía la cabeza erguida y su aliento de fuego había remitido. La palma de esa mano enorme estaba directamente en el camino que seguían.

Dilvish sabía lo que iba a ocurrir incluso antes de que abandonaran el suelo, trazando un arco a través de los aires. Cuando Black saltó la mano se alargaba ya hacia ellos, todavía brotando del suelo. Dilvish golpeó con su espada el dedo más próximo, sintiendo como su hoja daba en él y penetraba profundamente. La mano se convirtió bruscamente en un puño apretado, dejando completamente despejado su camino. Un dedo ensangrentado que parecía un tronco cayó al suelo y bajó rodando por la duna.

Para aquel entonces ya estaban bajando. El terreno era más abrupto de lo previsto, pero lo que hizo tensar el cuerpo de Dilvish antes de que los cascos de Black dieran en él fue su dureza y su brillo lustroso. Era el flanco de una gran depresión en forma de cuenco al fondo de la cual se encontraba una laguna humeante, la superficie inmóvil y tranquila. Aquí el aire estaba lleno de vapores sulfurosos, y algo sospechosamente parecido a un torso humano medio descompuesto flotaba en las aguas amarillas, junto con objetos más pequeños y que en tiempos posiblemente estuvieran vivos.

Guango golpearon la superficie reluciente los cascos de Black patinaron, haciéndole caer hacia la izquierda. Dilvish dio un salto para no verse aplastado, lanzándose hacia atrás y de costado, rodando sobre sí mismo, teniendo la espada aún en su mano.

Las botas élficas entraron en contacto con la superficie y se agarraron a ella. Dilvish movió su brazo izquierdo hasta dejarlo en posición transversal al cuerpo y rodó hacia la derecha, cogiendo a Black por el flanco derecho. Dado que Black seguía desliziéndose, Dilvish tuvo la sensación de que los huesos de sus piernas iban a partirse, pues las botas élficas no habían dejado de agarrarse. Movié los pies, rompiendo el contacto con la superficie, envainó su espada, rodó sobre su estómago y cogió a Black con las dos manos, para verse arrastrado hacia adelante, tumbado detrás de su montura.

Desplazó nuevamente sus pies, consiguiendo un poco de tracción, se incorporó hasta quedar agazapado y siguió sosteniendo a Black. Mientras tanto, Black iba moviendo sus patas delanteras y sus cascos hacían profundos surcos en la superficie, aunque seguía resbalando en dirección a la laguna con la cabeza por delante.

Dilvish empezó a cambiar la posición de sus manos, avanzando a lo largo del flanco izquierdo de Black y de su espalda hasta que pudo sujetarle el cuello. Se movió hasta quedar delante de su montura, que todavía resbalaba, y empezó a impulsarla hacia arriba, sus botas élficas agarrándose a cada paso. Los músculos de sus hombros y sus muslos se tensaron al máximo y sus articulaciones crujieron, pero Black empezó a resbalar más despacio y los movimientos de sus patas delanteras se hicieron más precisos, dirigiendo mejor la fuerza de cada golpe.

El olor de las aguas se hizo más fuerte, irritando sus fosas nasales; y mirando más allá de Black, Dilvish pudo ver que ya había descendido un trozo bastante considerable de la pendiente. No miró a su espalda, pero redobló sus esfuerzos por estabilizar su posición.

La pata delantera derecha de Black golpeó la superficie reluciente y logró clavarse profundamente en ella, creando un surtidor de partículas cristalinas. Luego fue su pata izquierda la que hizo presa y Dilvish empujó con todas sus fuerzas. Black se levantó apoyándose en esas dos patas, conservando la posición agachada de sus cuartos traseros, moviéndose como si estuviera cavando. Dilvish le sostuvo por el cuello y tensó las piernas, luchando por ir hacia adelante, hacia arriba.

Black se detuvo, irguió sus cuartos traseros y se quedó inmóvil. Dilvish fue relajándose gradualmente, tragó una honda bocanada de aire y empezó a toser cuando los vapores ponzoñosos entraron en sus pulmones.

—No se te ocurra dar ni un solo paso hacia atrás —dijo Black.

Dilvish miró por encima de su hombro.

Las turbias aguas lamían suavemente un punto situado a menos de un palmo de distancia de ellos. Dilvish se estremeció. Miró con más atención y vio que en las proximidades del centro de la laguna había realmente los restos de un cuerpo humano, y que en algunas partes de él los huesos habían quedado al descubierto. El agua era más oscura en esos lugares. Casi le pareció ver el proceso de la descomposición. Acabó apartando la mirada.

—¿Y ahora qué? —preguntó Black—. No conozco ningún hechizo lo suficientemente especializado como para cubrir este tipo de situaciones.

Dilvish sonrió levemente y sus ojos recorrieron nuevamente el camino a lo largo del cual había descendido.

—Bueno, en principio yo afirmaré que tendremos que hacerlo por las bravas —observó—. Deja que pruebe un poco qué tal se va por esta sustancia tan resbaladiza.

Apartó su mano lentamente del cuello de Black, se irguió y desenvainó su espada. Dio varios pasos hacia su izquierda, alzó el arma y la hizo caer con fuerza sobre la pulida superficie de la pendiente. La hoja se abrió paso a través de unos cuantos centímetros de la sustancia y partiendo del punto donde había golpeado nacieron grietas que se extendieron en todas direcciones hasta una distancia aproximada de un palmo.

—Puede hacerse —anunció Dilvish—. Si tallo una serie de agarraderas por aquí, podemos darle la vuelta y conseguir que lleguemos hasta arriba.

—Hazlo —dijo Black—, y yo podré irme fabricando mis propios asideros a medida que suba. Claro que en este momento tengo la impresión de hallarme en un equilibrio bastante delicado...

—Sí —dijo Dilvish, tosiendo—. No hagas nada para lo cual sea necesario moverse.

Se dio la vuelta y la emprendió nuevamente a golpes con la pendiente. Astillas cristalinas empezaron a volar por los aires.

Tras unos cuantos minutos, había logrado tallar un par de líneas paralelas que tendrían casi dos metros y medio de largo y que nacían del flanco derecho de Black.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Cuando me encuentre sobre ellas, tanto mi espíritu como mi cuerpo estarán en mejor posición —replicó Black—. Supongo que lo mejor será ir en línea recta a partir de esa dirección.

—Eso creo yo —dijo Dilvish, envainando su espada y retrocediendo hasta una posición situada a la izquierda de la cabeza de Black—. Mientras avanzas yo me encargaré de irte empujando. Me parece que lo mejor será mover primero la pata derecha. —Se afirmó cuanto pudo sobre la pendiente y apoyó su hombro en el cuello de Black—. Cuando estés listo...

Black alargó cautelosamente su pata delantera derecha y la fue moviendo, haciendo girar lentamente su cuerpo. Acabó poniéndose la pezuña sobre la línea más alejada de él y luego desplazó su peso un poco más en esa dirección.

—El siguiente debería ser la auténtica prueba.

Alzó su pata delantera izquierda. Dilvish sintió inmediatamente como aumentaba la presión sobre su cuerpo. Empezó a empujar mientras que Black movía la pata. Sentía como el aliento le ardía en las fosas nasales. Lentamente, la pezuña de Black acabó apoyándose sobre el asidero más próximo. Pero Dilvish siguió notando el mismo peso. Black estaba ahora colocando su pata trasera izquierda en el hueco que acababa de quedar libre. Cuando lo hubo conseguido, hizo avanzar su pata trasera derecha.

—Dos pasos más... —dijo en voz baja, y luego pasó rápidamente su pata trasera derecha al asidero más lejano.

—Ahora...

Dilvish siguió empujando mientras que Black hacía subir la primera pata por la línea que había tallado. Luego dio varios pasos hacia adelante y Dilvish suspiró, tosió y pudo estirar los músculos.

—Estupendo —dijo Black—. Estupendo.

Dilvish se ató el pañuelo alrededor de la boca y la nariz y luego se colocó una vez más junto a Black, permaneciendo entre él y las aguas. Black avanzó hasta el final de las líneas que había cavado.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Dilvish.

—No hay ningún problema. Observa.

La pata delantera de Black se lanzó hacia adelante con una velocidad cegadora, abriendo un gran orificio en la reluciente superficie. Allí se quedó, en tanto que su pata izquierda abría otro, más arriba. Black tiró de su cuerpo hasta quedar en la nueva posición y la pata derecha volvió a moverse. Muy pronto sus patas traseras pudieron ocupar los agujeros que habían quedado libres.

—Y, por cierto, gracias —dijo, clavando una vez más su hendida pezuña en la pendiente.

Dilvish apoyó su mano derecha sobre la espalda de Black y fue siguiéndole, acompasando su avance a la lentitud del suyo.

—El cielo parece haberse oscurecido durante nuestra estancia ahí abajo — observó.

—Las emanaciones son muy fuertes —dijo Black—. Pero no percibo ninguna ola de cambios viniendo hacia aquí.

—¿Qué quiere decir eso?

—Prácticamente, cualquier cosa.

El cielo siguió oscureciéndose hasta alcanzar prácticamente la intensidad del crepúsculo mientras que ellos seguían subiendo por la pendiente. Cuando ya habían transcurrido unos cuantos minutos oyeron un breve y estridente alarido que venía desde lo alto y una silueta oscura se deslizó por encima del borde hacia el que trepaban, a su izquierda.

—¡Es un hombre! —exclamó Black.

Las manos de Dilvish volaron hacia su cintura mientras que se desplazaba a la izquierda y gritaba:

—¡Aquí!

El cinturón que había desabrochado se hallaba ya entre sus dedos y lo lanzó ante él, el peso de la gruesa hebilla llevándolo directamente hacia el camino que seguía el hombre en su caída. Un largo palo bajó rebotando por la pendiente, casi acertando a Dilvish en el hombro.

—¡Agárrate! —gritó.

El hombre se retorció desesperadamente y su mano izquierda logró aferrar el cinturón justo por encima de la hebilla. Dilvish tensó su cuerpo y se dio la vuelta en tanto que el hombre pasaba resbalando junto a él.

—¡No lo sueltes! —gritó el hombre, su mano derecha agarrándose al cinturón por encima de la izquierda, en tanto que su cuerpo seguía resbalando en dirección lateral.

—No perdería un buen cinturón por el mero placer de ver a un hombre metido en un pozo de ácido —respondió Dilvish, con los dientes bien apretados, sintiendo ahora todo el peso del hombre—. Y se está haciendo demasiado oscuro como para apreciar debidamente el espectáculo —siguió diciendo, mientras tiraba de él hasta que pudo cogerle por la mano.

En las aguas que había bajo ellos empezó a verse un resplandor verdoso, y unos instantes después una cegadora fuente de chispas se alzó sobre el lago.

—¡Mi báculo! —gritó el hombre, mirando hacia atrás por encima de su hombro—. ¡Mi báculo! ¡No puedes imaginar el arte que fue empleado en su talla, ni los poderes que había almacenados dentro de él!

—Apuesto a que tu vida vale más —dijo Dilvish, pasándose el cinturón por encima del cuello y logrando coger la otra mano del hombre.

Las aguas, que ahora se habían vuelto totalmente verdes, empezaron a burbujear con gran potencia y los vapores se alzaron hacia ellos, todavía más pestilentes que hacía un rato.

El hombre logró sonreír.

—Por supuesto, tienes razón —dijo, sus botas resbalando mientras intentaba hallar un sitio donde poner los pies. E, inmediatamente, empezó a lanzar tal torrente de obscenidades que casi resultaba una prueba de erudición. Dilvish le escuchó, admirado, pues incluso en sus días de militar le habría resultado difícil encontrar a quien pudiera igualarle.

—Has logrado blasfemar de dioses a los que incluso los sacerdotes han olvidado —dijo con bastante respeto en la voz, en tanto que el hombre hacía una pausa para recuperar el aliento y empezaba a toser—. Bien, ahora tengo una deuda con el Arte: debo sacarte de aquí. No intentes ponerte recto. Lo único que debes hacer es permitir que tire de ti hasta donde está esperando mi montura.

Dilvish fue arrastrando al hombre a lo largo de la pendiente y, finalmente, alzó uno de sus brazos vestidos de tela amarilla y lo pasó por encima de sus hombros, ayudándole a que montara sobre la espalda de Black. Detrás de ellos, el lago, que seguía burbujear, empezó a emitir una serie de pequeñas explosiones.

—No intentes encontrar asideros —dijo Dilvish—. Apóyate y deja que te llevemos, nada más. Mantén los pies colgando.

El hombre miró a Black durante un segundo, y luego asintió.

Dilvish y Black reanudaron su avance hacia arriba. Zarcillos de niebla se deslizaban por el oscurecido cielo. La pendiente se estremeció ligeramente bajo sus pies al producirse otra sacudida dentro de las aguas. Black se detuvo con una pata extendida y esperó a que la sacudida hubiera pasado.

—Tenías un báculo realmente potente —comentó Dilvish.

El hombre rechinó los dientes y lanzó un gruñido. Los cascos de Black se estrellaron en la reluciente superficie, abriéndose paso por ella.

—Era igual que poseer una cuenta con un banquero honrado —dijo por fin el hombre—. Había ido invirtiendo poder dentro de él a lo largo de los años, para cuando llegara un momento de necesidad. Apoderarme del castillo va a ser más difícil sin él.

—Una pena —dijo Dilvish—. ¿Por qué deseas tanto conseguir el castillo?

El hombre se limitó a mirarle.

Llegaron hasta el borde, deteniéndose antes unas cuantas veces para esperar a que se calmaran los temblores intermitentes que emanaban desde el fondo de la depresión. Cuando Dilvish miró hacia atrás, todo lo que pudo ver fue una masa de espuma verdosa que ahora llegaba a cubrir una tercera parte de la distancia que había del borde al fondo. Pero aquí el aire era más claro y una leve brisa del noroeste soplaba sobre ellos.

El último trecho del camino fue recorrido rápidamente y pronto se encontraron al otro lado del borde. Dilvish se puso el pañuelo al cuello y volvió a ceñirse el cinturón nada más se encontraron sobre suelo firme. Black resopló, dejando escapar un hilillo de humo. El hombre que habían rescatado se limpió sus negros pantalones de piel. Los tres se volvieron hacia el castillo, que ahora parecía una silueta entintada recortándose contra el cielo cubierto de tinieblas. El sol brillaba en lo alto, pálido como una luna.

—Si no he perdido o roto todos mis recipientes, me encargaré de que tengamos un poco de vino y agua —dijo Dilvish, yendo hacia el flanco derecho de Black.

—Bien.

—Mi nombre es Dilvish.

—Yo soy Weleand de Murcave y estoy empezando a hacerme ciertas preguntas sobre este lugar.

—¿A qué te refieres?

—Tenía entendido que Tualua, quien se encuentra dentro del castillo, había sufrido uno de sus periódicos ataques de locura... —Movi6 su mano en un amplio semic6rculo—. Y que con ello el desborde de sus energías y sus sueños han traído todas estas consecuencias.

—Así parece.

—No.

—Entonces, ¿qué ocurre?

—No todos los sueños son letales..., ni tan siquiera entre su especie. Y no todos ellos son sutiles. Todo este cintur6n que rodea al castillo me da la impresi6n de ser una serie de trampas defensivas mortales cuidadosamente planeada, no los sueños caprichosos de un semidi6s que no controla su mente.

Dilvish le pas6 un recipiente de cristal y Weleand tom6 un largo trago de 6l.

—¿Por qu6? ¿Y c6mo ha podido ocurrir esto? —le pregunt6.

Weleand baj6 el recipiente de cristal y se ri6.

—Quiere decir, mi querido amigo, que alguien ya ha conseguido el control del castillo. Y ha preparado todo esto para hacer que los dem6s no podamos entrar en 6l mientras consolida su poder.

Dilvish sonri6.

—O mientras recupera sus fuerzas —dijo—. Es muy posible que un Jelerak cansado y herido haya construido una defensa tal para mantener alejados a sus enemigos.

Weleand tom6 otro sorbo y le devolvi6 el recipiente. Se limpi6 la boca con el dorso de la mano y se acarici6 la barba.

—Puede ser tal y como t6 dices, s6lo que...

—¿Qu6?

—S6lo que no lo creo as6. Todo esto me parece demasiado primigenio. Jelerak se habr6a limitado a beber una gran cantidad de su poder y se habr6a curado. Despu6s de eso no le habr6an resultado necesarias todas estas extravagancias.

Dilvish bebi6 del recipiente y movi6 lentamente su cabeza, asintiendo.

—Puede que sea cierto..., a no ser que se encuentre extremadamente debilitado y las cosas se le hayan escapado de las manos. No ser6a tampoco el primer caso en el cual un aprendiz se vuelve en contra de su amo.

Weleand se volvi6 hacia el castillo y lo contempl6 en silencio.

—S6lo conozco un medio de saber con seguridad lo que ocurre ah6 dentro —dijo por fin.

Se meti6 las manos en los bolsillos de sus pantalones y empez6 a caminar en direcci6n al castillo. Dilvish mont6 sobre Black y le sigui6 lentamente. Se inclin6 hacia adelante y murmur6 una sola palabra:

—Impresiones.

—Ese hombre —le contest6 en voz muy baja Black—, puede que sea un hechicero blanco muy poderoso que se hace pasar por algo m6 siniestro. Por otra parte, quiz6 sea tan oscuro como mis flancos..., pero no creo que sea nada situado entre esos dos extremos. Y en cuanto a su poder, de eso estoy seguro.

Mientras avanzaban, los vientos volvieron a soplar y las neblinas se apartaron del suelo. Iban hacia un bosque de grandes piedras blanquecinas de formas irregulares. Cuando entraron en 6l sus pisadas dejaron de hacer ruido pues el suelo estaba recubierto por un polvo que recordaba al talco y de vez en cuando giraba en pequeños remolinos a su alrededor. El viento empez6 a cantar por entre las torres rocosas con un gemido tembloroso y muy agudo. Flores de cristal tintineaban a la sombra de los monolitos. Weleand sigui6 avanzando, el cuerpo ligeramente encorvado hacia adelante. Por encima de los pin6culos serpenteaban hebras de p6lida niebla. En la atm6sfera aparecieron min6sculos puntos de luz blanca y anaranjada que bailaban y se mov6an velozmente por el aire. A Dilvish eso le hizo acordarse de su reciente viaje al lejano norte, pero la

temperatura no resultaba tan excepcionalmente fría. Sus ojos observaban el aletear de la capa marrón de Weleand, unos veinte pasos por delante de ellos. De repente el hombre se detuvo, señalando hacia su derecha, y se rió.

Dilvish llegó hasta él y miró hacia donde señalaba. Al otro extremo de una avenida de monolitos, parcialmente cubierta por un remolino de talco, una silueta que recordaba a la de un hombre estaba agazapada en el suelo, de rodillas y apoyándose en la mano derecha; la mano izquierda estaba levantada y en el rostro que miraba hacia arriba, con la boca abierta, había una expresión de sorpresa. Acercándose un poco más a ella, Dilvish vio que el brillo de la silueta, que parecía estar mojada, era en realidad un resplandor cristalino con una débil tonalidad azulada. También vio que los pantalones de la figura estaban bajados alrededor de sus rodillas.

Dilvish se inclinó hacia adelante y tocó la mano que apuntaba hacia lo alto.

—¿La estatua de un hombre que está descargando su vientre, hecha en cristal? —preguntó.

Oyó la risita de Weleand.

—No siempre fue una estatua de cristal —afirmó Weleand—. ¡Fíjate en su expresión! Si tuviéramos una pequeña placa de latón, podríamos darle un título: «Sorprendido con los pantalones fuera cuando soplaron los vientos vivientes».

—¿Estás familiarizado con el fenómeno? —preguntó Dilvish.

—¿Con la eliminación de las heces o con los vientos vivientes?

—¡Hablo en serio! ¿Qué ha ocurrido aquí?

—Tualua, o su amo, parecen haber incorporado a su repertorio los aspectos más frágiles y quebradizos de un viento metamórfico. Se dice que tales vientos eran más comunes en los primeros días del mundo; ¿serían quizá el aliento de un dios borracho? Y que dejaban tras ellos objetos curiosos que de vez en cuando son desenterrados en los desiertos del sur. Algunas veces pueden resultar muy divertidos, como ésta, o como un par que encontraron cerca de Kaladesh y que ahora figuran en la colección del señor Hyelмот de Kubadad. Han sido escritos varios libros, ahora fuera de circulación, en los cuales se catalogan...

—¡Basta! —dijo Dilvish—. ¿Puede hacerse algo por ese pobre hombre?

—Aparte de que venga por aquí otro de los vientos vivientes y le vuelva a transformar, no. Y eso no es muy probable. Por lo tanto, y si deseas tener algún recuerdo, sítete tú mismo. Es muy frágil. Ven, deja que te lo enseñe...

Alargó la mano hacia la oreja de la figura. Dilvish cogió a Weleand por la muñeca.

—No. Déjale en paz.

Weleand se encogió de hombros y dejó caer su brazo.

—Al menos, resulta refrescante saber que quien se encuentra detrás de esto, sea quien sea, tiene sentido del humor —observó.

Luego se dio la vuelta, volvió a meterse las manos en los bolsillos, y siguió caminando.

Dilvish y Black ocuparon nuevamente su posición de antes, detrás de Weleand. Pasaron largos minutos y las luces siguieron moviéndose por el aire y el viento cantando sin ser interrumpido...

—¡Black! ¡Ve a la izquierda! —¿Qué pasa?

—¡Hazlo!

Black se desvió inmediatamente en tal dirección, pasando por entre dos pálidos pináculos y rodeando un tercero. Luego se detuvo.

—¿Por qué camino?

—A la izquierda. Más atrás. Lo vi gracias a una de esas pequeñas luces. Creo que lo vi... Ahora, recto hacia adelante, y luego hacia la derecha. Por ahí atrás.

Avanzaron, saliendo y entrando de las sombras. Weleand no resultaba visible. Una de las luces bajó hacia ellos y pasó por encima, transformando cada una de las grotescas rocas junto a las que estaban pasando en algo distinto, reluciente y hermoso...

—¡Dioses! —exclamó Dilvish, dejándose resbalar al suelo y yendo hacia ella—. No puede ser...

Se acercó cuanto pudo, forzando los ojos para ver algo entre las sombras que cubrían como un sudario a la figura.

—Eso...

Alargó la mano y muy cuidadosamente, en un gesto que resultaba casi delicado, tocó el rostro, pasando los dedos muy despacio por encima de los rasgos. Otra luz avanzó hacia ellos, siguiendo un rumbo lleno de vacilaciones, bajando, retirándose, yendo de un lado a otro. Black, que casi siempre permanecía totalmente inmóvil cuando descansaba, se agitaba ahora continuamente sobre una u otra pata.

La luz se hizo más clara, avanzó hacia ellas y volvió a subir.

—¡...Lo es! —jadeó Dilvish en tanto que el resplandor luminoso caía sobre los rasgos que estaba acariciando.

Se puso de rodillas y bajó la cabeza durante unos instantes. Luego alzó nuevamente la vista, el entrecejo fruncido y los ojos entrecerrados.

—Pero ¿cómo es posible que aquí... después de todos estos años?

Black emitió un ruido inarticulado y dio unos cuantos pasos hacia adelante.

—Dilvish —dijo—, ¿qué pasa? ¿Qué ha ocurrido?

—En esa otra vida, antes de que la maldición cayera sobre mí —dijo Dilvish—, mucho antes..., yo..., yo amé a una doncella de los elfos..., Fevera de Mirata. Ahora se encuentra ante nosotros. Pero ¿cómo es posible? Ha pasado tanto tiempo y esta tierra cambiante es algo que se ha producido tan recientemente... Pero ella está igual. Yo... no lo entiendo. ¿Qué loco giro del destino puede haber tenido lugar para que ahora encuentre a quien ya había perdido toda esperanza de hallar... aquí, congelada para toda la eternidad? Daría cualquier cosa por devolverla a su estado anterior.

El vacilante punto luminoso se había alejado mientras hablaba, aunque ahora el lugar estaba iluminado por la claridad de un sol tan pálido como la luna. Otros puntos luminosos vagaban por el aire y una extraña sombra avanzó hacia ellos.

—¿Cualquier cosa? ¿Eso has dicho? —les llegó la grave y ahora ya familiar voz de Weleand.

Weleand fue hacia ellos, pareciendo ahora más alto en la penumbra, y penetró en el triángulo formado por Dilvish, Black y la estatua.

—Pensé que según tú nada podía hacerse por quienes estaban en tal situación —declaró Dilvish.

—Bajo circunstancias ordinarias, eso es cierto —replicó Weleand, extendiendo la mano para tocar el hombro de la dama congelada, que se encontraba con los dedos sobre las bridas de un caballo igualmente reluciente, mirando hacia arriba—. Sin embargo, y en vista de tu extraordinaria oferta...

Su mano izquierda se lanzó hacia adelante y cayó sobre el cuello de Black.

Black lanzó un relincho y se encabritó, los resplandores del fuego ardiendo en las cuencas de sus ojos. La mano de Weleand, manteniendo su contacto, resbaló sobre su pecho hasta posarse sobre su temblorosa pata.

—¡Te conozco! —exclamó Black, y un relámpago diminuto brotó de su boca, se apartó antes de llegar a Weleand y calcinó el suelo cerca de él.

Después Black se quedó inmóvil y los fuegos se apagaron dentro de sus ojos. Sus flancos se vieron recorridos por un resplandor cristalino. La muchacha suspiró, derrumbándose encima de su caballo. El caballo piafó y agitó las patas.

Weleand avanzó rápidamente, dejando atrás a Black, se volvió hacia el nuevo cuadro formado por la joven y el caballo y, sujetándose la capa a la espalda, hizo una reverencia.

—Como habías pedido —dijo, sonriendo—. Uno puede ocupar el sitio de otro, señor Dilvish...y, en este caso, he logrado incluir dentro del trato al caballo de la dama. Bien, has salido adelante. Un desenlace afortunado, como suele decirse...

Dilvish se lanzó hacia él, pero de repente Weleand se vio arrastrado hacia atrás y empezó a subir por los aires, como si fuera una hoja arrebatada por el gemido del viento, y ascendió en una espiral por entre las torres de piedra, la capa extendida tras él como una gran ala oscura, para alejarse hacia el nordeste y acabar quedando fuera del alcance visual de Dilvish.

Dilvish se volvió hacia Black, que se mantenía en equilibrio sobre sus patas traseras, una estatua hecha de hielo oscuro, y alargó la mano hacia él. Black osciló lentamente y empezó a caer.

4

Baran de Blackwold iba y venía de un lado a otro de la pequeña habitación. Unos cuantos viejos volúmenes yacían abiertos sobre la mesa que había junto a la pared. Toda la parafernalia utilizada en los conjuros se encontraba extendida por el suelo, y Baran se abría paso por entre ella sin mirar mientras caminaba.

Un gran espejo cuyo cristal tenía una tonalidad grisácea colgaba dentro de un complicado marco de hierro en el que había labradas figuras tanto animales como humanas, las cuales estaban muy ocupadas cometiendo un sinfín de actos, la mayor parte de naturaleza violenta. Una silueta alargada de color naranja dorado nadaba en las profundidades del espejo, igual que un pez en un estanque cubierto de sombras. No era un reflejo de nada que se encontrara en la habitación. La parafernalia de los conjuros ya había sido utilizada.

—Te conmino a que hables —dijo Baran en voz baja—. Has tenido amplia oportunidad de explorar el mecanismo por el cual opera el espejo. Háblame de él.

Una voz musical y casi alegre tintineó cerca del espejo:

—Es muy intrincado.

—Eso ya lo sabía.

—Lo que quiero decir es que veo cómo funciona, pero no comprendo cómo se consiguieron tales efectos. Los hechizos envueltos en ello son increíblemente sutiles.

La silueta parecía estar nadando hacia la superficie del cristal. Creció. Dio la vuelta. Su cuerpo quedaba medio tapado por su reluciente cabeza de forma alargada, la cual se lanzó hacia adelante hasta llenar todo el espejo: tenía los ojos triangulares, estaba cubierta de escamas doradas y su boca, muy pequeña, quedaba entre una minúscula mandíbula puntiaguda y una ancha frente, con tres pequeños cuernos que sobresalían por entre una delicada melena de plumas o llamas, en continuo movimiento.

—Libérame ahora —pidió—. Es una puerta a otros sitios que nace en otros sitios. No hay más que pueda decirte.

Baran se detuvo y alzó la cabeza, las manos detrás de la espalda. Miró a la criatura y sonrió.

—Inténtalo —dijo—. Intenta describirme el mecanismo de su defensa. Cada uno de los guardianes que he colocado dentro de él para impedir que funcione se ha desvanecido en cuestión de días. ¿A qué se debe esto?

—Me resulta difícil imaginar la respuesta. Ahora los hechizos se encuentran dormidos, esperando la llave adecuada. Con todo, es como si algo se removiera en lo más hondo de él, como si algo muy frío pudiera ser impulsado a golpear para dejar libre el camino, en caso de que éste quedara bloqueado.

—¿Eres capaz de bloquearlo?

—Sí.

—¿Qué harías si la cosa fría atacara?

—No me gusta ese frío.

—Pero ¿qué podrías hacer?

—Defenderme contra él con mis propios fuegos, si estuviera aquí entonces.

—¿Tendría éxito tal defensa?

—No lo sé.

—¿No puedes explorar ese aspecto del hechizo y decirme cómo es posible negarlo?

—¡Ay, está demasiado hondo!

—Te conmino a permanecer en las profundidades de ese cristal por todos los nombres que te atraen hasta aquí. Evita que funcione para transportar lo que sea o a quien sea a este lugar o fuera de él. Defiéndete hasta el límite máximo de tu capacidad y poder contra la cosa fría, si ésta actúa para destruirte o expulsarte del cristal.

—Entonces, ¿no voy a ser liberado?

—No en este momento.

—Te suplico que reconsideres tu decisión. Este lugar es peligroso. No deseo seguir el camino de los otros, que ya no existen.

—¿Estás intentando decirme que es imposible mantener bloqueado el espejo durante largos períodos de tiempo? —Me temo que bien puede ser ése el caso. —Entonces contéstame a esto, ya que se te considera dotado de sabiduría: no hace mucho, en la Torre de Hielo, el hombre al cual llaman Ridley consiguió mantener bloqueado un espejo como éste de forma indefinida. ¿Cómo logró vencer el fin para el cual está concebido el espejo?

—No lo sé. Quizá utilizó un guardián mucho más grande que yo para oponer su voluntad a los mecanismos del espejo. —Eso es impracticable. El poder requerido tendría que haber sido enorme..., o, de lo contrario, su habilidad dotada de una extraordinaria sutileza.

—Es posible que fuera cualquiera de las dos cosas, o ambas a la vez. Se oye hablar de tales cosas, incluso dentro de mi dominio.

Baran meneó la cabeza.

—No puedo creer que tal habilidad y fuerza se encuentren a su alcance. Hubo un tiempo en el que le conocí. —Yo no le conozco. Baran se encogió de hombros.

—Ya has oído lo que te encomiendo. Permanece dentro del espejo y haz que no funcione su llave. Si eres destruido en el proceso, tu sucesor continuará con el trabajo. Aunque me falte la habilidad o el poder, poseo una infinita cantidad de aquellos que son como tú.

—¡No puedes hacerlo! —exclamó la criatura.

Y después empezó a gemir de forma cada vez más aguda, emitiendo una nota que amenazaba con romper los tímpanos de Baran.

—¡Silencio! ¡Vuelve a las profundidades y haz lo que te he encomendado!

El rostro giró en redondo y empezó a volverse más pequeño, acabando por convertirse en una minúscula silueta que iba y venía velozmente por el espejo. Baran comenzó a recoger su equipo mágico y lo guardó dentro de baúles, recipientes y cajones.

Cuando la habitación hubo quedado limpia, cogió una cesta y un orinal de un armario que se encontraba situado junto a la única ventana de la habitación. Colocó los dos objetos ante el espejo y, de una patada, impulsó a un pequeño banco hasta dejarlo junto a ellos. Luego atravesó la habitación y le quitó el pestillo a la puerta.

—Tú —dijo, una vez que la hubo abierto—. Entra aquí.

Un esclavo bastante joven, vestido con una túnica y unos pantalones descoloridos y calzado con sandalias, entró lentamente en la habitación, sus ojos yendo velozmente de un lado a otro de ésta.

Cuando Baran alargó la mano hacia su hombro, el esclavo se encogió temerosamente.

—No te haré daño..., a no ser que fracases en tu tarea. De hecho, me he encargado de proporcionarte todo lo necesario para tu comodidad. —Le llevó hasta el banco—. En esta cesta hay comida y agua. La razón de que esté aquí el orinal es que no debes abandonar tu puesto por ninguna razón.

El joven asintió rápidamente.

—Mira en ese espejo y dime lo que ves.

—La... la habitación, señor. Y a nosotros mismos.

—Mira más atentamente dentro de él. Hay una cosa que no se encuentra presente aquí.

—¿Os referís a esa pequeña cosa brillante que se mueve... en lo más hondo del espejo?

—Exactamente. Exactamente. Debes mantener tus ojos sobre ella durante todo el tiempo. Si se desvaneciera, debes venir a mí y decírmelo inmediatamente. No importa lo que pase, no debes dormirte, por lo que enviaré a otro esclavo para que te releve después, antes de que empieces a cansarte. ¿Entiendes?

—Sí, mi señor.

—¿Tienes alguna pregunta que hacerme?

—¿Y suponiendo que no estéis en vuestros aposentos, señor?

—Entonces uno de mis hombres estará allí. Le mantendré informado sobre mi paradero. ¿Hay alguna cosa más?

—No, señor.

Baran fue nuevamente hacia el armario y sacó una escoba y un puñado de trapos. Volvió hacia donde estaba el esclavo y los arrojó al suelo ante él.

—Y ahora, jovencito, graba bien mis palabras en tu cerebro, si sueñas con alcanzar un día una vejez respetable y con morir en tu sueño. Es improbable que la reina venga por aquí. Sin embargo, y si se produjera tal visita, bajo ninguna circunstancia debes decirle lo que estás haciendo aquí o que he sido yo quien te ha mandado que lo hagas. Coge rápidamente esos trapos y esa escoba, pon cara de culpabilidad. Di que debías limpiar este sitio. Si te hiciera más preguntas al respecto, di que encontraste esta comida aquí y que no pudiste contener tu hambre. ¿Comprendido?

El joven volvió a decir que sí con la cabeza.

—Pero, señor, ¿no me castigará por esto?

—Quizá —replicó Baran—, aunque no resultará ser nada comparado con las agonías que yo te infligiré si le cuentas la verdad. Pero si te comportas bien y soportas el castigo con valor, te recompensaré con una posición mejor.

—¡Mi señor!

Baran le dio una palmadita en el hombro.

—No temas, dudo que venga por aquí.

Fue hacia la mesa, cerró los libros y se los puso bajo el brazo antes de salir de la habitación, silbando.

Semirama, preguntándose cómo sería el mundo este día más allá de los muros del Castillo sin Tiempo y la tierra cambiante, alzó los ojos durante sus vagabundeos por salones y galerías para descubrir que había terminado encontrando el camino de vuelta a sus propias habitaciones. Tomó asiento sobre un montón de pieles colocado encima de una pila de almohadones, sus ojos enfocándose lentamente en las intrincadas tallas que cubrían un biombo de ébano situado en mitad de la gran estancia. A su izquierda, en un brasero, humeaba alguna sustancia aromática. Tapices que representaban escenas de la corte y de cacerías cubrían la mayor parte del espacio de las paredes. Las seis ventanas de la habitación eran estrechas y bastante altas. Sobre las baldosas del suelo yacían pieles de animal. La cama era grande, cubierta con un dosel, y estaba hecha de madera oscura con gran cantidad de tallas. Semirama acarició con los dedos la cadena que rodeaba su cuello y se mordisqueó suavemente su húmedo labio inferior. Oyó el roce de una sandalia: alguien que se movía en el espacio situado más allá del oscuro biombo.

Una mujer robusta y de rasgos austeros, su cabello ya bien entrado en el gris de la madurez, asomó por la parte derecha del biombo y la miró.

—¿Señora? —preguntó—. Creí haberos oído entrar. —Así es, Lisha, me oíste.

—¿Puedo traeros algo o hacer cualquier cosa por vos?

Semirama se quedó callada durante unos instantes, pensando.

—Un vasito de ese vino dorado de... ¿Bildesh? Se me ha olvidado de dónde viene. Ya sabes cuál me gusta —dijo.

Lisha entró en la habitación y la cruzó para llegar hasta un armarito pegado a la otra pared. A esto siguió un tintineo de cristales. Poco tiempo después volvió con un vaso encima de una bandeja de plata que dejó sobre una mesita situada a la derecha de Semirama.

—¿Alguna otra cosa, señora? —preguntó.

—No. Creo que no. —Semirama alzó el vaso y tomó un sorbo—. ¿Has estado enamorada alguna vez, Lisha?

La sirvienta se ruborizó y apartó la mirada.

—Supongo que una vez lo estuve. De eso hace mucho tiempo.

—¿Qué pasó?

—Se lo llevaron como soldado, señora. Murió en su primer combate.

—¿Qué hiciste?

—Recuerdo que lloré mucho. Envejecí.

—¿Sabes que hace mucho tiempo fui reina en una ciudad que ya no existe? ¿Sabes que Jelerak me hizo volver de la tierra de los muertos porque mi familia conocía el lenguaje de los Viejos, porque necesitaba una intérprete cuando el que le sirve aquí empezó a portarse de una forma extraña?

—Eso he oído decir. Estaba aquí el día en que os invocó. Os vi por primera vez esa misma noche. Os trajeron a mí, todavía dormida, unas cuantas horas después para que os cuidara. Pasaron tres días antes de que vuestras pupilas fueran capaces de centrarse en algo y antes de que hablarais.

—¿Tanto tiempo? No llegué a darme cuenta de ello. Sólo había pasado una semana de eso cuando el pobre Jelerak se fue y quedamos abandonados a nuestros propios recursos. Hace ya tantos meses...

—¿El pobre Jelerak?

Semirama se dio la vuelta y observó a su criada, frunciendo el entrecejo.

—Tu reacción me parece sorprendente. No es la primera vez que me he encontrado con ella. Siempre fue un hombre bondadoso. Actúas como si no fuera así.

Lisha empezó a jugar nerviosamente con su ceñidor. Sus ojos iban y venían de un lado a otro de la estancia.

—Aquí no soy más que una sirvienta.

—Pero ¿por qué esta reacción de tantos? Puedes hablar tranquilamente conmigo.

—He... he oído decir que mucho tiempo antes era tal y como vos habéis dicho...

—Pero ¿ya no lo es?

Lisha asintió.

—Extraño... las cosas que el tiempo nos hace —dijo Semirama con voz pensativa—. Oí contar cosas sobre él cuando mi vida ya se estaba acercando al final. Pero no las creí. Claro que entonces estaba demasiado ocupada pensando en otra persona y no le prestaba demasiada atención a tales asuntos. Mi esposo tenía mucho que hacer con sus concubinas y mi corazón estaba en otro lugar...

Lisha pareció alegrarse un poco al oír esto y sus ojos volvieron al rostro de su ama.

—Sí... —dijo Semirama, contemplando los dibujos que había en el biombo de ébano, alzando su vaso para tomar otro sorbo—. Amé a un hombre del pueblo de los elfos..., el que fue a Shorfedan y mató al poderoso Primero, Hohorga, contra quien incluso Jelerak había luchado en vano. Selar era su nombre. Una vez hubo logrado llevar a término su hazaña murió inmediatamente...

—He oído..., he oído hablar de él, señora.

—Tendría que haber puesto fin a mi vida entonces, pero no lo hice. Viví durante unos cuantos años después de eso. Me consolé con otros amantes. Morí durante mi sueño. Ahora que pienso en ello, tuvo que haber alguna clase de juego sucio en esa muerte. Mi esposo, Randel... sospecho de él. Era débil. —Semirama se rió—. Si hubiera sabido que iba a ser resucitada, seguramente lo habría hecho.

Se estiró y lanzó un suspiro.

—Puedes irte, Lisha.

La mujer no se movió.

—No..., no estaréis pensando en haceros algún daño a vos misma ahora..., ¿verdad que no, mi señora?

Semirama sonrió.

—Que los dioses te bendigan..., no. Ha pasado demasiado tiempo para que un gesto así pudiera tener algún significado. Ya no soy esa joven. Otros asuntos acabaron haciendo que me cansara un poco de todo y mi mente se ha vuelto hacia las tonterías de la juventud. Vete y no temas nada. Quería un oído dispuesto a escucharme, eso es todo.

Lisha asintió y se dio la vuelta.

—Si necesitáis algo más, lo único que debéis hacer es llamarme.

—Lo haré.

Semirama estuvo observando a la mujer hasta que se marchó. Pasado un tiempo, sus dedos fueron nuevamente hacia la cadena que rodeaba su cuello, acariciando una pequeña arqueta de metal azulado en forma de octágono que estaba enmarcada en plata oscurecida por el tiempo. Abrió la arqueta y contempló el rostro que había grabado dentro de ella.

Era el retrato de un hombre joven: cabellera larga y casi rubia, rasgos ligeramente afilados, ojos penetrantes, una breve barba en el mentón y un aire de fuerza o decisión en la anchura de la frente y la curvatura de la boca.

Lo estuvo mirando por un instante y luego lo tocó suavemente con sus labios, cerrando la arqueta y dejándola caer nuevamente sobre su seno. Apuró su vaso.

Se puso en pie y vagabundó por la habitación, tomando al azar pequeños objetos y volviéndolos a colocar en su sitio. Por fin acabó yendo hasta la puerta, se encontró de nuevo en el vestíbulo, permaneció inmóvil e indecisa por un momento y empezó a caminar.

Durante más de una hora estuvo recorriendo estancias y galerías, subiendo y bajando escaleras, no encontrando a nadie salvo de vez en cuando los fugaces sueños del ser que estaba encomendado a sus cuidados, como en una habitación que descubrió había sido transformada en una gruta submarina, el salón a través del cual soplaban un huracán, el pasillo obstruido por el hielo o el agujero negro como la tinta que colgaba suspendido en el aire y se abría sobre la nada, aunque de él emergía una música suave y exótica. En un momento dado, el camino que seguía se vio cubierto por una alfombra de flores; en otro, por una capa de sapos. En la sala principal tronaba una furiosa tormenta; una suave llovizna azul caía en la antecámara que daba a ella.

Poco a poco descubrió que sus pies habían decidido cambiar de rumbo, que estaba subiendo y que iba en dirección a la estancia del Pozo. Pero ahora no estaba de humor para hablar con Tualua, ni tan siquiera buscando recuerdos de los tiempos que ya habían pasado. «¿Soy la última —se preguntó, no por primera vez—, la última persona en el mundo que puede conversar con él?»

Avanzó por la galería que llevaba hasta su habitación. Se detuvo un momento para mirar hacia el exterior. A su derecha había una zona oscura, como si la noche hubiera caído prematuramente sobre los acres de roca lejana, formando una negra cúpula. A su izquierda la tierra se encontraba nuevamente en un estado fluido, ondulando como bajo el efecto de oleadas de calor, alzándose sobre sí misma y cambiando de colores. Las

neblinas se habían retirado hacia el este, donde formaban una gran pared de color amarillo.

Semirama siguió avanzando y acabó sentándose sobre el amplio alféizar de un ventanal, con una almohada en su espalda. Bajo ella no se veía ni una sola criatura viviente.

«¿Cómo son las ciudades de ahora —pensó—. ¿Cuánto han cambiado?»

Meliash, ocupado con sus registros, sintió más que oyó cómo su nombre era pronunciado. Dejó a un lado sus utensilios de escribir y buscó su cristal.

El cristal se despejó casi de inmediato y Meliash se encontró mirando los ojos algo legañosos de Rawk, quien sonreía débilmente.

—¿Te he molestado? —preguntó el viejo.

—No.

—Qué pena. Bien, tengo algo para ti. He encontrado en nuestro Libro de Signos la fecha en que se usaba tu señal de reconocimiento entre los miembros. De eso hace como unos doscientos años. Comprobando los registros de los miembros durante ese mismo período descubrí que sólo hubo una persona llamada Dilvish entre la Hermandad..., mitad elfo, Casa de Selar, un adepto menor que al parecer era un soldado. Creo que le vi una vez. Me parece recordar que era un tipo bastante alto.

—Tengo la sensación de que podría muy bien ser él. ¿Qué más tienes?

—Desapareció de las listas unos cuantos años después. No se da ninguna razón para ello. Ahora que pienso en el asunto, creo que sucedió algo... Pero no consigo recordar qué.

—Inténtalo.

—Ya lo hice. Pero al parecer se encuentra más allá del alcance de mi memoria.

—¿Qué hay del otro?

—Los registros actuales incluyen a un Weleand de la pequeña ciudad de Murcave, situada al oeste. Un mago menor. Bien considerado.

—¿Situado hacia alguno de los dos extremos?

—No. Está en el gris.

—¿Y Dilvish estaba también ahí?

—Sí.

—¿Tienes alguna otra cosa sobre uno de los dos, sea lo que sea?

—Sólo mi curiosidad. ¿Te importa explicarme a qué viene todo esto?

Meliash se reclinó en su asiento, intentando poner en orden sus sensaciones, impresiones e ideas. Luego, muy despacio, empezó a hablar:

—Esta misión me impone el deber de hacer averiguaciones sobre cualquier cosa peculiar que tenga relación con el... el antiguo propietario del castillo situado en el centro de todo este asunto. Bien, este Dilvish es la única persona que ha pasado por aquí y que ha dicho no estar buscando el poder contenido dentro de ese lugar. Si debo ser sincero, ha declarado que su único propósito para venir aquí es matar... al antiguo propietario del castillo. No se mostró dispuesto a añadir más explicaciones al respecto.

—Hay muchos a los cuales les gustaría vengarse de ese hombre.

—Por supuesto. Pero Dilvish es el único que ha venido aquí y lo ha proclamado. Además, estaba enterado de lo ocurrido en la Torre de Hielo...

—No puede decirse que eso siga siendo un secreto para los que están dentro de la Sociedad. Ya no.

—Cierto. Pero mencionó haber estado en el Norte recientemente.

Rawk se mordisqueó la barba.

—No veo a dónde pretendes ir a parar. No recuerdo haber oído ningún comentario sobre un tercer bando que estuviera comprometido en ese asunto.

—Yo tampoco. Pero ¿no tenía Ridley una hermana?

—Sí. Una joven muy guapa. Se llamaba Reena. También era miembro de la Sociedad.

—Me parece haber oído que escapó, con cierta ayuda...

—Sí, creo que eso es correcto.

—¿Hay alguna forma de que se pueda comprobar eso con mayor detenimiento?

—Es posible. Había un número indeterminado de miembros observando el conflicto..., desde la seguridad de sus viviendas particulares. Puede que algunos de ellos tengan una mayor información.

—¿Podrías intentar localizar a uno de ellos por mí?

Rawk suspiró.

—No logro ver lo que se demostraría con eso.

—En estos momentos, yo tampoco. Y, con todo, tengo la sensación de que en todo esto hay algo importante.

—De acuerdo. Hablaré con unos cuantos y ya te haré saber lo que descubro. Pero ¿cuál es el lugar de Weleand en todo esto?

—No lo sé. Llegó antes y me advirtió de que Dilvish se acercaba, insinuándome que era más oscuro que gris y que no era persona de confianza.

—Lo más probable es que se trate de algún asunto particular. Volveré cuando sepa algo más.

Su imagen se desvaneció.

Meliash limpió el cristal en su manga antes de volverlo a guardar. Luego se puso en pie y fue hacia el perímetro de la tierra cambiante y se quedó junto a él con las manos detrás de la espalda, los ojos vueltos hacia la zona de oscuridad que había surgido al sudoeste.

Dilvish se lanzó hacia un lado, interponiendo su hombro entre la trayectoria de Black y el suelo.

—¿Qué ocurre? ¿Qué está pasando? —preguntó una suave voz femenina que casi le resultó familiar.

—¡Ayúdame! —gritó Dilvish, tensando su cuerpo y sin mirar hacia el sitio donde ahora estaba la chica, apartándose el cabello del rostro—. ¡No podemos dejar que caiga! ¡Aprisa!

Unos instantes después la joven estaba junto a él, su espalda apoyada en el flanco izquierdo de Black.

—Pájaro de Tormenta, ven hacia mí..., despacio y con cuidado —dijo ella, hablando en la lengua noble de los elfos.

El caballo blanco fue hacia ellos.

—Da la vuelta.

Movió su cabeza, deslizándose hacia donde estaba Dilvish.

El caballo avanzó hasta la parte trasera de Black y se volvió.

—Tu hombro, donde estaba el mío... ¡Aguanta!

El caballo se movió, soportando con su cuerpo parte del peso de Black. La muchacha se giró hacia Dilvish y pasó a utilizar la lengua común:

—¿Y ahora qué? —le preguntó.

—Ahora abajo, hasta el suelo, con mucho cuidado para que no se haga añicos —replicó Dilvish, hablando por primera vez en la lengua noble desde hacía muchos años.

La muchacha observó su rostro durante un instante y luego asintió.

Hicieron falta varios minutos y una casi catástrofe antes de que Black quedara tendido de lado en el suelo.

—No entiendo lo que está pasando —dijo la joven—. Hace un momento me encontraba ahí, ahora es de noche y tú apareces de la nada, sosteniendo una estatua de... No es exactamente un caballo, ¿verdad?

—No —contestó Dilvish, volviéndose hacia ella—. No, Fevera, no lo es.

Ella ladeó la cabeza, medio cerrando los ojos.

—¿Quién eres?

—¿No me reconoces?

—Soy Adata de Marinta. Fevera es el nombre de mi abuela.

—¿... De la Casa de Mirata? —preguntó Dilvish.

—La misma. ¿Quién eres?

—¿Sigue viva?

—Posiblemente. Se fue hace varios años a las tierras del Crepúsculo. Pareces conocer a la familia, pero...

—Discúlpame. Soy Dilvish de Selar.

—¿Tú? ¿El que dicen fue convertido en piedra hace mucho tiempo?

—El mismo.

—¿Es cierto?

—¿Que era de piedra? Mi cuerpo lo era, sí. Mi espíritu estaba... en otro lugar. Y tú misma eras una estatua hasta no hace mucho tiempo. No de piedra, sino de alguna sustancia cristalina... como ahora lo es mi montura.

—No lo entiendo.

—Yo tampoco lo entiendo del todo. Un hechicero llamado Weleand te devolvió a tu estado normal transfiriendo de alguna forma el efecto a Black, aquí presente. ¿Sabes algo sobre tal persona?

—¿Weleand? No, nunca he oído hablar de ese hombre. ¿Yo era una estatua?

—Tú y también tu montura. Estabais ahí. —Señaló hacia el lugar que habían ocupado—. ¿No recuerdas cómo sucedió?

—No. —Ella meneó la cabeza lentamente—. Lo último que recuerdo fue que desmonté aquí para descansar un poco antes de seguir avanzando. Apenas había puesto el pie en tierra cuando el viento adquirió una nota peculiar. Entonces me golpeó igual que si fuera una ola y recuerdo que estaba increíblemente frío. Después oí tu voz y me dio la misma impresión que si estuviera saliendo de un desmayo o un breve sueño. Siento que tu montura haya sido el precio de mi despertar.

—No tuviste mucho donde elegir.

—Con todo, si hubiera algo que yo pudiera hacer...

—¡No digas eso! Fueron unas palabras similares por mi parte las que hicieron que ocurriera todo esto. Sigue hablando de ese modo y es probable que Weleand aparezca de nuevo y te convierta otra vez en cristal.

Dilvish miró hacia el cielo. La joven siguió la dirección de su mirada.

—Una luna muy extraña —dijo ella por fin.

—Es el sol.

—¿Qué?

—Realmente no es de noche. La oscuridad no es natural. —Dilvish movió la mano—. Y el castillo se encuentra por ahí.

Ella se volvió.

—No puedo verlo.

—Acepta mi palabra al respecto.

—¿Qué debemos hacer ahora? —preguntó ella—. He estudiado el Arte pero no conozco modo alguno de hacer que eso... —Movié la cabeza señalando a Black—. Eso vuelva a su estado original. ¿Qué es?

—Es una historia demasiado larga —replicó Dilvish—, y lo hecho, hecho está. Pero yo tampoco sé qué hacer. No puedo dejarle así y tampoco puedo permitir que sigas avanzando sola.

En ese instante, una sola palabra resonó en el interior de la helada garganta de Black, despertando un sinfín de ecos:

—¡Vete! —dijo.

Dilvish se dio la vuelta y puso una rodilla en tierra, pegando su cabeza al flanco de Black.

—¡Oyes! ¡Puedes hablar! —exclamó—. ¿Hay algo que podamos hacer por ti, sea lo que sea?

Durante el tiempo necesario para que su corazón latiera doce veces hubo silencio y luego la voz de Black resonó nuevamente:

—¡Vete!

Dilvish se puso en pie y se volvió hacia Arlata.

—Normalmente cuando dice algo habla muy en serio —afirmó—, pero esto no me gusta nada. Es imposible saber qué nuevo infortunio puede ocurrirle si se queda aquí.

—Pero si habla debe poseer inteligencia... y algún poder situado más allá de los nuestros, si es que puede hablar dadas sus circunstancias actuales.

—Sí, las dos cosas son ciertas —replicó Dilvish—. Es una criatura mágica. Conoce cosas que yo ignoro. De hecho, puede detectar una emanación de Tualua antes de que llegue la ola... y ahora me pregunto si no nos estaba advirtiendo sobre una de esas olas.

—Entonces, ¿qué deberíamos hacer?

—Creo que deberíamos hacer lo que dice y marcharnos de este lugar.

Dilvish se dio la vuelta y señaló hacia la lejanía.

—Monta y dirígete hacia el castillo. Yo te seguiré a pie.

—Creo que Pájaro de Tormenta podrá llevarnos a los dos. —La joven habló en voz baja y suave con el caballo y éste se acercó a ellos, quedándose inmóvil—. ¡Monta!

—Haría que tu avance fuera más lento —dijo Dilvish.

Ella meneó la cabeza.

—Nuestras posibilidades mejorarán yendo juntos. Estoy segura de ello. ¡Monta!

Dilvish obedeció y un instante después ella le imitó. Guió a Pájaro de Tormenta hacia el noroeste y mientras se alejaban Dilvish miró hacia atrás, al lugar donde Black yacía inmóvil igual que un bloque de hielo.

A medida que cabalgaban el cielo se oscureció y el pálido sol situado al oeste se fue haciendo más y más débil. Cabalgaron durante varios minutos, dejando atrás dos nuevas estatuas hukanas de la sustancia reluciente a las cuales Dilvish no miró ni un segundo más de lo estrictamente necesario para determinar que ninguna de las dos era Weleand. Las distancias que había entre los fantasmales pináculos de piedra empezaron a crecer. La capa de talco se hizo más delgada y pronto sus oídos empezaron a percibir los sonidos creados por los cascos de Pájaro de Tormenta.

De repente los vientos cesaron. Bastante lejos de ellos apareció una gran extensión despejada donde el suelo era más oscuro y estaba cruzado por pequeños promontorios. Pájaro de Tormenta aceleró el paso unos instantes antes de que sintieran una fuerte vibración, seguida por una ruidosa explosión producida en algún lugar por encima de sus cabezas. Durante varios segundos el cielo se volvió tan brillante como si fuera de día y luego volvió a oscurecerse.

A cierta distancia de ellos el camino volvió a quedar iluminado, esta vez por pequeñas bolas de fuego que empezaron a bajar del cielo igual que si estuviera nevando.

Al principio las llamas caían tan sólo delante de ellos y hacia la derecha, pero pronto las tuvieron encima y Dilvish alzó su capa para protegerse a sí mismo y a su compañera. Pájaro de Tormenta relinchó, echó las orejas hacia atrás y corrió hasta dejar lejos los últimos pináculos.

—¡Ese destello que tenemos delante! —exclamó Dilvish—. ¿Es agua?

La respuesta de Arlata, si hubo alguna, se perdió para él en la serie de explosiones que resonó un instante después, detrás de ellos y a bastante altura. Las llamas que caían del cielo aumentaron en tamaño y número.

—Esos últimos ruidos parecían casi una carcajada —le gritó Arlata.

Dilvish retorció su cuerpo para no dejarles sin protección ante las llamas y miró hacia atrás. Una silueta de fuego parecida a un hombre y provista de una llameante melena se alzaba ante la pálida y pétreo extensión de terreno que acababan de abandonar, las

formas de los pináculos todavía visibles a través de la silueta levantada a una gran altura, y sostenía un inmenso cuenco de fuego que iba sacudiendo para hacer caer de él las hojas llameantes que se precipitaban sobre la tierra.

—¡Tienes razón! —gritó Dilvish—. ¡Es un elemental..., el más grande que haya visto jamás!

—¿Puedes hacer algo al respecto?

—Nunca he sido muy bueno con los elementales salvo, algunas veces, con los de la tierra. Pero eso de ahí delante parece agua.

—Sí, lo parece.

Se desviaron hacia la derecha. Para aquel entonces la capa de Dilvish ya humeaba por una docena de lugares distintos. Olió también a pelo de caballo quemado y Pájaro de Tormenta estaba emitiendo agudos relinchos con una frecuencia cada vez mayor.

—Sólo los dioses saben qué puede haber en esas aguas —dijo ella cuando llegaron a la oscura superficie de líquido que relucía gracias a la luz reflejada que había a sus espaldas—, pero no puede ser mucho peor que acabar quemados vivos.

Dilvish no contestó, muy ocupado intentando apagar las llamas que iban cayendo sobre ellos. Por encima de sus cabezas resonó otra explosiva serie de carcajadas, esta vez mucho más cerca. Dilvish miró de nuevo y vio que el elemental estaba ahora casi encima de ellos..., y en ese mismo instante, cuando le miraba, la criatura le dio la vuelta al cuenco y un torrente de fuego brotó de él igual que un chorro de miel brillante.

—¡Aprisa! ¡Lo está tirando todo! Justo sobre nosotros! —gritó Dilvish.

Arlata le gritó algo a Pájaro de Tormenta y el caballo hizo un último esfuerzo, saltando hacia adelante como si fuera uno de los grandes gatos blancos de las llanuras nevadas. Las llamas cayeron casi directamente detrás de ellos, con un fuerte chisporroteo, y se dispersaron en todos los sentidos. Dilvish cogió sus guanteletes y empezó a dar golpes en la cola de Pájaro de Tormenta, en los dos sitios donde su crin se había incendiado.

Y un instante después se encontraron en el agua, la velocidad del caballo se vio frenada y Dilvish sintió que se le mojaban las piernas hasta las rodillas. Puso nuevamente los guanteletes en su cinturón, se inclinó hacia adelante y dejó caer la capa una vez más sobre sus hombros, pues el diluvio de fuego había cesado.

Siguieron avanzando entre chapoteos y el agua no se hizo más profunda. Pasado un tiempo, incluso fue bajando de nivel, aunque a medida que progresaban el fondo se iba volviendo más fangoso. El lago estaba calmado y muy frío. Cuando Dilvish miró nuevamente hacia atrás vio que el elemental se había retirado al pálido y silencioso bosque de piedra y sólo su ondulante melena de llamas y sus hombros de fuego eran visibles a medida que se iban alejando.

No lograba entender su sensación de que en todo esto había algo que no encajaba hasta que se dio cuenta de que, aun habiéndose extinguido las llamas, el mundo no parecía más oscuro de como había estado antes. De hecho, daba la impresión de que la luz aumentara. Miró hacia el cielo y vio que el sol parecido a una luna había ganado en potencia. Después miró hacia adelante y vio que la zona estaba todavía más iluminada y que sobre la superficie del líquido había una tonalidad perlina. Dejando atrás el crepúsculo, el mundo empezó a iluminarse prácticamente a cada paso que daban hacia adelante, con el fango emitiendo ruidos de succión. El nebuloso perfil del Castillo sin Tiempo se alzó repentinamente ante ellos, dominándolo todo en su inmensidad, sus ventanas como los oscuros ojos de un insecto enorme.

—¡Veo la orilla! —anunció Arlata—. No está demasiado lejos. Pájaro de Tormenta podrá descansar...

Por primera vez, Dilvish se dio cuenta de todos los puntos en que sus dos cuerpos se tocaban.

—Eras soldado, ¿no? —le preguntó ella.

—Durante un tiempo.

—No sólo en los viejos días. En los últimos años se produjeron ciertos enfrentamientos.

—Sí. Ganamos y ya he terminado con todo ese tipo de cosas. Después de la última batalla perdí en una misión personal. De vez en cuando me paro y trabajo en lo que esté disponible, consigo más provisiones y sigo adelante.

—¿Qué andas buscando?

—Al hombre que me convirtió en piedra y me mandó al Infierno.

—¿Y quién puede ser ese hombre? Dilvish se rió.

—¿Por qué otra razón estaría viajando a través de esta pesadilla? El hombre cuyo castillo se encuentra delante de nosotros, por supuesto.

—Jel... ¿El viejo hechicero? He oído decir que está muerto.

—No está muerto... todavía.

—Entonces, ¿no somos competidores por el poder de Tualua?

—Puedes quedarte con Tualua. Basta con que me dejes disponer de su amo.

—Obviamente, tienes intención de matarle.

—Por supuesto.

—Quizá estés perdiendo el tiempo. Estuve haciendo algunas averiguaciones antes de venir. Según opina Wishlar de los Pantanos, no se encuentra aquí. Tiene la sensación de que incluso puede estar muerto. Por eso yo pensaba que ya no vivía.

—¿Wishlar sigue vivo? Le conocí cuando yo era un muchacho. ¿Sigue estando en Ban-Selar?

—Sí, aunque esa zona ha sido anexionada por Orlet Vargesh y ya no se la conoce por el viejo nombre. Oh... ésa debía de ser tu familia, ¿verdad?

—Sí. Cuando haya arreglado este asunto, me gustaría ocuparme de solventar ciertas reclamaciones. Si ves a ése... ese Orlet antes que yo, dile que ésa es mi intención.

—Dilvish, si el que buscas se encuentra realmente ahí dentro, tengo la sensación de que quizá no vuelvas a tu hogar.

—Es muy probable que estés en lo cierto. Pero no me importará partir de este mundo si puedo llevármelo conmigo.

—He oído decir a menudo que un fuerte odio resulta autodestructivo. Ahora lo creo.

—Me gustaría pensar que le estaré haciendo un bien a muchos otros aparte de a mí mismo, en caso de que triunfe.

—Pero, si no fuera ése el caso, ¿seguirías queriendo hacerlo?

—Sí.

—Ya veo.

Pájaro de Tormenta frenó su paso al acercarse a la orilla.

—Un mago de ese poder podría fulminarte tan sólo con su mirada —dijo ella.

—Black tenía que haberme ayudado en cuanto a eso. Le encontré en el Infierno. Pero incluso sin él, sé que Jelerak se encuentra más débil ahora de lo que quizá haya llegado a estar nunca. Y traigo armas que creo son más que suficientes para la tarea.

Pájaro de Tormenta dejó escapar un prolongado relincho y se quedó inmóvil, jadeando.

—Le hemos agotado hasta hacerle llegar a los límites de su resistencia —dijo ella, desmontando—. Llémosle hasta la orilla.

—Sí —replicó Dilvish, pasando su pierna por encima de la silla de montar y bajando del caballo—. Necesita que le cepillen un poco y le hace falta mi capa. Podemos descansar durante un...

Los relinchos continuaban. El caballo parecía estar debatiéndose, como si luchara con algo, y había espuma sobre sus belfos.

—Yo...

Dilvish se hundió en el barro. Se esforzó por levantar su pie, y fracasó.

—¡Oh, no! He llegado tan lejos... —dijo ella, mirando hacia adelante, hacia donde un brillante sol iluminaba la limpia arena de la orilla, hacia las hierbas que se agitaban más allá de esa arena, donde retazos de flores azules y rojas ondulaban en los campos.

Bajó la cabeza y Dilvish la oyó sollozar.

—No es justo —dijo ella.

Con un esfuerzo, Dilvish se inclinó hacia adelante y la rodeó con sus brazos.

—¿Qué estás haciendo?

Dilvish tiró de Arlata, intentando levantarla. Su cuerpo empezó a separarse lentamente de las aguas y éstas se llenaron de fango. En la superficie del líquido empezaron a nacer burbujas. Arlata fue subiendo, rodeada por sus brazos, en tanto que Dilvish se iba hundiendo cada vez más.

—Alarga tu mano hacia Pájaro de Tormenta —dijo él, retorciendo su cuerpo—. Monta en él.

Arlata extendió los brazos, logró coger la crin del caballo con su mano izquierda y la derecha se posó sobre su grupa. Todavía hundiéndose, Dilvish la hizo subir un poco más y la impulsó hacia adelante. Arlata acabó colocándose sobre la grupa del caballo, pasó una goteante pierna cubierta de fango al otro lado y se irguió en la silla de montar.

—Descansa. Recupera tus fuerzas —dijo Dilvish—. Luego, nada hacia la orilla.

Arlata habló en voz baja con Pájaro de Tormenta y le acarició. El caballo dejó de luchar y se quedó inmóvil. Un instante después Arlata se inclinó a un lado, alargando la mano hacia Dilvish. La distancia era demasiado grande.

—Es inútil —dijo él—. Así no puedes ayudarme. Pero cuando llegues a la orilla hay unos árboles, a la izquierda... Usa tu espada. Corta una rama bien larga. Tráela hasta aquí. Empújala hasta que llegue donde estoy.

—Sí —dijo ella quitándose la capa. Se detuvo y la miró—. Si te agarras al extremo de mi capa, quizá pueda tirar de ti hasta llevarte ahí.

—O quizá mi peso haga que vuelvas a caer al agua. No. Hazlo desde la orilla. Parece que estoy estabilizándome.

—Espera... ¿Y suponiendo que cortara mi capa en trozos y los anudara? Podrías coger un extremo y atarlo bajo tus brazos. Yo podría nadar hasta la orilla con el otro extremo y luego intentaría tirar de ti para sacarte tan pronto como encontrara un buen asidero.

Dilvish asintió, moviendo lentamente la cabeza.

—Puede que funcione.

Arlata desenvainó su espada y empezó a cortar en tiras su larga capa.

—Ahora me acuerdo de haberte oído mencionar como alguien que vivió hace mucho tiempo —dijo mientras trabajaba—. Es una sensación bastante extraña, verte y recordar que amaste a mi abuela.

—¿Qué has oído de mí?

—Cantabas, escribías poesía, bailabas, ibas de caza. No eras el tipo de persona de la cual se podía suponer que acabaría convirtiéndose en un Coronel de los Ejércitos del Oriente. ¿Por qué te fuiste y acabaste adoptando tal tipo de vida? ¿Fue por la abuela?

Dilvish sonrió levemente.

—¿O eran ganas de ver mundo? ¿O las dos cosas a la vez? —dijo—. Eso ocurrió hace mucho tiempo. Los recuerdos acaban oxidándose. ¿Por qué quieres conseguir el poder que se encuentra en ese montón de rocas de colores que tenemos ahí delante?

—Podría hacer mucho bien con él. El mundo está lleno de males que piden a gritos ser reparados.

Acabó de cortar la capa y envainó su espada. Empezó a hacer nudos, uniendo las tiras de tela.

—Hubo un tiempo en el cual yo pensaba lo mismo —dijo Dilvish—. Incluso intenté reparar unos cuantos. El mundo sigue siendo más o menos el mismo que ha sido siempre.

—Pero ahora estás aquí para intentarlo de nuevo.

—Supongo que sí... Pero ya no soy capaz de mentirme a mí mismo. Mis sentimientos ya no son puros. Ahora se trata tanto de una venganza personal como de eliminar a uno de los males que hay en este mundo.

—Supongo que debe resultar todavía más agradable cuando los dos fines se juntan en una sola acción.

Dilvish lanzó una ronca carcajada.

—No. Mis sentimientos no son tan hermosos como crees. No debes sentir ni tan siquiera el deseo de conocerlos... Escucha, si acabaras consiguiendo el poder que buscas e intentaras hacer todo eso que deseas hacer con él, te cambiaría...

—Ya me lo imagino. Y eso espero.

—Pero estoy seguro de que el camino no sería ni mucho menos el que tú has previsto. No siempre es fácil distinguir el bien del mal o separar las dos cosas. No tendrías más remedio que cometer errores.

—¿Y tú estás seguro de lo que haces?

—Eso es algo distinto, y no estoy del todo a gusto con ello. Siento que debe hacerse, pero no me gusta el efecto que está teniendo sobre mí. Quizá me gustaría volver a bailar y cantar, algún día... cuando salgamos de esto. Dar la vuelta y marcharme a casa.

—¿Vendrías conmigo?

Dilvish apartó la mirada.

—No puedo.

Arlata sonrió, haciendo un rollo con la sogá que había fabricado.

—Ya está. He anudado todas las tiras. Ahora, coge el extremo.

Se lo arrojó a Dilvish y éste lo agarró, pasándoselo por debajo del brazo, dando la vuelta a su espalda y luego lo llevó nuevamente hacia adelante, pasándolo bajo su otra axila. Hizo un nudo delante de su pecho.

—Bien —dijo ella, asegurando el otro extremo en su cintura y colgándose la espada de los hombros—. Cuando nos encontremos en la orilla, uno de nosotros puede volver nadando y sujetarla a Pájaro de Tormenta. Entre los dos podemos sacarle de aquí.

—Eso espero.

Arlata se inclinó hacia adelante y habló nuevamente con el caballo, acariciándole el cuello. Pájaro de Tormenta relinchó y sacudió la cabeza, pero no se debatió.

—Preparada —anunció Arlata, levantando las piernas y colocándose en cuclillas sobre la grupa de Pájaro de Tormenta, una mano todavía sujetando sus crines para no perder el equilibrio.

Dejó de sujetarse y echó los brazos hacia atrás.

—¡Ahora! —dijo.

Sus brazos se lanzaron hacia adelante y sus piernas se tensaron bruscamente. Hendió las aguas en un poderoso impulso que la llevó prácticamente hasta la orilla antes de que hubiera podido dar ni una sola brazada.

Después sus brazos se agitaron unas cuantas veces. Levantó la cabeza e intentó ponerse en pie.

—¡Me estoy hundiendo! —gritó.

Dilvish empezó a tirar de la flácida sogá que les unía para meterla nuevamente en el agua. Arlata tenía las rodillas cubiertas por el fango y la arena, y seguía hundándose rápidamente.

—No luches —dijo Dilvish, logrando por fin que la sogá quedara tensa—. Agárrate con las dos manos.

Arlata se agarró y echó el cuerpo hacia adelante. Dilvish empezó a tirar de la sogá, lentamente pero con firmeza. Arlata dejó de hundirse, su cuerpo doblado por la tensión de la sogá.

Y entonces, con un seco chasquido, la sogá se rompió y Arlata cayó de bruces.

—¡Arlata!

La muchacha empezó a luchar nuevamente para levantarse, el rostro y la cabellera manchados de barro. Dilvish la oyó emitir un breve sollozo cuando empezó a hundirse de nuevo. Y, en voz baja, lanzó una maldición, sujetando todavía entre sus dedos la sogá de la cual ya nada tiraba.

5

—Por favor, señor, ¿cómo le es posible a una muchacha descansar cuando no paráis de entrar y salir de la cama con tan molesta frecuencia? —dijo la joven de ojos oscuros a través de la pálida cortina de su cabellera.

—Lo siento —dijo Rawk, apartando el cabello a un lado para acariciarle la mejilla—. Todo se debe a este maldito asunto de la Sociedad que ha surgido ahora. Sigo pensando una y otra vez en registros que debería consultar. Voy a consultarlos, no encuentro nada y vuelvo a la cama una vez más.

—¿Cuál parece ser el problema?

—Hum. Nada en lo cual puedas ayudarme, querida mía. —Dejó caer su mano, parecida a una garra, sobre el hombro de la joven—. Estoy intentando encontrar más información sobre ese tipo llamado Dilvish.

—¿Dilvish el Liberador, el héroe de Portaroy? —preguntó ella—. ¿El que hizo acudir a las legiones perdidas de Shoredan para salvar la ciudad por segunda vez?

—¿Qué? ¿Qué estás diciendo? ¿Cuándo fue eso?

—Creo que hace poco más de un año. También es conocido como Dilvish el Maldito en una balada popular del mismo nombre... Es aquel al cual Jelerak se supone convirtió en piedra durante unos dos centenares de años, ¿no?

—¡Dioses!

Rawk se irguió en la cama.

—Ahora recuerdo el asunto de la estatua —afirmó—. ¡Eso es lo que me andaba dando vueltas en la cabeza! Por supuesto...

Se tiró de la barba y se pasó la lengua por entre los abundantes huecos que había en su dentadura.

—¡Oh, vaya! —dijo por fin—. En este asunto hay más facetas de las que yo había percibido. Entonces, me pregunto qué puede tener ese tal Weleand en contra de una persona semejante... Si tiene un archivo de contacto, me están empezando a entrar ganas de preguntárselo. Sería mejor quizá que obtuviera un cuadro completo de la situación antes de que volviera a informar.

Se inclinó hacia adelante y le rozó la mejilla con los labios.

—Gracias, palomita mía.

Y saltó de la cama y se alejó por el pasillo, con su camisa de dormir aleteando.

Atravesó a toda velocidad la gran biblioteca de la Sociedad hasta llegar a una amplia habitación llena de abigarrado mobiliario y empezó a hurgar en uno de los cajones. Después de un tiempo volvió a erguirse, sosteniendo en su mano un sobre encima del cual estaba escrito un nombre, «Weleand».

Abriendo el sobre, se encontró con que contenía varios mechones de cabello blanco, unidos por una gota de lacre rojo.

Tomó los mechones y se los llevó a una mesa cubierta por una tela negra que había en la esquina, donde los depositó junto a una bola de cristal amarillo. Después tomó asiento y miró hacia adelante, moviendo los labios y tocando con la punta de los dedos los blancos mechones de cabello.

El cristal no tardó en empañarse y permaneció así durante un tiempo. Rawk empezó a repetir el nombre de Weleand. Finalmente, el cristal empezó a despejarse. Un hombre

gordo y casi calvo alzó los ojos para mirarle desde su interior. Daba la impresión de estar sin aliento.

—¿Sí? —preguntó.

—Soy Rawk, Archivero de la Sociedad —declaró—. Lamento molestarte en el curso de una empresa tan ardua, pero hay algo que quizá pudieras aclararnos.

El entrecejo del hombre se arrugó.

—¿Ardua empresa? —dijo—. No es más que un pequeño hechizo...

—No hace falta que seas tan modesto.

—... de interés únicamente para los practicantes de la hechicería veterinaria. Por supuesto, me siento bastante orgulloso de sus efectos contra la sarna.

—¿Sarna? —Sarna.

—Yo... ¿No estás en las estribaciones de Kannais, en el cinturón cambiante, cerca del Castillo sin Tiempo?

—Estoy cuidando a un establo entero de caballos enfermos de sarna, en Murcave. ¿Se trata de alguna broma?

—Si es una broma, nos la han gastado a nosotros, no a ti. ¿Sabes algo sobre un hombre llamado Dilvish que monta en un caballo metálico?

—Conozco tan sólo su reputación —replicó Weleand—. Se dice que desempeñó un papel bastante significativo en una de las guerras fronterizas hace tiempo... creo que en Portaroy. Nunca me he encontrado con él.

—No has hablado recientemente con un representante de la Sociedad llamado Meliash, ¿verdad que no?

El otro hombre meneó la cabeza.

—Sé quién es, pero tampoco me he encontrado nunca con él.

—Oh. Entonces hemos sido engañados... por alguien, y respecto a alguna cosa. No estoy seguro de por quién ni sobre qué. Gracias por concederme tu tiempo. Lamento haberte molestado.

—¡Espera! Al menos, me gustaría saber lo que está sucediendo.

—A mí también me gustaría. Alguien..., un hermano en el Arte, ha utilizado tu nombre recientemente en el sur. Al parecer no tiene intenciones muy amistosas hacia ese Dilvish, el cual también se encuentra por ahí. La verdad, no puedo decir que comprenda cuál es el significado de todo esto.

Weleand menó la cabeza.

—Rivales, muy probablemente —dijo—, y sin duda el que utiliza mi nombre no anda metido en nada bueno. Tenme enterado de en qué acaba resultado todo esto, ¿quieres? Tengo una buena reputación y no deseo verla manchada.

—Eso haré. Buena suerte con la sarna.

—Gracias.

El cristal volvió a nublarse y Rawk permaneció sentado e inmóvil, los ojos clavados en sus profundidades, intentando poner orden en sus pensamientos. Finalmente, se puso en pie y volvió a la cama.

Soñando en días pasados y haciéndose preguntas sobre el brillante mundo que había más allá, Semirama contemplaba la tierra cambiante. Ya casi había llegado el momento de que otra ola la barriera, una inmensamente destructora. Sonrió. Las cosas estaban funcionando según el plan. Una vez que todo quedara resuelto aquí, podría marcharse para gozar de su actual encarnación por el mundo. Se preguntó qué clase de vestidos estarían ahora de moda.

Y bajo ella vio dos siluetas montadas a caballo que emergían de la zona oscurecida, avanzando entre chapoteos por las quietas aguas del traicionero estanque.

¿Por qué seguían viniendo?, se preguntó. Aquí nada había cambiado, con lo que debían ser conscientes de que todos sus predecesores habían fracasado. Avaricia y

estupidez, decidió. Indudablemente, todos los sentimientos nobles se habían desvanecido con su propia época. Con todo...

¡Ya!

El caballo se quedó atascado cerca de la orilla. Otros dos buscadores de fortuna hambrientos de poder iban a enriquecer el mundo con su ausencia.

Semirama se inclinó distraídamente hacia adelante y pasó la mano por el lado de la ventana, pronunciando el hechizo de activación y dirigiendo su foco hacia la pareja montada en el caballo.

La escena saltó hacia adelante y el rostro de Semirama pasó por una rápida serie de cambios. Tocó nuevamente la ventana, pronunciando unas cuantas palabras más para afinar el hechizo.

La muchacha, de raza élfica, no tenía nada que se saliera de lo corriente. Era del tipo rubio y delgado como un sauce, de Marint o Mirat. Pero el hombre...

—¡Selar! —jadeó, su mano saltando hacia su garganta, los ojos muy abiertos—. Selar...

La chica había desmontado. El hombre la estaba siguiendo.

—¡No!

Semirama se había puesto en pie. Sus puños estaban ahora a sus costados, fuertemente apretados. En aquel momento las dos figuras se encontraban en el agua y empezaban a debatirse. Y... había algo más...

¡La ola de cambio! ¡Estaba empezando!

Se dio la vuelta y corrió hacia la Cámara del Pozo, con las frases en la cantarina lengua de los Ancianos alzándose ya hasta sus labios. Cuando entró en la pestilente habitación vio al demonio que Baran había reprendido antes, acechando en un rincón, mordisqueando un hueso.

Le lanzó unas breves y secas palabras en mabrahoring y el demonio se encogió. Semirama llegó al borde del pozo y emitió tres vibrantes notas musicales. Tras unos cuantos segundos las repitió. Una forma oscura y carente de contornos definidos quebró la sombría superficie del líquido y se retorció lentamente. Luego emitió una solitaria nota musical. Semirama respondió con una complicada aria a la cual recibió una réplica muy breve.

Después de eso suspiró y sonrió. Intercambiaron unas cuantas notas más. Un tentáculo se alzó junto a ella y Semirama lo abrazó. Lo sostuvo durante largo tiempo, sin moverse, y gradualmente su carne fue cobrando un débil resplandor luminoso.

Cuando soltó por fin el tentáculo emitiendo una nota de adiós y se dio la vuelta, parecía haber crecido y, de alguna forma extraña e indefinible, daba la impresión de ser más fuerte y feroz. Cuando se acercó al demonio del rincón sus ojos destellaron. La criatura dejó caer su hueso al suelo y se agazapó cuando Semirama la señaló con el dedo, sus ojos de dos colores distintos desorbitados y volviéndose velozmente en todas direcciones.

—Por ahí —dijo ella, señalando hacia la galería que había dejado recientemente—. Quédate junto a mí.

El demonio se movió para obedecerla pero cuando hubieron cruzado el umbral se lanzó a una algo torpe carrera. Semirama alzó nuevamente su dedo y esta vez una línea de algo parecido al fuego brotó de él y envolvió a la criatura. Al suceder esto, la extraña aura que cubría a Semirama disminuyó ligeramente.

El demonio se había quedado quieto y ahora empezaba a gemir. Semirama dobló el dedo y las llamas se desvanecieron.

—Ahora debes hacer lo que te ordeno —dijo, acercándose a él—. ¿Entiendes?

El demonio se prosternó ante ella, le cogió con gran delicadeza el tobillo derecho y colocó el pie de Semirama encima de su cabeza.

—Muy bien —observó ella—. Habría que dejar bien definidas las relaciones desde el principio en todos los casos. —Puso el pie nuevamente en el suelo—. Levanta. Quiero que me acompañes hasta la ventana. Hay algo que debes ver.

Volvió a su antiguo puesto de observación y miró hacia abajo. La chica se debatía ahora junto a la orilla y el hombre seguía en el agua, junto al caballo, sumergido hasta los hombros. La muchacha se había hundido hasta un nivel situado aproximadamente por encima de su cintura.

—¿Ves a ese hombre del pañuelo verde, el que está junto al caballo? —preguntó. Cuando el demonio gruñó afirmativamente, Semirama dijo—: Quiero tenerle aquí.

Alargó la mano y la posó sobre la cabeza de la criatura.

—Te impongo la carga de que no conozcas el reposo hasta que hayas ido a buscarle y me lo hayas traído, vivo y sin haber sufrido daño alguno.

El demonio retrocedió.

—Pero... yo... me... hundiré... también —medio rugió, medio habló, empezando a temblar—. Y... no... me... gusta... el... agua —añadió.

Semirama se rió.

—Tienes toda mi simpatía, para lo que pueda valerte —dijo—. Aun así, ya veo que se necesita algo más firme que eso.

Se volvió hacia el centro de la galería, por donde pasaban las carretillas y los carros con sus cargas procedentes del establo. Miró a un extremo y a otro del pasillo y luego fue hacia la izquierda, en un sitio donde el polvo que había caído de las ruedas era más espeso. Sacudiendo en el aire un pañuelo para desdoblarlo, se inclinó hacia adelante, lo extendió sobre el suelo y empezó a llenarlo con puñados de tierra y polvo. Cuando hubo acumulado en su centro un montón de buen tamaño, colocó la punta de su dedo sobre él. Otra fracción de la luz espectral pareció abandonar su cuerpo. Ahora resultaba más pequeña, menos elemental y, de nuevo, más humana. Sin embargo, la pirámide arenosa relucía con débiles destellos.

Semirama alzó las puntas del pañuelo y las anudó. Luego se dio la vuelta y lo sostuvo ante la criatura.

—Ahora, escúchame —dijo—. Tienes que llevar esto contigo. Cuando llegues al sitio donde empiezan las arenas en las que todo se hunde, arroja un poco de la sustancia por delante de ti. Hará que se congelen hasta una gran profundidad, de tal forma que puedes caminar sobre ellas. Haz lo mismo encima del agua y crearás un puente de hielo por encima del cual podrás pasar. No debes tener miedo, siempre que te muevas con la rapidez suficiente. El efecto no será ni mucho menos tan pronunciado sobre los seres vivientes. Con todo, sería prudente que lo llevaras así..., de esta forma. ¡Tómalo!

Una mano terminada en garras se adelantó hacia ella y cogió el pañuelo por el nudo.

—Si el hombre lucha y no desea acompañarte —añadió—, puedes dejarle inconsciente con un golpe seco aquí..., sobre el hueso que hay justo detrás de la oreja. Sin embargo, no golpees con tanta fuerza que le rompas el cráneo. Recuerda que le deseo vivo y entero.

Se dio la vuelta.

—Ahora, sígueme. Partirás de la salita que se encuentra al lado de la sala principal. A esta hora del día ese lugar debería encontrarse vacío. ¡Date prisa!

Ahora ya nada de naturaleza peculiar estaba ocurriendo dentro del castillo o en sus alrededores. Y Semirama había perdido su resplandor.

Baran ordenó que se preparase una abundante comida que debía servirse en sus aposentos, y mientras esperaba a que se cumpliera, se fue. Pensó nuevamente en Semirama, esta vez como un confidente y fuente de informaciones sobre el Jelerak de sus primeros tiempos, más bien que como una amante en perspectiva. Subió al tercer piso, se detuvo ante su puerta, arregló un poco sus atuendos y llamó.

Lisha le abrió la puerta unos instantes después.

—¿Está dentro tu señora? —preguntó Baran.

Lisha meneó la cabeza.

—Ha salido. No estoy segura de a dónde ha ido ni tampoco de cuándo estará de regreso.

Baran asintió.

—Cuando lo haga —ordenó—, dile que he pasado a verla para continuar con una discusión anterior que sigo teniendo la impresión de que podría resultar provechosa.

—Eso haré, señor.

Baran se dio la vuelta. A la comida aún le faltaría cierto tiempo para estar preparada.

Subió unas cuantas escaleras más, llegando por fin a la habitación donde estaba sentado el esclavo, el cuerpo rígido delante del espejo, contemplándolo.

—¿Algún cambio? —preguntó.

—No, señor. Sigue ahí dentro.

—Muy bien.

Cerró la puerta, fue hacia la escalera y empezó a bajar por ella. Lanzó una risita y luego frunció el entrecejo.

«Si puedo mantener fuera de aquí al viejo bastardo el tiempo suficiente para conseguir el control de Tualua, le dejaré entrar y luego le desafiaré. Si no aparece, iré a buscarle. Cuando haya desaparecido, incluso la Sociedad tendrá que andarse con cuidado para no pisar mi sombra. Supongo que entonces podría acabar con ellos. Aunque quizá no... Ni tan siquiera él llegó a intentarlo nunca. Por otra parte, tienen ciertos usos. Quizá sea por eso. Me pregunto qué tal sería dirigir el grupo yo mismo...»

Se detuvo para apoyarse en una barandilla, contemplando una gran habitación de techo muy alto en cuyas paredes había situadas puertas a distintos niveles, puertas que no llevaban a ninguna parte, y escaleras de caracol truncadas que se perdían en la nada, con uña fuente seca en su centro. Al igual que ocurría con muchas otras cosas del castillo, jamás había podido imaginarse cuál era su función. Entonces se le ocurrió repentinamente que Jelerak debía de estar enterado de ella y de muchas otras cosas que Baran quizá no llegara nunca a conocer. En ese instante sintió miedo y fue presa de un súbito ataque de vértigo que le hizo retroceder, apartándose de la barandilla.

«¿Y si ella lo sabe? ¿Y si Semirama ya posee la clave, si tiene en sus manos el poder y sólo está jugando conmigo..., si lo único que hace es fingir que existen todas esas dificultades de comunicación?»

Siguió bajando por la escalera, su mano sobre la pared, el rostro ladeado para no mirar a la barandilla.

«¿Y quién puede saber si es así? Ella debe de ser la única persona del mundo que puede hablar en ese galimatías. Ni tan siquiera Jelerak supo nunca gran cosa al respecto. Nunca le hizo falta. Tenía sus hechizos para controlar a la cosa. Hasta que se volvió loca. No habría utilizado los enormes y complicados ritos que hacían falta para traerla de regreso si pudiera entenderlo, si pudiera hablar con esa cosa. Una criatura fea y escurridiza, nadando en la mierda... Probablemente también se la come. Ja! Es algo hereditario en esa familia. Sacerdotes y sacerdotisas de los Antiguos. Debían de saber un montón de cosas de las que no hemos oído hablar ni tan siquiera los hechiceros. Probablemente, eran tan retorcidos y malignos como los seres que tenían a su cuidado. Y también debían de controlar ciertos poderes.

No hagas que se enfade a no ser que estés totalmente seguro al respecto. Podría acabar echándote de comida al pozo.»

Se pegó un poco más a la pared.

«Pero si lo sabe, si puede controlarle, ¿a qué está esperando? En tal caso, se trata de un juego muy complicado. ¿Era la última de su linaje? Tengo que mirarlo. Qué idea tan extraña, por cierto... ¿Por qué ella, si podía hacer volver a quien deseara de toda esa familia? La conoció en los viejos tiempos, ésa es la razón. Me pregunto hasta qué punto la

conocía... Nunca pensé en ese viejo saco de huesos montando nada que no fuera una escoba, pero él también fue joven en tiempos... Desde luego, ella tiene de todo y en los lugares adecuados. Creo también que el suyo fue un reinado bastante licencioso. Me gustaría sorprenderla un día con la Mano... Me pregunto si solían hacerlo y ésa es la razón de que ella...»

Llegó hasta un rellano de la escalera, dio la vuelta, se detuvo y se estremeció.

«Qué escalera tan empinada... Y oscura. Hace siglos que no vengo por aquí...»

Tomó asiento sobre el primer peldaño, bajó los pies y llegó hasta el segundo peldaño, volviendo a bajar los pies. Tenía el rostro húmedo y apretaba fuertemente los dientes.

«¡No desde que me caí del árbol, madre! ¿Por qué ahora? Ha pasado tanto tiempo... No dejes que venga nadie ahora, que me vea... ¡Oh, maldición!»

Siguió bajando por la escalera, centímetro a centímetro.

«Piensa en alguna otra cosa, para hacer que resulte un poco más sencillo...»

Movió sus piernas, sus manos, su trasero; bajó un peldaño. Una vez más...

«Y entonces, ¿suponiendo que sea cierto? ¿Suponiendo que tenga todos los triunfos en su mano y meramente espere el regreso de su viejo amante? ¿Suponiendo que todos los..., todos los efectos sean un mero engaño? ¿Hecho en beneficio mío? Cada día que pasa me delato un poquitín más. Ella sonríe, mueve la cabeza y me deja que continúe. Luego, cuando vuelva Jelerak, hará que termine aullando en algún infierno muy especial... Suponiendo tan sólo que...»

Otro peldaño. Se detuvo para limpiarse las palmas de las manos en sus mangas.

«Suponiendo. Suponiendo tan sólo que... Si todo esto es cierto, ¿qué debo hacer?»

Otro peldaño. Otro más. Apoyó su mejilla en la pared. Respiraba pesada y ruidosamente.

«Debo mantenerle fuera de aquí hasta ser fuerte. ¿Cómo? ¿Doblar la guardia en el espejo? ¿Tender trampas y despedir al espíritu? ¿Dejar que cruce y destruirle inmediatamente? Sólo que eso puede no funcionar... De ese modo también acabaría perdiendo. Debe existir alguna otra cosa que pueda hacer... ¡Vaya momento para tener uno de esos ataques! Han pasado años, desde que...»

Empezó a moverse de nuevo hacia abajo. Ahora el rellano se encontraba a la vista.

«Por supuesto, eso no resulta nada probable. Es tan sólo una teoría. Podría escoger entre todas las reinas del Infierno. Probablemente ya lo ha hecho... Por otra parte, ella me ha rechazado en varias ocasiones. ¿Por qué haría algo así, si no es para guardarle fidelidad?»

Tres peldaños más, rápidamente. Una pausa para volver a descansar.

«Si estuviera seguro de que había algún secreto que arrancarle, se lo sacaría. Entonces conseguiría todo lo demás... ¡Extraño! ¡Qué silencioso se ha vuelto todo este lugar! Acabo de darme cuenta ahora mismo... ¿A qué puede ser debido?»

Bajó rebotando rápidamente por el último tramo de escalones y se puso en pie, agarrándose a la barandilla para recuperar el equilibrio.

«Voy a echarle un vistazo al abismo de ese feo grandullón —acabó decidiendo—. Parece estar situado en el centro de todo este asunto.»

Se apartó de la barandilla y avanzó con paso no muy seguro hacia la galería.

«Y luego, una buena cena para arreglarlo todo.»

Meliash estaba sentado en la cima de una colina situada a cierta distancia de su campamento, estudiando la totalidad del paisaje visible desde allí. La tierra cambiante había dejado de cambiar. Las neblinas se habían disipado, los vientos habían muerto, el paisaje se encontraba absolutamente inmóvil. Ahora que podía distinguir gran parte de esa amplia desolación, helada en siluetas retorcidas que se alejaban durante toda una legua hacia el castillo, cuyo contorno era recortado en agudas líneas por el sol que se

hundía en el ocaso. Intentó encontrar alguna señal de actividad dentro de ese lugar, pero no detectó ninguna.

Decidió que, vista la situación, tendría que informar a quien tenía por superior en este asunto — Holrun—, y que si él no se encontraba disponible, tendría que hablar con algún otro miembro del Consejo. Con todo, resultaría bueno tener algo más que informar aparte del puro hecho de que la agitación había cesado. Si al menos poseyera algún medio de explicar esa repentina calma...

No le gustaba la perspectiva de adentrarse personalmente en esa zona por si quizá reanudaba repentinamente su actividad. No se trataba de un asunto de cobardía ni de prudencia por su parte. Para esta misión no se había tomado en cuenta a los pusilánimes, así como tampoco a los impetuosos ni a los que sufrían de una excesiva cautela. Mantener los puestos de vigilancia primaba por encima de cualquier otra cosa. Era muy probable que si contaban con la dotación adecuada pudieran contener incluso las conmociones más violentas de quien se encontraba dentro de la zona, en caso de que sus excesos avanzaran para derribar los límites que habían establecido alrededor del dominio. Los guardianes habían sido escogidos para su dedicación al deber y a lo que podía resultar una tarea difícil. Meliash no deseaba alejarse demasiado del lugar donde estaba plantada la vara negra.

Suspiró y sacó su cristal de la bolsita. Fuera como fuese, había llegado el momento de hablar con Holrun e informarle, al menos, de lo que sucedía. Quizá él tuviera alguna sugerencia que hacer. Quizá se pudiera convencer al Consejo para que tomara la decisión de penetrar en el castillo, en un plano o en otro, para efectuar un rápido reconocimiento. Sin embargo, Meliash dudaba de que se fuera a tomar tal acción en un plazo breve. Seguían siendo tan quisquillosos y precavidos en cuanto oliera un poco a Jelerak...

Mientras pulía el cristal en su manga se preguntó qué había sido de todos aquellos que había visto dirigirse hacia el interior de la zona. Era muy posible que uno de ellos hubiera logrado cruzarla y, de alguna forma, hubiera causado esta... tranquilidad.

Colocó el globo ambarino sobre su regazo y bajó la mirada hacia él. En su interior ya estaba empezando a formarse la neblina. Intentó dejar su mente en blanco y lanzarla hacia adelante, pero era difícil. Empezó a dolerle la cabeza. Dejó de intentarlo y rompió el contacto. El cristal se aclaró inmediatamente y el viejo Rawk le miró, sonriendo.

—Hijo, tienes una expresión dolorida. ¿Ocurre alguna cosa?

—Posiblemente —replicó Meliash—. Al menos ahora comprendo lo que pasaba con el cristal. ¿Tienes algo para mí?

—Parece que sí lo tengo, ya que mi dama acaba de echarme a patadas de la cama para que te hable de ello. Ah, ¿por qué dejamos que nos traten de ese modo?

—Un hombre sabio puede invertir el obvio significado de esa frase. Claro que también es posible que no sea así. ¿Cuál es su mensaje?

—Primero, decirte que quien pasó por tu puesto bajo el nombre de Weleand estaba mintiendo. Hablé con el auténtico Weleand hace un rato. Se encuentra en un establo de Murcave, haciéndole compañía a unos caballos enfermos. En segundo lugar, hay una posibilidad de que tu Dilvish sea el que Jelerak convirtió en piedra más o menos cuando el nuestro se desvaneció de los viejos registros. Se supone que ese tal Dilvish ha sido devuelto recientemente a la vida y se ha distinguido en un enfrentamiento fronterizo que tuvo lugar en Portaroy invocando a las legiones de Shoredan para acudir en socorro de esa ciudad. Incluso hay una canción al respecto por ahí. Mi dama me la cantó antes de echarme a patadas de la cama. Menciona a un caballo de metal llamado Black y alude a una disputa que aún subsiste con el hechicero.

—Me alegro de que escucharas sus palabras.

—Era una canción muy emocionante... Y ahora, si me disculpas...

—Espera. ¿Qué piensas de todo esto?

—Oh, probablemente ella esté en lo cierto. Normalmente lo está. Aunque sus sospechas resultan un poco melodramáticas.

—De todas formas, me gustaría oírlas.

Rawk se limpió una gotita de saliva de la comisura de sus labios.

—Bueno, estoy seguro de que al menos te harán reír a gusto. A mí me hicieron reír mucho. Ella piensa que Weleand es Jelerak disfrazado y que está intentando llegar a su propio castillo y que se encuentra demasiado débil a causa de las heridas sufridas recientemente en el norte como para emplear sus medios aparatosos de costumbre.

—¿Cómo sabe lo que sucedió en el norte?

—Hablo cuando estoy dormido. De todas formas, ella dice que Weleand sabe que este Dilvish anda detrás de ella y por eso te contó todo aquello... con la esperanza de que tú retrasarías un poco a su enemigo. ¿Qué se puede hacer con semejante mujer?

—Ofrecerle tu trabajo —dijo Meliash.

—¿Crees que hay algo de cierto en todo eso?

—No podemos desdeñar tal posibilidad. Si es que hay algo en todo ese asunto, creo que nosotros... Bien. ¿Quién sabe? Dale las gracias en mi nombre. Y gracias a ti.

—Me alegra haberte ayudado. Por cierto...

—¿Sí?

—Si encuentras nuevamente a ese Dilvish, dile que tiene cuotas atrasadas que pagar.

Rawk puso fin a la comunicación y Meliash volvió de nuevo su mirada hacia las torres del Castillo sin Tiempo. Ese sitio era otra cosa sobre la cual quería obtener información. Pero ahora no había tiempo para ello.

Melbriniononsadsazzersteldregandishfeltselior había sido utilizado raramente por adeptos terrestres, ya que emplear el nombre de un demonio era necesario en aquellos ritos que le ataban a la servidumbre. Una sílaba de menos y el conjurador saldría del círculo mágico sonriendo para descubrir que también el demonio estaba sonriendo.

Luego, dejando los restos artísticamente colocados alrededor de la zona de conjuro, el demonio volvería a las regiones infernales, quizá llevando con él algún pequeño recuerdo de tan entretenido interludio.

La desgracia de Melbriniononsadsazzersteldregandishfeltselior consistía, sin embargo, en que Baran de la Otra Mano procedía de Blackwold, donde se hablaba un complicado lenguaje aglutinativo. Por eso se halló al servicio de los habitantes del Castillo sin Tiempo, un artefacto temporal precariamente anclado que le asustaba aún más que la mayor parte de cosas existentes en su tierra natal. Por eso se encontraba ahora avanzando cautelosamente por una pendiente del fragmentado paisaje, en una misión hacia esa área pegajosa que hasta el momento había sido capaz de evitar, al habérselo exigido la mujer a la cual temía por encima de todos los seres que moraban en este plano por causa de las compañías que frecuentaba. Y por eso temía al fracaso todavía más que al cansancio y a la tensión de sus dos piernas que no hacían juego, aunque estaban sorprendentemente adaptadas a los peculiares rasgos de su pequeña morada particular situada en un lugar muy fuera de lo corriente.

Cuando maldecía, sus palabras sonaban como los más piadosos balbuceos de un devoto traducidos al mabrahoring. Y ahora estaba maldiciendo, pues el camino era rocoso y abrupto. Agarró con más fuerza el pañuelo y repasó sus instrucciones en tanto que avanzaba hacia el ahora pacífico estanque, donde todavía se hallaban partes de humanos y de un caballo emergiendo de la superficie como piezas de ajedrez situadas sobre un tablero de color azul.

Tenía que coger a uno de los humanos. Sí. El hombre. Aparte de eso...

Dejó atrás el grupo de árboles y el sitio donde empezaba la orilla, avanzando a lo largo de su periferia. Cuando estuvo delante de los dos humanos atascados en el estanque, se detuvo para desanudar el pañuelo. Los humanos, que le habían visto, se estaban gritando

el uno al otro. Se preguntó si le estaría permitido comerse al humano que no debía llevar de regreso... o al caballo. Recordó la apremiante urgencia que había en la voz de Semirama, sin embargo, y decidió que resultaría más prudente olvidarse de ambos placeres.

Cogiendo un puñado del polvo cristalizado lo arrojó ante él por encima de la arena y contempló cómo ésta se arrugaba y se cubría de grietas. Probó esa zona con una pierna, descubrió que soportaba su peso y avanzó.

Cuando pasaba junto a la chica la miró, con una mueca parecida a una sonrisa, y se detuvo. No podía seguir avanzando y dejarla atrás. Era como si una barrera invisible bloqueara su camino. Extendió su aparato sensorial sobre varios planos adyacentes y acabó dándose cuenta de que se encontraba protegida por una serie de hechizos defensivos que tenían un alcance efectivo que podía calcularse en aproximadamente un radio de dos metros. Maldijo en mabrahoring y cogió un poco más del polvo para desviarse de esa zona. Todo lo que había deseado era darle un solo mordisco decente en el hombro derecho.

Sembró los granos de polvo ante él, pasó junto a la chica, arrojó un poco más de polvo encima del agua y escuchó el rápido crujir musical de las notas a medida que se formaba un puente de hielo ante él. De repente se quedó quieto, extendiendo nuevamente sus sentidos. En la posición de los hombros de ese humano había algo que le molestaba. Y también, aun sabiendo que era imposible, el rostro le parecía familiar en cierta forma...

¡Aja! Detectó el metal. El humano sostenía una espada desenvainada a la que hacía invisible el agua bajo la que se encontraba.

Cogió otro puñado de polvo y vaciló. Si dejaba congelado al hombre en esa posición, luego tendría que dejarle libre del agua cavando. Y eso no resultaba adecuado, especialmente teniendo en cuenta que la dama quería tenerlo rápidamente en su poder.

Arrojó los relucientes granos de polvo hacia su izquierda en un arco que tenía al humano como centro, quedando unos centímetros más allá de donde podía llegar el brazo armado con la espada. Tan pronto como el camino hubo quedado firme, avanzó rápidamente por él, casi danzando, y cogió otro puñado de polvo, continuando el arco hacia una posición situada a la espalda del humano, observando los ojos que le observaban en ese rostro...

—¡Sonríe, hiena! —dijo el humano en un mabrahoring perfecto—. Sigue avanzando sobre tus muñones. Casi soy tuyo, pero no del todo. Todavía no. Un resbalón y te mandaré rápidamente a tu casa. ¡Mira hacia abajo! ¡El hielo cede!

El demonio agitó los brazos, se tambaleó, cayó hacia adelante, logró sujetarse extendiendo una mano y clavó sus ojos en el humano antes de volver a incorporarse.

—Eso ha estado bien —reconoció—. Me gustaría comerte el corazón. Y además hablas bien el idioma. ¿Conoces el Tel Talionis?

—Sí.

—Pues entonces mi pena es doble, pues me habría gustado conversar contigo.

Y con esas palabras saltó hasta el final de su puente de hielo hasta encontrarse a espaldas del humano y con uno de sus duros nudillos que parecían estar hechos de cuerno le golpeó en el hueso que había detrás de la oreja, tal y como se le había instruido que hiciera.

Cogió al humano por la cabellera cuando éste se derrumbó hacia adelante y luego le sujetó por debajo de las axilas y empezó a tirar de él. El agua se oscureció y se llenó de burbujas cuando logró dejarle libre. Luego se lo echó a la espalda, se dio la vuelta y avanzó hacia la orilla, todavía sonriente.

La chica le estaba gritando súplicas e insultos en la lengua de los elfos. Al pasar junto a ella, contempló melancólicamente su hombro. Tan cerca y, sin embargo, tan lejos...

Semirama había llamado a los sirvientes tan pronto como el demonio partió a cumplir su misión. Cuando, pasado cierto tiempo, uno de ellos acudió a la pequeña habitación situada junto a la gran sala, le mandó a que buscara más sirvientes para que regresaran con ropas y cuencos de agua, toallas, comida, vino, una túnica seca y medicinas con las cuales preparar una compresa fría, diciéndole que cuidaran particularmente de obrar con rapidez y discreción.

Todo lo que había pedido llegó y fue distribuido alrededor de un diván cubierto con pálidas sedas orientales unos momentos antes de que el demonio volviera a la habitación, caminando con paso algo inseguro y con Dilvish encima de su hombro. Los sirvientes retrocedieron, alarmados.

—Colócale encima del diván —ordenó ella. Y luego, dirigiéndose a los sirvientes, añadió—: Tú, limpia el barro de sus botas y pantalones. Tú, tráeme la compresa —dijo—. Tú, abre la botella de vino.

El demonio dejó a Dilvish encima del diván y luego se retiró al otro extremo de la habitación. Semirama contempló el rostro del hombre y luego tomó asiento junto a él y, muy despacio, colocó su cabeza en su regazo. Sin apartar los ojos de él, extendió su mano derecha y dijo: —Traedme un paño húmedo.

Casi inmediatamente, un paño fue colocado entre sus dedos. Semirama empezó a lavarle la cara con él y luego pasó las yemas de sus dedos a través de su frente y las bajó por sus mejillas y su mentón.

—Pensé que nunca volvería a verte —dijo en voz baja—, y sin embargo has vuelto. La compresa —añadió alzando la voz y dejando caer el paño húmedo sobre el suelo.

Un sirviente se la alargó.

Dando la vuelta a la cabeza de Dilvish encontró el lugar donde el demonio había golpeado, le miró durante un breve segundo, desdobló y volvió a doblar la compresa, cargada con el potente olor de las medicinas, y la aplicó detrás de su oído.

—Tú, limpia la vaina de su espada y la hebilla de su cinturón. Tú, vierte un poco de ese vino sobre un paño limpio y tráemelo aquí.

Estaba limpiándole los labios con el paño empapado en vino cuando Baran entró en la habitación.

—Bien, ¿a qué se debe todo este jaleo? —preguntó—. ¿Quién es este hombre?

Semirama alzó la mirada rápidamente hacia él, los ojos muy abiertos. Los sirvientes retrocedieron de nuevo. Melbriniononsadsazzersteldregandishfeltselior se acurrucó en un rincón, temeroso de las habilidades lingüísticas de Baran.

—Oh... es uno de los muchos que han venido hasta aquí —dijo ella—, supongo que buscando el poder de este sitio.

Baran lanzó una áspera carcajada y avanzó hacia ella, su mano yendo hacia la empuñadura de la corta espada que colgaba de su cinturón.

—Bien, pues enseñémosle algo de poder acabando con él y eliminando otra fuente de molestias.

—Ha llegado hasta nosotros vivo —dijo ella con voz firme—. Debería ser conservado así para que tu amo le juzgue.

Baran se detuvo, recordando en su mente algunas de sus ideas anteriores. Pero un instante después volvió a reírse.

—Pero ¿por qué no dejar que un demonio se lo coma ahora mismo? —dijo—. ¿Por qué hacer que ese pobre tipo tenga que recorrer andando todo el camino hasta la celda?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó ella.

—Oh, seguramente debes estar enterada en cuanto a de dónde sacan todas esas golosinas con las cuales siempre se están atiborrando, ¿no?

Semirama se llevó una mano a los labios.

—Nunca había pensado en ello. ¿Los prisioneros?

—Los mismos.

—Eso no tendría que ocurrir. Se supone que somos sus carceleros.

Baran se encogió de hombros.

—Este castillo es muy grande y se encuentra situado en mitad de un mundo muy duro.

—Son tus demonios —dijo ella—. Habla con ellos sobre el asunto.

Baran empezó a reír una vez más pero entonces vio la mirada que había en sus ojos y por un instante percibió el contacto de un poder que no comprendía. Pensó nuevamente en ella y en Jelerak y una ráfaga momentánea de su vértigo anterior volvió a él.

—Lo haré —dijo, y bajó la mirada hacia el hombre, estudiándole—. ¿Sabes por qué estoy aquí? —preguntó—. Me encontraba caminando por la galería. Dejaste la ventana enfocada sobre el estanque. Me causó curiosidad el que rescataras al hombre y dejaras allí a la mujer. Es un tipo apuesto, ¿verdad que sí?

Por primera vez en un número incontable de siglos, Semirama se ruborizó. Viendo esto, Baran sonrió.

—Es una lástima desperdiciarlos —añadió.

Luego se volvió hacia el demonio.

—Vuelve al estanque —ordenó en mabrahoring—. Tráeme a la mujer. A mí también me sentaría bien divertirme un poco.

El demonio se golpeó el pecho y se inclinó hasta que su cabeza tocó el suelo.

—Amo, está defendida por un hechizo contra aquellos que son como yo —dijo—. No pude acercarme a ella.

Baran frunció el entrecejo. Un recuerdo del perfil de Arlata se agitó dentro de su mente por primera vez.

—Muy bien. Yo mismo iré a buscarla —dijo.

Atravesó la habitación y abrió la puerta de un manotazo. Siete angostos peldaños le separaban de un pasadizo. Los bajó rápidamente y unos instantes después habían dejado el pasadizo para bajar por la cuesta que el demonio había descendido un poco antes.

El sol se había hundido ya en el oeste. Ahora se encontraba detrás del castillo y las largas sombras se confundían unas con otras ante él, proyectando el borde de la capa del crepúsculo a través del empinado y abrupto camino rocoso. Baran dio varios pasos hacia adelante, yendo hacia el lugar donde la pendiente descendía con bastante brusquedad.

Llegó hasta una gran piedra y se quedó inmóvil con la espalda apoyada en ella, mirando hacia abajo. Sus ojos contemplaban la pendiente como si estuviera hipnotizado. Murmuró un hechizo, pero no sirvió de nada. El paisaje parecía ondular delante de él.

—No es tan buena idea —murmuró, respirando roncamente—. No... Al infierno con ella. No vale la pena.

Con todo, seguía inmóvil junto a la piedra, como pegado a ella. Las rocas parecían más agudas que unos momentos antes, casi dando la impresión de que intentaban llegar hacia él.

«¿A qué estoy esperando? Basta con que regrese y diga que no valía la pena molestarse por ella...»

Su pie derecho se movió convulsivamente. Cerró los ojos y tragó una profunda bocanada de aire. Su lujuria y su ira habían muerto. Pensó nuevamente en la chica atrapada ahí abajo. Su rostro le inquietaba. No era sólo su belleza...

Una minúscula chispa de nobleza que Baran habría jurado nunca existió o, al menos, que había sido extinguida hacía años, ardió débilmente dentro de su pecho. Abrió los ojos y se estremeció al mirar nuevamente hacia abajo.

—¡De acuerdo, maldita sea! Ve a buscarla.

Se apartó con un brusco empujón de la roca y empezó a caminar.

«No es tan malo como parece, ni mucho menos. Aun así...»

Había bajado unos quince metros cuando el camino que seguía giró sobre sí mismo y Baran se detuvo para apoyarse en una roca situada a su izquierda, en una posición que ahora le permitía ver claramente el pequeño lago.

Sus ojos miraron en esa dirección durante varios segundos antes de que la escena fuera interpretada por su mente.

La chica había desaparecido. Y el caballo también.

Baran empezó a reír. Y, de repente, dejó de hacerlo.

—Bien..., bien, bien...

Se dio la vuelta y empezó a subir nuevamente por el flanco de la colina.

—... al infierno con ella.

Cuando Baran volvió a entrar en la salita, descubrió que la escena había cambiado muy poco. El hombre seguía inconsciente, pero menos pálido de lo que había estado antes.

Semirama volvió la cabeza hacia él y sonrió.

—¿Tan pronto de regreso, Baran?

Baran asintió.

—Llegué demasiado tarde. Ya había desaparecido. Y, si a eso vamos, el caballo también...

—Consuélate con una de las jóvenes esclavas.

Baran se acercó a ella.

—Este tipo se va ahora mismo al sótano —dijo—. Tienes razón. Debemos mantenerle prisionero para que aguarde el juicio del amo.

—Antes quiero estar segura de que llegará con vida a ese momento —dijo ella.

Y entonces Dilvish gimió nuevamente.

—Ahí tienes —dijo Baran con una sonrisa—. Vive. Andando, estúpidos, que un par de vosotros le ponga en pie y que me siga.

Semirama se levantó y se le acercó hasta una distancia bastante inferior a la que solía guardar normalmente con respecto a él.

—Realmente, Baran, quizá fuera mejor que esperáramos un poco más de tiempo...

Baran alzó su mano derecha hasta que ésta se encontró cerca de sus pechos y luego, bruscamente, hizo chasquear los dedos.

—¿Mejor para quién? —preguntó—. No, querida mía. Es un prisionero como todos los demás. Tenemos que cumplir con nuestro deber y encerrarle en algún lugar seguro. Me has mostrado la luz.

Se volvió hacia los dos esclavos que ya habían pasado los brazos de Dilvish por encima de sus hombros y le habían hecho incorporarse, la cabeza colgando y los pies apenas rozando el suelo.

—Por aquí —les dijo, yendo hacia la puerta—. Yo mismo me encargaré de hacer los honores.

Semirama le siguió.

—Vendré contigo —dijo—. Sólo para estar segura de que consigues llegar con vida.

—No puedes quitarle el ojo de encima, ¿eh?

Semirama no contestó pero salió con ellos de la habitación y atravesó la gran sala. Sus ojos vagabundearon durante un segundo por ella mientras volvía a pensar en qué significarían los extraños adornos y muebles que la distinguían en forma tan peculiar: el gran árbol de cristal que colgaba del techo en posición invertida; los tapices que representaban a jóvenes con el cabello blanco y echado hacia atrás, casi como si fuera alguna especie de tocado, las damas con unos peinados de altura imposible, sus faldas enormemente hinchadas; las mesitas cubiertas de complejas tallas; las sillas que eran todo curvas y que sólo estaban tapizadas en algunas partes, con medallones de abigarrados colores incrustados en las telas; los grandes espejos; las baldosas de una

curiosa composición que había en los suelos; los largos y pesados cortinajes; un mueble muy extraño que tenía un teclado, el cual producía notas musicales cuando se pulsaban sus teclas.

Había algo en esta habitación que parecía no ser natural incluso aquí, en el menos natural de todos los lugares. Algunas veces, cuando pasaba por ella, Semirama había percibido en las profundidades de los espejos unos fugaces atisbos de personas y cosas que no estaban presentes en ella —huyendo, desvaneciéndose—, atisbos demasiado breves como para poder ser identificados. Y una noche había oído música y risas, y conversaciones en una lengua desconocida que fue incapaz de identificar, todo ello viniendo de esta sala. Sin saber muy bien si pretendía unirse a la fiesta o fulminar a una horda de intrusos sobrenaturales extendiendo dos dedos, había bajado la escalera siguiendo luego por el pasillo y había entrado en la estancia. Pero en el interior de los espejos había una multitud, hermosa y vestida con una gran variedad de atuendos, prácticamente paralizada en mitad de sus movimientos, las cabezas vueltas para contemplarla... y, en particular, había un hombre alto que casi le era familiar, con alguna especie de uniforme de color claro, una cinta brillante cruzándole el pecho en diagonal, un hombre que se había apartado de su compañera, y le había sonreído. Semirama había tenido un instante de vacilación y luego había avanzado para entrar en el espejo y unirse a él. Entonces toda la escena se había desvanecido al segundo, dejando el cristal tan vacío como la estancia, sus brazos o la conciencia de un hechicero.

Cuando le había preguntado por ello a Tualua éste no sabía nada de lo ocurrido o, al menos, no parecía importarle. Retorciéndose lujuriosamente en su fétido estanque le había dicho que el castillo había existido siempre y que siempre existiría. Contenía muchas cosas extrañas y muchas cosas extrañas habían pasado a través de él. Ninguna de esas cosas significaba mucho para Tualua.

Cuando salían de la gran estancia, sin que pudiera saberse cómo, en el mueble del teclado sonaron cuatro notas, aunque no había nadie cerca de él. Darán se detuvo y miró hacia atrás. Sus ojos pasaron del mueble a Semirama, se encogió de hombros y siguió caminando.

Semirama les siguió hasta el final del pasillo. El hombre inconsciente volvió a gemir y Semirama alargó su mano y le cogió la muñeca, comprobando para su satisfacción que su pulso latía con fuerza.

—... ni las manos tampoco —dijo Baran, notando su gesto.

Detrás de ellos, Melbriniononsadsazzersteldregandishfeltselior lanzó un aullido y corrió hacia otra salida. Había visto algo en un espejo que le había asustado.

Fueron hasta una escalera de caracol que llevaba a las estancias situadas bajo el castillo. Baran cogió una linterna que había en el comienzo de la escalera y la encendió usando un brasero cercano. Luego, sosteniéndola en alto, encabezó el descenso hacia las oscuras profundidades, aparentemente sin ser molestado por sus intermitentes accesos de vértigo.

Cuando bajaban el prisionero dio señales de estar despertando, moviendo la cabeza de un lado a otro e intentando hallar algún sitio donde poner los pies. Semirama se inclinó hacia él para tocarle la mejilla.

—Todo irá bien, Selar — dijo —. Todo va a ir bien.

Oyó la leve risita de Baran.

—¿Cómo te propones hacer que se cumpla ésa promesa, querida mía? —preguntó.

¿Sería posible que estuviese fingiendo?, se preguntó repentinamente Semirama. ¿Era posible que ya estuviera recobrado, que estuviera acumulando fuerzas y se preparara para soltarse de ellos y salir huyendo a través de la oscuridad? Baran es fuerte y está armado, y Selar ni tan siquiera sabe dónde se encuentra. Y si escapa ahora, Baran ordenará una búsqueda que terminará resultando en su muerte. ¿Cómo decirle que

espere, que siga prestándose a este juego, que permanezca durante un tiempo siendo un prisionero?

Llegaron al final de la escalera y giraron hacia la izquierda. La oscura atmósfera estaba cargada de frío y humedad. La piedra gris de la pared que se encontraba a su izquierda relucía y emitía leves destellos bajo la luz de la linterna.

La historia de Corbryant y Thyseld había sido popular en tiempos de Semirama..., la muchacha que había debido actuar como carcelera de su amante para impedir que su padre le matara. Se preguntó si la historia seguiría estando de moda, si Baran habría oído hablar de ella. Era una historia élfica... ¿Comprendía Baran la lengua noble de los elfos... un idioma difícil, en nada parecido a cualquier otro que ella conociera o del cual hubiera oído hablar?

Alargó la mano y tocó el bíceps derecho de Dilvish. El brazo se puso tenso.

—¿Conoces el destino de Corbryant? —le preguntó en esa lengua, hablando rápidamente y en voz muy baja.

Hubo una prolongada pausa.

—Lo conozco —dijo él después.

—Yo también —respondió Semirama.

Sintió como su brazo se aflojaba. Tenía la esperanza de que él estuviera contando los pasos que daban, acordándose de los giros del camino. Le dio un rápido apretón en el brazo y luego lo soltó.

Pasaron por una serie de encrucijadas y en algunos de los pasillos oyeron rápidos chasquidos y los ecos despertados por un gruñir ronco. Cuando se acercaron a uno de los cruces los sonidos parecieron estarse aproximando rápidamente desde su derecha. Baran alzó su mano y se detuvo. Luego bajó la linterna.

Tan de prisa que Semirama no estuvo demasiado segura de lo que había ocurrido, una horda de criaturas parecidas a cerdos, de grandes hocicos y considerable tamaño, pasó corriendo sobre sus patas traseras y les dejó atrás emitiendo jadeos y bufidos. Algunas de las criaturas parecían estar transportando almohadones y cacharros de cerámica. Cuando se desvanecieron en la lejanía, dio la impresión de que habían empezado a entonar un cántico.

—Esos pequeños bastardos han crecido en número —observó Baran—. Unos cuantos de ellos siempre logran llegar hasta arriba y me molestan cuando estoy en la biblioteca.

—A mí nunca me han molestado —replicó ella—. Pero yo suelo leer en mi habitación, claro está. Pequeñas y grotescas criaturas...

—Apuesto a que serían un buen plato. Lo cual me recuerda que mi cena se está enfriando. Sigamos...

Reanudó la marcha, llegando por fin a una gran estancia donde llameaba una antorcha, otra chisporroteaba y dos más se habían convertido en cenizas dentro de las hornacinas practicadas en la pared. Cogió dos antorchas nuevas de un montón que había junto al muro, las encendió usando la que aún ardía y las colocó en las hornacinas vacías. Luego se dirigió hacia la pared de la izquierda, donde había tres aberturas carentes de puerta, y se detuvo ante la tercera.

—Traed cadenas —dijo.

Cerca del montón de antorchas había varias cadenas situadas en un soporte de madera y un estante lleno de grilletes. El esclavo que se encontraba a la izquierda de Dilvish alargó la mano y cogió un juego de cadenas cuando pasaron junto a ellas. Semirama fue hasta allí y escogió unos grilletes de la estantería.

—Yo los llevaré —dijo—. Tienes las manos ocupadas.

El hombre asintió, las cadenas colgando por encima de su brazo izquierdo, y siguió caminando. Semirama les siguió y todos acabaron entrando en la habitación donde Hodgson, Derkon, Odil, Vane, Galt y Lorman estaban encadenados a la curvatura de las paredes. Le pareció que antes había otro prisionero...

Baran alzó su linterna y movió la cabeza señalando hacia las cadenas vacías y la pared salpicada de sangre de donde había colgado el gordo hechicero que ahora estaba digiriendo el demonio.

—Ahí —dijo—. Encadenadle a ese anillo.

Los demás prisioneros les observaron en un completo silencio, sin moverse de las posturas en las que se habían quedado helados al producirse la entrada de Baran.

Los esclavos medio llevaron medio acompañaron a Dilvish hasta ese lugar del muro y pasaron las cadenas a través del enorme anillo asegurado en la piedra, sin hacer caso de las otras cadenas que ahora colgaban fláccidamente a lo largo de la húmeda superficie.

—Ahora sabrás dónde está siempre que le necesites —dijo Baran—, si es que no te importa tener público.

Semirama se volvió y sus ojos recorrieron lentamente a Baran de la cabeza a los pies, repitiendo después el trayecto a la inversa.

—Hace tiempo que has dejado de ser divertido —dijo—. Ahora sólo te encuentro vulgar... y un tanto repugnante.

Le dio la espalda y fue hacia los esclavos, que estaban colocando las cadenas en los miembros de Dilvish. Les entregó los grilletes y los esclavos los colocaron en su sitio, con Semirama cerrándolos uno a uno a medida que eran colocados. Baran la siguió y comprobó que los grilletes se encontraban bien asegurados.

Comprobó el último y lanzó un gruñido afirmativo. Cuando se puso en pie hizo tintinear las cadenas, miró a Semirama de soslayo y sonrió con una mueca de burlona astucia.

—Hacen un montón de ruido —observó—. Si vienes por aquí, el castillo entero sabrá lo que andas haciendo.

Semirama se tapó la boca y bostezó.

—Te deja sin aliento, ¿eh?

Ella sonrió y se volvió hacia Dilvish.

—¿Esto es lo que deseabas ver? —le dijo a Baran.

Abrazó a Dilvish y le besó apasionadamente en los labios, pegando su cuerpo totalmente al de él.

A medida que pasaban los segundos, Baran empezó a removerse, incómodo. Los esclavos miraban a otro lado.

Finalmente, Semirama se apartó de Dilvish con una carcajada.

—Por supuesto, siento una apasionada devoción hacia este desconocido que ha venido aquí como un intruso para robarnos —dijo. Se volvió bruscamente y abofeteó a Dilvish—. ¡Perro insolente! —proclamó, su rostro convertido en una máscara de furia.

Salió de la celda andando rápidamente y sin mirar ni una sola vez hacia atrás.

Baran miró a Dilvish y sonrió. Luego cogió la linterna de la hornacina donde la había puesto y abandonó la habitación, seguido por los esclavos.

Semirama esperaba en el exterior, yendo y viniendo ante la boca del pasillo que habían seguido.

—Sabía que esperarías a tener luz —observó Baran en tanto que se acercaba a ella.

Semirama no le respondió.

—No tienes ni idea de lo raro que parecía —le dijo cuando estuvo a unos centímetros de ella.

—¿Un beso? —replicó ella con una gran exhibición de sorpresa en el rostro—. Realmente, Baran...

—Ver de qué forma te encargabas de cuidar a ese miserable piojo —dijo él.

—No quería que muriera —respondió ella.

—¿Ahora o más tarde? ¿Por qué no?

—Es una curiosidad..., el primer elfo que viene por aquí. Son un pueblo peculiar. Normalmente no se mezclan con nadie. Algunos dicen que son «arrogantes». Pensé que a tu amo podía divertirle descubrir las razones que tiene este elfo para encontrarse aquí.

—Y algunos dicen que traen «mala suerte» —afirmó fiaran—. También pueden ser peligrosos.

—Eso he oído. Bueno, éste se encuentra a buen recaudo.

—Cuando entré y te vi cuidando a un intruso de esa manera... me inquietó, por supuesto...

—¿Estás intentando disculparte por todas tus pequeñas y desagradables observaciones?

Fiaran fue hacia el corredor, su sombra retorciéndose bajo la luz de la linterna.

—Sí —le llegó su voz.

—Bien —dijo ella, siguiéndole—. No con la gracia que se merece una reina pero, indudablemente, eso es lo mejor que conseguiré obtener de ti. Fiaran lanzó un gruñido y siguió andando. Si pretendía extenderse sobre su más reciente comentario es algo que nunca llegará a saberse, pues se detuvo de repente, el eco de su gruñido sumergido por una oleada de otros gruñidos más potentes.

Bajó la linterna y se pegó a la pared. Semirama y los esclavos hicieron lo mismo. Los ruidos que llenaban la intersección de los pasillos se hicieron más fuertes.

De repente, yendo en la misma dirección que habían seguido antes las otras criaturas, las formas sombrías de once seres parecidos a cerdos, con sus colmillos reluciendo, pasaron trotando por entre la penumbra, cada uno de ellos vestido con un atuendo de mangas largas parecido a una túnica en el que se veían unos extraños signos numéricos. Una de las criaturas llevaba un cráneo humano bajo su pata delantera izquierda.

—Mi cena debe de estar enfriándose —dijo fiaran, levantando la linterna de nuevo—. Salgamos de aquí.

Varios minutos después se encontraban subiendo por la prolongada serie de peldaños. Cuando estaban cerca del final, apareció una figura cubierta de sombras. Baran alzó la linterna.

Tan pronto como el rostro se hizo visible, Baran gritó:

—Creí haberte dejado vigilando el espejo. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Otro sirviente me dijo que estabais abajo, señor. La luz que me hicisteis vigilar... ¡se ha apagado!

—¿Qué? ¿Tan pronto? Tendré que invocar un sustituto inmediatamente. Muy bien. Quedas relevado de tu misión.

—¡Espera! —ordenó Semirama.

El esclavo se volvió hacia ella y su corazón se llenó de miedo.

—¿De qué espejo estás hablando? —le preguntó ella mientras subía los últimos escalones—. No será el que se encuentra en la habitación del norte, en lo alto de la escalera..., el que tiene el marco de hierro, ¿verdad que no?

El esclavo palideció.

—Sí, Alteza —dijo —, el mismo.

Baran ya había apagado la linterna, dejándola sobre un estante. Se volvió hacia Semirama, sonriendo sin mucho éxito. De repente Semirama se había puesto muy erguida y sus ojos emitían destellos. Baran no dejó de percibir el arcano significado del gesto que su mano izquierda estaba empezando a dibujar, aunque jamás había sospechado que pudiera contener una fuerza tal.

—¡Esperad, Majestad! ¡Conteneos! —exclamó —. ¡No es lo que pensáis! ¡Dadme tiempo para explicarlo!

Y se preguntó si podría invocar a la Otra Mano antes de que ella completara el gesto.

Semirama se detuvo.

—Explícamelo, entonces.

Baran suspiró.

—Intentando solucionar el problema del espejo obstruido —dijo—, mandé un espíritu a su interior para que investigara si existían otros daños astrales. Pensaba conferenciar

muy pronto con él para averiguar la extensión de los daños. Puse de guardia a este hombre por si se producía algo fuera de lo corriente. Acabáis de oír su informe. Debería ir de inmediato allí y determinar lo que había ocurrido. Puede que eso nos dé la clave que necesitamos para abrir de nuevo el espejo.

La mano de Semirama bajó lentamente.

—Sí — dijo —, será mejor que vayas. Y tenme enterada de lo que descubres.

—Lo haré. Sí, eso haré.

Se dio la vuelta y echó a correr.

Semirama miró a los dos esclavos que habían ayudado en el transporte de Dilvish y al otro esclavo que acababa de traerle su mensaje a Baran.

—¿Qué hacéis aquí parados? —dijo—. Volved a vuestras labores o a vuestras habitaciones, según sea el caso.

Los esclavos partieron rápidamente. Semirama se quedó inmóvil hasta que hubieron desaparecido. Sólo entonces se dio la vuelta y avanzó a través de la gran sala, dirigiéndose hacia el umbral que llevaba al pasillo norte-sur.

Con el sol hundiéndose hacia el ocaso la sala se había vuelto más oscura, pues sus únicos ventanales se encontraban situados en lo alto de la pared oeste. Semirama, que la estaba atravesando en dirección este, percibió un leve movimiento a su izquierda. La silueta de un hombre de cabellos casi rubios que no estaba presente en la sala se encontraba en el espejo, inmóvil junto a una columna blanca que tampoco estaba presente en el salón. Semirama se detuvo y le miró.

Era el hombre que había contemplado en la noche de la fiesta invisible y ahora estaba solo, llevando un traje verde y sonriendo. En la última ocasión no se había dado cuenta de cuan apuesto era, cuánto se parecía a...

El hombre alzó una mano y le hizo señas de que se acercara. Una zona de cristal empezó a relucir y Semirama tuvo la sensación de que podría atravesar el cristal en ese punto para reunirse con él.

Se encogió de hombros y meneó la cabeza, devolviéndole su sonrisa. Sí, era muy típico de su fortuna el que ahora tuviera tanta prisa...

Saliendo de la gran estancia, avanzó rápidamente por el pasillo, pasando de vez en cuando junto a un sirviente que encendía las grandes velas situadas en los candelabros y los largos soportes metálicos. Siguió andando hasta el corazón del castillo, cubierto de sombras, hasta llegar a la galería que corría en forma paralela a la parte delantera del edificio, llegando por último a la Cámara del Pozo. Se detuvo únicamente para mirar de nuevo al exterior por la ventana, hacia el sitio donde le había visto por primera vez.

El estanque seguía encontrándose en un claro primer plano y, ciertamente, la muchacha y el caballo habían desaparecido. De todas formas, ¿qué representaba ella exactamente para el hombre?, se preguntó Semirama en tanto que alargaba la mano para invertir el hechizo que enfocaba la ventana.

El estanque reflejaba las montañas, parte del castillo y el sol poniente. La delgada franja de orilla arenosa situada junto a él brillaba con un pulido resplandor blanquecino; las rocas de la pendiente formaban ocasionales interrupciones oscuras.

Y entonces, por un segundo, le pareció ver un rápido movimiento, bastante abajo y hacia la derecha.

Tras un momento de vacilación alteró el enfoque de la ventana, cambiándolo de posición y haciendo aproximarse esa parte de la pendiente. La estudió durante varios minutos, pero el movimiento no volvió a producirse.

Sonrió levemente, complacida al ver que no había sorprendido a otro buscador de fortuna en las cercanías del castillo. Sin embargo, acabó decidiendo que eso enfatizaba lo necesario que era actuar con rapidez en lo que pretendía hacer ahora. Cambió la sintonía del cristal y el paisaje resbaló hacia atrás, alejándose.

Abandonando la ventana, Semirama se apresuró a lo largo del pasillo, la arena crujiendo bajo sus sandalias. Ahora notaba el típico olor del sitio. Cuando entró en la habitación, sintió el húmedo calor del pozo.

Se acercó a él, tomó asiento encima del reborde y emitió la llamada. Pasaron los minutos y aunque la repitió varias veces, no obtuvo respuesta. Esto no era algo extraordinario pues de vez en cuando Tualua meditaba, retirando la mayor parte de su conciencia del mundo. Semirama tenía la esperanza de que no estuviera empezando uno de sus periódicos estados de letargo, con todo. Resultaría muy inoportuno que decidiera iniciarlo ahora.

Semirama lanzó nuevamente la llamada. También había otras explicaciones, pero no le gustaba pensar en ninguna de ellas. Se inclinó cuanto pudo hacia adelante y añadió una apremiante nota musical a las anteriores.

Entonces sintió su presencia en el interior de su mente, acercándose, cobrando fuerzas, indefiniblemente turbado. Semirama se preparó para una comunicación puramente mental que no tuvo lugar. En vez de ello el agua empezó a espumear. Esperó, pero después de que hubiera transcurrido un poco más de tiempo, Tualua seguía sin aparecer. Entonces olas de sensaciones empezaron a caer sobre ella —cosas oscuras y malévolas que se alzaban del pozo, igual que murciélagos—, sólo ocasionalmente teñidas de forma muy ligera con el anhelo de jugar y la curiosidad que dominaban normalmente en este sitio.

—¿Qué pasa? —preguntó en esa lengua de trinos que utilizaba estando aquí.

Una vez más, no hubo réplica alguna pero las olas de sentimientos y emociones se incrementaron. La atmósfera del lugar se hizo sombría, siniestra. De repente, todo eso se quebró y una sensación casi de alegría teñida con una nota de triunfo se alzó de las profundidades. Esta sensación fue cobrando fuerza a medida que las otras eran barridas a lo lejos, siendo empujadas hacia lo más hondo de su mente. Las aguas volvían a estar inquietas y una parte de esa silueta oscura y amorfa emergió en la superficie, un aura vagamente perlina reluciendo débilmente a su alrededor, con una continua agitación de dibujos cambiantes y confusos dentro de ella, distorsionando la masa que variaba de posición bajo ellos.

—Hermana y amante y sacerdotisa, saludos desde los muchos lugares en que habito —sonó el saludo ritual en esa misma lengua que había empleado.

—Y saludos a ti, Tualua, pariente de los Antiguos, de quien se halla en este lugar. Te encuentras inquieto. ¿Cuál es la causa? Dímelo.

—Semirama, reina de este lugar, es el doloroso ciclo de crecimiento de quienes pertenecen a mi especie. Siendo pariente al mismo tiempo de la luz y de la oscuridad; poseo ambas naturalezas.

—Como nosotros, Tualua.

—Ah, pero los hombres logran mezclarlas en la breve extensión de sus días. Eso debe hacer que la vida resulte mucho más sencilla.

—Trae sus problemas.

—Ah, pero los nuestros traen un eón de recriminaciones siguiendo al otro, cada uno de ellos debido al ciclo anterior en el cual gobernaba el contrario..., hasta ese día imposible que esperamos, ese día en el cual nuestras naturalezas se confundan y estemos en situación de unirnos a nuestros parientes en los lugares que se encuentran más allá de este infierno de polaridades.

Una ola de tristeza insoportable cayó sobre ella y Semirama lloró incontrolablemente. Un tentáculo se alzó del pozo, casi tímidamente, y su punta le tocó el pie.

—No sientas pena por mí, niña. Lloro por la humanidad, más bien. Pues cuando la oscura voluntad caiga sobre mí y me arrepienta de estos días, mi poder se extenderá por encima de la tierra y todos los hombres sufrirán..., salvo tú, porque me sirves, pues tú te harás fuerte y brillante y dura y fría como la estrella de la mañana, y yo seré más fuerte de

lo que nunca lo he sido antes y el mundo temblará sobre sus cimientos como en los primeros días, cuando otros seres de mi especie, cada uno en un ciclo distinto, peleaban por el alma del hombre.

—¿No hay nada que pueda hacerse? —preguntó ella.

—Sigo pudiendo contenerlo y lo haré durante tanto tiempo como me sea posible.

—¿Qué hay del buen mago Jelerak y de la deuda que toda su especie tiene con él desde hace mucho?

—Fuera cual fuese la deuda existente, Semirama, créeme si te digo que ha sido pagada hace mucho tiempo. Y tampoco ahora es el mismo hombre al cual conociste.

—¿Qué quieres decir?

—Ha..., ha cambiado. Quizá también él posee sus naturalezas de luz y oscuridad.

—Me resulta difícil creer esto, aunque he oído rumores recientemente. Lo último que supe de él en los viejos días es que llevaba enfermo largo tiempo..., años, posiblemente, después de la caída de Hohorga...

—Entonces, quizá resulta más bondadoso decir que nunca llegó a recuperarse.

—Me trató muy amablemente cuando me llamó para hacerme volver...

—Por supuesto. Te necesitaba. Posees una habilidad extremadamente especializada... para ser humana. Y también hay algo más... Lo que más lamento —siguió diciendo— es que quizá él y yo tengamos pronto mucho en común.

—Has alterado el mundo que conocía —dijo ella.

—Lo siento, pero no tenía modo alguno de prever cuándo empezaría a sentir el cambio dentro de mí. Seguiré ayudándote en cuanto desees y en cualquier forma que pueda hacerlo, durante tanto tiempo como sea capaz de ello.

Semirama extendió la mano y tocó el tentáculo.

—Si hay forma de que pueda ayudarte...

—No hay ninguna —dijo Tualua—. Ningún mortal puede ayudarme. Irónicamente, me volveré realmente loco durante un tiempo en el período de transición. Te mandaré lejos antes de que la locura me domine, a un sitio que te he preparado más allá del tiempo y del espacio, donde conocerás una gran alegría. Mi otro yo te recordará, indudablemente, cuando haya necesidad de tus servicios.

—Me causa una gran tristeza oír todo esto.

—Y a mí me la causa el decírtelo. Por lo tanto, hablemos solamente de lo que te ha traído aquí ahora.

—Ese asunto ha quedado todavía más confuso a causa de las cosas que me has explicado —dijo ella—. Baran le está haciendo algo al espejo. Ha colocado por lo menos un espíritu dentro de él. Probablemente está colocando otro ahora mismo...

—Le he prestado escasa atención a esos asuntos de los mortales, salvo cuando tú me lo pedías, así que ahora debes contarme quién es Baran y por qué cualquier cosa que pueda hacer con un espejo resulta de importancia para ti.

—Baran es el hombre moreno y corpulento que algunas veces me acompaña hasta aquí.

—¿El que posee el truco de la mano?

—Sí. Es el administrador de Jelerak en este sitio. El espejo, situado en una estancia que se encuentra en mitad de la torre norte, es un medio de transporte que usa Jelerak entre sus muchas residencias. Jelerak fue herido en un duelo de hechiceros hace cierto tiempo y pensamos que podría venir aquí, donde le era posible pedirte poder para curarle. Mientras esperábamos su llegada, muchos otros que le creían muerto o debilitado intentaron asaltar este lugar para que así les fuera posible intentar dominarte para sus propios fines.

Una débil oleada de diversión fluyó junto a Semirama.

—Fue entonces cuando pensé en la razón por la cual Jelerak me había devuelto a la vida..., para cuidar de ti durante la enfermedad del verano pasado...

—Mi primer acceso de locura en siglos. Hasta entonces le había estado proporcionando cuanto poder me pidiera a cambio de esos favores de hace mucho tiempo sobre los cuales hablaste. No se dio cuenta de lo que estaba ocurriendo. Y por aquel entonces tampoco yo me di cuenta.

—Ni yo, por supuesto. Aunque quizá me hubiera sido posible recordar algunas historias muy viejas y oscuras, nunca había presenciado antes tal estado. Pero cuando llegaron los intrusos, pensé que resultaría útil el que te sugiriera repetir los efectos que eso había tenido sobre la tierra que nos rodea de forma totalmente consciente, para mantenerlos alejados. Sabía que esto no podía impedir la llegada de Jelerak, pues siempre le era posible emplear el espejo para viajar hasta aquí. Le habría explicado mi estrategia a Baran pero ya entonces estaba empezando a encontrar molestas sus atenciones. Mejor dejarle creer que había surgido una situación mucho más difícil, como la del verano pasado, y que yo era la única capaz de tratar efectivamente con ella. El engaño me dio más poder sobre él. Pero durante todo este tiempo creí que el espejo se encontraba en condiciones de funcionar correctamente. Ahora no estoy tan segura. Creo que puede haberlo estado bloqueando desde el principio.

—¿Por qué haría algo así?

—Cuando hiciste que la tierra empezara a removerse eso eliminó todos los medios sencillos de entrar aquí, con excepción del espejo. Si encontró un medio de bloquear el espejo, entonces nos hallábamos completamente aislados y ni el mismísimo Jelerak podía volver aquí para la renovación de sus fuerzas que andaría buscando. Ahora creo que su propósito obedece a que Baran se ha vuelto igual a esos invasores. Deseaba tener este lugar para él solo en tanto que buscaba un medio de controlarte.

—Entonces, ¿no comprende que yo servía a Jelerak voluntariamente y no bajo ninguna compulsión, dado que durante todos estos largos años las acciones de los humanos han significado muy poco para mí?

—No. Nunca se lo dije. Cuanto menos supiera, mejor.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—No estoy muy segura. En principio, había venido para pedirte que abrieras el camino del espejo y lo mantuvieras abierto contra cualquier intento que pudiera hacer para cerrarlo de nuevo, con el fin de que Jelerak pudiera volver, recuperar sus fuerzas y ocuparse de Baran como le pareciera más conveniente. Pero ahora, habiéndome dicho todo eso sobre Jelerak, no sé qué pedirte...

—Resultaría asunto sencillo desbloquear el espejo, aunque no puedo prometer el mantenerlo abierto en caso de que me sobreviniera otro acceso de locura.

—...Y luego pensaba pedirte que empezaras nuevamente con las emanaciones y que reanudaras las alteraciones de la tierra, para mantener fuera de aquí a los visitantes indeseables, dándole a Jelerak una oportunidad de entrar a través del espejo... y también para convencer a Baran de que seguías resultando imposible de controlar, de tal forma que no me molestara más pidiéndome que fuera su cómplice en una tarea que no podía dar frutos.

—¿Y ahora?

—Ahora se ha convertido en una elección entre males distintos. No sé qué hacer. Baran no es tan listo como cree, ni mucho menos, y yo le gusto. Creo que me resultaría fácil controlarle. Y, con todo, sigo sintiendo que le debo lealtad a Jelerak. No importa lo que puedas decir de él, siempre me ha tratado bien..

—Siempre podrías confiar en eso, sin importar cuál fuera la situación.

—Por respeto al lugar que ocupaba, por supuesto. No era ningún recién llegado a la corte de Jandar.

—Eso puede ser cierto o no, pero yo estaba pensando en algo más personal.

Semirama se envaró. Un instante después, lanzó una carcajada.

—No, eso no puedo creerlo... Jelerak? Siempre tuvo costumbres austeras, casi de monje. Estaba dedicado solamente a sus Artes y a nada más.

—Podría haber hecho volver a cualquiera de tu ilustre linaje para hablar conmigo.

—Cierto.

—Lo que más ama es el poder y el dominio sobre los espíritus de los hombres. Con todo, existen dos compromisos humanos de los cuales no ha logrado liberarse por entero...: un pequeño afecto fraternal hacia los sacerdotes de Babrigore y cierta devoción hacia ti misma. Siempre fuiste la reina y la sacerdotisa inalcanzable.

—Pues entonces lo ocultó muy bien.

—Pero no de Tualua, pues yo he visto su corazón y todas las cosas que hay en él..., incluso aquellas de las cuales ni él mismo es consciente. Pero te digo ahora esto por una razón. Mi voluntad está desfalleciendo y deseo ocuparme del bienestar de mis sirvientes antes de que se haya hecho completamente pedazos. Incluso ahora, cuando estábamos hablando, mi ojo recorre las líneas del tiempo futuro. Hay un punto negro delante de nosotros que soy incapaz de penetrar. Creo que él se encuentra relacionado de alguna forma con lo que hay más allá de ese punto. Mi primera intención fue mandarte al lugar que he preparado para ti, queriendo protegerte.

La mente de Semirama pensó rápidamente en el hombre encadenado.

—No iré —afirmó.

—También vi eso. Por ello te he hablado de la debilidad humana que siente el hechicero hacia ti. No es algo muy fuerte, desde luego, y es algo de lo cual sólo es consciente en parte y que no comprende por entero. Te aconsejo que no confíes en ello, pero aun así es posible que ese conocimiento te sirva en cierta forma durante la hora oscura.

Semirama abrazó el tentáculo.

—¡Tualua! ¡Tualua! Quizá eres más fuerte de lo que piensas. ¿No puedes luchar contra la voluntad oscura y llegar a superarla?

Y mientras esas palabras salían de sus labios, Semirama sintió como la atmósfera que la rodeaba se hacía opresiva y asfixiante.

—No es así como obra mi especie, tal y como yo entiendo las cosas —acabó respondiendo Tualua—. Estoy intentándolo y seguiré haciéndolo. Con todo, me temo que mis esfuerzos no hacen sino conseguir que aumente su poder.

—No cedas. Aguanta todo el tiempo que puedas. ¡Llama a tus parientes los Dioses Antiguos, si es preciso!

Algo parecido a una risa hizo temblar la bóveda.

—Mis ilustres antepasados han abandonado hace mucho tiempo este plano dentro del cual me encuentro confinado. No podrían oírme en sus espléndidas residencias. No, debemos prepararnos para sufrir una prueba y debo ocuparme una vez más de los asuntos humanos, pues ahora descubro que se hallan entrelazados con los míos. Escucha lo que voy a decirte, pues siento que la locura se alza nuevamente en mi interior...

El agua humeante de su piscina de brillantes mosaicos cubría el cuerpo de Holrun hasta un poco por encima de los hombros y el aroma de un incienso exótico llenaba el aire a su alrededor. Los rasgos de su cara estaban tallados siguiendo ángulos; sus ojos —ahora medio cerrados—, eran oscuros y tendían a moverse en veloces miradas inquisitivas y cargadas de expresión. Su boca, incluso en reposo, se curvaba hacia una sonrisa ligeramente siniestra. Ahora tenía el cuerpo inclinado hacia adelante porque una de sus favoritas, arrodillada a su espalda, le frotaba los hombros por debajo del agua. Otra favorita le entregó una bebida refrescante contenida en el curvado colmillo tallado de un predador extinguido. Holrun tomó un sorbo y se lo devolvió, dejando resbalar las yemas de sus dedos sobre el brazo de la muchacha cuando ésta lo recogió.

Cuando su cristal le llamó Holrun lanzó una maldición en voz baja y se pasó la mano por su rebelde cabellera castaña, apartando con un encogimiento de hombros a la muchacha que le daba masaje, y se volvió hacia el gran globo que había incrustado en la pared, rodeado por un mosaico de baldosas delicadamente dispuestas en la forma de un ojo enorme. Enfocó su atención en él y la imagen de Meliash apareció dentro de la pupila.

—Siento molestarte... —empezó a decir Meliash.

—Son cosas que ocurren cuando se es el miembro más joven del Consejo. Supongo que es bueno cuando deseas conseguir que se resuelva algo. Esas viejas momias tartamudeantes todavía no envueltas en vendajes tardarían una eternidad para decidir si deben evacuar su estómago o no... Alguien tiene que azuzarles de vez en cuando con un atizador caliente, y yo soy el escogido para ello. ¿Cómo anda todo en Sangaris? Yo...

—En Kannais.

—Claro, en Kannais. Realmente me da envidia tu trabajo al aire libre, ¿sabes? Todos estos asuntos administrativos... Bien, es algo que debe hacerse.

De repente se quedó callado y miró fijamente la imagen, empezando a sonreír.

—Sí —dijo Meliash—. Aquí se han producido algunos cambios recientemente, y pienso que el Consejo debería enterarse de ellos. También hemos descubierto alguna información muy interesante. De hecho, creo que ha llegado por fin el momento de que el Consejo actúe en un asunto directamente relacionado con el...

—¡Calma! ¡Calma! — Holrun se levantó bruscamente, alzando una mano ante la imagen, en tanto que su masajista se apresuraba a colocarle una túnica sobre los hombros—. A veces pienso que el éter tiene oídos, así como otros apéndices. Deja que me encargue de esto en mi otro cristal. Tiene unos hechizos de seguridad que te parecerían increíbles. Volveré a llamarte ahora mismo.

Agitó su mano y Meliash se desvaneció.

Holrun salió de la piscina y puso los pies en un par de sandalias. Se alejó de la gruta y fue por un túnel que hacía pendiente, llevándose dos dedos a la boca y silbando una prolongada y aguda nota musical. Una pálida luz empezó a brillar dentro de unas largas bandas de piedra blanca que habían sido engastadas en las dos paredes del túnel.

Sonriendo, dobló una esquina y entró en una habitación en forma de L que había sido tallada en la piedra ocupando dos niveles. Chasqueó los dedos y los troncos situados en una oquedad opuesta a la entrada empezaron a llamear, el humo subiendo por una fisura irregular protegida por estalactitas color naranja alrededor de las cuales largas cadenas de cuerpos tallados transmitían impulsos eróticos en grandes espirales; gruesas velas cobraron vida con un chisporroteo en los anaqueles, revelando una estancia ordenada pero repleta de casi todos los tipos de equipo mágico empleado por más de treinta naciones y tribus; cada punto visible del suelo, la curvatura del techo o las abombadas paredes estaba pintado con símbolos arcanos.

Holrun fue inmediatamente hacia un anaquel situado a su izquierda y tomó de él un cofrecillo hecho con madera de limonero que llevó hasta un pedestal situado en un rincón, cerca del fuego. Con el pie atrajo hacia sí un escabel cubierto con piel de color gris, haciéndolo resbalar sobre la alfombra decorada con motivos geométricos. Abriendo el cofrecillo, sacó de él un cristal ahumado que casi parecía negro y lo colocó sobre el pedestal. Luego tomó asiento en el escabel, tragó una bocanada de aire y, exhalándola, pronunció una sola palabra:

—¡Meliash!

El cristal se aclaró un poco y la forma de Meliash apareció, tenue y borrosa, dentro de él.

—¿Qué te parece? —le dijo.

—Se te oye de muy lejos —contestó la imagen con un hilo de voz bastante agudo.

—No puede evitarse. Los hechizos protectores se agolpan a nuestro alrededor igual que los acreedores en un funeral. Pero puedes hablar libremente. ¿Qué es todo eso sobre querer que el Consejo haga algo con Jelerak?

—Creo que ha pasado por aquí disfrazado, esta misma mañana, y que ahora está intentando entrar en el castillo.

—¡Pero, hombre, mierda...! El castillo es suyo. Si volver a casa es el peor asunto en el cual anda metido estos días, no veo yo dónde se va a...

—No entiendes. Ahora es más débil que en ningún otro momento de los que puedan recordar los que viven. Estoy seguro de que intenta llegar ahí dentro para surtirse en una de sus principales fuentes de poder y renovarse. Y la posibilidad de que pueda hacerlo no es demasiado grande..., no si Tualua ha entrado en uno de los accesos periódicos de locura que pueden esperarse entre los de su especie. Y creo que ése es el caso. Más aún...

Holrun agitó su mano.

—Espera. Todo esto resulta muy interesante, pero no entiendo a dónde pretendes ir a parar. Incluso debilitado, podría ser un enemigo formidable. Han hecho toda suerte de estudios secretos y augurios sobre los resultados de posibles enfrentamientos con él.

—Ya sabes el valor que tienen esos estudios —dijo Meliash—. Más pronto o más tarde, ese hombre destruirá o subvertirá a toda la organización, como ya lo ha hecho con un gran número de sus miembros individuales. Sé que tiene todo un bloque de seguidores entre nosotros, y tú también lo sabes. Más pronto o más tarde tendremos que vérnoslas con él y creo que ésta es la oportunidad más favorable que nunca hayamos tenido. Te he oído decir a ti mismo que deseabas que esto se produjera durante tu vida.

—Mira, no lo niego. Pero eso lo dije en una conversación informal y sin ánimo de que quedara registrado. El Consejo es un grupo conservador. Por eso llevamos manteniendo desde hace años esta política de no meternos con él. —Hay más —afirmó Meliash. — Pues adelante con ello.

—Esta mañana pasó por aquí un hombre con la declarada intención de matar a Jelerak. Holrun lanzó un bufido.

—¿Eso es todo? —preguntó—. ¿Sabes cuántos lo han intentado? ¿Y cuántos no han conseguido llegar ni a estar cerca de eso? No, el dato no sirve de gran cosa.

—Su nombre era Dilvish y cabalgaba en una montura metálica. Me he enterado hace muy poco de quién es.

—¿Dilvish el Maldito? ¿Está ahí? ¿Seguro? ¿Medio elfo? ¿Alto? ¿Pelo casi rubio? ¿Calza botas verdes?

—Sí. Y en tiempos fue miembro de la Sociedad... — ¡Lo sé, lo sé! ¡Dilvish! ¡Dioses! No me gustaría verle morir tan cerca de su objetivo. Fue uno de mis héroes infantiles... el Coronel del Oriente. Y cuando volvió del Infierno... ¿Sabes una cosa? Puede que acabe con él. Si tuviera que escoger yo mismo el asesino creo que no buscaría más lejos. Dilvish.

—Bueno, pues he estado pensando que si la Sociedad quería evitar una confrontación directa, quizá pudiera limitarse a encontrar un modo de ayudar a ese hombre y no meterse en el asunto de forma clara.

Holrun no le estaba mirando. Sus ojos estaban clavados en el vacío.

—¿Qué le parece? —le preguntó Meliash.

—Háblame del lugar. ¿Cómo es?

—Las perturbaciones han cesado. Ahora la tierra se encuentra tranquila. Puedo ver el castillo en la lejanía. Hay luces dentro de él. Quizá haya un mapa del interior en los archivos. Tendría que haberlo comprobado con Rawk. El administrador de Jelerak es Baran de Blackwold, un hechicero de mediana categoría, no del todo malo...

—¿No hay nada de peculiar en ese sitio? La mayor parte de los viejos castillos tienen historias.

—Este es tan viejo que acaban esfumándose en la leyenda. Tiene la reputación de ser el edificio más viejo del mundo, anterior a la raza humana. Se dice que está encantado hasta la punta de las almenas. También se supone que hay algún tipo de relación con los Antiguos Dioses.

—Uno de esos lugares, ¿eh? De acuerdo, escucha. Has conseguido interesarme. Guárdatelo todo para ti y no hagas ninguna tontería. Voy a tratar esto inmediatamente con el Consejo en una sesión de emergencia. Voy a intentar engatusarles para que acepten un cambio de política. Pero no concibas demasiadas esperanzas. La mayor parte de ellos no reconocen una oportunidad ni si apareciera de repente y les mordiera en el trasero. De todas formas, volveré a hablar contigo apenas tenga algo, y podremos decidir lo que hacemos luego.

Rompió la conexión, se puso en pie, contempló el fuego durante un instante, sonrió y atravesó la estancia.

—¡Maldita sea!

Chasqueó los dedos y las luces se apagaron.

7

Dilvish oyó sus risas y sus burlas. «El beso de la muerte» ocupaba un lugar prominente entre ellas. Pero, sin hacerles caso, siguió inmóvil, colgando de sus cadenas, el cuerpo tembloroso y sus pensamientos convertidos en un caos de recuerdos revividos. Había dejado de dolerle la cabeza. Fuera lo que fuese lo que hizo la mujer funcionó con una sorprendente velocidad. El dolor que sentía ahora era algo mental, desencadenado por el violento contacto con un demonio. Durante un tiempo se encontró nuevamente en las Casas del Dolor, y recuerdos que había logrado encerrar tras fuertes barreras se derramaron igual que lava, abrasándole.

Pasado un tiempo, pensó en dónde estaba y por qué se encontraba allí, y un odio más fuerte que el dolor se apoderó de él. Intentó concentrar de nuevo su atención a cuanto le rodeaba y lo consiguió. Sus palabras llegaron a él:

—... reparar el atrapademonios. Borraron una gran parte cuando le entraron a rastras.

—¿Puedes llegar hasta su sección? Nos servirá de ayuda durante un rato.

—Quizá.

—Odil, tendrás que volverte a estirar.

Abriendo los párpados tan sólo una rendija, Dilvish examinó a sus seis compañeros de prisión. No reconoció a ninguno de ellos aunque por el tema de su conversación y el dibujo que estaban trazando llegó rápidamente a la conclusión de que todos eran hechiceros. Sus apariencias le dieron la impresión de que ya llevaban un tiempo algo considerable siendo prisioneros.

Abrió los ojos del todo. Ninguno de ellos pareció darse cuenta de esto, tan concentrados se hallaban en sus tareas. Dilvish examinó el dibujo más atentamente. Éste resultó ser una simple variación de un modelo muy básico que la mayor parte de los aprendices dominaban en su primer año. Impulsivamente, alargó la verde punta de su bota y completó la parte que se encontraba más cerca de él.

—¡Mirad! ¡El chico que las enamora ha despertado! —gritó uno de ellos. Luego, en tanto que las cabezas empezaban a volverse, dijo—: Soy Galt, y éste es Vane.

En tanto que Dilvish asentía con la cabeza, los demás fueron hablando:

—...Hodgson.

—... Derkon. —A su izquierda.

—... Lorman. —A su derecha.

—...Odil.

—Y yo soy Dilvish —les dijo.

Derkon giró rápidamente la cabeza una vez más hacia él y sus ojos se encontraron con los de Dilvish.

—¿El coronel Dilvish? ¿Estuviste en Portaroy? —preguntó.

—El mismo.

—Yo estuve allí.

—Temo no recordar...

Derkon se rió.

—Estaba en el otro lado, el Cuerpo de los Hechiceros... lanzando fuertes hechizos para que fracasaras. Bueno, tuviste la poca delicadeza de vencer. Me costaste mi comisión.

—Realmente, no puedo decir que lo sienta mucho. ¿Por qué estáis dibujando trampas para demonios encima del suelo?

—Creen que este maldito lugar es una despensa. De vez en cuando entran aquí y nos comen.

—Buena razón, entonces. ¿Estáis todos aquí por lo mismo?

—Sí —dijo Derkon.

—No —dijo Hodgson.

Dilvish alzó una ceja.

—Está intentando precisar un punto metafísico, nada más —le explicó Derkon.

—Un punto moral —le corrigió Hodgson—. Queríamos el poder que hay en este sitio por razones distintas.

—Pero todos lo queríamos —dijo Derkon, sonriendo—. Todos fuimos lo bastante buenos o tuvimos la suerte suficiente como para lograr cruzar hasta el castillo, y terminamos aquí. —Movi6 las manos, haciendo sonar dramáticamente sus cadenas—. Mis hechizos se volvieron locos y me enfrenté con Baran de hombre a hombre. Pero él me atacó a traición con su otra mano.

—¿Su otra mano?

—Sí. Se ha hecho crecer a sí mismo un apéndice suplementario en otro plano. Lo hace venir de ahí cada vez que lo necesita. Si alguna vez sales de aquí y te tropiezas con él, recuerda que puede ser más rápido que tu vista.

—Lo haré.

—¿Dónde está tu corcel metálico?

El rostro de Dilvish se volvió pensativo.

—Ay, sufre el destino que yo sufrí antes. Se ha convertido en una estatua. —Señaló vagamente con su cabeza—. Por ahí fuera.

Hodgson se aclaró la garganta.

—¿Tienes preferencia por algún extremo de los situados dentro del Arte? —preguntó.

—Recientemente mi interés en el Arte ha sido mínimo... y más práctico que técnico —replicó Dilvish.

Hodgson lanzó una breve risita.

—Entonces, ¿puedo preguntar a qué fines aplicarías los poderes del Viejo, si lograras su control?

—No he venido buscando poder —dijo Dilvish.

—¿Qué, entonces? —le preguntó Lorman.

—Sólo a Jelerak en carne y hueso..., y unos cuantos minutos para ponerle punto final a su relación con tales sustancias.

Respingos y jadeos de sorpresa recorrieron toda la celda.

—¿De veras? —dijo Derkon.

Dilvish asintió.

—Valeroso, estúpido o las dos cosas..., hay algo atractivo en una empresa tan desacostumbrada y fútil. Te aplaudo. Es una desgracia que nunca vayas a tener la oportunidad de intentarlo.

—Eso aún está por ver —dijo Dilvish.

—Pero, dime —insistió Hodgson—, ¿dónde radica tu principal habilidad en el Arte? Debes enfrentarte a una magia fuerte con algo más que una espada y una mueca feroz en el rostro. ¿Cuál es el color de tu poder básico?

Dilvish pensó en las Sentencias Horrendas, que era probablemente el único hombre de la Tierra en conocer por completo.

—Me temo que negro como el Pozo del cual procede —le dijo.

Derkon y Lorman rieron levemente al oír estas palabras.

—Eso nos da tres de siete, con un par de grises —dijo Derkon—. No está mal.

—Realmente, no me tengo por hechicero —dijo Dilvish.

Esta vez todos se rieron.

—Es como estar un poco muerto o algo embarazada, ¿eh?

—¿Quién invocó a las legiones de Shoredan?

—¿Dónde conseguiste ese caballo metálico?

—¿Cómo lograste llegar hasta el castillo?

—Las botas élficas poseen magia, ¿no?

—Gracias por tu ayuda con la trampa para demonios.

Dilvish puso cara de sorpresa.

—Nunca lo había mirado bajo ese aspecto —contestó—. Quizá hay cierta verdad en lo que decís...

Los demás volvieron a reírse.

—Ciertamente, eres peculiar —acabó diciendo Derkon—. Pero, por supuesto, ¿qué otro modo hay de combatir la magia negra si no es utilizando un poco más de la misma magia?

—¡Magia blanca! —dijo Hodgson.

Los hechiceros grises se rieron de ambos. —Yo preferiría utilizar armas naturales, si es que ello resulta posible.

Esta vez, todos se rieron.

—¿Contra él?

—Nunca conseguirías acercarte lo bastante. —La preferencia debe ser sacrificada ante la comodidad y la eficiencia.

—Como una mosca contra un corcel... —Una gota de agua en el gran desierto...

—...te liquidaría en seguida. —Quizá —dijo Dilvish—, y quizá no.

—Por lo menos —dijo Derkon—, nos has proporcionado la primera diversión desde nuestra captura. Y, como la mayor parte de nuestras discusiones, también ésta permanecerá indudablemente siendo académica.

—Entonces, sigamos en esa vena —dijo Dilvish—. ¿Qué tenéis planeado hacer si salís de aquí?

—¿Qué te hace pensar que hay un plan? —le preguntó Galt.

—¡Calla! —le dijo Vane.

—En todas las prisiones que he ocupado siempre ha existido un plan —dijo Dilvish.

—¿Cómo sabemos que no eres Jelerak disfrazado, intentando jugar con nosotros?

—¿Media docena de hechiceros de todas las tonalidades metidos aquí dentro y ni tan siquiera sois capaces de saber si un hombre se encuentra bajo un hechizo de transformación?

—Nuestros hechizos no sirven de nada en este sitio... y, si a eso vamos, existen disfraces más sencillos que los disfraces de tipo mágico.

—¡Paz! —exclamó Derkon—. Este hombre no es Jelerak. —¿Cómo lo sabes? —preguntó Odil.

—Porque me he encontrado con Jelerak y ningún disfraz mundano sería capaz de cambiarle tanto. En cuanto a un disfraz de tipo mágico... Hay ciertas cosas que no cambian. Aparte de hechicero, soy un hombre con ciertos poderes de percepción, y este hombre me gusta. Jelerak nunca me gustó.

—¿Lo basas todo en una sensación?

—Un hombre con mis poderes de percepción aprende a confiar en sus sensaciones.

—Jelerak es un hermano tuyo, un practicante del Arte Negro —dijo Hodgson—. Y aun así, ¿no te gusta?

—¿Se aprecian mutuamente todos los escribas? ¿Y todos los soldados? ¿Y los sacerdotes? ¿Te gustan a ti todos los practicantes de la magia blanca? Eso es como cualquier otra cosa. Respeto sus talentos y algunos de sus logros, pero personalmente me resulta algo inquietante.

—¿En qué modo?

—Jamás me había encontrado antes con un hombre del que pudiera creer ama el mal por sí mismo, sin nada más.

—Es extraño que alguien como tú condene eso.

—Para mí el Arte es un medio, no un fin. No sirvo a nadie, sólo a mí mismo.

—Pero al mal acabará contaminándote.

—Bueno, entonces eso es problema mío. Dilvish hizo una pregunta. ¿Va a contestarla alguien?

—Yo lo haré —dijo Hodgson—. No, no hay ningún plan en cuanto a cómo salir de aquí. Pero si logramos salir compartimos una intención común. Pretendemos llegar hasta una zona no afectada y desde allí unir nuestros poderes concentrándolos en el canal seguido por las emanaciones de Tualua, para

romper el hechizo de mantenimiento que hay sobre este lugar. Si quieres unirse a ese esfuerzo, eres bienvenido.

—¿Cuáles serán sus resultados? —preguntó Dilvish.

—No lo sabemos a ciencia cierta. Es posible que el lugar se haga pedazos, permitiéndonos escapar entre el desorden causado.

—Las piedras amontonadas encima de otras piedras tienden a mantenerse en esa posición —dijo Dilvish—. Lo más probable es que el sitio se vea meramente libre de envejecer en forma natural. Rechazaré vuestra invitación, pues debo ocuparme de otros asuntos tan pronto como salga de aquí.

Galt lanzó un resoplido.

—Y supongo que eso ocurrirá pronto, ¿no? —preguntó.

—Sí. Pero antes debo saber si alguno de vosotros ha visto a Jelerak. ¿Está aquí? ¿Dónde tiene sus aposentos?

No hubo ninguna contestación a sus palabras. Dilvish paseó su mirada por la habitación y, uno a uno, los hombres fueron meneando la cabeza.

—Si estuviera aquí —afirmó Odil—, ahora todos estaríamos muertos, o algo todavía peor que eso.

—En cuanto a sus aposentos —dijo Galt—, nuestro conocimiento de este lugar se encuentra un tanto reducido.

—¿Quién era esa mujer que ayudó a traerme aquí? —preguntó Dilvish.

Las risas empezaron de nuevo.

—¿Y ni tan siquiera la conoces? —preguntó Vane.

—Es la reina Semirama de la antigua Jandar —le explicó Hodgson—, a la que el mismísimo Jelerak hizo volver del polvo para que le sirviera en este lugar.

—He oído baladas y relatos sobre su belleza y su astucia... —dijo Dilvish—. Es duro creer que ahora se encuentra aquí, viva, mediante el poder de ese hombre. Se dice que uno de mis antepasados fue uno de sus amantes.

—¿Y quién podía ser ese antepasado? —preguntó Hodgson.

—El mismísimo Selar.

En ese instante Lorman empezó a gemir y a sacudir sus cadenas, haciendo que tintinearan.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Empieza de nuevo y yo no sabía que hubiera terminado! ¡Estamos doblemente condenados... haber tenido tal oportunidad y haberla dejado escapar! ¡Ay!

—¿Qué..., qué pasa? —la preguntó Hodgson.

—¡Hemos fracasado! ¡Estamos perdidos! ¡Habría sido tan sencillo!

—¿El qué? ¿El qué?

Pero el viejo hechicero se limitó a lanzar otro gemido y luego empezó a maldecir. Una nube se materializó en las sombrías alturas que había por encima de ellos y nieve de color azul pálido empezó a caer de la nube.

—¿Sabe alguien de qué está hablando?

Todos menearon la cabeza.

Lorman alzó uno de sus huesudos dedos, señalando con él hacia la nada natural tempestad de nieve.

—¡Eso! ¡Eso! —gritó—. ¡Acaba de empezar ahora mismo! Sentí como empezaban las emanaciones... ¡Se habían detenido durante algún tiempo y no nos enteramos de ello! ¡Nuestra magia habría funcionado durante ese período! ¡Podríamos haber salido de aquí!

Y empezó a mover las mandíbulas, haciendo rechinar los pocos dientes que le quedaban.

Una puerta de la salita contigua a la estancia principal se abrió lentamente para revelar el mundo sumido en el crepúsculo. Una gran cabeza cubierta por una rizada, cabellera negra se agachó por debajo de ella y un gigante musculoso entró en la habitación. Iba desnudo hasta la cintura y llevaba un breve faldellín azul y negro, ceñido con una enorme tira de cuero de la cual descendía una vaina gigantesca. Giró lentamente su cabeza y luego la levantó, sus fosas nasales estremeciéndose rápidamente. Sin hacer ni un solo ruido, sus pies calzados con mocasines, fue primero hacia el diván manchado de fango y luego hasta el otro extremo de la habitación. Sus ojos eran de un azul casi incandescente; su frondosa barba era tan rizada como el resto de su cabellera.

Fue hacia la puerta que había a su derecha y la empujó muy despacio hasta dejarla entreabierta. Luego asomó la cabeza y miró hacia el desierto salón. El árbol de cristal invertido que colgaba del techo estaba ardiendo con una luz que no era fuego. Los suelos relucían, produciendo la misma impresión resbaladiza que si fuera la superficie de un estanque. De algún lugar cercano llegaba un leve chasquido rítmico. Los muros de espejos fueron barajando infinitos en tanto que el gigante olisqueaba la estancada atmósfera y daba un paso hacia adelante. En la habitación no había nadie más.

Mientras avanzaba una nota solitaria resonó a su izquierda.

El gigante se movió con una gran velocidad para alguien de su tamaño, dándose la vuelta y alargando el paso, medio desenvainando la hoja de su funda.

La nota se repitió en algún lugar cercano a una caja, alta y estrecha, que se encontraba en posición vertical dentro de un nicho situado a la derecha de la puerta a través de la cual acababa de pasar. Cerca de su extremo superior la caja tenía un círculo en el cual se veían inscritos doce números; dos flechas atravesaban el círculo, apuntando en direcciones opuestas. Las notas siguieron produciéndose y cuando se acercó al objeto, estudiando lo que podía verse del mecanismo interior a través de un panel de vidrio cubierto de adornos, el gigante fue contando los tañidos y una sonrisa empezó a formarse en sus grandes labios. Hubo siete notas antes de que cesaran los ruidos y el gigante se dio cuenta de que ésta era la fuente del chasquido rítmico. Entonces vio que la aguja más pequeña señalaba hacia el séptimo número. Examinó las imágenes del sol y de la luna en todas sus fases que se encontraban grabadas y pintadas sobre el círculo. De repente comprendió su función y tuvo que ahogar una carcajada de placer ante su simplicidad y su elegancia. Deslizó silenciosamente su hoja de nuevo en el reposo de la vaina y se dio la vuelta.

La sala había cambiado, ¿o era sólo la iluminación? Ahora parecía más tenue, más amenazadora, y tuvo la sensación de que ojos invisibles vigilaban su avance sobre el

pulido suelo. El olor que había distinguido por primera vez en la salita contigua seguía mezclándose con otro olor que le resultaba muy inquietante.

La gran luz que había en lo alto chisporroteó emitiendo destellos cuando el gigante pasó bajo ella. Las sombras se movían velozmente a su alrededor y dentro de los espejos...

Los espejos. Pasó una gran mano velluda ante sus ojos. Por un breve segundo había parecido que el espejo situado a su derecha mostraba algo que no compartía la habitación con él..., un gran retazo de oscuridad, moldeado en una extraña silueta. Ahora ya no se lo veía pero mientras avanzaba mantuvo los ojos clavados en el lugar donde quizá había estado.

De los olores que seguía, el que no habría tenido que encontrarse ahí se estaba haciendo más fuerte...

Todo el castillo pareció estremecerse ligeramente a su alrededor...

De repente, empezó a sonar música en el interior de un extraño mueble que se hallaba al otro extremo de la habitación...

La negrura había vuelto, medio escondida tras una columna que no ocultaba nada a este lado del espejo...

Siguió avanzando decididamente, no haciendo caso de nada salvo de los olores.

(¿Acababa de moverse el tapiz que había en el rincón de la derecha, delante de él, muy levemente?)

La cosa negra se deslizó por detrás de la columna reflejada en el espejo y el gigante se detuvo, contemplándola.

Era una bestia enorme, parecida a un caballo y hecha de metal, inclinándose hacia adelante, sacudiendo la cabeza y mirándole. Casi parecía estar riéndose de él.

La miró y el asombro se mezcló con la incredulidad ante su aspecto, en tanto que la bestia daba la impresión de estar yendo en línea recta hacia él. Entonces giró bruscamente e imitó su avance por la habitación, deteniéndose incluso para inspeccionar las imágenes del reloj situado dentro de su nicho. Cuando estuvo cerca de él, la bestia se paró y dio la vuelta para devolverle su mirada.

De repente sus ojos brillaron con un parpadeo luminoso y un Millo de humo se alzó de su hocico.

La bestia bajó la cabeza y se inclinó nuevamente hacia adelante. De su boca brotó una oleada de llamas que se extendió por la habitación, llenando toda la pared de los espejos. El hombre levantó la cabeza y se apartó de ellos. Los espejos situados en la otra pared también contenían la misma conflagración. El resplandor se hizo muy intenso. Y, sin embargo, no había calor alguno, ningún sonido...

La bestia negra había desaparecido tras el muro de llamas pero el hombre tuvo la extraña sensación de que el cristal podía agrietarse en cualquier momento y la criatura metálica emergería de él, lanzándose al ataque.

Una asfixiante sensación de vieja magia le rodeaba por doquier. Era incapaz de saber si emanaba del ser que se encontraba en alguna parte del castillo o si era parte de la misma estructura de éste.

Apartando lentamente su mirada de la pared, empezó a moverse nuevamente hacia adelante. El tapiz volvía a oscilar. Ahora resultaba obvio que tras él había una cosa de gran tamaño. El hombre fue directamente hacia ahí.

Pero antes de que llegara hasta el tapiz éste fue apartado bruscamente y los ojos de un demonio, de dos colores distintos, se clavaron en él.

—Las llamas me hicieron pensar que estaba siendo enviado a casa —murmuró—. Pero aquí no hay más que un mortal... y ni tan siquiera es uno de esos a los que no puedo hacer daño.

Su larga lengua bífida emergió para lamer sus labios.

—¡Lacena! —concluyó.

El hombre se detuvo y sus manos fueron hacia su cinturón.

—Te equivocas, Melbriniononsadsazzersteldregandishfeltselior —dijo el hombre en el mismo lenguaje—. Y las llamas ya estaban apagadas en el día dentro del cual fuiste engendrado.

—¿Cómo es posible que conozcas mi nombre cuando yo no conozco el tuyo, pariente de los monos?

—Te equivocas —repitió el hombre —, pues serás enviado a casa. Y antes de que partas diré en un murmullo la respuesta a tu última pregunta y me conocerás.

Desabrochó su cinturón y lo dejó en el suelo, con la pesada hoja y su vaina.

La música se volvió frenética y las llamas continuaron su danza mientras que el demonio venía hacia él. El gigante avanzó para recibirle, una dura sonrisa en los labios.

—Presunción, tu verdadero nombre es humano —dijo el demonio al saltar sobre él.

—Te equivocas —respondió el hombre mientras evitaba los colmillos que se cerraron con un chasquido sobre el aire, desviando el golpe de las garras y sujetando al demonio.

Los dos estuvieron rápidamente anudados en un complejo muestrario de miembros, cayeron al suelo y empezaron a rodar por él. Dentro de las llamas parecieron abrirse muchos ojos para contemplarlos.

Holrun había colgado el espejo sobre una parte de pared desnuda que se encontraba entre un escritorio y la chimenea, tapando con él más de treinta interesantes símbolos y runas. Ahora estaba reclinado sobre un montón de cojines situados delante del espejo, chupando su pipa de agua en tanto que meditaba sobre cómo enfocar la situación, frenando el latido de su corazón, tensando y relajando distintos grupos de músculos. Pasado un tiempo, dejó a un lado su pipa, pensando todavía en lo que había sabido en la reunión del Consejo, celebrada por un grupo de personalidades desencarnadas que flotaban encima del Kannais, examinando el Castillo sin Tiempo. Jelerak empleaba un sistema de espejos para transportarse a sí mismo entre sus fortalezas. Para utilizar el sistema tal y como lo hacía él sería necesario tener acceso a uno de los espejos y conocer por completo el hechizo que lo gobernaba. El castillo se encontraba rodeado por una resistente aura oscura que lo protegía contra cualquier tipo de penetración psíquica. Se encontraba demasiado lejos para un acceso físico inmediato, y la tierra que lo circundaba podía reanudar su loca danza en cualquier momento. Holrun había grabado el aspecto y las sensaciones producidas por el lugar en su memoria. Cuando volvió a su cuerpo y a sus aposentos rebuscó en su voluminosa biblioteca, comprobando todas las referencias que se le pudieron ocurrir y que tuvieran relación con el tema de los espejos.

Ahora estaba liberando una vez más su espíritu para volver a ese sitio. Muy pronto, el Castillo sin Tiempo pestañeó bajo él, inmenso y siniestro. Su escudo psíquico seguía levantado pero había lugares más allá de ese lugar..., planos donde la realidad era reducida a una simple visión...

Holrun se trasladó a ese plano de pura energía y descubrió que también allí su camino estaba bloqueado. Luego fue a un sitio arquetípico de formas puras, del cual también se vio excluido. Con un esfuerzo considerablemente mayor del que hasta ahora había empleado, se trasladó al plano de las esencias...

Ah...

Toda la forma del castillo era sorprendente, una de las cosas más extrañas que jamás hubiera contemplado. Pero no perdió el tiempo haciendo el catálogo de sus maravillas. Habiendo concentrado ya su voluntad en localizar el espejo, éste se encontraba ahora claramente revelado a su inspección en lo que, en el mundo cotidiano, sería la torre del norte.

Se acercó cautelosamente a ella, buscando presencias que se salieran de lo normal en su vecindad.

Sólo había presente un hombre y desde este plano la esencia de otra mano suplementaria era visible. Así que ése era Baran. Bien, bien...

Vio el hechizo y se trasladó al plano de las estructuras, donde se encontraba más cómodo. El hechizo se convirtió en una serie de líneas de varios colores conectadas entre sí, todas latiendo al unísono; cuentas de energía pasando de forma aparentemente aleatoria de una conexión a otra.

Interesante. Había algo más que estaba estudiando el hechizo, desde más cerca, en el plano de la energía.

Holrun se retiró un poco y observó al observador. Si podía localizar el punto de donde había partido, se podría ahorrar un montón de tiempo y energía, por no mencionar los riesgos. No le gustaba esa cosa de un nebuloso brillo azul que se encontraba enroscada en un rincón. Tras una cuidadosa inspección le pareció que estaba tocando ese plano pero, con todo, que no se encontraba ligada a él...

La otra presencia que estudiaba el hechizo, examinada desde más cerca, parecía ser uno de esos vagos elementales cislunares que normalmente tenían un aspecto amorfo y llameante cuando eran atraídos al plano de Holrun. Aquí tenía el aspecto de un gancho que latía con un brillo rojizo y examinaba el lugar. El gancho recorrió varias veces la periferia del hechizo sin entrar en contacto con esa jaula de líneas. Sin embargo, cada vez que pasaba por una esquina que sobresalía agudamente del hechizo su velocidad parecía hacerse algo más lenta.

Cada una de las líneas que contemplaba representaba una sola unidad del hechizo, hablada o en gesto. Ese poder que lo llenaba, por supuesto, era algo introducido por el mismo Jelerak como acompañamiento al ritual, ya fuera sacado de su propio ser o de una fuente de sacrificios. El problema para Holrun era decidir la secuencia en la cual había sido creada la estructura en su propio plano: una tarea difícil, pues el principio no resultaba claramente visible, como lo sería en la obra de un neófito o incluso en la de un hechicero que buscara lo práctico y no tuviera gran pasión por el secreto. Se trataba de un trabajo tremendamente complicado y Holrun sintió una involuntaria admiración ante la eficiencia técnica de Jelerak.

El gancho pasó por encima de otro sitio, reduciendo su velocidad —un ángulo inferior del hechizo, como si repentinamente algo le hubiera atraído hasta ahí—, luego siguió avanzando y se detuvo una vez más en la misma esquina de antes. Holrun mantuvo su pantalla pasiva. Ahora podía escapar incluso si el hechizo era empleado delante de él. Sería más tarde cuando las cosas se volverían peligrosas. Era mejor permitir que el riesgo de tales preliminares fuera corrido por la criatura elemental.

El ser frenó su velocidad de nuevo en el ángulo, casi deteniéndose, y Holrun concentró toda su atención sobre ese lugar.

Sí. Cuando cesaba una de las pulsaciones estuvo seguro de haber detectado la línea de una conexión antinatural, delgada como una telaraña, en la cual podría ser introducida una microcuña de percepción. Sin embargo, la criatura elemental no pareció darse cuenta de ella y volvió a la esquina del ángulo, donde se detuvo.

Holrun observó, seguro de lo que ocurriría a continuación.

El gancho extendió su extremo más afilado haciendo contacto con ese punto y aplicando presiones psíquicas sobre él. El frío guardián azul saltó igual que un resorte bruscamente liberado hacia el ángulo adyacente. El gancho luchó por liberarse y luego se quedó inmóvil. Empezó a encogerse y unos instantes después se encontraba completamente absorbido.

El anillo azul se apartó y se quedó quieto, latiendo ahora con un resplandor más acusado. Tras unas cuantas pulsaciones más se unió a otro de los ángulos y el brillo adicional que había ganado fue absorbido por la misma estructura del hechizo. Después se alejó rodando sobre sí mismo y una vez más quedó sin movimiento, una nebulosa criatura de color azul.

Holrun se acercó. Ahora podría ver que la criatura elemental había estado bloqueando el hechizo al mismo tiempo que lo estudiaba. Rasgos que al principio había tomado como parte de la estructura empezaron a parpadear y esfumarse, cuñas situadas entre áreas abiertas que debían cerrarse cuando el hechizo fuera llamado a funcionar. Mientras observaba su desaparición, pensó en la persona que debía haber introducido a la criatura elemental en el cuadro del hechizo. Cuando se diera cuenta de que ésta se había esfumado, le haría falta cierto tiempo para lograr las condiciones a través de las cuales invocar otro, si es que deseaba continuar con el estudio y el bloqueo del hechizo inmediatamente, y un tiempo adicional para obligarle a cumplir con tal labor. Todo eso debería darle a Holrun el tiempo suficiente como para hacer lo que debía hacerse sin interrupciones.

A menos que, por supuesto, alguien empleara el hechizo mientras que él andaba haciéndolo, en cuyo caso sería destruido.

Se dirigió hacia el ángulo inferior. Lo único que faltaba por determinar era la dirección en la cual fluía el hechizo. Tenía dos opciones. La equivocada desharía el hechizo, desactivando totalmente el espejo a medida que Holrun hacía fluir el hechizo al revés.

Una línea era más delgada que la otra, indicando un tono agudo en la voz del hechicero cuando había modulado ese sonido. Normalmente un hechizo empezaba en una nota más grave que la utilizada al terminar, aunque éste no era siempre el caso. En realidad, cada línea podía representar también un gesto preliminar. Holrun se acercó y entró en contacto momentáneo con la línea más gruesa.

El aro azul se lanzó hacia él pero cuando consiguió llegar, Holrun ya se había retirado, llevándose un fragmento de información: ¡al ser tocada la línea emitía un eco! Por lo tanto, era una palabra, no un gesto.

Esperó y observó al aro azul hasta que éste se calmó. Ahora le costó un poco más de tiempo apaciguarse, pero acabó alejándose para explorar los ángulos más grandes.

Cuando hubiera entrado adecuadamente en el hechizo, por sus dos extremos, se encontraría a salvo de sus atenciones, las cuales debían ser suspendidas durante el funcionamiento de la estructura. Entonces el único peligro sería que se utilizara el hechizo mientras que él lo estaba siguiendo.

El anillo azul volvió a quedarse quieto y Holrun hizo sonar la línea más delgada, retirándose al instante.

La fría criatura azul actuó de forma bastante predecible y Holrun no hizo caso de ella mientras digería la información adicional que había ganado: se había producido otro eco; por lo tanto, el hechizo empezaba y terminaba con una palabra.

Seguía sin existir ninguna forma segura de saber qué brazo del ángulo representaba el principio y cuál el fin... a no ser por la presunción de la nota más grave. Se retiró y contempló nuevamente el hechizo como un todo, intentando lograr una impresión global de su estructura. Hurgó en su memoria buscando analogías, meditó un tiempo sobre ellas y acabó decidiendo que, en último extremo, debía confiar en una sensación totalmente subjetiva que había estado creciendo poco a poco dentro de él.

Se lanzó hacia adelante y penetró en la línea más delgada por el final. El ataque de la fría criatura azul se encontró más allá de sus percepciones, pues ya estaba moviéndose dentro del sistema del hechizo cuando ésta llegó.

Se dio cuenta de que había estado en lo correcto cuando oyó la primera palabra —una obertura bastante convencional—, resonando a su alrededor. Avanzó por el hechizo, recibiendo impresiones de cada gesto, viviendo en el interior de cada palabra, haciéndolas arder en su memoria hasta dejarlas grabadas. Cuando llegó al final saltó al abismo y empezó un segundo recorrido. Esta vez fue rápidamente buscando una impresión total, antes que intentando abarcar todos los detalles. Una vez más...

Se maravilló ante la astucia con la cual había sido concebido, sabiendo muy bien que algún día le resultaría necesario un equipo de transporte similar para él mismo. Éste no era el tipo de arte que se veía actualmente en los hechizos, desde luego... Una vez más.

Ahora lo atravesó con un ojo más crítico, buscando precisamente el punto de ataque correcto... ¡Aja!

La séptima palabra terminaba con una consonante dura y la octava empezaba con otra. Lo mismo ocurría en las palabras números veintitrés y veinticuatro. Holrun pasó nuevamente por ellas. La cesura que había en el par formado por la séptima y la octava era ligeramente más larga.

Se detuvo e insertó una «t» suave en el hueco al pasar por siguiente vez. Incluso si Jelerak comprobaba su propio hechizo, no sería detectable entre un par de consonantes. Después usó su propio elemento especial como urdimbre, creando un sencillo sistema de subhechizos que en todas sus líneas era paralelo a los elementos del hechizo ya existente, quedando superpuesto a él. Cuando hubo terminado recorrió una vez más el hechizo de la manera correcta, sin borrar nada. Pasó de nuevo por él, activó la «t» y cayó al interior de su propio sistema. Perfecto. El subhechizo usaba realmente el corazón del propio sistema de Jelerak, pero la conexión debería ser...

Hizo gotear un poco de energía de su propio ser a través del subsistema, activándolo, y le lanzó una burlona mueca mental a la fría criatura azul mientras que toda la estructura se desvanecía y Holrun se encontró dentro de su propio espejo, contemplando su cuerpo reclinado.

Abandonó el espejo, bajó su índice de vibración y abrió los ojos. Se estiró y sonrió. Lo había hecho, y no había dejado ninguna huella que pudiera delatarle.

Poniéndose en pie, se volvió a estirar y se dio un masaje en la frente y en las sienes, frotándose los ojos. Mientras cogía el cristal negro y lo disponía en su sitio de costumbre empezó a bostezar. Pero, haciendo acopio de fuerzas, enfocó su atención y pronunció el nombre de Meliash.

La imagen apareció en el cristal.

—Hola —dijo—. ¿Qué tal les va?

—¡Holrun! ¿Qué ha ocurrido? ¡Ha pasado tanto tiempo!

—He estado trabajando en este maldito asunto. Deja que te hable del espejo de Jelerak...

—¿Su espejo de transporte?

—El mismo. Acabo de colocar una puerta disimulada en el hechizo que hay en el espejo del castillo.

—¿Una puerta disimulada?

—Correcto. Si ese maldito elemental no se mete de por medio, funcionará justo como él quiere que funcione, tan a menudo como desee y sin que jamás llegue a enterarse de que ahora tengo acceso al hechizo, al espejo y al castillo a voluntad.

—Nunca he oído hablar de algo parecido.

—Es una técnica muy sutil que yo mismo he desarrollado.

—¿Qué vas a hacer con eso? Holrun bostezó.

—Lo sabré cuando me despierte. Ahora mismo tengo que meterme en la cama y dormir un poco. Estoy muerto.

—Pero esto debe significar que persuadiste al Consejo para hacer algo.

—¡Vamos, Meliash! A estas alturas ya deberías estar un poco más enterado de cómo funcionan estas cosas. Todo lo que pude sacarles —y, en realidad, lo conseguí por accidente—, fue el conocimiento de que los espejos existían. No tocarían a Jelerak ni llevando un guantelete de halconero.

—Entonces, ¿quién te autorizó para instalar esa puerta disimulada en el hechizo?

—Nadie. Lo hice por cuenta propia.

—¿No te meterás en problemas si lo descubren?

—No en tanto que ciudadano particular. Dimití del Consejo como protesta al final de la reunión.

—Yo... lo siento.

—Oh, no era la primera vez. Mira, tengo que descansar un poco antes de hacer nada más. Adiós.

Apagó el cristal, lo guardó en su cofrecillo y fue hacia la puerta. Antes de salir chasqueó los dedos y no miró hacia atrás.

Al principio Semirama no hizo caso de los golpes dados en su puerta. Pero cuando éstos se repitieron y Lisha siguió sin aparecer para responder a ellos, se levantó de su montículo de pieles y almohadones y atravesó la estancia.

—¿Sí?

Como no vio a nadie cuando abrió unos centímetros la puerta, la abrió del todo.

El pasillo estaba vacío.

Cerró la puerta y volvió a su nido de incienso y blandura, vino añejo y recuerdos. El aire pareció centellear por un instante, y tapices y cortinas revolotearon igual que si una brisa estuviera soplando por la habitación cerrada.

—Semirama, Reina, mi Señora... Estoy aquí.

Semirama miró a su alrededor y no vio a nadie.

—Aquí.

Un hombre de cabello oscuro vestido con una túnica amarilla y pantalones de piel se encontraba a su derecha, al pie de la cama, con la cabeza inclinada. Un instante después alzó la cabeza y sonrió.

—¿Quién..., quién eres? —dijo ella.

—Tu sirviente... Jelerak. Necesitaba un disfraz para llegar a este sitio. Me divierte conservarlo. Espero que cuente con tu aprobación.

—Ciertamente —dijo ella, devolviéndole su sonrisa con rapidez—. ¿Cuándo llegaste?

—Hace tal sólo unos momentos —replicó él—. Vine aquí directamente para presentar mis respetos y averiguar la naturaleza de la dificultad existente con nuestro Viejo.

—Por el momento, la dificultad es que está completamente loco —dijo ella.

—Ah. ¿Y durante cuánto tiempo ha existido tal condición de locura? —inquirió él, estudiándola atentamente.

—Durante una media hora. La había previsto y me habló de ella. Me encontraba a su lado cuando empezó.

—Entiendo. Sin embargo, la tierra que nos rodea se ha visto perturbada por sus emanaciones durante un período bastante largo. ¿Cómo pueden reconciliarse las dos cosas?

—Oh. —Semirama alzó su copa y tomó un sorbo de ella, señalando con la cabeza hacia el armarito—. Por favor, sírvete algo de beber, si es que lo deseas.

—Gracias. Rara vez me permito ese placer.

Semirama asintió, pues era algo que ya sabía.

—Lo hizo siguiendo mis instrucciones.

—Eso explica las pautas. Creí distinguir en todo esto una mente humana. ¿Te importaría explicarme el porqué?

—Para mantener alejados a los aventureros que habían estado intentando entrar aquí durante tu ausencia. Estaban logrando convertirse en una molestia.

—También ha obrado en mi contra.

—Pero tenías el espejo.

—El espejo no estaba funcionando.

—Empecé a sospecharlo tan sólo esta tarde, por algo que había dicho Baran, e hice que Tualua lo dejara libre antes de su acceso de locura. ¿No es así como llegaste aquí? Jelerak meneó la cabeza y volvió a sonreír.

—Tuve que hacerlo siguiendo el camino más difícil. ¿Estás sugiriendo que Baran anda metido en algo que va contra mis intereses?

—No estoy segura. También es posible que haya estado intentando arreglarlo para que te fuera posible usar el espejo, trabajando para eliminar alguna interferencia.

—Ya lo veremos. ¿Significa el problema de Tualua lo que creo?

—Su naturaleza oscura está surgiendo a la superficie y está luchando contra ella.

—Hum. Mala suerte, ya que eso hará más difícil tratar con él. Demasiado egoísmo acompañará a otros sentimientos que, por lo demás, son muy elogiados... Lo primero que debería hacer es ocuparme de restaurar su cordura para que así pueda ayudar a que me recupere de ciertas debilidades.

—¿Puedes ayudarlo en algo que no sea... un alivio temporal?

—Ay, mi señora, no. Pues, ¿quién puede triunfar sobre su propia naturaleza oscura? No sabrás dónde puedo encontrar rápidamente a una virgen, ¿verdad?

—No... Quizá una de las sirvientas más jóvenes... ¿Para qué necesitas una?

—Oh, hará falta un tedioso sacrificio humano para dejar en buenas condiciones a nuestro Viejo. No sería necesario si yo me encontrara en mejor forma, pero así están las cosas en estos momentos. No os preocupéis, tengo un hechizo localizador de vírgenes que puedo usar. De hecho, será mejor que me ponga a ello ahora mismo... Así pues, aceptad mi despedida, señora.

—Adiós, Jelerak.

—Puede que os pida luego vuestros servicios, como intérprete.

—Aquí es taré.

—Excelente.

Fue hacia la puerta y la abrió, se volvió hacia ella con una sonrisa y, tras un gesto con la cabeza, salió de la habitación.

Semirama jugueteó con su copa, preguntándose si el espejo estaba abierto ahora y hasta qué distancia llevaría a una persona, o a dos.

Dilvish miró a los demás y cuando los gemidos de Lorman se hubieron calmado, preguntó:

—¿Alguno de vosotros sabe dónde podría echarle mano a un arma una vez salga de aquí?

Hubo unas cuantas risitas, pero Hodgson meneó la cabeza.

—No, no tengo ni idea de dónde se encuentra la armería —dijo.

—Tendrás que ir mirando, eso es todo —afirmó Derkon—. Buena suerte. Por cierto, ¿puedo interrogarte en cuanto a tus medios para salir de aquí?

Dilvish se llevó una mano a la boca y luego la apartó de ella. Su mano fue hacia uno de los grilletes. Se oyó un sonido chirriante seguido de un chasquido.

—¡Una llave! —gritó Galt—. ¡Tiene una llave!

—¡Y todo el castillo se enterará si no bajas la voz! —dijo Hodgson—. ¿Dónde la has conseguido, Dilvish?

—Un regalo de la dama —contestó él, abriendo un segundo grillete y quitándose las cadenas de una sacudida—, algo que, en muchos modos, hizo que éste fuera el beso más memorable que jamás he recibido.

—¿Crees que podría encajar en las cerraduras de otros grilletes aparte de los tuyos? —preguntó Derkon.

—Es difícil decirlo —contestó Dilvish, inclinado hacia adelante, quitándose los grilletes de las piernas.

Se irguió y apartó las cadenas de una patada.

—Ten, inténtalo.

Derkon cogió la llave de un manotazo y la metió en la cerradura de uno de sus grilletes.

—¡No, maldita sea! Quizá éste...

—¡Dámela, Derkon! ¡Quizá entre en los míos!

—¡Traedla aquí!

—¡Dejadme probar!

Derkon la probó en todas sus cerraduras en tanto que Dilvish se daba masajes en las muñecas y los tobillos, limpiándose un poco las ropas después. Finalmente, Derkon lanzó un gruñido y le pasó la llave a Hodgson.

—Había bastantes llaves colgadas ahí fuera —observó Dilvish en tanto que Hodgson le daba vueltas a la llave dentro de una cerradura que se negaba a obedecer.

Se dio la vuelta y fue hacia el umbral.

—¡Espera! ¡Espera!

—¡No te vayas!

—¡Cógelas!

—¡Cógelas!

Salió de la celda. Detrás de él los gritos de los prisioneros se convirtieron en maldiciones.

Un torbellino de color amarillo claro se materializó en el centro de la habitación y toda una variedad de aromas exóticos llenó el lugar. Gran cantidad de ranas aparecieron en el aire y cayeron al suelo cubierto de paja, sobre el cual empezaron a moverse dando saltos. El torbellino avanzó a través de la habitación y se detuvo ante el umbral.

Unos instantes después una silueta asomó tras él para arrojar un aro de llaves que pasó por entre el torbellino y aterrizó en la hornacina que había entre Vane y Galt. A esto siguió un breve silencio, sucedido luego por un coro de agudos susurros. La silueta se retiró. El torbellino se volvió verde. Las ranas empezaron a croar.

Dilvish quitó una antorcha de un aro de la pared y se dispuso a seguir nuevamente el camino a lo largo del cual había sido llevado. No hizo caso de las encrucijadas, por el interior de cuyos pasillos más alejados podían oírse interesantes correteos, ni tan siquiera cuando al final de uno de éstos algo pronunció su nombre con una voz grave y retumbante. Finalmente, acabó llegando al que le pareció ser el desvío adecuado y giró hacia la izquierda, con su antorcha parpadeando por entre muros goteantes, con algo pesado y que parecía hecho de cuero colgando en bolsas del techo y latiendo ligeramente, igual que si respirara. Giró nuevamente en el siguiente pasillo que se desviaba hacia la derecha. De repente se detuvo en otra encrucijada, girándose lentamente para encarar por turno cada una de las direcciones. ¿Se encontraba antes aquí esta encrucijada?

Todo había parecido correcto hasta ahora, pero cuando habían bajado la escalera se había encontrado medio inconsciente, así como durante un breve período de tiempo después de eso...

Se llevó el índice izquierdo a la boca, lo humedeció y sostuvo la antorcha detrás de él hasta la máxima distancia que permitía su brazo.

Cuando alzó el dedo notó el frescor producido por el movimiento del aire yendo de izquierda a derecha. Levantó la antorcha y fue en esa dirección.

Veinte pasos y tuvo que escoger entre el pasillo de la derecha y el de la izquierda. El de la izquierda parecía vagamente familiar, así que tomó por él.

No tardó en hallarse al pie de una escalera. Sí. Ése era el camino.

Avanzó.

A medida que subía lentamente por entre la penumbra, un umbral iluminado apareció en lo alto. A su izquierda había una pared, a su derecha nada.

Antes de llegar a lo alto apagó la antorcha en la pared y la dejó caer, pues la habitación situada más allá del umbral se encontraba brillantemente iluminada. Oyó un leve sonido musical que procedía del otro lado de la esquina, a su derecha.

Avanzó lentamente y echó un vistazo. No había nadie, pero...

Había algo, formando un confuso montón cerca del tapiz hecho pedazos, y las baldosas que lo rodeaban estaban cubiertas de una oscura y reluciente capa de líquido.

Dilvish examinó las partes visibles de la pared, buscando cualquier tipo de arma que pudiera estar colgada de ellas.

Nada. Casi todo eran espejos reflejando el salón, y luego, dentro de cada espejo, reflejando los distintos reflejos del salón.

La cosa del suelo no se movía. La zona de líquido que la rodeaba parecía ahora un poco más grande.

Dilvish avanzó sin hacer ni un solo ruido, acercándose a la masa oscura. Cuando le faltaba poco para llegar a ella se quedó inmóvil. Era un demonio, el mismo que había venido en su busca a la fangosa prisión del estanque, con su cuerpo aplastado igual que si fuera una fruta, retorcido y hecho pedazos.

Dilvish no se acercó más. Lo único que hizo fue quedarse inmóvil, contemplando al demonio y preguntándose qué habría ocurrido. Luego retrocedió. El olor de sus fluidos había llegado a sus fosas nasales. Miró por encima de su hombro y luego hacia el otro extremo del salón. Al final de éste había una ancha entrada situada a la izquierda, un pequeño portal a la derecha y un enorme par de puertas dobles a cada extremo. Una sensación de incomodidad empezó a hervir dentro de él. No tenía ni el más mínimo deseo de cruzar el salón.

Ante él, más allá de los infernales despojos, en la parte izquierda del tapiz, había una concavidad del muro que contenía una puerta parcialmente abierta. Dando un rodeo tan amplio como le fue posible para no acercarse a la destrozada criatura, Dilvish fue en esa dirección.

Al otro lado de la puerta reinaban el silencio y la penumbra. Dilvish la abrió lo suficiente como para cruzar el umbral y luego dejó que girara lentamente hasta volver a su posición anterior. Los dos movimientos de la puerta fueron acompañados por un leve crujido.

Dilvish avanzó por un angosto pasillo y velos de neblina violeta pasaron flotando junto a él, acompañados por ruidos que recordaban a campanas de cristal tañidas por el viento y los olores de un campo de hierba recién segada. Dejó atrás una despensa, una cocina, un pequeño dormitorio y una recámara octogonal donde ardía una llama color azul que flotaba, sin ningún tipo de soporte, sobre una losa de piedra rosada que tenía la silueta de una estrella. Todas esas habitaciones estaban desiertas.

Finalmente el pasillo daba a otro más amplio que torcía primero hacia la derecha y luego hacia la izquierda. De algún punto situado a su izquierda le llegaron voces y Dilvish se detuvo para escuchar. Las palabras resultaban incomprensibles y el sonido era lo suficientemente ahogado como para que se arriesgara a mirar más allá de la esquina.

No había nadie a la vista. Los sonidos parecían venir de alguna de las varias puertas abiertas que se encontraban en ese lado del pasillo.

Fue en esa dirección, manteniéndose cerca de la pared y buscando algún objeto o algún nicho en el que pudiera esconderse en el caso de que alguien saliera de dicha habitación. Pero no encontró nada aunque ahora las palabras ya se estaban haciendo bastante claras y Dilvish sacó la impresión por lo oído de que se encontraba en las habitaciones de la servidumbre.

Sin embargo, pasaron varios minutos más antes de que oyera algo interesante.

—... y yo digo que ha vuelto —afirmó una hosca voz masculina.

—¿Sólo porque el jaleo se ha detenido por un tiempo? —respondió una mujer.

—Exactamente. Era para permitirle pasar a través de él.

—Entonces, ¿por qué no le ha visto nadie?

—¿Por qué debería dejarse ver por gente como nosotros? Lo más probable es que se encuentre arriba con Baran o con la reina, o con los dos a la vez.

Aunque estuvo escuchando durante bastantes minutos, no oyó nada más que tuviera valor. Con todo, esa referencia indicaba obviamente a Jelerak y «arriba» tenía que indicar uno de los pisos superiores. Dilvish se alejó cautelosamente de la habitación, dio la vuelta y partió en dirección contraria a la que había seguido.

Tuvo que pasar un cuarto de hora vagabundeando por el lugar antes de encontrar una escalera. Luego esperó bajo ella durante un largo rato, escuchando, antes de poner pie en el primer peldaño y subir corriendo por ella.

La estancia del piso superior era ancha, como un gran vestíbulo, no un simple pasillo: el suelo estaba cubierto de alfombras y de las paredes colgaban suntuosos tapices. Dilvish avanzó por ella buscando un arma o una voz. Llegó hasta una ventana. Se detuvo.

En el exterior de la ventana flotaban nieblas amarillas que se movían sin cesar, revelando y ocultando un turbulento paisaje iluminado por la luna y por esporádicos chorros de llamas sobre el que relucían siluetas azules y blancas en forma de diamante que se movían velozmente, subiendo y bajando igual que pájaros sin alas y sin rasgos que cabalgaran las corrientes aéreas. En el espacio de tiempo que se necesitaba para pestañear unas cuantas veces crecían del suelo grandes promontorios oscuros; en ese mismo tiempo otros promontorios se derrumbaban con idéntica rapidez. De vez en cuando destellaban los relámpagos, seguidos por un prolongado trueno. Lo cierto es que el lugar tenía un aspecto todavía peor del que había tenido durante su paso a través de él. Pensó en Black, Arlata y Weleand, el hechicero, preguntándose qué habría sido de ellos. Sólo el maldito conjurador parecía haber sobrevivido de los tres.

Se apartó de la ventana con su imagen de un mundo estremecido e iluminado por los chispazos y siguió avanzando por la habitación, llegando finalmente a otra gran escalera cubierta de alfombras que venía del piso inferior, se curvaba sobre sí misma y continuaba ascendiendo. En la pared que había encima del rellano colgaban dos grandes alabardas. Dilvish fue hacia ellas, cogió con las dos manos el asta de la más cercana, la levantó, meneó la cabeza y volvió a colocar cuidadosamente el arma sobre los ganchos que la sostenían. Demasiado peso. Quedaría agotado llevando de un lado a otro ese enorme objeto.

Se puso de nuevo en movimiento y un viento cálido sopló sobre él y las paredes parecieron temblar. Por la esquina que tenía delante apareció un torrente de agua y un muro líquido se lanzó sobre él. Dilvish giró sobre sí mismo para huir pero el torrente se desvaneció antes de alcanzarle. Cuando llegó al final de la estancia las paredes y el suelo estaban secos y del líquido sólo quedaban unos cuantos peces que se agitaban desesperadamente.

Pero cuando dobló la última esquina vio unos cuantos charcos de agua. Un brazo fantasmal surgió de uno de ellos, sosteniendo una espada. Dilvish dio un paso hacia adelante y se la quitó. El brazo se desvaneció y una fracción de segundo después la espada empezó a derretirse. Estaba hecha de hielo. Dilvish volvió a dejarla caer en el charco de agua y siguió avanzando.

A lo largo del pasillo había varias puertas, algunas parcialmente abiertas, otras cerradas. Se detuvo y pegó el oído a cada una de ellas, sin percibir nada, y asomó la cabeza por las que se encontraban abiertas. Luego volvió a la primera de las puertas cerradas e intentó abrirla. Estaba cerrada con llave, así como la segunda y la tercera.

Fue hasta el final del pasillo, donde una escalera nacía en ángulo oblicuo subiendo hacia la izquierda. Trepó rápidamente por los peldaños. Aquí el techo era más bajo pero la alfombra del suelo y las colgaduras de la pared resultaban más suntuosas. Un angosto ventanal le permitió contemplar una parte del mismo castillo. Daba la impresión de que siluetas fantasmales se movían por la zona superior de éste. En el pasillo no había ninguna puerta y Dilvish lo cruzó rápidamente, subiendo por otra escalera que llevaba también hacia la izquierda y desembocaba en un vestíbulo de techo muy alto, mejor iluminado y todavía más suntuosamente decorado que cualquiera de los que había visto o atravesado hasta el momento.

La primera puerta a su derecha estaba cerrada pero la segunda no. Dilvish vaciló al sentir que ésta cedía una fracción de centímetro ante su presión, dominado por la instintiva certeza de que la habitación situada al otro lado se encontraba ocupada.

Dilvish comprobó su estado de ánimo y descubrió que su decisión seguía igual de firme que antes. Si Jelerak estaba dentro y todo lo demás fallaba, seguía decidido a emplear el último recurso que poseía como arma, las Sentencias Horrendas que destruirían el castillo y cuanto en él se encontraba — Dilvish incluido—, con los fuegos que no podían ser extinguidos, hasta que todos los objetos situados en el radio de alcance del hechizo hubieran sido reducidos a polvo y cenizas.

Abrió la puerta de un empujón y entró en la estancia.

—¡Selar! ¡Has venido! —exclamó Semirama, y un instante después estaba en sus brazos.

8

El hombretón del cabello y la barba rizadas, con una herida aún sangrante que le cruzaba el hombro izquierdo para descender por su pecho y costado, avanzaba por los túneles que se encontraban bajo el Castillo sin Tiempo, su gran espada en la mano. Luchando en la oscuridad había liquidado ya a una monstruosidad que parecía hecha de cuero, y a la cual no pudo identificar, que se dejó caer silenciosamente sobre él desde lo alto en uno de los pasadizos que se hallaban más atrás. Ahora seguía avanzando en la oscuridad, las pupilas de sus ojos dilatadas de una forma anormal. Sus maldiciones se parecían extrañamente a las de Melbriniononsadsazzersteldregandishfeltselior, con quien se había encontrado en la sala de arriba, encuentro que había tenido un resultado no tan silencioso pero idéntico al de los subterráneos. Maldecía porque había estado siguiendo sin problemas un olor que llevaba a estos túneles hasta haber llegado al lugar en el que las hordas de criaturas parecidas a cerdos habían confundido irremediablemente todos los olores con su paso. Ahora estaba perdido y lo único que podía hacer era vagar sin rumbo hasta que encontrara nuevamente la pista.

Lo más irritante, sin embargo, era que estaba seguro de haber visto al hombre que buscaba no hacía mucho tiempo, pasando a la carrera por una de las encrucijadas. Incluso había llegado a pronunciar su nombre pero no había obtenido respuesta alguna. Cuando hubo conseguido avanzar hasta ese punto el hombre ya no era visible y aunque había seguido su pista sin problemas durante un tiempo después de eso, había acabado encontrando el maldito olor a cerdo, que se había mezclado con el del hombre y había terminado ahogándolo.

Llegó a una encrucijada, giró a la izquierda y cuando llegó a la siguiente volvió a girar. Realmente, el escoger hacia dónde iba no parecía ser demasiado importante. Lo único realmente importante era seguir moviéndose. Más tarde o más temprano... ¡Voces!

Se dio la vuelta. No. Se encontraban un poco por delante de él, no detrás.

Avanzó rápidamente y las voces se hicieron más fuertes. Divisó otra encrucijada de los túneles ante él y corrió hasta situarse en su centro. Entonces, volviéndose lentamente, acabó quedando de cara al que empezaba a su derecha. Sí.

Una curva en el túnel, formando una esquina. En algún punto situado más allá de esa esquina había gente moviéndose y hablando. Fue en esa dirección, sin darse demasiada prisa. En el trecho de túnel que tenía delante ya se notaba un poco de luz. Cuando doblaba la esquina vio a los hombres. Iban de derecha a izquierda por otra encrucijada, con el hombre que iba en cabeza sosteniendo en alto una antorcha. Le pareció que su número llegaba a la media docena, incluyendo a un viejo. No pudo distinguir sus palabras, pero daban la impresión de estar contentos. Iban cubiertos de harapos y cuando estuvo más cerca de ellos se dio cuenta de que sus olores eran muy potentes, como si hubieran permanecido durante largo tiempo en un lugar carente de todo tipo de instalación sanitaria.

Se quedó inmóvil en la oscuridad y los vio pasar. Antes de que hubiera transcurrido mucho tiempo, fue hacia el túnel por el cual habían desaparecido. Luego se dio la vuelta y partió en la dirección en que habían llegado.

Muy pronto se halló en una gran habitación donde una antorcha solitaria ya bastante consumida ardía colgando de un aro de la pared. A su izquierda había un estante con grilletes y cadenas. Unos cuantos instrumentos de tortura yacían cubiertos de polvo en los rincones de la habitación.

El rastro llevaba a través de la habitación y salía por el umbral. Aquí, mezclado con él, se encontraba también el olor que buscaba. A decir verdad, ya llevaba notándolo algún tiempo desde que se había vuelto en esta dirección. Pero aquí era más fuerte, y una vez cruzado el umbral...

Se detuvo a unos centímetros de éste, mirando hacia dentro. La habitación se encontraba vacía. La antorcha seguía ardiendo. Cadenas vacías colgaban de anillos clavados en la pared. Por el suelo habían arrojado un montón de grilletes.

Empezó a moverse hacia adelante y volvió a detenerse.

Ese suelo...

Extendiendo su espada, apartó un poco de la paja que lo cubría. Bajo ella había algo dibujado encima del suelo. Algo que resultaba vagamente familiar...

Sintió como el aliento se le quedaba bruscamente detenido en la garganta y se apartó como si acabara de recibir una sacudida. Su frente se cubrió de sudor y murmuró una imprecación.

Apartó rápidamente su espada del suelo y la envainó.

Luego se dio la vuelta y siguió de nuevo el camino que había hecho antes por el pasillo, no teniendo ninguna dificultad en rastrear el potente olor a hombre que habían dejado los demás a su paso. Dudaba de que ni tan siquiera las criaturas porcinas fueran capaces de borrarlo por completo.

Jelerak se encontraba inmóvil ante el pequeño cuenco de estaño colocado encima del trípode. Diecisiete ingredientes, todos ellos desagradables en mayor o menor grado, ardían en su interior, y acres hilillos de humo se alzaban delante de él, enroscándose a su alrededor en una confusión de aromas no del todo repugnante. Pronunció las palabras y empezó a repetirlas siguiendo un ritmo más rápido. Dentro del cuenco se producían pequeños chasquidos y, de vez en cuando, una chispa brotaba de su interior.

Había sido creada una conexión, y una sutil presión psíquica empezaba a formarse dentro de él y de la persona sujeto de sus atenciones.

Cuando llegó nuevamente al final de su cántico empezó otra vez, ahora subiendo todavía más la voz y con un ritmo todavía más acelerado. Ahora el chisporroteo y los crujidos de la mezcla colocada en el cuenco eran continuos. Esta vez, cuando llegaba al final, abrió los brazos y se quedó inmóvil, el cuerpo rígido, pronunciando secamente las últimas palabras con una voz que casi era un grito.

El humo se arremolinó durante un segundo y la sustancia que había dentro del cuenco, que había cobrado ahora un fuerte brillo color cereza, ardió con mayor fuerza y emitió una pulsación luminosa que se levantó por el aire hasta quedar suspendida encima del cuenco, adoptando la forma de una letra escarlata, el comienzo rúnico de la palabra «virgen».

Cuando se hubo estabilizado, Jelerak pronunció una breve orden y el signo brillante se apartó lentamente de él. Los brazos de Jelerak cayeron a los costados y la tensión abandonó su cuerpo. Colocó una tapa encima del cuenco y avanzó para seguir a su creación a través de una arcada y por un pasillo.

El signo flotaba a la altura de sus ojos, como un rayo brillante perdido en alguna brisa vagabunda, una vela teñida de rosa por el sol navegando sobre un mar oscuro, y Jelerak fue tras él, sonriendo con la comisura izquierda de su boca.

El signo fue avanzando por entre los laberínticos corredores yendo más o menos hacia el sur, bajando por la primera escalera apenas llegaron a ella. Jelerak trotó por los peldaños, ahora con las manos en los bolsillos, siguiendo al signo hasta llegar al primer piso del castillo. El signo giró hacia la izquierda sin vacilar y lo mismo hizo Jelerak.

Lo siguió hasta dejar atrás los enclaves de luz donde ardían los velones, su sombra creciendo y encogiéndose, doblándose y retorciéndose, yendo desde el tamaño de un gigante hasta el de un enano dotado de cuernos. Cuando pasó ante la bañera que contenía el arbusto convulso bostezó delicadamente: era un hechicero rival al que había transformado hacía mucho tiempo, afligiéndole luego con una plaga de áfidos. Al pasar le arrancó una hoja. En el tallo se formó una gota de sangre.

Un murciélago pasó aleteando junto a él, inclinándose levemente para saludarle. Las arañas bailaban sobre la cornisa y las ratas corrían a su lado para hacerle compañía.

Finalmente la letra cruzó una arcada y entró en la gran sala, donde su resplandor fue capturado en forma de reflejos hasta que Jelerak entró en ella y todos los espejos se volvieron negros.

Le llevó a través de la sala, deteniéndose al fin para flotar ante la gran puerta principal. En la frente de Jelerak se formó una arruga y se detuvo por un instante junto al signo. Luego pronunció una palabra de guía, la letra se deslizó a la derecha y flotó por el aire cruzando el umbral que llevaba a la habitación contigua. Cuando la siguió, el tictac del gran reloj resonó fuertemente a su alrededor.

El signo cruzó la habitación repleta de sombras y se detuvo ante la pequeña puerta que había en la pared delantera.

Jelerak abrió la puerta, con el entrecejo aún fruncido, y miró hacia el exterior mientras la letra cruzaba el umbral. La zona cercana al castillo seguía estable aunque en cierto punto situado más abajo la tierra se levantaba y se retorció, se producían secas explosiones y fuegos de colores apagados derivaban por entre nieblas sulfurosas. La luna se encontraba ya bastante alta y llevaba una máscara color topacio. Las estrenas, dispersas, parecían disminuidas y más lejanas...

Jelerak siguió el signo fuera del castillo, el suelo temblando ligeramente bajo sus pies. Ahora se dirigía a lo que parecía un sendero que iba hacia abajo, pasando por entre las rocas, hasta el lugar ocupado antes por un estanque, lugar donde ahora se alzaba una pequeña montaña. Un viento frío agitó su capa alrededor del cuerpo de Jelerak mientras que éste se apresuraba con ágiles zancadas a bajar por la avenida de peñascos.

Cuando había descendido parte de la pendiente, la letra subió un poco hacia la derecha, atravesando una estribación irregular que formaba un ángulo bastante agudo. Jelerak vaciló apenas un segundo y empezó a trepar detrás de ella.

La letra siguió flotando hacia el sur, manteniéndose cerca de la estribación. Después, bruscamente, se desvaneció.

Jelerak aumentó su velocidad, desplazándose rápidamente hasta que pudo verla de nuevo. Había dado la vuelta a un peñasco y ahora colgaba en el aire ante una hendidura abierta por entre las rocas. De la abertura emergía una débil luz.

Al acercarse le fue siendo posible ver más y más gracias al resplandor del signo; hasta que cuando por fin se encontró delante de él una oleada de pálida luminosidad llegó a sus ojos. La runa brillante se movía de un lado a otro como si no deseara entrar allí. Pero Jelerak pronunció otra palabra y la runa entró en el orificio.

Jelerak la siguió y la runa volvió a desvanecerse al doblar un recodo que llevaba hacia la izquierda. Después de haber doblado el recodo, Jelerak se detuvo y contempló la escena.

El camino que había ante él se encontraba completamente obstruido por una pared de llamas: eran de color rojo oscuro, casi aceitosas, trenzándose y destrenzándose sobre sí mismas, silenciosas, sin alimentarse de nada visible, con un débil olor de azufre

rodeándolas. La runa se había detenido una vez más a unos cuantos pasos de las llamas, colgando inmóvil ante ellas.

Jelerak avanzó muy lentamente, con las manos levantadas mostrando las palmas. Cuando se hallaba a unos treinta centímetros de las cortinas de fuego se detuvo y empezó a moverlas en pequeños círculos, hacia arriba y hacia abajo, así como hacia los lados.

—Esto no es cosa del Viejo, cachorro mío —le dijo al signo—. No es una emanación, sino un auténtico hechizo y de un tipo altamente peculiar. Sin embargo... Todo tiene sus debilidades, ¿no? —acabó diciendo, curvando bruscamente sus dedos y lanzando sus manos hacia adelante.

Sin perder ni un segundo, movió las manos hacia los lados y las llamas quedaron hendidas igual que una cortina al abrirse. Después, Jelerak movió su mano en una lenta rotación de la muñeca, haciendo chasquear los dedos, y repitió el gesto con la otra mano.

Las llamas quedaron en la posición de antes. La letra pasó rápidamente a su lado.

Dando un paso hacia adelante, Jelerak contempló las dormidas figuras del caballo blanco y la muchacha de cabello rubio que había rescatado de su prisión como estatua cristalina para Dilvish. La letra se había pegado a su frente y ahora estaba empezando a desvanecerse.

Jelerak se arrodilló, acercando su rostro al de ella para examinarla más atentamente. Luego alzó su mano y la abofeteó.

Los ojos de la joven se abrieron al instante.

—¿Qué...? ¿Quién...?

Entonces sus ojos se encontraron con los de Jelerak y se quedó callada.

—Responde a mis preguntas —dijo él—. La última vez que te vi estabas entre unas torres relucientes con un hombre llamado Dilvish. ¿Cómo llegaste aquí?

—¿Dónde estoy? —preguntó ella.

—En una cueva, en la pendiente que se encuentra cerca del castillo. El camino estaba bloqueado por un hechizo de protección muy interesante. ¿Quién lo creó?

—No lo sé —dijo ella—, y no tengo ni idea de cómo he llegado hasta aquí.

Jelerak examinó aún más atentamente los ojos de la joven.

—¿Qué es lo último que recuerdas antes de despertar?

—Estábamos hundiéndonos... en el barro..., junto a la orilla del estanque.

—¿«Estábamos»? ¿Quién más se encontraba ahí?

—Mi caballo... Pájaro de Tormenta —dijo ella, alargando la mano y acariciando el cuello del dormido animal.

—¿Qué fue de Dilvish?

—Cruzó el estanque y se quedó atascado con nosotros —dijo ella—. Pero vino un demonio, lo liberó de allí y se lo llevó a la cima de la colina.

—¿Y ésa fue la última vez que le viste?

—Sí.

—¿Podrías decirme si lo llevó al interior del castillo?

Ella meneó la cabeza.

—No pude verlo.

—Entonces, ¿qué ocurrió?

—No lo sé. Me desperté aquí. Hace un momento.

—Esto se vuelve aburrido —dijo Jelerak, poniéndose en pie—. Levántate y ven conmigo.

—¿Quién eres?

Jelerak se rió.

—Alguien que necesita un servicio especial de ti. ¡Por aquí!

Señaló hacia atrás, indicando el camino por el cual había venido. La muchacha apretó los labios y se puso en pie.

—No —dijo—. No voy a ir contigo a menos que sepa quién eres y lo que quieres de mí.

—Me aburres —dijo él, y alzó la mano.

Casi simultáneamente, ella alzó su mano en un gesto que se parecía mucho al de Jelerak.

—¡Ah! Algo sabes del Arte...

—Creo que me encontrarás tan bien equipada en ese aspecto como puede estarlo la mayoría.

—¡Duerme! —dijo él de repente, y los ojos de la muchacha se cerraron. Su cuerpo osciló de un lado a otro—. Ahora, abre los ojos y haz exactamente lo que yo diga: sígueme. Y que se vaya al infierno la democracia —añadió al darse la vuelta, con la muchacha siguiéndole.

La llevó hasta el exterior de la cueva, hacia la noche, y luego por el empinado sendero que ascendía hasta el castillo, iluminado por el resplandor de la tierra cambiante.

Seguían a Lorman y Lorman seguía las emanaciones. Subiendo por la sombría escalera y cruzando el salón, deteniéndose tan sólo para examinar la destrozada forma de su antiguo atormentador demoníaco con una mezcla de horror y deleite, acabaron avanzando por un angosto pasillo, girando hacia la derecha al llegar al final de ésta.

Pasaron ante una escalera y siguieron avanzando, yendo hacia la parte delantera del edificio y en dirección norte.

—Estoy empezando a sentirlo —le murmuró Derkon a Hodgson.

—¿Qué? —le preguntó Hodgson.

—Tengo la sensación de estar cerca de una presencia gigantesca y enloquecida. La sensación del gran poder que la criatura está sacando de sí misma, haciendo temblar la tierra que hay mera del castillo. Yo... es aterrador.

—Esa, al menos, es una sensación que comparto contigo.

Odil no decía nada. Galt y Vane, cogidos de la mano, cerraban la marcha. Las paredes relucían, haciéndose transparentes en algunos sitios, y siluetas fantasmagóricas bailaban dentro de sus profundidades. Nubes de humo verde pasaban rápidamente junto a ellos, dejándoles medio asfixiados y con náuseas. Un enorme rostro peludo les contempló solemnemente a través de un agujero que había en el techo, desvaneciéndose unos momentos después con un estallido de fuego y una sonora risotada.

En la primera ventana ante la que pasaron vieron la tierra cambiante, donde jinetes esqueléticos hacían correr a los esqueletos de sus caballos a través de los torbellinos de humo que se alzaban hasta el cielo.

—¡Nos acercamos! —graznó Lorman, con un tono de voz que los demás consideraron excesivamente alto.

Por fin llegaron a una galería cuya larga hilera de ventanales permitía numerosas vistas diferentes del cambiante paisaje. La galería estaba vacía y silenciosa, libre de las nada naturales perturbaciones de las cuales habían sido testigos durante su larga marcha. Apenas entraron en ella, todos se vieron asaltados por una misma sensación, la presencia que Derkon había notado un poco antes.

—Éste es el lugar, ¿no? —preguntó.

—No —replicó Lorman—. El lugar se encuentra delante de nosotros. Ahí es donde sueña Tualua, enloquecido, enviando sus pesadillas para que devasten el mundo. Parece que hay otras dos galerías que llegan hasta él. Puede que la del norte sea la mejor para lo que nos proponemos hacer. Será bastante peligroso cruzar su cámara para llegar hasta ella. Pero una vez que hayamos hecho eso, el camino debería quedar despejado ante nosotros.

—Si tenemos éxito y sobrevivimos, ¿intentaremos matarle durante los trastornos que se produzcan posteriormente? —preguntó Odil.

—Me disgustaría mucho que se desperdiciara todo ese poder... —dijo Vane.

—... cuando ya hemos tenido que soportar tantas cosas por él—dijo Galt.

—Tenemos el juramento para hacer que nos comportemos honestamente —dijo Lorman, con una leve risita.

—Por supuesto —dijo Derkon.

Hodgson asintió.

—Mientras que yo tenga parte en la decisión final —dijo—, una porción de ese poder será usado correctamente.

—De acuerdo —dijo Odil con voz no demasiado firme.

Avanzaron por la galería, yendo más despacio al pasar ante las ventanas para contemplar el desorden y las llamas del exterior. Cuando llegaron por fin a la Cámara del Pozo se pegaron a la pared y empezaron a cruzarla. En las profundidades del pozo se oía de vez en cuando algún chapoteo.

Mientras se movían, con la espalda en la pared, todos se miraban unos a otros. Ninguno habló. Sólo cuando hubieron dejado atrás la Cámara, llegando a la entrada de la otra galería, algunos de ellos se dieron cuenta de que habían estado conteniendo el aliento durante todo ese período de tiempo.

Fueron rápidamente por esa galería, doblando la primera esquina a la que llegaron, para así perder de vista a la Cámara. Se encontraron en una gran alcoba sumida en la penumbra a cuyo final había otra hilera de ventanas que daba a un nuevo aspecto de la tierra cambiante, más llena de lava y vista desde menor distancia.

—Bien —anunció Lorman, recorriendo la alcoba—. Aquí las emanaciones son fuertes. Debemos disponernos formando un círculo. Se trata de algo bastante sencillo: no tenemos más que enfocar nuestros poderes y yo me encargaré de la dirección en la cual canalizarlos. No. Tú, Hodgson... ponte ahí. Tú pronunciarás las últimas palabras para deshacer el hechizo. Será mejor que eso lo haga un mago blanco. ¡Derkon, ahí! Cada uno tendrá su papel en este asunto. Los asignaré dentro de un instante. Nos convertiremos en una lente. Ahí, Odil.

Uno a uno, los seis magos fueron ocupando sus lugares bajo el resplandor de la tierra en llamas. Un espectro sin cabeza, seguido por partes de otros cinco portentos, pasó flotando junto a las ventanas: el último de los portentos iba golpeando un tambor con el mismo ritmo con el que se producían las erupciones de abajo.

—¿Eso es un buen presagio o un mal presagio? —le preguntó Galt a Vane.

—Como ocurre con la mayoría de los presagios —replicó Vane—, es difícil estar seguro hasta que ya es demasiado tarde.

—Temía que ibas a decir eso.

—Ahora, prestadme atención —dijo Lorman—. Esto es lo que debéis hacer cada uno...

Dilvish estaba apoyado en un codo. Semirama alzó los ojos hacia él, sonriendo.

—Hijo de Selar —dijo—, ocurra lo que ocurra ha valido la pena encontrarte y conocerte, tan parecido eres al otro... —Arregló un poco las sábanas y siguió hablando—. No me gusta pensar lo que ahora pienso de Jelerak, ya que siempre ha sido un amigo. Pero había llegado a sospechar todo eso antes de tu llegada. Sí, también en mi tiempo eran comunes las crueldades y ya hacía mucho que me había acostumbrado a ellas. Y no tenía más lealtades que guardar en este tiempo y lugar... Pero ahora... —Se irguió en el lecho—. Ahora tengo la sensación de que ha llegado la hora de partir y dejarle abandonado a sus propios recursos. Antes de que pase mucho tiempo incluso el Viejo se volverá contra él. Entonces se encontrará demasiado ocupado para perseguirnos. El espejo de transporte ha quedado libre. Ven, huye conmigo a través de él. Con tu espada y ciertas fuerzas sobre las que mando, no tardaremos en ganarnos un reino.

Dilvish meneó lentamente la cabeza.

—Tengo un asunto pendiente con Jelerak que debe ser resuelto antes de que abandone este lugar —dijo—. Y, hablando de espadas, me vendría bien una.

Semirama se inclinó hacia adelante y le rodeó con sus brazos.

—¿Por qué debes parecerte tanto a tu antepasado? —dijo—, Le advertí a Selar de que no debía ir a Shoredan. Sabía lo que ocurriría. Encontrarte ahora y que unos instantes después te lances de la misma forma hacia tu muerte... ¿Está maldito todo tu linaje o soy solamente yo quien lo está?

Dilvish la abrazó y dijo:

—Debo hacerlo.

—Eso es lo que dijo él también, bajo unas circunstancias muy similares. De repente tengo la misma sensación que si estuviera volviendo a leer un viejo libro.

—Entonces, espero que la edición actual tenga un fin ligeramente mejorado. No hagas que mi parte en él resulte todavía más difícil de lo que ya es.

—Eso es algo que siempre puedo solucionar si estamos juntos —dijo ella, sonriendo—. Si intentas hacer lo que quieres y triunfas, ¿me llevarás contigo?

Dilvish la contempló a la extraña luz que entraba ahora por las ventanas situadas a su espalda y, como había hecho su antepasado toda una era antes que él, respondió:

—Sí.

Luego, cuando se hubieron levantado, tras haberse vestido de nuevo y cuando Semirama hubo enviado a Lisha para que localizara un arma, bebieron una copa de vino y los pensamientos de ella se volvieron nuevamente hacia Jelerak.

—Ha caído desde una gran altura —dijo—. No te pido que perdones lo que no te es posible perdonar, pero recuerda que no siempre fue como es ahora. Hubo un tiempo durante el que Selar y Jelerak llegaron incluso a ser amigos.

—¿Un tiempo?

—Luego se pelearon. Nunca llegué a saber por qué razón. Pero, aun así, fueron amigos en los viejos días.

Dilvish, apoyándose en uno de los postes que sostenían el dosel de la cama, clavó la mirada en su copa.

—Eso hace nacer en mí un extraño pensamiento —dijo.

—¿Cuáles?

—Cuando nos encontramos habría podido limitarse a echarme a un lado sin más complicaciones..., matarme allí mismo, sumirme en un profundo sueño, desviar mi mente de él como si no se encontrara allí. Me pregunto si... ¿Es posible que mi parecido con Selar le hiciera ser tan particularmente cruel?

Semirama meneó la cabeza.

—¿Quién puede saberlo? Me pregunto si incluso él conoce todas las razones que hay para lo que hace.

Tomó un sorbo de vino y lo paladeó.

—¿Las conoces tú? —añadió, tragando el vino.

Dilvish sonrió.

—¿Hay alguien que las conozca? Sé lo bastante de ellas como para satisfacer mi juicio al respecto. El conocimiento perfecto se lo dejo a los dioses.

—Muy generoso por tu parte —dijo ella.

Se oyó un suave golpe en la puerta.

—¿Sí? —dijo Semirama.

—Soy yo. Lisha.

—Entra.

La mujer entró en la habitación, llevando algo envuelto en un chal de color verde.

—¿Encontraste alguna?

—Varias, en una habitación de arriba que uno de los otros me había enseñado.

Quitó el chai, revelando tres espadas.

Dilvish terminó su vino y dejó la copa. Fue hasta donde estaba Lisha y, por turno, sopesó cada una de las armas.

—Ésta es sólo para exhibición.

La dejó a un lado.

—Ésta tiene una buena empuñadura, bastante protegida, pero la otra es un poco más pesada y tiene una punta mejor. Aunque ésta es más afilada...

Hizo girar por el aire las dos espadas, probó ambas en sus respectivas vainas y acabó decidiéndose por la segunda. Luego se volvió hacia Semirama y la abrazó.

—Espera —dijo—. Ten preparadas algunas cosas para salir rápidamente de viaje. ¿Quién sabe qué desenlace acabará teniendo todo esto?

La besó y fue hacia la puerta.

—Adiós —dijo ella.

Mientras avanzaba por el vestíbulo, Dilvish se sintió poseído por una sensación peculiar. Ahora no se oía ninguno de los crujidos y roces que antes habían resonado en el lugar. Una quietud nada natural reinaba en todo el castillo, una espera tensa y vibrante, como el silencio que hay entre los tañidos de una gran campana. La inminencia de algo indefinible que iba a ocurrir era como una criatura eléctrica que pasara velozmente junto a él; en su estela venía el pánico, y Dilvish luchó contra él sin comprenderlo, con su nueva espada a medio desenvainar, los nudillos blancos al aferrar la empuñadura.

Baran lanzó una maldición por séptima vez y tomó asiento en el suelo, rodeado por su parafernalia mágica. En sus ojos nacieron lágrimas de frustración que bajaron por los dos lados de su nariz, extraviándose en su bigote.

¿Acaso no le era posible hacer hoy nada a derechas? Siete

veces había invocado elementales, les había dado su misión y los había enviado al interior del espejo de Jelerak. Y cada uno de ellos se había desvanecido casi inmediatamente. Ahora había algo que estaba manteniendo abierto el espejo. ¿Podía ser Jelerak en persona, preparándose para volver? ¿No era quizá posible que Jelerak apareciera dentro de él y saliera del marco en cualquier instante, sus viejos ojos clavados sin pestañear en los de Baran, leyendo cada secreto de su alma como si éstos se hallaran grabados en su frente?

Baran sollozó. Qué injusto era todo, verse sorprendido en plena traición antes de que ésta pudiera ser llevada hasta una conclusión triunfante. Ahora, en cualquier momento...

Pero Jelerak no apareció detrás del cristal. El mundo todavía no había terminado. Incluso era posible que otra fuerza fuera la responsable de la destrucción de sus elementales.

Entonces, ¿qué?

Con un esfuerzo de voluntad, liberó su mente de todas esas emociones, obligándose a pensar. Si no era Jelerak, entonces tenía que ser otra persona. ¿Quién?

Otro hechicero, por supuesto. Un hechicero poderoso. Uno que había decidido llegado el momento de entrar en este lugar y hacerse cargo de él...

Con todo, el único rostro que le contemplaba desde el espejo era el suyo. ¿A qué estaba esperando ese otro hechicero?

Sorprendente. Irritante. Si era un desconocido, ¿podría acaso hacer un trato con él? Baran sabía mucho sobre este lugar. Y él también era un hechicero, y diestro... ¿Por qué no ocurría algo?

Se frotó los ojos. Se puso en pie con un esfuerzo. El día había resultado muy poco satisfactorio.

Fue hasta un pequeño ventanal y miró el exterior. Pasaron varios momentos antes de que se diera cuenta de que algo no iba bien, y varios más antes de que comprendiera de qué se trataba.

La tierra cambiante había dejado de cambiar, una vez más. La tierra estaba cubierta de humo pero inmóvil y tranquila bajo la luna que corría por el cielo. ¿Cuándo había ocurrido esto? No podía hacer mucho tiempo de ello...

Esta detención significaba otro tiempo de tranquilidad en la conciencia de Tualua. Ahora podía ser muy bien el momento de actuar, de tomar el control de las cosas. Tenía que bajar la escalera, apoderarse de esa perra que fue reina, llevarla a rastras hasta el Pozo..., sí, antes de que alguien cruzara por el espejo y le tomara la delantera. Mientras cruzaba apresuradamente la habitación, repasó en su mente el hechizo de dominio que había perfilado.

Cuando alargaba la mano hacia la puerta sintió que le invadía una extraña tensión y con ella un regreso de su vértigo en una intensidad tal y como jamás la había experimentado antes.

¡No! ¡Ahora no! ¡No!

Pero incluso cuando abría la puerta de un manotazo y se lanzaba corriendo hacia la escalera supo que esta vez era diferente. En esto había algo más que la recurrencia de todos sus viejos miedos, algo... premonitorio, algo hacia lo cual parecían conducir incluso sus anteriores hechizos. Era como si, en cierto sentido, el castillo entero estuviera conteniendo el aliento aguardando un acontecimiento monumental cuyo instante se encontraba casi al llegar. Era como si este..., sí, este presentimiento se hubiera logrado comunicar en cierta medida incluso al poderoso Tualua, sorprendiéndole y dejándole en un momentáneo estado de calma inactiva. Era...

Llegó al inicio de la escalera, miró hacia abajo y se estremeció. Tenía la impresión de que en cualquier instante iba a partirse en dos.

Apretó los dientes, alargó la mano y dio el primer paso hacia adelante...

Las estructuras monstruosamente antiguas de naturaleza imponente no suelen haber sido construidas por el hombre. El Castillo sin Tiempo no era una excepción, dado que las más venerables ciudades llevan sus orígenes hasta empresas arquitectónicas de dioses o semidioses, por lo que la pesada estructura del Kannais que las antecedía a todas, y que durante los tiempos había servido a todas y cada una de las funciones concebibles, desde palacio real hasta prisión, de burdel a universidad, de monasterio a edificio abandonado, residencia de ogros y vampiros —cambiando incluso su forma, según se decía, para acomodarse a las necesidades de sus usuarios—, estaba impregnada con los ecos de todas las eras y algunos afirmaban entre susurros (con los ojos mirando hacía otro lado y un gesto para alejar el mal) que era una reliquia de los días en que los Antiguos Dioses caminaban sobre la tierra, un punto de su contacto con ella, un juguete, una máquina o quizá incluso una extraña entidad viviente, moldeada por aquellos cuyos poderes eran tan elevados que su visión trascendía a la de la humanidad —los cuales la habían bendecido o maldecido con la chispa de la autoconciencia y el dolor de la curiosidad que era el nacimiento del alma—, al igual que la humanidad sobrepasaba a los peludos moradores de los árboles que algunos contaban como parientes de ésta, para unos propósitos que mejor resultaba fueran conocidos tan sólo por aquel pueblo resplandeciente al que por lo menos servía en alguna parte y en alguna forma como una residencia o club interdimensional antes de que tales seres se ausentaran para dirigirse hacia la felicidad de un nivel más alto, dejando tras ellos los frutos por madurar de sus intervenciones en los asuntos de lo que hasta entonces habían sido simios satisfechos consigo mismos; moldeado, en opinión de algunos metafísicos, en un plano carente de tiempo mediante sustancias espirituales y, por lo tanto, no siendo realmente parte de este mundo más grosero al cual había sido transportado, consistiendo como consistía en partes iguales de bien y mal y sus más interesantes contrapartidas, amor y odio, y por lo tanto provisto de una belleza que era al mismo tiempo siniestra y beatífica, poseyendo un aura tan absorbente como una esponja psíquica y tan capaz de discriminar como ella, viva en el sentido en que podría estarlo un hombre al cual sólo le funcionara una parte de su hemisferio cerebral derecho, y anclada en el espacio y el tiempo por un acto de voluntad imperfecto al estar dividido pero, con todo, superior a las normales vicisitudes terrestres

por todas esas razones no terrestres que el metafísico no pensaba molestarse en recitar por segunda vez.

Por supuesto que en ello no había nada de cierto, según los teóricos de mente más práctica. Era posible que los viejos edificios adquirieran cierta pátina debida al uso, incluso los que habían sido excepcionalmente bien contruidos, y su ambiente tenía mucho que ver con cualquier impresión física o psíquica que se pudiera obtener dentro de sus paredes, particularmente en aquellos situados en áreas montañosas dadas a sufrir toda una amplia variedad de influencias meteorológicas. Y, sí, cuando tal tipo de personas habitaba el edificio éste actuaba casi totalmente de acuerdo con lo que esperaban de él, como ocurría con el mundo considerado como una generalidad. Ésa era la sensibilidad que poseía el edificio.

Lleno de hechiceros y demonios, siendo el hogar de un Viejo, el edificio volvió a cambiar. Otros aspectos de su naturaleza fueron invocados, pasando a primer plano.

Y, por supuesto, la prueba para su auténtica naturaleza se presentó cuando la voluntad imperfecta sobre la cual residía se vio desafiada, al igual que la prueba del bien o del mal radica en la acción.

9

Canturreando suavemente para sí mismo, Jelerak se inclinó hacia adelante, empujando la carretilla con el cuerpo encorvado para que no hubiera sacudidas capaces de hacer despertar a su ocupante. Todavía en trance, Arlata de Marinta yacía en el interior del artilugio, sus piernas sujetas a los mangos de éste y sus brazos colgando por encima de los lados, tensados hacia abajo y sujetos a los tablones que había cerca de la rueda. Antes se había colocado una buena cantidad de sacos dentro de la carretilla y por debajo de sus hombros, para proporcionarle así una postura adecuada a su caja torácica, dejándola bien extendida. Su túnica había sido abierta y una línea de puntitos rojos pintada para atravesar la parte superior de su abdomen en el área situada bajo el esternón. Sobre su estómago yacía un saco de instrumentos que no dejaban de moverse y tintinear.

Jelerak iba por el pasillo este-oeste que conducía hasta la Cámara del Pozo y hordas de alimañas iban tras él con un animado parloteo. A medida que avanzaba el aire se iba haciendo más caliente y húmedo y el olor del lugar ya empezaba a cargar la atmósfera. Sonriendo, empujó la carretilla por los últimos metros de sombra y franqueó la arcada para entrar en la estancia propiamente dicha.

Siguió avanzando por el suelo manchado de excrementos hasta colocar cuidadosamente la carretilla junto al reborde del pozo. Después irguió el cuerpo y se estiró, lanzando un suspiro y después un bostezo, para terminar abriendo el saco y sacando de él tres largos palos y una pieza metálica que dispuso rápidamente montando un trípode. Lo colocó en el suelo entre los mangos de la carretilla, luego puso sobre él su cuenco de estaño favorito y arrojó en su interior un humeante puñado de carbón, que sacó de un pequeño cubo lleno de perforaciones que había estado colgado del mango derecho de la carretilla. Sopló sobre el cuenco hasta producir en él un firme resplandor y luego fue sacando de varios saquitos ciertas cantidades de polvo y hierbas que hicieron brotar una espesa humareda maloliente, bastante dulzona, que empezó a enroscarse en lentos hilillos por toda la zona.

Las ratas salieron de sus escondrijos para hacer piruetas sobre las losas del suelo mientras que Jelerak reanudaba su canturreo y extraía del saco un cuchillo de forma triangular, corto y ancho, probaba su punta y sus filos con el pulgar, colocaba luego durante un segundo el cuchillo sobre el inicio de la línea que había dibujado empezando entre los pechos de Arlata, con sus dos puntas rosadas, sonreía, movía la cabeza en un

gesto de asentimiento y lo dejaba luego sobre su estómago para uso futuro. A continuación cogió un pincel y varios pequeños recipientes sellados, sacudió el saco, lo puso en el suelo junto a él, abrió uno de los recipientes y se arrodilló.

Los murciélagos hacían cabriolas por el aire mientras que su mano se movía tan rápidamente como ellos, empezando a pintar con gestos seguros y llenos de práctica un complicado dibujo hecho en color rojo.

Cuando estaba trabajando sintió una repentina corriente de aire helado y las ratas dejaron de bailar. Los chillidos y crujidos se detuvieron y un instante de profundo silencio nació de repente, llevando en su interior una terrible tensión. Era casi igual que si un sonido que se hallara muy por encima del umbral audible estuviera bajando lentamente su intensidad hacia el punto donde no tardaría en convertirse en un alarido insoportable.

Jelerak ladeó su cabeza como si escuchara. Miró hacia el pozo. Por supuesto, más delirios antinaturales del Viejo. Eso no tardaría en quedar arreglado cuando le arrancara el corazón a la muchacha y derramara su fuerza vital, como si fuera aceite, sobre las inquietas aguas de la mente del Viejo... al menos, se arreglaría durante un tiempo. Al menos durante el tiempo suficiente para obtener la ayuda que él mismo necesitaría entonces de las energías estables y dirigidas de esa criatura. Luego...

Se preguntó cómo moriría semejante ser. Hacer que ocurriera tal cosa podía requerir muchos esfuerzos. Pero pronto Tualua se volvería peligroso, no sólo para el resto del mundo sino específicamente para él, Jelerak, en persona. Se lamió los labios mientras imaginaba la épica batalla que un día cercano debería tener lugar. Sabía que no saldría de ella sin cicatrices, pero sabía también que si podía absorber las energías vitales del Viejo su poder llegaría hasta una cima que nunca antes había logrado alcanzar...; sería como un dios, podría rivalizar con el mismísimo Hohorga...

Su rostro se oscureció al pensar en su antiguo enemigo y posterior amo. Y, durante un fugaz instante, recordó a Selar, quien había dado su vida para acabar con ese poderoso ser. Era extraño que los rasgos de Selar se hubieran repetido igual que un eco a través de las eras para acabar hallando un hogar en el rostro del hombre que había mandado al Infierno, el hombre que, de alguna forma ignorada, había logrado volver de ese repugnante lugar, el hombre que le había salvado de la tierra cambiante igual que Selar le había sacado hacía mucho tiempo del Abismo de Nungen... Selar, que había resultado favorecido por Semirama, cuyos ojos lo habían hallado agradable... Y Dilvish, que todavía podía encontrarse aquí —incluso era posible que se encontrara cerca—, razón por la cual necesitaba recuperar rápidamente todos sus poderes. Dilvish llevaba en sus venas la sangre de quien había matado a un dios y por primera vez en su vida estaba haciendo que Jelerak conociera las punzadas del miedo.

Siguió construyendo el diagrama ritual, ahora sin canturrear, abriendo otro recipiente de pigmento cuando el primero quedó agotado.

Y luego, transportado por una corriente de aire que iba a la deriva por entre un silencio antinatural, le llegó un débil sonido. Era como si un coro de hombres estuviera entonando en algún sitio un cántico que le resultaba irritablemente familiar. Se detuvo a mitad de una pincelada, esforzándose por distinguir la melodía del cántico, ya que no sus palabras...

Un hechizo de enfoque. Algo muy corriente...

Pero ¿quiénes eran los que cantaban? ¿Y qué era lo que estaban intentando enfocar?

Bajó la mirada hacia su diagrama, ya casi completo. No resultaba conveniente tener demasiadas operaciones mágicas en marcha dentro de la misma zona. Algunas veces las operaciones tendían a interferirse mutuamente. Pero encontrándose en este punto de su trabajo le repugnaba la idea de no terminarlo cuando se hallaba tan cerca de completarlo. Hizo un rápido acto de malabarismo mental y espiritual, un cálculo de posibles potenciales y fuerzas en equilibrio.

No debería tener importancia. La energía que iba a derramarse sería de tal escala que no se le ocurría prácticamente nada que pudiera desequilibrar su trabajo, ni tan siquiera a

esa distancia. Empezó a pintar nuevamente, apretando con furia los labios. Apenas hubiera logrado quitarse de encima este asunto ese maldito coro iba a enterarse de ciertas cosas sobre los destinos peores que la muerte. Repasó unos cuantos de esos destinos para calmarse y obtener un poco de diversión mientras iba pintando las últimas partes del dibujo. Luego se incorporó, examinó su trabajo y vio que era bueno.

Retrocedió unos pasos, dejando a un lado sus instrumentos de pintura, y luego entró en el conjunto de la forma adecuada, yendo hacia la parte sur de la carretilla —la derecha de Arlata—, el brasero humeante a su derecha, se despejó la cabeza, pronunció varias palabras de poder y luego, alargando la mano, cogió el cuchillo del sacrificio.

Las ratas y los murciélagos volvieron a empezar con sus piruetas mientras que Jelerak iniciaba el preámbulo a las instrucciones que formarían el hechizo y la consagración de la hoja que le daría vida. En la estancia empezaron a oírse ruidos bastante potentes y el techo fue cruzado por un veloz rascar. Jelerak alzó el cuchillo mientras pronunciaba las palabras, ahogando las voces que se oían a lo lejos... ¿O era quizá que ya habían callado por voluntad propia? El hielo de humo empezó a bajar de nivel, entrando en su dibujo igual que una serpiente curiosa. Todas las paredes empezaron a crujir.

La sensación que había percibido antes por encima del umbral auditivo daba la impresión de estar a punto de hacer erupción y convertirse en una voz. Los dedos de Jelerak se movieron sobre la empuñadura del cuchillo y las once palabras siguientes fueron enunciadas con una voz cargada de un magnífico apremio.

Y entonces se quedó inmóvil, el cuerpo recorrido de leves temblores, al ser pronunciado su nombre por un hombre de barba rizada que se vio obligado a inclinar la cabeza para pasar por debajo del umbral.

—Ahí estás, Jelerak, como debí suponer que te encontraría... ¡rodeado de sapos, murciélagos, serpientes, ratas y humaredas pestilentes, junto a un gran charco de mierda, disponiéndote para arrancar el corazón de una muchacha!

Jelerak bajó el cuchillo.

—Todo esto son unas cuantas de mis cosas favoritas —dijo, sonriendo—, ¡y tú, piojo, no estás entre ellas!

La hoja empezó a chisporrotear con una luz infernal cuando Jelerak volvió su punta hacia el gigante que se encontraba en el umbral.

Y un instante después las llamas que ardían en la hoja murieron y toda otra luz que hubiera en la estancia quedó oscurecida cuando el grito se hizo audible..., un penetrante alarido que seguía y seguía, haciendo que los dos hombres cayeran al suelo, haciendo que incluso el gran Tualua empezara a debatirse nuevamente dentro de su pozo, llegando al punto donde cuantos lo oyeron fueron ensordecidos por él antes de caer en la inconsciencia.

Finalmente, una pálida luz fue apareciendo en la silenciosa estancia. Su brillantez fue aumentando cada vez más hasta que se desvaneció de repente.

Luego apareció de nuevo...

Hodgson despertó con un potente dolor de cabeza. Durante un tiempo se limitó a seguir tendido, intentando pensar en un hechizo para hacer que el dolor desapareciera. Pero su maquinaria de pensar andaba muy lenta y torpe. Después oyó el gemido y unos leves sollozos. Al fin, abrió los ojos.

Una pálida luz llenaba la alcoba. Mientras miraba a su alrededor la intensidad de la luz aumentó perceptiblemente. El viejo Lorman estaba tendido cerca de él, la cabeza vuelta a un lado, un charco de sangre bajo su boca abierta. No respiraba. Derkon se encontraba tendido a cierta distancia de él. Lo que Hodgson había oído eran sus gemidos. Odil estaba respirando pero resultaba obvio que seguía inconsciente.

Hodgson giró la cabeza hacia la izquierda y la fuente de aquellos sollozos.

Vane estaba sentado, la espalda apoyada en la pared, la cabeza de Galt sobre su regazo. Los rasgos de Galt estaban congelados en una expresión de agonía. Sus miembros tenían la flácida calidad de los que han muerto recientemente. También su pecho estaba inmóvil, ni subiendo ni bajando. Vane tenía los ojos clavados en él, acunándole muy suavemente, el aliento brotando de forma entrecortada por sus labios, los ojos húmedos.

La luz alcanzó la misma intensidad que la claridad diurna.

Al no haber nada que pudiera hacer por Lorman o por Galt, Hodgson se arrastró hasta dejar atrás al primero y llegó hasta donde se encontraba Derkon. Inspeccionó la cabeza del hombre buscando laceraciones, y encontró una zona roja e hinchada en la parte superior izquierda de su frente.

Entonces se le ocurrió un pequeño hechizo de curación. Lo repitió tres veces sobre su compañero antes de que ésta cesara en sus gemidos. Su propio dolor de cabeza empezó a calmarse mientras ponía en acción el hechizo. Para aquel entonces la luz se había vuelto claramente más tenue.

Derkon abrió los ojos.

—¿Ha funcionado? —preguntó.

—No lo sé —replicó Hodgson—. No estoy seguro de cuáles deberían ser sus efectos.

—Tengo ciertas ideas al respecto —dijo Derkon, sentándose y poniéndose en pie después de haberse frotado la cabeza y el cuello—. Podremos comprobarlo dentro de un minuto.

Miró a su alrededor. Fue hacia Odil y le dio una patada en el costado.

Odil rodó hasta quedar sobre su espalda y le miró.

—Cuando tengas una oportunidad, despierta —dijo Derkon.

—¿Qué..., qué ha pasado?

—No lo sé. Pero Galt y Lorman están muertos. —Miró hacia la ventana, se quedó inmóvil, aún mirando, se frotó los ojos y fue rápidamente en esa dirección—. ¡Venid aquí! —gritó.

Hodgson le siguió. Odil seguía todavía en el proceso de sentarse.

Hodgson llegó a la ventana con el tiempo justo para ver como el sol se escondía detrás de las montañas situadas al oeste. El cielo estaba lleno de puntitos de luz que giraban incesantemente.

—El crepúsculo más veloz que he visto nunca —observó Derkon.

—Todo el cielo parece estar girando sobre sí mismo. Mira las estrellas.

Derkon se apoyó en el marco de la ventana.

—La tierra se ha calmado —dijo.

Una pelota blanca de contornos irregulares salió rodando del cielo por detrás de las montañas.

—¿Era eso lo que yo pienso que era?

—A mí me pareció la luna —dijo Hodgson.

—¡Oh, maldita sea! —dijo Odil, que tras haberse puesto en pie y venir hasta ellos con paso vacilante, se apoyó en el alféizar de la ventana justo cuando una pálida luz llenaba los cielos y las estrellas desaparecían—. No me encuentro bien.

—Obviamente —dijo Derkon—. Te ha hecho falta toda la noche para llegar hasta aquí.

—No entiendo.

—Mira —dijo Derkon, señalando con la mano mientras que las sombras giraban velozmente alrededor de todos los rasgos del paisaje y las nubes florecían para luego hacerse pedazos en cuestión de segundos.

Una bola de fuego dorado corrió a través del cielo igual que si fuera un cometa.

—¿Crees que se está acelerando? —preguntó Hodgson.

—Posiblemente. Sí. Sí, eso creo.

El sol pasó a ocultarse detrás de las montañas y nuevamente llegó la oscuridad.

—Hemos estado aquí, sin movernos, todo el día —le dijo Hodgson a Odil.

—¡Dioses! ¿Qué hemos hecho? —preguntó Odil, incapaz de apartar los ojos de los cielos que giraban sobre sí mismos.

—Hemos roto el hechizo de mantenimiento del Castillo sin Tiempo —respondió Hodgson—. Ahora sabemos qué estaba manteniendo ese hechizo.

—Y también por qué el lugar era llamado el Castillo sin Tiempo —añadió Derkon.

—¿Qué vamos a hacer? ¿Intentamos sujetar al Viejo con un hechizo o qué?

—Luego. Primero voy a intentar averiguar algo más sobre esto —dijo Derkon, apartándose de la ventana—. Han pasado días enteros desde que...

Un tiempo después los otros dos se dieron la vuelta y le siguieron. Vane seguía meciéndose suavemente, acariciando la frente de Galt en tanto que transcurría otra noche.

Dilvish despertó sobre una gruesa alfombra cubierta de brillantes dibujos, aferrando todavía fuertemente su espada en la mano derecha. Le costó bastante abrirla. Tras haber envainado el arma se frotó la mano e intentó recordar lo que había sucedido.

Un grito, eso era. Oh, sí. Un alarido de dolor e ira. Se había detenido ante la puerta parcialmente abierta de una habitación —¿esta habitación?— cuando empezó a sonar.

Tras sentarse en el suelo pudo ver la ventana oeste del vestíbulo a través de la puerta medio abierta, así como una ventana situada en la otra pared de la habitación, a su derecha, que daba al este. Entonces pudo presenciar un curioso fenómeno. Primero, la ventana de la derecha se llenó de luz en tanto que la ventana de la izquierda seguía en penumbra. Después la ventana de la derecha se fue oscureciendo a medida que se iluminaba la de la izquierda. Después la ventana de la izquierda se volvió oscura. Muy pronto la ventana de la derecha se iluminó de nuevo y la secuencia se repitió. Dilvish siguió sentado, sin moverse para nada que no fuera abrir y cerrar su mano, mientras que el fenómeno se producía varias veces más.

Finalmente se puso en pie y fue hacia la ventana del este con el tiempo de ver el cielo encerrado en un número incontable de brillantes círculos concéntricos. Unos instantes después éstos huyeron ante una torre llameante que llegó del este y subió hasta el centro del cielo.

Dilvish meneó la cabeza. La tierra parecía haberse calmado. ¿Qué nuevo truco era éste? ¿Obra de su enemigo? ¿O de alguien más?

Dio la vuelta y cruzó el umbral para salir nuevamente al vestíbulo. La sucesión de luz y oscuridad continuaba más allá de la hilera de ventanales que había a su izquierda. Cuando miró hacia atrás ya no pudo ver la puerta a través de la cual acababa de cruzar, sino tan sólo una vacía extensión de pared.

Siguió andando hacia lo que pensaba era otro pasadizo que nacía en ángulo recto de aquél por el cual iba ahora. En vez de ello, se encontró al inicio de una escalera cubierta con una alfombra color vino con una balaustrada de madera a cada lado.

Bajó lentamente por ella. La habitación estaba llena de muebles tapizados y pinturas de un tipo que no había visto nunca antes, situadas en anchos marcos dorados cubiertos de tallas y adornos.

Atravesó la habitación. Cuando apoyó su mano en el respaldo de una de las sillas se levantó una gran nube de polvo.

Girando hacia la derecha, pasó bajo una arcada de madera. La habitación siguiente era pequeña, estaba cubierta con paneles de madera y se encontraba amueblada de forma similar, y cuando entró en ella oyó un repentino ruido de succión.

Una pequeña chimenea acababa de cobrar vida. Sobre una mesita redonda cercana al fuego se encontraba una botella de vino, un trozo de queso, una pequeña hogaza de pan y una cesta llena de fruta. La silla que había junto a la mesita parecía cómoda. ¿Estaría quizá envenenada la comida? ¿Sería un truco del enemigo?

Se acercó a la mesita, cogió un poco de queso, lo olisqueó y acabó probándolo. Luego tomó asiento y empezó a comer.

Su cabeza y sus ojos se movían con frecuencia mientras comía pero no vio a nadie ni tampoco nada que se saliera de lo normal. Con todo, tenía la misma sensación que si allí hubiera una presencia, algo benéfico que se encontraba con él en esa habitación, protegiéndole y lleno de buenos deseos hacia su persona. Tan fuerte llegó a ser la sensación que cuando tuvo la boca vacía otra vez murmuró: «Gracias». Inmediatamente las llamas dieron un salto hacia arriba y el fuego chisporroteó. Una ola de agradable calor llegó hasta él.

Finalmente se puso en pie y, mirando hacia atrás, se quedó desagradablemente sorprendido al ver que el arco por el cual había entrado a la habitación ya no estaba. Ahora esa pared se encontraba cubierta con paneles de madera y sobre ella colgaba otro de aquellos peculiares cuadros: un bosque inundado de sol, aunque le hizo falta un instante de escrutinio para verlo pues todos los detalles habían sido emborronados por una extraña especie de pinceladas dadas al azar usando pigmentos muy espesos.

—De acuerdo —dijo—, seas quien seas acepto que tienes buenas intenciones respecto a mí. Me has dado de comer y da la impresión de que deseas llevarme a un sitio determinado. Debo sospechar de cuanto se encierra entre estas paredes y con todo me siento inclinado a confiar en ti. Saldré por la única puerta que veo. Guíame y te seguiré.

Fue hacia la puerta y salió de la habitación. Se encontró en un vestíbulo muy largo y de techo bastante alto, tenuemente iluminado. Había muchos umbrales pero sólo en uno de ellos brillaba una suave claridad. Dilvish avanzó en esa dirección y la luz se retiró. Fue por un corto tramo de pasillo y se encontró en otro vestíbulo similar al primero. Esta vez la luz apareció en un umbral situado a su izquierda. Dilvish cruzó el vestíbulo en diagonal, yendo hacia él.

Cuando lo hubo franqueado encontró un corredor que iba de derecha a izquierda. Ahora la luz se encontraba un poco más lejos, hacia la izquierda. Dilvish fue hacia allí.

Tras varios giros su camino desembocó en una gran estancia de techo bajo con una serie de angostos ventanales dispuestos a intervalos regulares en la pared que se encontraba más cerca de él. Dilvish vaciló durante unos segundos, mirando alternativamente a derecha e izquierda.

Entonces una luz pálida pasó ante él, dirigiéndose hacia la derecha. Apenas se había vuelto Dilvish en esa dirección la luz se extinguió. Dilvish fue en su persecución. Cada vez que ponía el pie allí donde brillaba la luz, que volvía a encenderse periódicamente, ésta se apagaba.

Las ventanas le mostraron una escena en la que los veloces bancos de nubes habían perdido toda distinción entre ellos y el cielo había cobrado un tono verdoso, con una estrecha banda de brillante color amarillo extendiéndose en forma de arco de uno a otro confín del horizonte, como el asa de una cesta llameante.

Dilvish avanzó rápidamente y la luz que había más allá de los ventanales parpadeó débilmente cuando él pasaba ante ellos.

La galería era larga pero acabó llevándole a otra estancia similar, con grandes ventanales situados en el lado derecho, ventanales que permitían ver mejor el extraño cielo colocado sobre un paisaje donde lo que debían ser tormentas que duraban días pasaban en el espacio de tiempo requerido para pestañear unas cuantas veces, donde los árboles latían en verde, oro y blanco hueso, el suelo era brillante y oscuro y retazos de verde se encendían y se apagaban rítmicamente. La tierra había vuelto a su cambiante cualidad anterior pero de una forma radicalmente distinta a la seguida en sus alteraciones previas. Lo que antes habían sido crujidos apenas distinguibles ahora era un continuo zumbido.

Un fuerte olor asaltó sus fosas nasales y Dilvish se preguntó qué sería el rastro de suciedad que pasaba por el centro de la estancia. Ante él se encontraba una cámara muy

grande y de techo bastante alto y al acercarse a ella Dilvish frenó involuntariamente su paso. Tenía la sensación de que muy pronto iba a ocurrir algo terrible. Era como si sobre esa habitación pesara un aura oscura y maligna y, en cierto modo, algo lleno de frustración morara en ella, esperando, esperando su oportunidad para llevar a la práctica maldades incomparables. Dilvish se estremeció y sus dedos tocaron la empuñadura de su espada, yendo todavía más despacio al aproximarse a la arcada que llevaba hasta el interior de la estancia.

Descubrió que estaba yendo hacia la izquierda y acabó encontrándose pegado a esa pared, deslizándose junto a ella, hasta que finalmente se detuvo en la esquina cubierta de sombras que había justo antes de la entrada.

Avanzó centímetro a centímetro, ahora agarrando el arma en su mano, y miró hacia el interior de la estancia. Al principio fue incapaz de ver nada en la penumbra, pero luego sus ojos se ajustaron a la escasa claridad y distinguió la gran zona oscura que se hallaba en el centro, algo hundida con respecto al resto del suelo. En la parte izquierda de esa zona se encontraba un pequeño objeto que no lograba distinguir del todo. Durante un segundo quedó bañado por el brillo que había seguido antes pero la luz se apartó casi inmediatamente de él y Dilvish seguía sin saber qué era el objeto indicado de tal forma..., aunque el mensaje le pareció tan claro como imperativo.

Y, con todo, siguió sin moverse, lleno de dudas, hasta que un delgado tentáculo brotó de la zona oscura y empezó a tantear por su borde, acercándose a la cosa que estaba observando. Entonces, el cuerpo repentinamente humedecido por la transpiración, Dilvish entró en la estancia, sus verdes botas moviéndose silenciosamente sobre las losas.

Baran meneó la cabeza, escupió un fragmento de diente y tragó saliva. Notó un sabor a sangre en la boca. Después de eso escupió varias veces y empezó a toser. Su ojo izquierdo había recibido un golpe y se encontraba parcialmente cerrado. Cuando lo frotó una sustancia oscura y pastosa empezó a desprenderse de él en forma de costras. Examinó su mano. Sangre seca, eso era. Entonces ese latir apagado, ese lugar donde sus sensaciones no eran tan claras...

Alzó las yemas de sus dedos hasta ese punto situado en su frente. Entonces empezó el dolor. Giró su cabeza a un lado y a otro. Estaba tendido de lado, al pie de la escalera. Así pues, esto es lo que ocurría cuando finalmente se apoderaba de ti...

Agitó su cuerpo como preparación a ponerse en pie e inmediatamente se quedó quieto al sentir el agudo dolor de su brazo y su pierna izquierda. «¡Maldición! —pensó—. ¡Será mejor que no estén rotos! No conozco ningún hechizo para los huesos rotos...»

Intentándolo de nuevo, se apoyó únicamente en su brazo derecho y rodó sobre sí mismo hasta quedar en una posición sentada, con las piernas estiradas en línea recta por delante de él. Mejor, mejor...

Empezó a flexionar cautelosamente la pierna y se la examinó. El dolor seguía sin disminuir, pero no parecía haber nada roto. Sólo entonces trató de ejercer sus habilidades de hechicero sobre ella. El dolor empezó a calmarse después de unos cuantos movimientos de pierna, convirtiéndose en tan sólo una leve punzada. Luego concentró su atención en su cuero cabelludo y repitió el proceso con el mismo resultado.

Después se pasó la mano a lo largo del brazo y un blanco destello de dolor recorrió todo su ser cuando se apretó suavemente el antebrazo izquierdo.

De acuerdo.

Después de eso y con mucho, mucho cuidado, colocó su mano izquierda entre su gran cinturón y su opulento estómago. Empezó de nuevo el ejercicio que haría disminuir el dolor. Cuando lo hubo completado se puso cautelosamente en pie, su mano buena apoyada en la pared. Después de esto respiró pesadamente durante un minuto entero, con la cabeza baja.

Finalmente irguió el cuerpo, dio unos cuantos pasos, se detuvo y miró a su alrededor. Algo andaba muy mal. A la izquierda tendría que haberse encontrado una pared, no una balaustrada de mármol. La fue siguiendo con sus ojos. La balaustrada seguía sin interrupciones durante ocho o diez pasos y luego se detenía junto al inicio de una gran escalera. Después de ésta, a una buena distancia, empezaba de nuevo.

Baran miró más allá de la balaustrada. Había una habitación, muy larga y ancha, con las paredes de piedra sumidas en la sombra y con complicadas cornisas y capiteles tallados sobre los cuales se alzaban esbeltas pilastras. Algunas partes de la habitación estaban amuebladas y una alfombra no muy ancha, de color oscuro, corría por el centro de ésta, atravesándola en su totalidad.

Baran fue hacia la balaustrada y se apoyó en ella. No había ni rastro de su vértigo anterior. Quizá había sido exorcizado por la caída. Quizá había sido una premonición de ésta...

Extraño, qué extraño... Sus ojos se movieron. Antes no había existido ninguna habitación semejante en este lugar. Jamás había visto una habitación tal, ni en el Castillo sin Tiempo ni en ningún otro sitio. ¿Qué había ocurrido?

Su mirada encontró la esquina situada a su izquierda y se quedó inmóvil, como paralizada. Tras un grupo de sillas de respaldo alto, en una zona cargada de espesas sombras, algo muy grande, muy inmóvil y muy negro estaba de pie, mirándole. Lo supo porque sus ojos brillaban con un resplandor rojizo en la penumbra y la mirada de esos ojos que no pestañeaban se encontró con la suya a través de toda la distancia que los separaba.

Sintió un nudo en la garganta y ahogó un grito que habría continuado hasta la histeria. Fuera lo que fuese esa cosa, se estaba enfrentando a un gran hechicero.

Alzó su mano e invocó la calma necesaria para preceder a la tormenta que iba a liberar.

Mientras ensayaba el hechizo una débil luz empezó a bailotear alrededor de las puntas de sus dedos. Sólo pronunció las primeras palabras de éste y cuando unió sus dedos, su mano se pareció a una vela de forma cónica iluminada por la luz que desprendía. Cuando separó las puntas de sus dedos un plano luminoso que se curvaba hacia abajo siguió brillando entre ellos y luego se alzó hacia arriba con mayor fuerza, haciendo adelantarse la línea de su arco. Después corrió sobre sí mismo, cerrando el giro y formando una llameante esfera blanca a la cual Baran dirigió una palabra de guía y luego arrojó en línea recta hacia la criatura que acechaba en las sombras.

Dejando un reguero de chispas y llamas en su vuelo, la esfera avanzó lentamente, flotando sin prisas hacia su blanco.

La figura de sombras no se movió ni tan siquiera cuando la esfera estuvo muy cerca de ella. La bola luminosa se hizo añicos y se apagó justo antes de llegar a su blanco. Entonces una voz suave y amable que parecía venir de un punto mucho más cercano a él dijo:

—Muy poco amistoso, muy poco amistoso.

Y la criatura giró en redondo y cruzó el umbral que había junto a ella con un veloz repiqueteo.

Baran bajó su mano lentamente y luego la alzó nuevamente hacia su boca al empezar un nuevo acceso de tos. ¡Maldito ser! Y, de todas formas, ¿quién lo había invocado? ¿Era posible que Jelerak hubiera regresado?

Se apartó de la balaustrada y se dirigió hacia la escalera.

Cuando llegó al fondo examinó aquella esquina de la habitación. En el polvo encontró la huella de una pezuña hendida.

Holrun maldijo y giró hasta quedar sobre su estómago, tirando de la almohada para taparse la cabeza y apretándola con fuerza sobre ella.

—¡No! —gritó—. ¡No! ¡No estoy aquí! ¡Largo!

Se quedó inmóvil durante una rápida sucesión de latidos de su corazón. Luego, gradualmente, la tensión fue abandonando su cuerpo. Su mano se apartó de la almohada. Su respiración fue volviéndose regular.

De repente su cuerpo volvió a quedar rígido.

—¡No! —chilló—. ¡No soy más que un pobre y pequeño hechicero que está intentando conseguir un poco de reposo! ¡Dejadme en paz, maldita sea!

Esto fue seguido por un fuerte gruñido y un castañeteo de dientes. Finalmente, su mano izquierda se movió velozmente y se dirigió hacia un cajoncito recubierto de marfil que se hallaba empotrado en la cabecera de la cama. La mano se metió en él, hurgó durante un instante y luego se retiró llevando un pequeño cristal.

Giró hasta quedar de espaldas, colocó la almohada bajo su cuerpo y luego retorció éste hasta hallarse en una posición medio incorporada. Puso la bola reluciente en equilibrio sobre su abdomen y la miró con ojos medio abiertos e hinchados por el sueño. Hizo falta un largo tiempo para que la imagen se formara dentro de la bola.

—¡Que sea bueno! —murmuró—. Que valga la pena correr el riesgo de ser transformado en una especie inferior con una enfermedad aborrecible, un montón de llagas, picores y el baile de San Vito. Que justifique los demonios torturadores, la plaga de langostas y la sal en las heridas. Que...

—Holrun —dijo Meliash—, es importante.

—Más vale que lo sea. Estoy más agotado que la ramera del rey antes de que llegue la revolución. ¿Qué quieres?

—Ha desaparecido.

—Bien. De todas formas, ¿a quién le hacía falta?

Movió su mano, preparándose para romper la conexión, y se detuvo antes de hacerlo.

—¿Qué ha desaparecido? —preguntó.

—El castillo.

—¿El castillo? ¿Todo el maldito castillo?

—Sí.

Holrun se quedó callado durante un segundo. Luego se incorporó un poco más en la cama, se frotó los ojos y se echó hacia atrás el cabello.

—Cuéntamelo —dijo una vez hecho todo eso— y, preferiblemente, que sea en términos sencillos.

—La tierra cambiante dejó de cambiar durante un tiempo. Luego empezó a cambiar de nuevo, de una forma mucho peor que cuanto había visto anteriormente. Tengo un buen punto desde el cual vigilar. Después de un tiempo volvió a parar. El castillo había desaparecido. Ahora todo está tranquilo y la cima de la colina se encuentra vacía. No sé qué ha ocurrido. No sé cómo ha ocurrido. Eso es todo.

—¿Crees que Jel..., crees que él ha sido capaz de trasladarlo de sitio? Y de ser así, ¿por qué? ¿O ha sido quizá el Viejo?

Meliash meneó la cabeza.

—He estado hablando otra vez con Rawk. Ha conseguido encontrar un poco más de material. Existe una vieja tradición sobre que ese sitio no está sometido al tiempo, que sólo se encontraba algo así como anclado en él y que era llevado en su curso. Si esa ancla fuera levada de alguna forma, se alejaría a la deriva por el río de la eternidad.

—Condenadamente poético, pero ¿qué quiere decir?

—No lo sé.

—¿Piensas que eso es lo que ha ocurrido?

—No lo sé. Quizá.

—¡Mierda!

Holrun se masajeó las sienes, suspiró, cogió el cristal y sacó las piernas de la cama.

—De acuerdo —dijo—. De acuerdo. Tendré que echarle un vistazo al asunto, ya que he llegado tan lejos. Pero antes tengo que lavarme y comer algo. ¿Has hablado con los demás guardianes?

—Sí. No tienen nada que añadir a lo que yo vi.

—Bueno. Mantén vigilado el lugar. Llámame inmediatamente si ocurre algo nuevo.

—Desde luego. ¿Vas a informar de esto al Consejo?

Holrun torció el gesto y rompió la conexión, preguntándose si no sería posible llevar el ancla del Consejo y dejarlo a la deriva por la eternidad.

Vane había dejado de sollozar y durante largo tiempo había permanecido inmóvil, sumido en sus pensamientos, sin mirar ya a Galt y, en vez de ello, con los ojos clavados en la secuencia de resplandor y penumbra que se producía en el cielo más allá de la ventana. Finalmente, se movió.

Bajó muy delicadamente la cabeza de Galt hasta dejarla en el suelo y luego se puso en pie. Inclinandose, levantó la inmóvil forma de su compañero hasta echársela por encima de los hombros.

Después salió de la alcoba, miró hacia la derecha, hizo una mueca y giró hacia la izquierda. Avanzó lentamente por la galería hasta llegar a una escalera que se encontraba a su izquierda y subía hacia otros pisos. Viendo que en lo alto había un corredor no muy largo con varias puertas abiertas, subió hasta él.

Avanzando con mayor lentitud y cautela inspeccionó las habitaciones. Ninguna estaba ocupada. La segunda y la tercera eran dormitorios, la primera una sala.

Entró en la tercera habitación y, agachándose, apartó la colcha con una sola mano. Depositó a Galt sobre la cama y puso en orden sus miembros. Se inclinó hacia adelante y le besó, tapándole luego con la colcha.

Dándose la vuelta, abandonó la habitación sin mirar hacia atrás, cerrando la puerta a su espalda.

Yendo hacia la derecha, llegó hasta el final del pasillo, donde una arcada no muy espaciosa se abría a la derecha dando sobre una angosta escalera que conducía hacia abajo.

Bajó por ella para encontrarse en un comedor muy suntuoso en el que había una larga mesa con cuatro asientos dispuestos en uno de sus extremos. En la cabecera de la mesa había una cesta de pan. Vane la cogió y empezó a comerlo. Sobre una bandeja cubierta con una servilleta había unas cuantas rodajas de carne. Vane se dedicó también a engullirlas rápidamente. Una jarra de cerámica cercana contenía un poco de vino tinto, que bebió directamente del recipiente. Desplazándose alrededor de la mesa a medida que se iba alimentando, gradualmente fue dando la vuelta hasta quedar de cara a la dirección por la cual había venido.

La escalera se había esfumado. En el punto por el cual había entrado se encontraba ahora una pared sólida. Masticando vigorosamente, Vane fue hacia la pared y la golpeó con la mano. No sonaba a hueco. Se estremeció y retrocedió, apartándose de ella. Este lugar...

Se dio la vuelta y salió rápidamente por la doble puerta situada al otro extremo de la habitación. El pasillo era ancho, así como la escalera de bajada hacia la cual llevaba. Estaba decorada con sedas y armas y parcialmente cubierta con una alfombra verde. Vane alargó la mano hacia la hoja de apariencia más útil que colgaba de la pared: un arma de doble filo con una sencilla empuñadura, corta y bastante pesada. Al tomarla entre sus manos y apartarse de la pared para comprobar qué tal resultaba al blandirla vio que las puertas por las que acababa de salir habían desaparecido para ser sustituidas por una ventana a través de la cual entraba ahora una suave claridad color perla.

Volvió sobre sus pasos y miró por los paneles de cristal. Una hilera de montañas se estaba hundiendo en un sitio donde antes no había montañas. El cielo tenía ahora como

color una muerta y uniforme tonalidad blanca, sin sol y sin estrellas, como si sobre él se hubieran extendido distintos valores de iluminación que hubieran terminado siendo convertidos en un promedio. Una sustancia plateada fluyó rápidamente por él, se detuvo y volvió a moverse. Le hizo falta cierto tiempo para darse cuenta de que era agua y que se estaba aproximando. Se apartó de la ventana y fue hacia la escalera.

Luchó contra el pánico que se había apoderado de él, sustituyéndolo por el odio que sentía hacia el castillo y cuanto había en su interior. Cuando llegó al final de la escalera cruzó una antecámara barrocammente decorada en un estilo que no le fue posible identificar, aunque Vane se enorgullecía de sus conocimientos sobre tal tipo de cosas. Se acabó deteniendo ante el umbral que daba a la sala principal.

También esta habitación se hallaba desocupada. Estaba familiarizado con ella porque le habían traído por este camino cuando fue capturado por los esclavos del castillo en el inicio de la pendiente. Él y Galt habían sido llevados a rastras delante del administrador, Baran, maltratados de forma más o menos rutinaria y encarcelados en el piso inferior. Sus dedos se apretaron sobre la empuñadura del arma al recordar ese día. Se puso en movimiento, cruzando con grandes zancadas las dobles puertas de la habitación y dirigiéndose hacia la sala, con su entrada más pequeña que daba al mundo exterior.

Cuando se aproximaba a ella se detuvo, sorprendido y sin comprender lo que veía. El objeto de madera que tenía ese círculo en la parte delantera rodeado de números estaba emitiendo un agudo chirrido metálico. Al acercarse para examinarlo notó que sobre ese círculo había un área redonda que no paraba de vibrar. No logró determinar cuál era su causa o su carácter, aunque acabó decidiendo que no parecía amenazadora. Decidió también que era mejor no entrometerse con magias desconocidas y pasó de largo ante el objeto, entrando en la sala.

La atravesó rápidamente, yendo hacia la puerta, y puso su mano sobre ella. Entonces se detuvo, vacilante. En el exterior estaban ocurriendo cosas muy peculiares. Pero, naturalmente, lo mismo podía decirse del interior del castillo.

Movió el pestillo y abrió la puerta.

A sus oídos llegó un agudo chillido, como el de un viento muy poderoso. En todas las direcciones que le era posible distinguir y hasta tan lejos como llegaban sus ojos había agua. Sin embargo, aquí no se notaban las olas y ondulaciones que normalmente se hallan presentes en cualquier gran masa de líquido. Quizá se debiera a la fina niebla que parecía estar suspendida por encima de toda esa enorme extensión de agua...

Vane extendió su hoja hacia adelante, haciendo penetrar el acero en la húmeda neblina. Un instante después, la retiró bruscamente.

La punta de su espada se hallaba completamente oxidada. Cuando tocó la zona cubierta de orín que seguía unida al metal, ésta se convirtió en polvo bajo su dedo y cayó al suelo. El chillido continuaba oyéndose y era ensordecedor. El cielo seguía siendo un inmenso lienzo nacarado no interrumpido por ninguna nube o fenómeno.

Cerró la puerta y corrió el pestillo, quedándose luego con la espalda apoyada en ella. Su cuerpo empezó a temblar.

Habiendo recogido las joyas y las ropas en las cuales había estado enterrada hasta formar un pequeño bulto que ahora se encontraba colocado junto a la cama, Semirama iba y venía por su habitación decidiendo si valía la pena llevarse alguna cosa más. ¿Cosméticos?

Alguien llamó a la puerta. Semirama se encontraba cerca de ella y la abrió.

Jelerak la miró, sonriendo.

—¡Oh!

Semirama enrojeció.

—Voy a necesitar tus habilidades lingüísticas —explicó Jelerak.

De su cuello colgaban dos cristales teñidos de rosa en forma de lentes. De una larga y estrecha funda unida a su cinturón asomaba la punta de una vara escarlata. Hizo una reverencia, señalando hacia la izquierda de Semirama, donde se encontraba el pasillo.

—Por favor, acompáñame.

—Sí..., por supuesto.

Semirama salió de la habitación y fue junto a él en la dirección que le había señalado. Al pasar junto a la ventana miró por ella y vio un cielo color perla encima de un mar interminable.

—¿Ocurre algo? —acabó preguntando.

—Sí. Hubo una... interferencia —replicó él.

De repente en el techo se oyó algo parecido al repiqueteo de unos cascos, moviéndose velozmente por encima de ellos hasta acabar desapareciendo.

—Un hombre muy grande de cabello oscuro me interrumpió en mitad de mi trabajo —explicó Jelerak.

—¿Fue eso lo que causó el..., el espasmo? ¿Y todos esos otros efectos?

Él meneó la cabeza.

—No. Alguien ha roto el hechizo de mantenimiento y ya no formamos parte del flujo normal del tiempo.

—¿Crees que fue Tualua quien lo hizo? ¿O fue el desconocido?

Jelerak se detuvo un instante para mirar por otra ventana. El mar había desaparecido casi por completo y ahora hileras de montañas estaban brotando del suelo ante sus mismos ojos.

—No creo que Tualua se hallara en condiciones de hacer eso. Y creo que el desconocido se quedó tan sorprendido ante ello como yo. Pero tuve tiempo de echarle un vistazo al espíritu del desconocido antes de perder el conocimiento. Era algo elemental, demoníaco, que había cobrado forma humana sólo durante un breve período. Por eso salí huyendo tan pronto como me hube recuperado..., para buscar ciertas herramientas que había escondido. —Pasó su dedo pulgar por la punta de la vara—. Ésta es mi arma para tratar con este tipo de criaturas. Estoy seguro de que ya habrás visto alguna como ella, hace mucho tiempo...

Semirama lanzó una exclamación ahogada. Todo el cielo llameaba con un brillante resplandor carmesí que luego se convirtió en una cegadora luz blanca. Semirama se protegió los ojos con la mano y apartó la mirada, pero la luz ya estaba disminuyendo de intensidad.

—¿Qué... qué era eso?

Jelerak bajó la mano con que también él se había protegido los ojos.

—Probablemente el fin del mundo —dijo.

Siguieron mirando mientras que el cielo se iba haciendo cada vez más oscuro, hasta volverse de un ahumado color amarillento que persistió sin más cambios. Jelerak se apartó de la ventana.

—De todas formas —siguió diciendo—, esa criatura se habrá marchado probablemente con mi medio original de llevar a cabo la pacificación de Tualua. Por lo tanto... —se tocó las lentes que llevaba al cuello—, he cogido esto. Hubo un tiempo en el cual habría sido capaz de encantarle usando solamente mis ojos y mi voz, pero ahora necesito aumentar la intensidad de mi mirada. Debes llamarle, debes hacer que salga del pozo para que durante un segundo podamos mirarnos el uno al otro.

—Y entonces, ¿qué?

—Debo restaurar el hechizo de mantenimiento.

—¿Y qué hay de quien lo rompió?

—Lo siguiente que debo hacer es recuperar todas mis fuerzas, encontrar a esa persona y ocuparme de ella.

Se puso nuevamente en movimiento. Semirama se colocó a su lado.

—Entonces, estamos realmente atrapados —dijo—. Incluso si haces todas esas cosas, ¿en qué situación quedaremos?

Jelerak lanzó una áspera carcajada.

—Hasta el conocimiento puede tener sus límites —dijo—. Por otra parte, creo que la ingenuidad es ilimitada. Ya lo veremos.

Siguieron caminando, llegaron hasta una escalera, tomaron por ella y dieron la vuelta.

—Jelerak —dijo Semirama—, ¿de dónde ha venido este lugar?

—Puede que también descubramos eso —replicó él—. No lo sé con seguridad, aunque estoy empezando a creer que, en cierta forma, se encuentra... vivo.

Semirama asintió.

—Yo también he notado unas cuantas cosas bastante peculiares. Si tal es el caso, ¿de qué lado puede estar?

—Creo que del suyo propio.

—Es poderoso, ¿verdad?

—Mira por cualquiera de las ventanas. Sí, aquí hay demasiadas potencias en acción. No me gusta. Hubo un tiempo en el cual mi voluntad fue subyugada por una fuerza mayor que yo...

—Losé.

—... y no permitiré que vuelva a suceder. Sería el fin de ambos..., y de muchas otras cosas.

—No lo entiendo.

—Si mi voluntad se quiebra, tu carne volverá al polvo del cual la saqué..., y también otras cosas que dependen de mí cesarán de existir y perecerán.

Semirama le cogió del brazo.

—Debes tener cuidado.

Jelerak volvió a reír.

—La batalla apenas si acaba de empezar.

Semirama le apretó con más fuerza el brazo.

—Pero el viaje quizá esté terminado. ¡Mira!

Señaló hacia adelante, a una ventana a través de la cual un arco solar muy pálido había aparecido en un cielo crepuscular.

Semirama sintió como se envaraba el cuerpo de Jelerak.

—¡De prisa! —dijo él.

En el siguiente giro del camino Semirama se volvió a mirar y sólo vio un muro desnudo a su espalda.

10

A medida que Dilvish iba avanzando por el contorno nordeste de la habitación, el cuadro se hizo más claro: el brasero volcado en el suelo, el dibujo de color oscuro, el tentáculo que parecía buscar algo, la muchacha medio desnuda sobre la carretilla, las huellas de unas pezuñas hendidas que relucían débilmente...

Envainó su espada tan silenciosamente como le fue posible, teniendo la sensación de que su utilidad no resultaría muy grande contra el poseedor de semejante miembro. Decidió que sería mejor tener las dos manos libres y avanzó rápidamente para coger uno de los mangos de la carretilla. La punta del tentáculo encontró la rueda de ésta aproximadamente al mismo tiempo. Dilvish levantó la carretilla y la hizo retroceder. El tentáculo resbaló de ella, alejándose un poco. En las aguas del pozo se oyó un ruidoso chapoteo. Dilvish siguió retrocediendo.

De repente un tentáculo que tenía dos veces su altura salió disparado por encima del pozo. Dilvish giró bruscamente hacia la izquierda mientras seguía retrocediendo. El

tentáculo cayó con el fuerte sonido que haría un látigo mojado sobre el lugar que habría estado ocupando de haber seguido yendo en línea recta. Luego empezó a moverse rápidamente en todas direcciones. Pero Dilvish pronto estuvo fuera de su alcance y cerca de la abertura en que empezaba el pasillo que conducía hacia el este. Hizo girar la carretilla y la encaró hacia él. A su espalda siguieron oyéndose chapoteos.

Sólo ahora, alejándose a toda velocidad, tuvo ocasión de mirar realmente por primera vez a la ocupante de la carretilla. Tragó aire con un seco siseo y se detuvo, bajando el artillugio y dando la vuelta a éste para situarse en su parte delantera. El pecho de Arlata seguía subiendo y bajando lentamente. Dilvish cerró su túnica y le examinó el rostro.

—¿Arlata?

La joven no se movió. Dilvish repitió su nombre en un tono de voz más alto. No hubo reacción alguna. La abofeteó, sin demasiada fuerza. La cabeza de Arlata, impulsada por el bofetón, rodó a un lado y se quedó en tal posición.

Dilvish volvió a la parte trasera del vehículo y empezó a empujar de nuevo. La primera habitación a la que llegó era un almacén lleno de herramientas. Siguió avanzando, inspeccionando unas cuantas habitaciones más. La cuarta era usada para guardar ropa blanca y tras los cortinajes había grandes montones de sábanas, mantas, toallas y alfombras. Mientras empujaba la carretilla haciendo entrar a la joven en la habitación y le quitaba las ligaduras, un destello de rojo iba y venía detrás de la única ventanita que poseía el cuarto. Luego la colocó sobre un montón de sábanas y cogió una manta que desdobló para cubrirla con ella.

Cerrando la puerta a su espalda, se volvió hacia el otro extremo del pasillo para mirar. En cuestión de segundos el lugar quedó mejor iluminado, y toda la luz emanaba de las pocas ventanitas que había en el pasillo. Y gracias a este aumento de la iluminación, Dilvish vio de nuevo las huellas de pezuñas hendidas. Empezó a seguirlas y continuó hasta que su camino se cruzó con un vestíbulo cubierto por una alfombra, donde se desvanecían. Por un instante se quedó inmóvil, sin saber qué hacer. Luego, encogiéndose de hombros, fue hacia la izquierda. Ante él parecía extenderse un largo tramo de pasillo en línea recta, brillantemente iluminado, pero entonces ocurrió algo extraño. El aire empezó a temblar y relucir, luego se volvió oscuro a unos seis pasos por delante de él. A esto siguió un espesamiento de la atmósfera, como si estuviera llenándose de humo. De repente, se encontró delante de un muro de piedra.

Se rió.

—De acuerdo —dijo.

Giró sobre sus talones y empezó a caminar por el tramo de pasillo restante, comprobando mientras se movía si su hoja podía salir con facilidad de la vaina.

Odil, Hodgson y Derkon estaban atracándose en la despensa que habían localizado.

—¿Qué infiernos es eso? —preguntó Derkon, señalando con una pierna de cordero hacia el pequeño tragaluz que de repente se había llenado de un brillante color rojo que parecía llamear.

Los demás miraron hacia donde señalaba y luego apartaron la vista al atenuarse el rojo y cobrar nuevamente fuerza en unos segundos.

—¿Se ha prendido fuego o qué? —preguntó Odil; y entonces la luz se apagó y fue seguida por la penumbra.

—Creo que es algo más general —replicó Hodgson.

—No entiendo —dijo Odil.

—En el exterior todo parece estar ocurriendo un número incontable de veces más rápido de lo que ocurre normalmente.

—¿Y fuimos nosotros los que causamos eso, sin saber muy bien cómo, cuando rompimos el hechizo de mantenimiento?

—Yo diría que sí.

—Pensé que lo único que haría sería derribar una pared, o algo por el estilo.

Derkon se rió.

—¡Pero ahora probablemente el salir de este sitio nos mataría! Quedaríamos perdidos en una tierra desolada, abandonados a merced de monstruos... o algo peor aún...

Derkon volvió a reírse y le arrojó una botella.

—Toma. Necesitas un trago. Estás empezando a comprender cuál es la situación.

Odil descorchó la botella y bebió una buena cantidad.

—¿Qué haremos? —preguntó después—. Si no podemos salir de este lugar...

—Exactamente. ¿Cuál es la alternativa? ¿Recuerdas cuál era nuestra intención original?

Odil, que había estado levantando la botella para tomar otro trago, volvió a bajarla abriendo bastante más los ojos.

—¿Ir hasta donde se encuentra esa cosa e intentar someterla? ¿Nosotros tres, sin nadie más? ¿Y en nuestro estado actual?

Hodgson asintió.

—A no ser que podamos lograr que Vane recobre la cordura, o localizar a Dilvish, sólo estamos nosotros tres.

—¿Y de qué va a servirnos eso aun suponiendo que lleguemos a triunfar?

Hodgson bajó la mirada. Derkon emitió un sonido que se parecía a un gruñido.

—Puede que no nos sirva de nada —dijo Derkon—. Pero el Viejo es la única criatura de todo este lugar con el tipo de poder que quizá sea capaz de invertir el curso de lo que está ocurriendo..., de hacernos volver.

—¿Cómo lo haremos?

Derkon se encogió de hombros y miró a Hodgson como pidiéndole consejo. Al ver que éste no llegaba, dijo:

—Bueno, estaba pensando que una modificación..., mejor dicho, una combinación de varios de los más fuertes hechizos de sometimiento que conozco...

—Son para demonios, ¿no? —preguntó Odil—. Esa criatura no es ningún demonio.

—No, pero el principio para someter a cualquier criatura es el mismo.

—Cierto. Pero probablemente los Nombres de Poder normales no tendrían ninguna fuerza de control en el caso de un Viejo. Tendrías que acudir a los Antiguos Dioses para la nomenclatura necesaria.

Derkon se dio una palmada en el muslo.

—¡Bien! ¡He conseguido que tu mente empiece a trabajar en el problema! —dijo—. Encárgate de redactar la lista de Nombres adecuada mientras que yo pienso en las modificaciones. ¡Cuando lleguemos allí uniremos las dos cosas y pronto tendremos al abuelo cubierto de nudos!

Odil meneó la cabeza. —No es tan sencillo...

—¡Inténtalo!

—Yo te ayudaré —dijo Hodgson al ver que Odil ponía cara de duda—. No se me ocurre ningún otro plan.

Siguieron hablando de ello mientras acababan de comer y Derkon preparó el hechizo. Finalmente dijo:

—¿Por qué posponerlo más? —y los otros dos asintieron.

Salieron de la despensa y se detuvieron.

—Vinimos por este camino —dijo Hodgson, frunciendo el entrecejo, colocando su mano sobre la pared que estaba a su derecha—. ¿Verdad que vinimos por aquí?

—Yo pensaba que sí —dijo Derkon, mirando a Odil, el cual asintió con la cabeza.

—Eso hicimos. Sin embargo... —Se volvió hacia la izquierda—. Ahora éste es el único camino que tenemos abierto.

Avanzaron en esa dirección.

Hodgson se aclaró la garganta.

—Obviamente, algo nos está guiando para alejarnos de nuestro objetivo —dijo cuando atravesaban un amplio salón de techo no muy alto—. O Jelerak ha vuelto y está jugando con nosotros, o el Viejo se ha dado cuenta de nuestras intenciones y nos desvía de él. En cuyo caso...

—No —dijo Derkon—. Mis poderes son suficientes como para percibir que detrás de esto hay algo más.

—¿Qué?

—No lo sé, pero no me parece que tenga malas intenciones hacia nosotros.

Saliendo del salón y dando otra vuelta, llegaron hasta una pequeña alcoba. Sobre una gran mesa de madera que se hallaba en el centro había tres espadas de varia longitud, cada una metida en su vaina y con un cinturón.

—Ahí tenéis —dijo—. Apostaría a que cada uno de nosotros encontrará entre esas espadas la que le vaya bien.

—Todo lo bien que puede irle a uno ese tipo de cosas — observó Odil mientras los tres avanzaban y cogían las espadas.

La cosa oscura apareció en lo alto de la muralla, los ojos emitiendo destellos bajo un cielo color amarillo sucio. Meneó la cabeza, contemplando el paisaje de arena y piedra que latía más abajo. Los vientos aullaban ásperamente a su alrededor.

He venido a este sitio donde podemos hablar, dijo en cierta forma especial. Te ayudaré.

Quizá, le llegó la contestación de todo cuanto le rodeaba.

¿Qué quieres decir con ese «quizá»?

Hermanito, el hombre cree que eres un demonio.

Deja que lo crea. Tenemos otros problemas.

Cierto. Por lo tanto, limitémonos a los Sabuesos.

No entiendo.

Más razón, pues, para que prestes atención.

Cojeando ligeramente al acercarse a la entrada de la sala principal —cada pasillo se cerraba a su espalda, ante él no se abría ningún otro camino—, Baran vio a Vane en el mismo instante en que Vane le veía a él. Baran vaciló. Vane no.

Blandiendo su espada, una maldición en los labios, Vane se lanzó sobre él.

Cuando había cruzado la mitad de la distancia que les separaba, a espaldas de Vane se oyó un ruido semejante al de un tejido que se rasga y de la oscura V que se había abierto en el aire, a su izquierda, surgió una mano enorme. Le cogió por la cintura, le alzó por encima del suelo y luego le arrojó rebotando y deslizándose al otro lado del salón, su arma con la punta oxidada soltándose de entre sus dedos para salir girando por los aires. Su cuerpo acabó estrellándose en la pared cubierta de espejos y cayó al suelo, quedándose inmóvil.

La Mano se quedó quieta, suspendida en el aire, mientras que Baran entraba cojeando en la sala. La cabeza de Vane se volvió hacia él y de su boca salió un suave gemido.

Cerrándose lentamente sobre sí misma hasta formar un puño, la Mano avanzó hacia Vane.

—¡Ése es Vane!

—¡Y ahí está Baran!

—¡Cogedle!

Baran dirigió velozmente su mirada hasta el final de la sala, donde acababan de entrar tres figuras. Reconoció a los antiguos prisioneros y vio inmediatamente que estaban armados. Los tres hombres corrieron hacia él, sus imágenes multiplicadas por los espejos que se hallaban a cada lado.

Baran desenvainó su espada mientras se daba la vuelta para enfrentarse a ellos, pero dejó que ésta colgara flojamente entre los dedos de su mano derecha. Su mano izquierda seguía firmemente sujeta detrás de su cinturón.

La gran Mano, que se había colocado en posición de golpear a Vane, abrió sus dedos y voló a través de los aires hacia los hombres que se aproximaban. Viéndola venir, Odil se agachó, lanzó un mandoble contra ella y falló el blanco. La Mano golpeó a Derkon, haciéndole salir despedido y chocar con Hodgson, con lo que los dos hombres se derrumbaron en un confuso montón. Sin perder un segundo, la Mano dio la vuelta y se lanzó en persecución de Odil, los dedos engarfiados y el pulgar formando una curva.

Odil se encontraba ya casi encima de Baran, con su hoja levantada, cuando fue cogido por la espalda, viéndose prisionero de unos dedos inmensos que le levantaron por encima del suelo. La sangre brotó de su nariz y sus costillas crujieron audiblemente mientras él bajaba su espada, hiriendo uno de los dedos.

Entonces, a su derecha, Baran detectó un relámpago de color verde. Era el nuevo prisionero, aquel por el cual Semirama había armado tanto jaleo...

La Mano se tensó en un violento apretón y Odil emitió un breve y borboteante alarido antes de quedar flácido e inmóvil en su presa, la hoja resbalando de entre los dedos. Luego la Mano se lanzó hacia adelante, abriéndose, y el destrozado cuerpo de Odil salió volando con Dilvish como objetivo.

Dilvish se apartó a un lado y siguió avanzando mientras que el cuerpo pasaba velozmente junto a él, aterrizando con un golpe ahogado en algún lugar situado a su espalda. Pero ahora la Mano venía en línea recta hacia él.

Dilvish, que había visto como Hodgson y Derkon se ponían en pie y un lento movimiento hecho por la caída silueta de Vane al otro lado del salón, sabía que ninguno de ellos sería capaz de ayudarlo en estos momentos. Mientras corría hacia adelante y rodaba para pasar por debajo de la Mano buscó en su arsenal mágico algo que pudiera utilizar. Sus botas verdes golpearon el suelo y le pusieron inmediatamente en posición vertical para girar en redondo, con la espada en alto, y cortar el dedo meñique de la Mano que pasaba a toda velocidad.

La Mano se estremeció convulsivamente. El dedo, goteando un pálido fluido que se convirtió en humo, cayó al suelo y giró sobre sí mismo dando media vuelta.

Baran alzó su espada y retrocedió. La Mano se recuperó, bajó un poco y giró sobre sí misma barriendo el suelo en un golpe dirigido a Dilvish.

Dilvish saltó sobre ella y lanzó un mandoble hacia abajo con su espada cuando la Mano pasaba bajo él, hiriéndola en la articulación del pulgar. Derkon y Hodgson aparecieron a su lado cuando aterrizó en el suelo.

—¡Desplegaos! —gritó—. ¡Golpeadle desde todas direcciones! ¡Manteneos separados!

La Mano se quedó quieta en tanto que tres hojas se alzaban contra ella desde varios ángulos. Dilvish corrió hacia ella y la hirió. La Mano se volvió contra él y Dilvish retrocedió dando un salto. En ese mismo instante, Hodgson y Derkon se lanzaron sobre ella, hiriéndola también. La Mano les apartó y Dilvish avanzó de nuevo, dándole otro tajo. Ahora el humo brotaba de media docena de heridas.

En el espejo, mientras retrocedía rápidamente, Dilvish vio que Vane se estaba arrastrando lentamente hacia adelante, su acero en la mano.

Derkon, recuperado, atacó nuevamente a la Mano y Dilvish se movió para imitarle. En ese instante, sin embargo, la Mano se alzó por los aires, colocándose fuera de su alcance. Viendo que Baran tenía la intención de aplastarles uno a uno desde lo alto, Dilvish alzó instantáneamente su hoja. Los demás hicieron lo mismo que él. Fue entonces cuando Dilvish decidió el arma mágica que utilizaría y, con voz firme y tranquila, empezó a pronunciar las viejas palabras.

Era una de las Sentencias Horrendas de menor importancia, una que impondría una absoluta e impenetrable negrura sobre un espacio cerrado durante un día entero. Dilvish oyó la exclamación ahogada que lanzó Derkon al percibir una de las frases.

La Mano se movió en círculo e hizo varios amagos de atacar. Entonces un sonido melancólico parecido a un suspiro llenó la sala, acompañado por un brusco bajón en la temperatura. Cuando Dilvish estaba terminando de hablar la luz empezó a disminuir, como obedeciendo a una sucesión de olas.

Quedaron sumidos en una total oscuridad.

—¡Cogedle! —murmuró Dilvish y se movió rápidamente.

Extendiendo ante él la hoja de su espada fue hacia el lugar donde había estado inmóvil Baran. Oyó el potente siseo de algo que bajaba por los aires y se arrojó al suelo, pegándose a él. El ruido se alejó.

Se puso en pie y siguió avanzando. Oyó que alguien tragaba aire cerca de él. Pero el sonido no se repitió y Dilvish no estaba muy seguro en cuanto a su dirección. Oyó un breve forcejeo y tanto Derkon como Hodgson maldijeron al mismo tiempo. Aparentemente, habían tropezado el uno con el otro.

En algún punto que se encontraba detrás de él, se produjo otro siseo y un golpe ahogado al lanzarse la Mano sobre el suelo.

Al parecer Baran podía haber ido a su derecha, a su izquierda o detrás de él. Pero eso último muy probablemente le habría llevado hasta un rincón de la sala. La izquierda parecía ofrecer el mayor grado posible de libertad, por lo que Dilvish se volvió y empezó a moverse nuevamente, agitando la espada delante de él.

Habría jurado que un minúsculo punto de luz era visible llegando hasta él desde el lugar en que se hallaba la otra salita. Pero eso era imposible. La Sentencia Horrenda había eliminado todas las fuentes luminosas, extinguiéndolas.

La luz se hizo más brillante.

Ahora empezaban a ser perceptibles vagos perfiles. Algo andaba mal. Dilvish no conocía ningún poder que pudiera imponerse a una Sentencia Horrenda. Y, con todo, estaba ya bastante claro que en la sala empezaba a notarse una débil iluminación.

La Mano avanzaba tanteando igual que un espectro a través del aire. Unos cuantos segundos más y podría dejarse caer nuevamente sobre él. Dilvish miró frenéticamente a su alrededor. Había cierto movimiento. Y siluetas de hombres agazapados. Pero ¿cuál de ellas?

De repente se oyeron los sonidos de otro forcejeo, pero éste terminó con un breve alarido. Después el forcejeo se reanudó. Tenía lugar delante de él y un poco hacia su derecha. ¡Sí! ¡Ahí!

Dos figuras se retorcían encima del suelo, luchando. Dilvish empezó a moverse cautelosamente hacia ellas y en ese mismo instante se oyó otro grito.

La oscuridad continuaba cediendo. Algo se movió en lo alto, atrayendo su atención. La Mano, ahora claramente visible, se abrió y se cerró y luego empezó a temblar convulsivamente. Subió y bajó por el aire unas cuantas veces.

Entonces Dilvish vio lo que ocurría a ras del suelo. La corpulenta silueta de Baran estaba sobre la de Vane, la roma espada de Vane introducida hasta la mitad en su cuello. Ninguna de las dos figuras se movía pero ahora la Mano estaba bajando de nuevo.

Con los dedos extendidos, la Mano se introdujo entre los dos cuerpos, pasando por debajo de la silueta superior, que no se movió. Temblando, alzó el cuerpo de Baran por los aires. Bajo él, Dilvish pudo ver la espada de Baran asomando en el pecho de Vane.

Sin dejar de estremecerse, la Mano siguió subiendo por el aire, cada vez más iluminado. La V negra que se encontraba detrás de ella destacaba claramente recortada en la penumbra, no tan intensa como su negrura. Un instante después, la Mano empezó a meterse por ese orificio, llevándose a Baran con ella.

Dilvish y los otros dos observaron esa lenta retirada hasta que sólo fue visible la punta de tres enormes dedos. También éstos acabaron desapareciendo y la hendidura se cerró con un sonido parecido al de un trueno.

Inmediatamente, se dieron cuenta de que se hallaban rodeados de movimientos.

Dándose la vuelta, Dilvish vio una serie de rostros gigantescos en el interior de los espejos que cubrían las paredes: negros, rojos, amarillos, pálidos; algunos casi humanos, muchos totalmente alejados de cualquier parecido con la humanidad; algunos divertidos, varios con una expresión de placidez, otros frunciendo el entrecejo; todos bañados por una luz sobrenatural, sus miradas demasiado poderosas e intensas como para que fuera posible devolverlas. Dilvish apartó los ojos de ellos y en ese instante los rostros se desvanecieron y la luz amarilla volvió a colmar la sala en su grado máximo de potencia.

Dilvish se estremeció, intentando recobrar el dominio de sí mismo, y se frotó los ojos, preguntándose si los demás habían visto lo que él creía haber visto.

—En esa habitación había un diván —oyó que Hodgson le decía a Derkon.

—Sí.

Envainó su espada y les siguió en tanto que ellos sacaban el cuerpo de Vane de la sala. Mientras lo colocaban encima del diván Dilvish arrancó un cortinaje, volvió a la sala y lo dispuso sobre los restos de Odil. Luego fue hacia la parte trasera de la gran estancia.

—Dilvish. Espera.

Se detuvo y los otros dos no tardaron en estar a su lado.

—¿Estamos juntos en esto? —le preguntó Derkon.

—Por el momento, físicamente sí —dijo Dilvish—. Pero sigo teniendo un asunto particular del cual ocuparme y es probable que demuestre ser todavía más desagradable de lo que ha sido éste.

—Oh —dijo Derkon. Y un instante después añadió—: ¿Cómo te propones salir de aquí después de haberlo solucionado?

Dilvish meneó la cabeza.

—No tengo ni idea —replicó—. Quizá no sea capaz de lograrlo.

—Eso me parece un pensamiento horriblemente derrotista...

El suelo empezó a vibrar. Los muros parecieron oscilar y un potente gemido, o algo que se le parecía, se alzó de las entrañas del castillo. Siluetas fantasmales revolotearon brevemente alrededor de la habitación, pasando a través de los espejos de la pared. La luz se hizo más firme y no tan parpadeante. Derkon se agarró al hombro de Hodgson en busca de apoyo mientras que el castillo se estremecía por última vez antes de volver a estabilizarse.

Y entonces el lugar quedó en silencio, un silencio que pronto fue interrumpido —muy levemente—, por el tictac del gran reloj.

—Por aquí siempre está pasando algo, ¿verdad? —observó Derkon, intentando sonreír.

Las grandes puertas que se encontraban al final del salón se estremecieron como si una poderosa ráfaga de viento las estuviera sacudiendo. Dilvish se volvió lentamente en esa dirección, igual que si se encontrara hipnotizado.

—Me pregunto si ha parado —dijo.

Empezó a volver sobre sus pasos. Después de un instante de vacilación, los otros dos le siguieron.

Cuando habían cruzado la mitad de la sala oyeron un fuerte estruendo seguido por un rugido que parecía venir del exterior. El rugido se fue haciendo más fuerte, igual que si se estuvieran aproximando, y luego se detuvo bruscamente. Las puertas volvieron a estremecerse ruidosamente.

Dilvish siguió avanzando, dejando atrás el reloj y entrando en la salita contigua sin mirar ni una sola vez a la forma que yacía sobre el diván. Fue hasta la puerta y su mano cogió el pomo.

—¿Vas a salir? —le preguntó Hodgson.

—Quiero echar una mirada.

Dilvish abrió la puerta y una gélida brisa pasó sobre ellos. Parecía que se hallaban situados en mitad de una enorme llanura de color claro, rodeada por un anillo de montañas cuya tonalidad recordaba a la del cobre, cubiertas de niebla y tan altas que acababan desvaneciéndose en un cielo crepuscular. Les hizo falta unos cuantos segundos para comprender que el encogido disco color paja que se encontraba suspendido a media altura en el cielo, siendo la fuente principal de iluminación, debía ser los restos del sol. A una distancia de tres diámetros se podían ver claramente las estrellas. De repente una lluvia de meteoros tapó el paisaje visible más allá de las montañas, a su izquierda. Una nube de polvo amarillo se puso en movimiento y acabó aposentándose para alzarse de nuevo, girar en un remolino y desvanecerse. Hodgson tosió. La atmósfera tenía un acre sabor metálico.

De repente un par de rocas gigantescas aparecieron sobre la llanura, estuvieron rebotando en ella durante un tiempo y se quedaron inmóviles. Al estruendo que habían producido le hizo falta casi medio minuto para llegar hasta ellos. Antes de que eso ocurriera, sin embargo, una inmensa mano rojiza bajó del cielo y las recogió, agitándolas por encima de las cabezas de quienes las observaban con un ruido semejante al del trueno.

Dilvish fue siguiendo el brazo rojizo con sus ojos hasta llegar a la zona nebulosa donde, tras unos cuantos segundos de mirar, fue capaz de distinguir el contorno de un cuerpo colosal arrodillado, vagamente humano en su forma, con las estrellas brillando a través de él y meteoros en su cabellera. El cuerpo se movió, levantando el brazo hasta una distancia inimaginable por el cielo, haciendo temblar el puño. Sólo entonces la forma cúbica de las rocas quedó clara para el entendimiento de Dilvish.

Apartó la mirada. Sus ojos, acomodados ahora a la escala de las cosas y a las longitudes de onda que suponían, tuvieron menos dificultad en discernir otros seres monolíticos... como la gran figura negra que tenía la cabeza apoyada en una mano, dos brazos cruzados sobre su pecho, los dedos de una cuarta mano acariciando las cimas de las montañas sobre las cuales se reclinaba; la figura de un blanco manchado de sombras con un ojo y una cuenca vacía que se apoyaba en un báculo que llegaba más arriba del sol, estrellas como luciérnagas atrapadas en su sombrero de ala ancha; la mujer que bailaba lentamente y que tenía muchos pechos; el que tenía la cabeza de chacal; la torre de fuego que giraba sobre sí misma...

Dilvish miró a sus compañeros y vio que también ellos estaban contemplando el espectáculo, expresiones de un indecible y sorprendido pavor en sus rostros.

Los dados fueron lanzados de nuevo y el polvo se alzó a su alrededor. Las figuras celestiales se inclinaron hacia adelante. La silueta negra sonrió y movió una de sus manos para recoger los dados. La figura de color rojo se irguió, apartándose. Dilvish cerró la puerta.

—Los Antiguos Dioses... —dijo Hodgson—. Jamás pensé que se me permitiría verlos...

—¿Qué crees que se estaban jugando? —dijo Derkon, y en su voz había tanta cautela como pavor.

—No participando en los consejos de los dioses me resulta imposible decirlo con seguridad —replicó Dilvish—. Pero tengo la sensación de que será mejor concluir mi asunto tan rápidamente como me resulte posible hacerlo.

De nuevo llegó hasta ellos el potente rugido y las grandes puertas volvieron a estremecerse.

—Caballeros, disculpadme —dijo Dilvish y, dándose la vuelta, abandonó la habitación.

Hodgson y Derkon se miraron el uno al otro durante un breve segundo y luego se apresuraron a seguirle.

—¿Pensáis acompañarme? —les preguntó Dilvish al verles aparecer a su lado.

—Pese a los peligros que has mencionado, tengo la sensación de que en última instancia nos encontraremos más seguros si permanecemos juntos —respondió Derkon.

—Estoy de acuerdo —dijo Hodgson—. Pero ¿te importaría explicarnos hacia dónde nos dirigimos?

—No lo sé —respondió Dilvish—, pero estoy empezando a confiar en el genio de este lugar, sea cual sea, y estoy dispuesto a rendirme una vez más y a dejarme guiar por él. Puede que nuestros objetivos sean idénticos.

—¿Y si se trata de Jelerak, llevándote hacia algún destino horrible?

Dilvish meneó la cabeza.

—Estoy seguro de que Jelerak no habría parado el espectáculo para proporcionarme la excelente comida que recibí durante el trayecto hasta aquí.

Entraron en el pasadizo que Dilvish había usado antes, en su huida de las regiones inferiores del castillo. La puerta seguía crujiendo pero el pasadizo tenía tan sólo una cuarta parte de su longitud anterior. Ahora no giraba a la derecha al final y a la izquierda no había ninguna habitación para los esclavos. La habitación de la llama azul se había esfumado por completo. Las paredes se hallaban totalmente cubiertas por paneles de madera oscura, y las ventanas eran de forma rectangular y se deslizaban hacia arriba y hacia abajo, estando empotradas en marcos de madera que poseían unos curiosos ingenios para dar sombra, de los cuales colgaban cortinas de encaje blanco. Subieron por una escalera de madera. En las paredes había más cuadros de ese extraño, abigarrado y sugerente estilo que Dilvish había encontrado antes.

Oyeron nuevamente el estruendo de los dados en el exterior, seguido esta vez por algo que parecía una titánica serie de carcajadas.

Otro giro y entraron en una de las galerías, ahora más angosta y con una larga alfombra recorriendo su centro. Las ventanas de aquí también se habían vuelto más rectangulares, aunque las paredes y los suelos seguían siendo de piedra.

—¿Tienes la sensación de que este lugar se está haciendo más pequeño incluso ahora, con nosotros moviéndonos dentro de él? —le preguntó Hodgson.

—Sí —replicó Dilvish, mirando hacia atrás—. Parece estarse convirtiendo a sí mismo en alguna otra cosa. ¿Y te has dado cuenta de que no hay opciones, de que no podemos elegir el camino que vamos a seguir? Ahora se está portando de forma cada vez más decidida.

Delante de ellos Dilvish oyó una serie de extraños sonidos que parecían trinos. De repente se quedó inmóvil. Hodgson y Derkon hicieron lo mismo que él, alzando sus manos y moviéndolas en el aire. Algo les estaba bloqueando el camino.

La atmósfera empezó a relucir delante de ellos. Luego se hizo opaca y siguió oscureciéndose. Dilvish se encontró tocando una pared de piedra.

Se dio la vuelta. Unos seis pasos por detrás de él la atmósfera estaba reluciendo. Fue hacia ese lugar, junto con los otros dos. El fenómeno se repitió. La ventana proporcionaba iluminación al interior de lo que repentinamente se había convertido en su celda, pero una rápida inspección reveló que no había más forma de salir de ella que por una de las otras ventanas que se abrían en el liso muro exterior.

—Estabas diciendo que confiabas en el genio de este lugar... —observó Derkon.

Dilvish lanzó un gruñido.

—Hay una razón. ¡Debe de haber una razón! —dijo secamente como respuesta.

—El momento —dijo Hodgson—. Creo que se trata de conseguir el momento adecuado. Llegamos demasiado pronto.

—¿Para qué? —preguntó Derkon.

—Lo descubriremos cuando se vaya esa pared.

—¿Crees realmente que desaparecerá?

—Por supuesto. La pared que hay delante basta para impedirnos que sigamos avanzando. La de atrás se encuentra ahí para impedir que nos vayamos.

—Una idea interesante.

—Por lo tanto, sugiero que nos pongamos de cara a la primera pared y estemos preparados para cualquier cosa.

—Puede haber algo de razón en lo que dices —afirmó Dilvish, colocándose en tal posición y blandiendo la espada en su mano.

Oyeron nuevamente los dados de los dioses y su carcajada. Pero esta vez la risa siguió y siguió, haciéndose más fuerte hasta que las paredes del castillo empezaron a temblar y hasta que les dio la impresión de proceder directamente de un lugar situado encima de sus cabezas.

La pared empezó a brillar y desvanecerse justo cuando una mezcla de gemido y crujido empezó a sonar detrás de ella. Un rápido vistazo hacia atrás le mostró a Dilvish que la pared situada a su espalda no se estaba esfumando.

Tan pronto como el camino quedó despejado avanzaron hacia adelante. Pero se detuvieron tras haber dado sólo unos cuantos pasos, paralizados por lo que veían en la habitación situada ante ellos.

Un número incontable de tentáculos que parecían hechos de goma se alzaban sobre el borde del pozo sosteniendo a la cosa, que se había izado a sí misma desde las profundidades. En el punto nordeste del agujero se encontraba el hombre al cual Dilvish había conocido antes como Weleand, los ojos cubiertos por unos cristales de color rosado. Detrás de él se hallaba Semirama, totalmente inmóvil, en tanto que los dos contemplaban la forma de Tualua, surgido de los abismos. El techo había quedado hendido en dos partes y mientras que Dilvish y sus compañeros observaban la escena unos dedos gigantes entraron por él, curvándose y agarrando un pedazo de techo, doblándolo en un solo movimiento y echándolo a un lado. Grandes vigas de madera cayeron al suelo y el cielo estrellado se hizo repentinamente visible. Alzándose ante él estaba la gigantesca figura de una mujer con muchos pechos, una luz antinatural emanando de su silueta. La figura se inclinó hacia abajo, metiéndose por la abertura que había creado y, con delicadeza, casi con ternura, cogió a la grotesca forma agazapada sobre el pozo y la levantó, haciéndola pasar cuidadosamente por los bordes irregulares del agujero y llevándola hacia lo alto.

—¡No! —gritó Jelerak, quitándose los cristales de los ojos para dejarlos colgar alrededor de su cuello y mirando hacia arriba, sus pupilas moviéndose frenéticamente en todas direcciones—. ¡No! ¡Devolvédme! ¡Le necesito!

El hechicero fue corriendo alrededor del pozo hasta el lugar donde una de las vigas caídas había quedado en tal posición que casi llegaba hasta la abertura del techo. Se agarró a ella y empezó a trepar.

—¡He dicho que me lo devolváis! —chilló—. ¡Nadie roba a Jelerak! ¡Ni tan siquiera una diosa!

Deteniéndose a medio camino de la viga, sacó la vara roja y la apuntó hacia lo alto.

—¡He dicho que pares! ¡Devuélvemelo!

La mano siguió retirándose lentamente por el orificio. Jelerak hizo un gesto y un fuego blanco salió despedido por la punta de la vara, bañando el dorso de la mano que se movía por el cielo.

—¡Es Jelerak! —dijo Dilvish, sintiendo que su cuerpo se galvanizaba y entrando en acción con un salto hacia adelante.

La mano se había detenido y Jelerak estaba trepando nuevamente por la viga, acercándose al techo destrozado.

Dilvish llegó al borde del pozo y corrió a su alrededor.

—¡Vuelve, bastardo! —gritó—. ¡Tengo algo para ti! Ahora otra gran mano había aparecido por encima de la silueta que ascendía a los cielos, bajando rápidamente.

—¡Exijo que me escuchéis! —gritó Jelerak, y entonces vio los dedos que se abrían, bajando hacia él.

Alzó la vara y la mano quedó bañada en luz blanca. La vara no tuvo ningún otro efecto perceptible y no tardó en caer de entre sus dedos al ser agarrado Jelerak por la mano y verse alzado hacia el cielo crepuscular, todavía chillando y debatiéndose.

—¡Es mío! —gritó Dilvish cuando hubo llegado al final de la viga—. ¡Le he seguido demasiado tiempo para perderle ahora en este lugar! ¡Devolvédmelo!

Pero las manos ya se habían perdido de vista y la figura se había dado la vuelta.

Dilvish se había tensado ya como si se dispusiera él también a trepar por la viga cuando sintió una mano sobre su brazo.

—No puedes llegar hasta él siguiendo su mismo camino —dijo Semirama—. ¿Qué deseas, la justicia o la venganza?

—¡Ambas cosas! —gritó Dilvish.

—Entonces, al menos la mitad de tu deseo ha sido concedido. Se encuentra en las manos de los Antiguos Dioses.

—¡No es justo! —dijo Dilvish, con los dientes fuertemente apretados.

—¿Justo? —Semirama se rió—. Y tú me hablas de lo que es justo... ¿a mí, que acabo de hallar la forma de mi antiguo amor justo cuando la muerte de Jelerak o la destrucción de su voluntad están a punto de ponerle fin a mi existencia?

Dilvish se dio la vuelta y la miró, viendo lo que había más allá de Semirama. Desde lo alto les llegó una poderosa carcajada que se iba perdiendo en la distancia.

Black y Arlata acababan de entrar en la habitación. Dilvish cogió la mano de Semirama y se dejó resbalar lentamente hasta quedar de rodillas. Oyó un repiqueteo de cascos.

—Dilvish, ¿qué ocurría? —dijo la voz de Black—. Se nos prohibió entrar en esta habitación hasta hace apenas un instante.

Dilvish le miró, soltó la mano de Semirama y señaló hacia el techo.

—Se ha ido. Weleand era Jelerak..., pero los Antiguos Dioses se lo han llevado.

Black lanzó un bufido.

—Sabía quien era. Antes casi logré acabar con él cuando tenía forma humana.

—¿Tenías qué?

—El hechizo en el cual he estado trabajando desde que estuvimos en el Jardín de Sangre...; lo utilicé para liberarme de mi prisión bajo forma de estatua. Después de que Jelerak me hubiera congelado convirtiéndome en piedra para liberar a Arlata seguí consciente. —Señaló con la cabeza hacia la muchacha, que ahora estaba acercándose a ellos y luego siguió hablando—. En cuanto hizo eso le reconocí como Jelerak. Cuando estuve libre seguí por este camino. La encontré a ella y a su caballo y les liberé a los dos. Tuve que poner un hechizo sobre ella para colocarla en un lugar seguro. La dejé en una cueva de la pendiente con ciertas protecciones dispuestas sobre el lugar. Después...

—Dilvish, ¿quién es esta niña a medio crecer? —preguntó Semirama.

Dilvish se puso en pie mientras que Arlata se apresuraba a intentar reparar los desgarrones de su túnica.

—Reina Semirama de Jandar —dijo Dilvish—, ésta es la dama Arlata de Marinta, a la cual encontré en mi viaje a este lugar. Posee un sorprendente parecido con alguien a quien conocí bien. Ya hace mucho tiempo de eso...

—Es difícil que tal ironía se me escape —dijo Semirama, sonriendo y extendiendo su mano con la palma hacia abajo—. Niña mía, yo...

Su sonrisa se desvaneció y Semirama retiró bruscamente su mano, tapándola con la otra.

—No... —Se dio la vuelta—. ¡No!

Alzó las manos para cubrirse el rostro y empezó a correr hacia el pasillo del este.

—¿Qué he hecho? —preguntó Arlata—. No entiendo...

—Nada —le dijo Dilvish—. Nada. ¡Espera aquí!

Echó a correr hacia el pasillo por el cual había empujado antes la carretilla que contenía a la joven. Cuando hubo llegado a él descubrió que se había convertido en una

alcoba vacía con las paredes de estuco y una escalera de madera a la derecha que llevaba hacia abajo. Dilvish bajó rápidamente por ella.

Los demás vieron una sombra moviéndose en lo alto y un gran brazo negro bajando. Derkon se lanzó hacia la galería del norte para mirar por la ventana más próxima. Hodgson le siguió, igual que hizo Arlata unos instantes después. Black bajó la cabeza, estudiando los fragmentos del techo caído.

Mirando por la ventana vieron la inmensa mano negra moviéndose muy, muy despacio hacia una de las paredes más alejadas de ellos. Casi pareció detenerse antes de entrar en contacto con el muro, pero, con todo, sintieron que una vibración les rodeaba y todo el castillo tintineó, emitiendo una sola nota, igual que si fuera una colosal campana de vidrio.

Los cielos empezaron a bailar y el suelo se estremeció ligeramente, como cambiando de posición. Al mirar hacia arriba vieron el rostro sonriente de la silueta oscura, desvaneciéndose, desvaneciéndose y, finalmente, desapareciendo.

El sol se lanzó hacia el oeste.

—¡Dioses! —exclamó Derkon—. ¡Está empezando de nuevo!

Cerca de ellos, a su derecha, el aire empezó a relucir y condensarse.

Dilvish bajó a toda velocidad los peldaños y, dándose la vuelta, se frotó los ojos, desorientado. Una pequeña arcada que se encontraba al pie de la escalera llevaba a la parte trasera de la sala principal, hacia el lugar donde había estado la puerta crujiente del corredor. La cruzó rápidamente y vio la silueta de Semirama derrumbada en el centro de la habitación.

Corrió hacia ella y mientras lo hacía su cuerpo pareció alterarse, encogiéndose y volviéndose más anguloso. Su cabello se había vuelto del más puro color blanco. Su escaso y revelador atuendo mostraba ahora una piel semejante al pergamino y los perfiles de los huesos.

Pero cuando estaba muy cerca de ella, el aire empezó a iluminarse por encima de su cuerpo y eso hizo que Dilvish fuera más despacio. Por un instante sintió la horrible presencia de la criatura que había visto suspendida sobre el pozo antes de que la mano brotada de los cielos se la llevara. Incluso le pareció distinguir un borroso perfil de los tentáculos del Viejo, extendiéndose hacia ella. Y, sin embargo, en el gesto no había ninguna amenaza. Totalmente lo contrario. Era como si la criatura se inclinara sobre ella para calmarla y acariciarla, concediéndole alguna merced que iba contra todo lo natural. La visión persistió solamente un segundo, apenas más allá del punto en el cual Dilvish habría podido considerarla como una aberración visual causada por la luz o un fallo de su retina. Después desapareció y la pequeña silueta que había en el suelo se convirtió en polvo delante de sus ojos.

Cuando llegó al sitio que había ocupado quedaba muy poco que ver. Incluso sus vestiduras se habían descompuesto como una nube de gasa al acercarse sus pies a ellas. Sólo...

Un movimiento producido a su izquierda atrajo su atención.

El espejo...

El espejo ya no reflejaba la gran sala que se encontraba alrededor de Dilvish. En vez del otro espejo situado en la pared de enfrente ahora mostraba una gran escalera de piedra blanca que se curvaba hacia arriba y por la cual avanzaban lentamente unas figuras. La mujer era indudablemente Semirama, tal y como él la había conocido antes de la reciente interrupción supuesta por la muerte. Y el hombre...

Aunque había algo familiar en el hombre, sólo cuando volvió la cabeza y sus ojos se encontraron con los de Dilvish vio éste que podrían haber sido hermanos. El hombre era un poco más alto que él y posiblemente le llevara cierta edad, pero sus rasgos eran casi idénticos. Una leve sonrisa asomó en los labios del hombre.

—Selar... —murmuró Dilvish.

Y entonces un sonido que parecía el tañido de una gran campana de cristal llenó el aire. Las grietas corrieron sobre el espejo como un relámpago negro y fragmentos enteros de éste empezaron a caer mientras que el castillo temblaba y se sacudía.

La última imagen que tuvo Dilvish de las dos siluetas que había en la escalera fue la de su tranquilo ascenso por los peldaños y su paso por entre cortinajes de un color azul oscuro colgados en lo alto del muro de atrás, desapareciendo en sus pliegues, antes de que también ese fragmento del espejo cayera al suelo. Semirama, agarrada al brazo del hombre, no miró ni una sola vez hacia atrás.

Dilvish puso una rodilla en tierra para buscar por entre el polvo que había ante él. Sus dedos alzaron una cadena de la cual estaba suspendida una pequeña arqueta. Se la guardó en el bolsillo.

11

—¡Por aquí! —gritó Black—. ¡De prisa! ¡Estamos moviéndonos con más velocidad que antes!

Hodgson, Derkon y Arlata volvieron a entrar en la habitación.

—¿Qué ocurre, Oscuro? —preguntó Derkon.

—Ven aquí —le respondió Black—. Tengo algo para ti.

Derkon obedeció.

—Ahí. —Black señaló con una de sus hendidas pezuñas hacia algo rojo que asomaba por entre los cascotes—. Cógelo.

Derkon se inclinó y tomó lo que le indicaba.

—¿La vara de Jelerak? —preguntó.

—La Vara Roja de Falkyntyne. Tráela. ¡De prisa!

Black se dio la vuelta y avanzó hacia la alcoba a través de la cual había partido Dilvish. Los demás le siguieron.

—Oscuro, te sigo —dijo Derkon—. Pero ¿qué está pasando? ¿Por qué tenemos tanta prisa?

—Esta habitación existe tan sólo porque nos encontramos en ella. Si la abandonamos ayudaremos a la casa para que se libere de un ala entera que le sobra...

—¿La casa?

—Esta vez se ha decidido por una escala menor. Pero la razón principal es que pronto tendrá lugar el Gran Destello, por lo cual debemos marcharnos a gran velocidad, tal y como ha pedido la casa...

—Discúlpame, Oscuro —gritó Hodgson mientras atravesaban la alcoba y empezaban a descender por la escalera—, pero este Gran Destello... ¿Te estás refiriendo a...?

—La creación del universo —dijo Black, completando su pregunta—. Sí. Estamos dando toda la vuelta. De cualquier forma, después del destello atravesaremos un peligroso cinturón habitado por seres que nos causarían los peores daños imaginables. Es posible que la casa logre mantener a muchos de ellos fuera, pero unos cuantos...

Black llegó al final de la escalera y entonces se produjo el destello.

Todo color se desvaneció y el mundo se volvió negro y blanco, luz y oscuridad. Hodgson vio a través de la carne de la muchacha que se encontraba delante de él —un esqueleto oscuro rodeado por un aura brillante—, y también a través de la carne de quien estaba ante ella, Derkon, distinguiendo al fin una especie de parpadeante luz anímica, un hermoso resplandor entre la oscura geometría a través de la cual estaban pasando, y también vio a través de Black —que era una gloriosa cortina de pura llama—, y la luz barrió el suelo hasta llegar al lugar donde otro ser ardía encerrado en una prisión mortal...

—¡Los ángulos! —le oyó decir Black—. ¡Lo más probable es que entren por las esquinas de la sala! ¡No uséis las puntas de vuestras armas, pues éstas carecerán de

poder! ¡Golpead con la curvatura de vuestra hoja y haced que el mandoble siga un arco... excepto tú, Derkon! ¡Tú debes usar la vara!

—¿Contra qué? ¿Cómo? —exclamó Derkon mientras que algo de color y forma normal volvía a la estancia que les rodeaba, y vio a Dilvish inmóvil en su centro, delante de ellos, la espada desenvainada.

—¡Los Sabuesos de Thandolos! La Vara Roja alcanza su mayor poder cuando se halla en las manos de un adepto negro. No hay nada de sutil en ella. Es uno de los más eficientes instrumentos mágicos para la destrucción que jamás se hayan creado. Su manejo es puramente una función de la voluntad y saca su poder de las fuerzas vitales de quien la blande. ¡Ahora las tuyas deberían encontrarse en un punto muy alto y arder con fuerza, habiendo pasado a través de la Llama de la Creación! ¡Quedémonos todos juntos en el centro de la sala... en un círculo!

La iluminación había vuelto a ser lo que pasaba por normal en este sitio antes de que llegaran a donde estaba Dilvish, y el candelabro seguía ardiendo con las llamas a idéntico nivel que antes. La sala parecía más pequeña con todos sus espejos hechos añicos, las paredes desnudas y grises. Desde el lugar que ocupaba en la parte delantera, el gran reloj zumbaba con su dial convertido en un confuso manchón reluciente.

Hodgson empezó a murmurar cuando algo sombrío se agitó en la esquina más cercana al reloj.

—Los dioses a los cuales invocas todavía no han nacido —afirmó Black.

La figura que emergió del rincón era todo ángulos y líneas y tan imposible de fijar en la memoria como una descarga de electricidad estática. Tenía un color oscuro y se mantenía en posición erguida, y cuando saltó hacia adelante hubo en ella algo de lupino..., así como también algo frío que participaba de un hambre primigenia que nada de cuanto existía en el nuevo universo sería completamente capaz de satisfacer.

—¡Usa la vara! ¡Destruyelo! —gritó Black.

—¡No consigo hacer que funcione! —dijo Derkon, alzando ante él el rojo instrumento, sus ojos y su boca rodeados por arrugas de tensión.

Dilvish hizo girar su espada en un arco ante la criatura que avanzaba hacia él, repitiendo rápidamente el gesto, una y otra vez. La criatura se lanzó hacia adelante, se detuvo y retrocedió. El aire estaba saturado por el sonido de pesadas respiraciones. Del rincón de donde había salido la primera criatura brotó otra y ésta se dejó caer rápidamente a cuatro patas en un gesto convulsivo y echó a correr dejando atrás el enfrentamiento que tenía lugar entre su pariente y la hoja que no cesaba de girar. Arlata trazó una curva en el suelo, delante de ella, y adoptó una postura de en gárete, la punta de su espada moviéndose constantemente. La criatura cambió de rumbo para flanquearla y Hodgson trazó una continuación de la curva en el suelo y empezó a mover también su espada ante él. Otra de las criaturas estaba saliendo del mismo rincón y, volviendo la cabeza, Black vio que ahora estaban apareciendo por todos los rincones de la sala, incluyendo los del techo.

Más y más criaturas se aproximaban a ellos, cada vez más cerca, avanzando, retrocediendo, adelantando sus cabezas y haciendo chasquear las mandíbulas. Dilvish se veía acosado por tres lados distintos. Derkon soltaba imprecaciones mientras sacudía la vara y la movía en todas direcciones.

Entonces Black lanzó un bufido y se encabritó. Los fuegos bailaron en sus ojos cuando avanzó para romper el círculo y caer sobre los Sabuesos que sitiaban a Dilvish. Grandes chorros de fuego brotaron de su hocico para caer sobre las veloces y angulosas siluetas. Una de ellas cayó al suelo y empezó a retorcerse. Otra huyó. La tercera saltó sobre su espalda. Black volvió a encabritarse y la hoja de Dilvish hendió a la criatura montada sobre su grupa. La criatura lanzó un aullido y se dejó caer al suelo en tanto que otras dos saltaban sobre él.

Dilvish hirió a una de ellas y Black se movió hacia adelante y usó de nuevo su aliento de fuego. Mientras ocurría todo esto, cinco criaturas más saltaron sobre ellos.

De repente se produjo un gran relámpago luminoso y los Sabuesos empezaron a caer al suelo por doquier.

—¡Lo he conseguido! —anunció Derkon, la Vara Roja ardiendo igual que una estrella en su mano—. ¡Casi diría que resultaba demasiado sencillo!

La dirigió primero hacia aquellos Sabuesos que se encontraban más cerca de ellos, trazando un sendero devastador a través de la sala. Algunos se escabulleron hacia los rincones y se desvanecieron. Otros quedaron tendidos en el suelo, humeando y retorciéndose, cambiando de forma. Los que se habían estado aproximando a ellos —resbalando por las paredes, cruzando el suelo a grande saltos—, se detuvieron, formaron un grupo y se convirtieron en una sibilante jauría. La sala se llenó con el sonido de sus respiraciones.

Derkon volvió inmediatamente la vara hacia el grupo más cercano, destrozándolo y haciendo que los supervivientes se dispersaran. Los demás Sabuesos lanzaron un aullido y echaron a correr hacia ellos.

Dilvish y Black se apresuraron a unirse al círculo en tanto que Derkon seguía blandiendo la vara contra las criaturas que se aproximaban. Para aquel entonces Derkon también estaba empezando a respirar pesadamente.

Hodgson golpeó a una de las criaturas que había logrado escapar a Derkon. La criatura lanzó un siseo, se apartó y luego se lanzó nuevamente sobre él. Dilvish hirió a otra, Arlata a una tercera y una cuarta. Black arañaba el suelo con sus cascos metálicos, trazando arcos, y respiraba con su aliento de fuego sobre ellos. Derkon alzó nuevamente su vara.

—¡Están retrocediendo! —jadeó Hodgson mientras que Derkon seguía haciendo girar la vara en amplios arcos, su rostro una mezcla de dolor y de júbilo.

Los Sabuesos estaban retirándose. Daba la impresión de que allí donde había un ángulo había uno de ellos deslizándose por él y dejando de existir. Riendo, Derkon les lanzó un rayo tras otro, aniquilándolos mientras huían. Dilvish irguió su cuerpo. Hodgson se estaba frotando el brazo. Arlata sonrió débilmente.

Ninguno de ellos dijo nada hasta que todos los Sabuesos se hubieron marchado. Y se quedaron donde estaban, sin separarse, durante un largo tiempo, espalda contra espalda, observando las esquinas y paseando sus ojos por los ángulos.

Finalmente Derkon bajó la vara, agachó la cabeza y se frotó los ojos.

—Se lleva una gran parte de ti —dijo en voz baja.

Hodgson le cogió por el hombro.

—Bien hecho —dijo.

Arlata le estrechó la mano. Dilvish se acercó a él y repitió el gesto.

—Se han ido todos —anunció Black—, y ahora huyen para regresar a sus propias regiones. Nuestra velocidad está aumentando de forma enorme.

—Me iría bien un poco de vino —dijo Derkon.

—Ya estaba previsto —dijo Black—. Dirígete al armarito que se encuentra ahí delante.

Derkon alzó la cabeza. Dilvish volvió la suya.

Los muros, que habían sido grises, ahora eran de color blanco y parecían estar hechos de estuco. Sobre la pared de la izquierda colgaba un grupo de cuadros y en la de la derecha había un pequeño tapiz rojo y amarillo que representaba una cacería de jabalíes. Justo debajo del tapiz había un armarito de caoba. En su interior había botellas de vino así como de otras bebidas, algunas de ellas totalmente desconocidas. Black le señaló una de estas últimas, una botella de forma cuadrada que contenía un líquido ambarino.

—Justo lo adecuado para los que son como yo —le dijo a Dilvish—. Echa un poco de eso en aquel cuenco de plata.

Dilvish descorchó la botella y olisqueó el contenido. —Huele igual que lo utilizado en las lámparas —observó—. ¿Qué es?

—Se encuentra estrechamente relacionado con el jugo de los demonios y otras sustancias que se hallan en mi lugar de origen. Echa una buena cantidad.

Un poco más tarde, Arlata estudió a Dilvish por encima de su copa de vino.

—Sólo tú pareces haber conseguido tu objetivo, en cierta forma —dijo.

—Sí —contestó él—. El peso de muchos años ha desaparecido. Con todo..., no es tal y como yo había pensado que sería. No sé si...

—Sin embargo, has triunfado —dijo ella—. Has visto como tu enemigo desaparecía del mundo. En cuanto a Tualua... supongo que esa pobre criatura se encuentra mejor estando con los dioses, quienes la consideran pariente suyo.

—No lamento su salvación —dijo Dilvish—. Y sólo ahora estoy empezando a comprender lo cansado que estoy. Quizá eso es bueno. Tú... Tú encontrarás otros modos de mejorar el mundo, estoy seguro de ello, modos para los que no haga falta utilizar un poderoso esclavo.

Ella sonrió.

—Me gustaría pensar lo mismo que tú —dijo—, siempre que alguna vez logremos encontrar nuestro camino de regreso al mundo.

—Volver... —dijo Dilvish, como si la idea se le ocurriera por primera vez—. Sí. Podría ser bueno...

—¿Qué harás?

Dilvish la miró.

—No lo sé —replicó—. Todavía no he pensado en ello.

—¡Venid aquí! —gritó Dilvish desde el otro lado de la esquina a la cual había dado la vuelta, acompañado por Derkon—. ¡Venid a ver!

Dilvish terminó su bebida y dejó la copa encima del armarito. Arlata colocó su copa junto a la de él. La única urgencia que había en el grito era la sorpresa y la emoción. Fueron hacia la habitación en la que se encontraban los dos hechiceros, inmóviles ante un gran ventanal. La habitación no se hallaba ahí antes.

El resplandor que había al otro lado de la ventana daba la impresión de estar aumentando. Cuando se pusieron junto a los demás y miraron hacia fuera, vieron un paisaje que fluctuaba rápidamente y en el que había retazos de verdor bastante considerables, dominado por un cielo al cual atravesaba un gran arco que relucía con un brillo dorado.

—El arco formado por el sol es brillante —dijo Derkon—, y si te quedas mirando durante un rato es posible discernir una pauta de luz y oscuridad. Quizá sea un signo de que estamos yendo a una velocidad menor que antes.

—Creo que tienes razón —dijo Dilvish después de unos momentos de mirar.

Hodgson se apartó de la ventana, agitando su mano.

—Todo el lugar ha cambiado —dijo—. Voy a echarle un vistazo.

—Yo no —dijo Dilvish, y volvió hacia el armarito de las bebidas.

Los demás siguieron a Hodgson, con excepción de Black, que alzó su hocico y volvió la cabeza.

—Un poco más de ese sustituto para el jugo de los demonios, si eres tan amable —dijo.

Dilvish volvió a llenar el cuenco y se sirvió otra copa de vino.

Black tomó otro sorbo y luego miró a Dilvish.

—Prometí ayudarte hasta que Jelerak hubiera recibido lo que se merecía —dijo, articulando lentamente las palabras.

—Lo sé —contestó Dilvish.

—Y ahora qué, ¿en? ¿Ahora qué?

—No lo sé.

—Se me ocurren un cierto número de alternativas.

—¿Tales como...?

—No es importante, no es importante. Lo único importante es cuál de ellas escoja.

—¿Y cuál has escogido?

—De momento las cosas han resultado interesantes. Sería una vergüenza ponerle fin al trayecto en este punto. Siento curiosidad por saber lo que será de ti, habiendo desaparecido la gran fuerza impulsora de tu vida.

—¿... y el resto de nuestro acuerdo?

Sin salir de ninguna fuente visible, un rollo de pergamino sellado con lacre rojo sobre el que había la huella de una pezuña hendida cayó al suelo entre los dos. Black se inclinó hacia adelante y dejó caer su aliento sobre él. El pergamino se incendió.

—Acabo de borrar nuestro pacto. Olvídate de él.

Los ojos de Dilvish se abrieron, asombrados.

—En el Infierno se encuentra a la gente más condenadamente... —dijo—. A veces dudo de que seas realmente un demonio.

—Nunca dije que lo fuera.

—Entonces, ¿qué eres?

Black se rió.

—Quizá nunca llegues a saber cuan cerca estuviste de averiguarlo. Sírveme el resto de ese brebaje. Luego iremos a buscar el caballo de la dama.

—¿El Pájaro de Tormenta de Arlata?

—Sí. Una parte de la montaña y su ladera nos ha acompañado, así que la caverna debería seguir ahí. Jelerak fue capia, de ir hasta ella y traerla hasta aquí. Podemos hacer lo mismo que él y salvar al caballo... Gracias.

Black bajó la cabeza para tomar otro trago. Al otro lado de la habitación el reloj emitía extraños sonidos, empezando a frenar su velocidad.

Sin reflejar nada en el interior de la habitación, una forma cobró existencia dentro del gran espejo con su marco de hierro. Holrun miró hacia fuera del espejo, examinando la pequeña habitación y, una vez se hubo convencido de que estaba vacía, salió de él.

Llevaba una chaqueta de cuero blando sin mangas y debajo una camisa de punto de color oscuro con unos encajes de color claro en las mangas; sus pantalones eran de satén verde oscuro y las perneras estaban metidas en botas negras que se hacían más anchas en la parte de arriba; su cinturón de piel de kellen estaba adornado con remaches y en su cadera derecha llevaba una corta vaina recamada en plata.

Al atravesar la habitación oyó voces que venían del exterior y se movió hasta ocupar una posición junto a la puerta.

—Se ha vuelto mucho más pequeño —le oyó decir a una voz masculina.

—Sí, todo ha cambiado —respondió otra.

—Lo prefiero de esta forma —dijo la primera voz.

—Sin embargo, me gustaría que hubiéramos encontrado algo que valiera la pena llevarse como botín..., por todo lo mal que lo hemos pasado.

—Yo quedaré contenta con sólo salir de aquí —dijo una voz femenina—. Sigo teniendo encima una línea de puntitos.

—Eso no será problema tan pronto como se pare —dijo la segunda voz masculina—. Y creo que lo hará dentro de poco.

—Sí, pero ¿adonde?

—Donde sea. Estar vivo y encontrarse nuevamente en el mundo ya será suficiente.

—A menos que se detenga en un desierto, en un glaciar o en el fondo del océano.

—Tengo la sensación de que sabe a dónde va y que está cambiando para acomodarse a ese lugar —dijo la voz de la chica.

—Entonces —dijo la primera voz masculina—, tengo la sensación de que me gustará el lugar.

Holrun abrió la puerta y salió al pasillo, donde se encontró enfrentado inmediatamente a dos espadas desenvainadas y una vara roja.

—Bueno, me ha parecido entender que no os interesa volver a casa, ¿eh? —dijo, alzando las manos—. Apunta esa vara hacia algún otro sitio, ¿quieres? —añadió—. Creo que la reconozco.

—Tú eres Holrun —dijo Derkon, bajando la vara—, un miembro del Consejo.

—Ex miembro —le corrigió Holrun—. ¿Dónde está el jefe? —¿Te refieres a Jelerak? —preguntó Hodgson—. Supongo que muerto. En manos de los Antiguos Dioses.

Holrun emitió un chasquido con su lengua y miró a uno y otro extremo del pasillo.

—¿Ya este lugar lo llamáis un castillo? A mí no me parece que sea un castillo, ni mucho menos. ¿Qué habéis estado haciéndole?

—¿Cómo llegaste aquí? —preguntó Derkon. —El espejo. Parece que soy el único capaz de apreciarlo en lo que vale. ¿Sólo quedáis vosotros tres en este lugar?

—Había otros... sirvientes y esas cosas —dijo Hodgson—, pero todos parecen haber desaparecido. Hemos explorado la mayor parte del edificio y no hemos encontrado a nadie más. Sólo estamos nosotros, Dilvish y Black... —¿Dilvish está aquí?

—Sí. Le dejamos al principio de la escalera. —Vamos. Enseñadme el camino.

Las espadas fueron envainadas y los tres le llevaron hasta la escalera.

Cuando se encontraban a mitad del descenso sintieron una fuerte ráfaga de aire. Al llegar a la planta baja notaron que las dobles puertas de antes se habían convertido en una sola puerta, bastante grande, y que ésta se encontraba abierta. En el exterior era de noche y los movimientos de las estrellas se habían hecho más lentos. Cuando salió el sol avanzó con rapidez, pero no corrió por los cielos como antes. Parecía estar perdiendo velocidad ante sus mismos ojos. Antes de que llegara a la mitad del cielo la casa se estremeció y el sol se quedó quieto.

—Ya hemos llegado a donde sea —dijo Hodgson, y contempló las montañas cubiertas que se encontraban detrás de un paisaje muy verde—. No está mal —observó.

—Si te gusta la vegetación... —dijo Holrun, cruzando el umbral, y miró a su alrededor.

Dilvish y Black se estaban aproximando, llevando de las riendas un caballo blanco.

—¡Pájaro de Tormenta! —exclamó Arlata, echando a correr hacia adelante para abrazar al caballo.

Dilvish sonrió y le pasó las riendas.

—¡Dioses! —dijo Holrun—. ¿Quieres que meta un caballo en lo más íntimo de mi vivienda?

Arlata se dio la vuelta, los ojos en llamas.

—O vamos juntos o no vamos.

—Será mejor que esté bien educado —dijo Holrun, volviéndose hacia la casa—. Vamos.

—Yo no voy —declaró Hodgson.

—¿Qué? —dijo Derkon—. ¡Estás bromeando!

—No. Me gusta este lugar.

—No sabes nada de él.

—Me gusta su aspecto..., lo que me hace sentir. Si acaba decepcionándome, siempre puedo probar con el espejo.

—Vaya, nada menos que el único mago blanco que ha llegado a gustarme... Bien, que tengas buena suerte.

Alargó su mano hacia él.

—Por favor, ¿quiere venir conmigo alguien que desee dejar este sitio? —dijo Holrun—. Hoy me espera un montón de trabajo.

Volviéron en fila india hacia la casa, Black moviéndose con un poco menos de la seguridad que era habitual en él.

Holrun se quedó rezagado mientras que los demás volvían a subir por la escalera.

—Así que tú eres Dilvish, ¿eh? —preguntó.

—Cierto.

—No tienes el aspecto heroico que yo había imaginado. Oye, ¿has reconocido la vara que lleva Derkon? —Es la Vara Roja de Falkyntyne. —¿Lo sabe él?

—Sí.

—¡Maldición!

—¿Por qué «maldición»? —Quiero poseerla.

—Quizá puedas hacer un trato con él.

—Quizá. ¿Realmente viste como Jelerak recibía su merecido?

—Me temo que sí.

Holrun meneó la cabeza.

—Necesito enterarme de toda la historia y sus detalles tan pronto como volvamos para poderse la explicar al Consejo. Puede que incluso vuelva a unirme a ellos, ahora que su estúpida política de indecisión ya no tiene importancia.

Subieron por la escalera, llegaron hasta la habitación del espejo y entraron en ella. Holrun les llevó hasta el cristal y activó su hechizo.

—Adiós —dijo Hodgson.

—Buena suerte —le dijo Dilvish.

Holrun entró en el espejo. Arlata le hizo una seña con la cabeza a Hodgson y le sonrió, luego ella y Dilvish llevaron a Pájaro de Tormenta al interior del cristal, con Derkon y Black siguiéndoles.

Después se produjo una momentánea oscilación de la realidad y una intensa sensación de frío. Emergieron en la habitación de Holrun.

—¡Fuera! —dijo Holrun inmediatamente—. ¡Sacad a este caballo de aquí y llevadlo al salón! Lo único que necesito ahora es unos cuantos montoncitos marrones sobre mis pentáculos. ¡Fuera! ¡Fuera! Tú... ¡Derkon! ¡Espera un minuto! He estado fijándome en esa vara. Me gustaría tenerla para mi colección. ¿Qué dirías si te cambio una de las Varas Verdes de Omalskyne, la Máscara de la Confusión y un saco de polvo de sueños friliano por ella?

Derkon se dio la vuelta y contempló los objetos que Holrun estaba cogiendo de las estanterías.

—Ah, no sé... —empezó a decir Derkon.

Black se acercó a ellos.

—Esa vara verde es falsa —le dijo a Holrun.

—¿Qué quieres decir? Funciona. Pagué mucho por ella. Mira, te enseñaré...

—Vi cómo se destruían las originales en Sanglasso hace un millar de años.

Holrun bajó la vara con la cual había empezado a dibujar diagramas llameantes en el aire.

—Una falsificación muy buena —añadió Black—. Pero puedo enseñarte una forma de comprobarlo.

—¡Maldición! —dijo Holrun—. Espera que coja a ese tipo. Me dijo que...

—Ese cinturón de poder Muri que cuelga de la pared también es un fraude.

—Lo sospechaba. Oye, ¿podría ofrecerte un trabajo? —Depende del tiempo que vayamos a estar aquí. Si no hay sitio para el caballo...

—¡Le encontraremos un sitio! ¡Algo encontraremos! Siempre me han gustado mucho los caballos...

Fuera, en el pasillo iluminado por una débil claridad, Arlata miraba a Dilvish.

—Estoy cansada —dijo.

Dilvish asintió con la cabeza.

—Yo también. ¿Qué harás después de haber descansado?

—Ir a casa —dijo ella—. ¿Y tú?

Dilvish meneó la cabeza.

—Ha pasado mucho tiempo desde que visitaste la Tierra de los Elfos, ¿verdad?

Dilvish sonrió mientras que los demás salían de la estancia.

—Vamos —dijo Holrun—. Por aquí. Necesito un baño caliente. Y comida. Y música.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Dilvish mientras le seguían por el túnel—. Demasiado.

Detrás de ellos Black iba resoplando algo que ninguno de ellos reconoció como una melodía. La luz se fue haciendo más intensa delante de ellos. A su alrededor las paredes brillaban. En algún lugar del mundo, las negras palomas cantaban dirigiéndose hacia su destino y su descanso.

FIN